AMELIA FROST

El VENENO DE LA COMADRONA



EL VENENO DE LA COMADRONA

AMELIA FROST



CONTENIDO

Prólogo

Preámbulo
1. La muchacha de Nagyrev
2. El huérfano de Nagyrev
3. La formación de una partera
4. La guerra lo cambia todo
5. LA PRIMERA MUERTE
6. La fuerza imparable
7. LA NUEVA APRENDIZA
8. LAS PROFUNDIDADES
9. LAS PRIMERAS LECCIONES
10. LOS HOMBRES DE NAGYREV
11. LA BOTELLA DE CRISTAL
12. UNA MUERTE
13. LA VIUDA SILENCIOSA
14. EL HOMBRE DUDOSO
15. UNA BUENA CAUSA
16. EL NIÑO EN EL BOSQUE
17. LA OLLA HIRVIENDO
18. EL EXTRAÑO
19. UN PASEO ENTRE EL TRIGO
20. UNA VISITA A LOS ENFERMOS
21. UN ENTENDIMIENTO OSCURO
22. El pacto
23. Sospecha
24. EL MUNDO MÁS ALLÁ
25. LOS MUERTOS DEL INVIERNO
26. EN LA VIDA Y EN LA MUERTE
27. LA CONFESIÓN DE LA PARTERA
28. LAS COSAS QUE NO PODEMOS DECIR
29. MISERICORDIA

30. La sospecha de un esposo
31. EL DOCTOR
32. UNA MUERTE CERCA
33. UN FUTURO QUE NO SERÁ
34. EL PESO DE LOS SECRETOS
35. EL HOMBRE EQUIVOCADO
36. UNA DESAPARICIÓN
37. LA MUJER QUE SABÍA DEMASIADO
38. ADIOS
39. LAS MUJERES
40. UNA VIDA DISTINTA
41. UNA EJECUCIÓN
42. LA CONFESIÓN
43. ÚLTIMAS PALABRAS
44. LA HABITACIÓN OSCURA
45. EL PUEBLO OBSERVA
46. COMIENZA EL JUICIO
47. LAS PALABRAS DE LA PARTERA
48. LA SALA DEL TRIBUNAL
49. LA TRAICIÓN
50. ALGO EN EL AIRE
51. LA CARTA
52. EL PESO DEL SILENCIO
53. LA ÚLTIMA LECCIÓN

Epílogo
Agradecimientos

Una nota del editor
¿Buscando tu próxima lectura?

PRÓLOGO

Esta novela es una obra de ficción, pero sus raíces están enterradas en la verdad.

Entre 1914 y 1929, en la pequeña aldea húngara de Nagyrev, tuvo lugar una serie de muertes misteriosas. Muertes que más tarde serían descubiertas como uno de los casos más impactantes de la historia europea.

Los perpetradores no eran criminales en el sentido tradicional. No eran soldados, bandoleros ni hombres de guerra. Eran algo completamente distinto.

Y llegarían a ser conocidos como los Hacedores de Ángeles de Nagyrev…

PRÓLOGO

Había visto la muerte antes, pero nunca de esta manera.

Nunca tan deliberada. Nunca tan silenciosa.

Habían erigido la horca en el patio de la prisión, justo más allá del arco de piedra por donde conducían a los condenados uno a uno. Las vigas de madera se alzaban contra el cielo gris, desgastadas y anodinas, como si hubieran estado allí siglos enteros, aguardando.

El verdugo se movía con la paciencia pausada de quien ha realizado esta tarea muchas, muchas veces antes. Ajustaba la cuerda, probaba el nudo, verificaba la caída bajo la plataforma. Todo era rutina. Preciso. Vacío de emoción.

La mujer condenada permanecía con las manos atadas delante de ella, sus muñecas enrojecidas y rozadas por los grilletes de hierro que apenas le habían quitado momentos atrás. Su cabello se había soltado de la trenza, mechones cayendo sobre su rostro. El borde de su vestido estaba manchado de tierra y rígido por la sangre seca.

Estaba serena. Esa era la peor parte. Los guardias esperaban gritos. Llanto. Súplicas. Pero no les ofreció nada. Ni resistencia. Ni palabras. Simplemente estaba allí, esperando.

Un sacerdote murmuró una última bendición a su lado, pero ella no inclinó la cabeza. Sus ojos estaban fijos en mí. Sonrió. No pude moverme. El aire frío arañaba mi piel, pero apenas lo sentía. No

había tenido intención de venir aquí. No había tenido intención de mirar. Pero algunos finales merecen testigos.

Ella me había pedido. La petición llegó en forma de una pequeña carta doblada, deslizada entre los barrotes de mi ventana en la noche. Sin nombre. Sin firma. Solo una línea, escrita con una letra que conocía demasiado bien:

Ven. Quiero que veas.

Así que vine. Y estaba viendo.

Ella estaba sobre la horca, sus manos tan firmes como siempre. Pensé en esas manos, cuántas vidas habían traído al mundo. Cuántas habían arrebatado. La soga ceñía su garganta. La madera bajo sus pies crujía. Aun así, sonrió.

No debería haber estado aquí. Debería haber abandonado Nagyrev hace mucho tiempo. Debería haber tomado el tren lejos del pueblo, lejos del río que había engullido tantos secretos. Debería haber sepultado el pasado junto a los cuerpos en el cementerio.

Pero aquí estaba. Porque nadie abandona Nagyrev. No de verdad.

El juez la había llamado monstruo. Los periódicos la llamaban «La Hacedora de Ángeles».

Escribían sobre hombres que morían tosiendo sangre, con el aliento resonando húmedo en sus pulmones, la piel amarilleando por el veneno. Contaban a los muertos. Al menos cincuenta, quizás más. Lo llamaban una ejecución masiva, llevada a cabo por mujeres de manos firmes y corazones vacíos. Pero no sabían la verdad. No sabían cómo empezó.

El primer hombre se lo merecía. Eso era lo que nos decíamos, al menos. Eso era lo que nos susurrábamos cuando las noches se hacían largas y nuestras manos aún olían a vinagre y lejía, cuando los cuerpos estaban recién enterrados y el aire no se había despejado aún del aroma a enfermedad.

Había golpeado a su esposa tan brutalmente que perdió tres hijos antes de que siquiera respiraran. Y así, a ella le dieron algo. Un don. Una cura. Una salida. Él murió tosiendo sangre entre sus manos. Y después de eso, vinieron los demás.

Una mujer cuyo marido la encerraba en el sótano durante días enteros. Una niña cuyo padre le dejaba moratones en la garganta. Una madre cuyo hijo se había convertido en el mismo tipo de hombre que su padre.

Uno a uno, llegaron. Y uno a uno, murieron.

Al principio, era justicia. Luego, misericordia. Después, fue algo completamente distinto. Pensaban que yo era una de ellas. Quizás lo había sido. Quizás aún lo era.

Cuando vino el magistrado, cuando exhumaron los cuerpos, los alinearon, los estudiaron en busca de veneno, guardé silencio. Cuando comenzaron las detenciones, cuando la arrastraron de su casa en plena noche, no hablé. Cuando le colocaron la soga al cuello y esperaron que alguien llorara por ella, no hice nada.

El verdugo accionó la palanca. El suelo bajo sus pies desapareció. Por un instante, no cayó. Quedó suspendida, colgando entre la vida y la muerte, entre el mundo que había creado y aquel que la borraría. Solo se oía el viento que se colaba entre los árboles desnudos, silbando a través de los arcos de piedra.

Lo había visto. Y ahora, nunca podría dejar de verlo.

Años después, cuando los últimos de nosotros hayamos desaparecido, cuando el pueblo haya sido tragado por el polvo y la historia, cuando los cuerpos en el cementerio no sean más que huesos y tierra, ¿qué dirán de nosotros?

Dirán que fuimos monstruos. Dirán que fuimos asesinos, que no lloramos por los hombres que murieron en sus camas. Escribirán libros sobre nosotros. Usarán palabras como: «antinatural», «vil», «inhumano». Recordarán nuestros nombres no como esposas, ni hijas, ni sanadoras, sino como envenenadoras.

Pero no recordarán a los hombres que nos hicieron así. Nunca lo hacen.

1

LA MUCHACHA DE NAGYREV

Nací en Nagyrev, y moriré en Nagyrev.

Nuestra familia siempre ha estado aquí. Nuestro nombre está bordado en la historia de este pueblo, enterrado bajo las raíces de los árboles, tallado en las lápidas del cementerio, susurrado tanto en plegarias como en maldiciones.

Mi madre solía decir que no hay mundo más allá del río. No para gente como nosotros. Y durante mucho tiempo, le creí.

No recuerdo a mi padre. No realmente.

Recuerdo su figura, la manera en que se erguía en el umbral cuando entraba del campo, el aroma a tierra, sudor y tabaco que impregnaba sus ropas. Recuerdo el roce de su barba incipiente contra mi mejilla cuando me daba las buenas noches, el bajo retumbar de su voz al hablar con mi madre al otro lado de la mesa después de que me había acostado.

Y recuerdo el día en que se fue.

La guerra ya había comenzado, aunque yo no comprendía su significado. El pueblo se había llenado de soldados aquel verano: hombres a caballo, uniformes empapados en sudor, botas cubiertas de barro procedente de tierras muy lejanas a nuestros tranquilos campos. Habían ido de casa en casa, leyendo nombres de una lista,

llamando a los hombres sin más ceremonia que si fuesen ganado destinado al matadero.

Mi padre hizo las maletas. Mi madre no lloró. Creo que incluso entonces sabía que él nunca volvería.

Durante el primer año escribió cartas. Cartas breves, palabras sencillas, frases despojadas de calor. Mi madre las guardaba dobladas bajo el colchón, sacándolas por la noche cuando pensaba que yo dormía. Luego las cartas cesaron. Y aquello fue el final.

No hubo tumba que pudiésemos visitar. Ningún cuerpo al que llorar. Solo una ausencia que crecía con cada año. Mi madre nunca volvió a casarse. Creo que sabía que era mejor no someterse a la voluntad de otro hombre.

Era una mujer de pocas palabras y manos veloces. Sabía amasar la masa, cómo colocar un hueso roto, cómo torcer el cuello de un pollo de un solo giro. Era el tipo de mujer que podía sobrevivir a cualquier adversidad, pero nunca sin un precio.

Nunca hablaba de amor. Hablaba de trabajo, de deber, de supervivencia.

«El mundo no da a las mujeres», me dijo una vez. «Sólo toma. Y por eso, también debes aprender a tomar.»

Nunca supe si hablaba desde la experiencia o como advertencia. Quizá ambas cosas.

Tuve un hermano pequeño una vez. Se llamaba István. Era pequeño y enfermizo, nacido en medio de un invierno cruel, cuando el río estaba cubierto de hielo y la tierra demasiado dura para cavar tumbas. No sobrevivió a su segundo año.

No recuerdo mucho de él, pero sí cómo mi madre lo sostenía, cómo apretaba su diminuto cuerpo contra su pecho incluso después de que quedó inmóvil. Nunca volvimos a hablar de él después de eso. Mi madre siguió adelante como si nunca hubiera existido. Pero en las noches frías, a veces la escuchaba susurrar su nombre.

Nuestra casa era pequeña. Una habitación, una mesa, una cama. El techo se hundía; las paredes se inclinaban con el viento. El fuego nunca se apagaba del todo, pero el frío siempre encontraba la manera de colarse por las grietas.

Los estantes estaban llenos de frascos con hierbas secas, ristras de ajo colgando de las vigas para ahuyentar la enfermedad y los malos espíritus. Mi madre mantenía un crucifijo sobre la puerta, aunque nunca rezaba en voz alta. No éramos ateos, pero tampoco devotos.

«La fe no calienta el cuerpo», decía mi madre cuando el cura venía a llamar, preguntando por qué no habíamos ido a misa. «La fe no llena un vientre vacío.»

Aun así, fui bautizada. Aun así, llevaba un rosario al cuello.

Hay que tener cuidado con Dios. Mejor tenerlo cerca, por si acaso.

Había poco que hacer en el pueblo, así que aprendí a pasar el tiempo de otras maneras. Pasaba mis días junto al pozo, escuchando los susurros de las mujeres, sus historias entrelazadas con el sonido del agua que salpicaba. Aprendí qué hombres bebían en exceso, qué mujeres se estremecían cuando sus maridos hablaban, cómo observar sin ser vista. Y aprendí a escuchar sin ser notada.

La guerra terminó cuando tenía trece años. Los hombres regresaron hechos pedazos. Algunos con miembros amputados, otros con ojos que te atravesaban, como si hubieran dejado algo atrás en el campo de batalla que jamás podrían recuperar.

No todos regresaron. Algunos murieron lejos, enterrados en lugares que nunca veríamos, sus nombres escritos con tinta en telegramas que llegaban demasiado tarde, meses después. Otros simplemente desaparecieron. Mi padre fue uno de ellos.

El pueblo no fue el mismo tras la guerra. Las mujeres habían estado al mando durante demasiado tiempo. Habían aprendido a vivir sin sus maridos, y algunas no tenían interés en regresar. Pero los hombres querían que todo volviera a ser como antes. Bebían más. Pegaban con más fuerza. Y cuando los moretones reaparecían, los susurros junto al pozo cambiaban.

No más historias de hambre. No más relatos de espera. Solo palabras pronunciadas en tonos cuidadosos y mesurados:

«Ella puede ayudar.»

«Ve a verla.»

«Zsuzsanna sabe cómo arreglar cualquier problema.»

Tenía catorce años la primera vez que oí a mi madre pronunciar su nombre de aquella manera. Un nombre que no era persona, sino solución. Un nombre que no era mujer, sino fuerza.

Zsuzsanna Sárkány. La partera de Nagyrev. Y pronto sería mi maestra.

Nagyrev era un lugar pequeño. Un pueblo demasiado pequeño para aparecer en los mapas, demasiado insignificante para los reyes, demasiado distante para que las guerras lo tocaran directamente. Se hallaba en el corazón de la Gran Llanura Húngara, donde la tierra se extendía plana e interminable, un mar de trigo y cebada que se mecía bajo el viento. El río Tisza corría cerca, sus aguas oscuras serpenteando entre marismas y cañaverales, lento, traicionero bajo su superficie apacible.

No había edificios de piedra, ni grandes haciendas, ni calles empedradas. Sólo casas de madera y barro, con techos de paja, y puertas desgastadas por años de uso. El pueblo tenía una iglesia, una taberna, una plaza donde se reunían los hombres. Un lugar donde la gente nacía, vivía y moría sin poner jamás un pie más allá del horizonte.

«El mundo no nos necesita», había dicho una vez mi madre. «Y nosotros no necesitamos al mundo.»

Éramos menos de trescientos en Nagyrev. Todos conocían a todos. No había extraños, sólo personas que se habían conocido desde el nacimiento. Las mismas caras, las mismas voces, las mismas rutinas repetidas cada día, cada estación, cada año.

Los niños jugaban en los campos, persiguiéndose entre hileras de trigo más altas que ellos. Las mujeres trabajaban en los hornos, amasando con manos fuertes, removiendo guisos que llenaban el aire con el aroma del pimentón y el humo.

Los hombres —los que aún vivían— labraban la tierra, con la espalda encorvada, la piel curtida por el sol.

Era un lugar de sencillez: de trabajo, de tradición. Y de secretos.

La tierra era a la vez benigna y cruel. Los veranos eran calurosos y secos, el cielo se extendía vasto y pálido, tan abierto que parecía que podía tragarte entero. Los inviernos eran duros, el viento

cortaba las casas, se colaba por las grietas de los muros, se deslizaba bajo las mantas por la noche.

Había visto ganado morir congelado en los campos. Había visto hombres caer al hielo del río, sus cuerpos tragados por el agua negra, nunca hallados de nuevo. Había sentido el hambre de una cosecha pobre, cuando el pan se hacía más delgado, cuando los guisos tenían más agua que carne, cuando las plegarias del sacerdote por misericordia quedaban sin respuesta.

Era un lugar que no perdonaba la debilidad. Y, sin embargo, era hogar.

Más allá de Nagyrev, había otros pueblos, pero ninguno que nos importara.

Hacia el oeste se hallaba Tiszafüred, más grande, más próspera, donde la gente vestía abrigos con botones que relucían al sol y botas que no se calaban bajo la lluvia. Al norte se encontraba Szolnok, lugar de mercados y trenes, donde el mundo parecía más vasto, donde la guerra se había sentido con mayor intensidad, por donde los soldados pasaban rumbo al frente y jamás regresaban.

Pero Nagyrev permanecía igual. Inmutable. Olvidada. Salvo para aquellos que conocían sus secretos y para quienes los sepultaban.

Siempre había pensado que moriría en Nagyrev. Que me casaría con uno de los muchachos del pueblo, tendría hijos, y cuidaría un hogar semejante al que me había visto crecer. Pero ahora mi rumbo había cambiado y no moriría como había imaginado.

2

EL HUÉRFANO DE NAGYREV

Yo aún no había nacido cuando Zsuzsanna Sárkány llegó a vivir a Nagyrev, pero no había rincón de su historia que no hubiese escuchado para cuando tuve edad de entender susurros.

Algunas de las ancianas aseguraban que la habían dejado en el bosque siendo un bebé, envuelta en una manta manchada de sangre bajo las raíces retorcidas de un olmo. Otras decían que era la hija ilegítima de la aventura de un noble, abandonada a morir pero rescatada por las manos del destino.

Pero la verdad era más sencilla.

Había nacido como todos nosotros, en la tierra y la lucha, su madre una curandera que sabía demasiado: que recogía raíces y las machacaba en ungüentos, que susurraba conjuros sobre los vientres de las mujeres para asegurarse de que no concibieran.

Y eso, creo, es donde todo comenzó. Con una mujer que sabía cosas que no debía saber.

La madre de Zsuzsanna, según todos, era una mujer temible. No se arrodillaba en la iglesia, no hablaba dulcemente a los hombres, no bajaba la mirada cuando pasaba el cura del pueblo. Se movía con la aguda confianza de quien no necesita disculparse por su existencia.

Y durante un tiempo, el pueblo la toleró, porque era útil. Curaba fiebres. Asistía partos en la noche cerrada. Colocaba huesos rotos con manos seguras y firmes. Daba a las mujeres lo que necesitaban cuando ellas no podían obtenerlo por sí mismas.

Pero la utilidad sólo alcanza hasta cierto punto. Basta un error. Un hombre, demasiado rico, demasiado importante, hallado muerto en su cama. Dijeron que fue ella. Que había echado algo en su vino, que había susurrado una maldición sobre su nombre. Y una mañana, ella desapareció.

El pueblo no habló de lo que le había ocurrido.

Se decía que había huido al bosque, que había sabido lo que se avecinaba y escapó antes de que pudieran atarle una soga al cuello. Otros juraban que la habían arrastrado de su casa en plena noche, que su cuerpo fue arrojado al río, engullido por la corriente negra e infinita del Tisza.

Pero la única verdad que importaba era que dejó atrás a una criatura. Zsuzsanna tenía doce años cuando su madre desapareció. Una niña sin hogar, sin amparo, sin un nombre que nadie quisiera pronunciar en voz alta.

La comadrona, Borbála, la acogió, pero no por bondad. Borbála era vieja, estaba cansada, y necesitaba manos que aún tuvieran fuerza. Le dio a Zsuzsanna un rincón en la casa para dormir, una manta delgada y un plato de sopa a cambio de trabajo. Así que trabajó.

Iba al pozo a buscar agua al amanecer, con los brazos doloridos por cargar los cubos por el sendero de tierra, las asas de madera frotándole ampollas en las palmas. Lavaba sábanas empapadas en sangre de partos, con las manos enrojecidas por el fregado. Molía hierbas hasta convertirlas en polvo, con las yemas de los dedos teñidas de verde y marrón, el aroma amargo pegado a la piel sin importar cuánto se lavara.

Aprendió deprisa. Observaba las manos de Borbála: cómo se movían, cómo calmaban, cómo mandaban.

Vio cómo las mujeres acudían a ella en secreto, cómo susurraban en voz baja cuando el sacerdote no miraba, cómo depositaban

monedas en su palma por medicinas que sus maridos nunca aprobarían.

Vio lo que ocurría cuando no había ayuda. Vio mujeres desangrarse en la oscuridad, solas. Vio cómo los hombres se reían cuando sus esposas lloraban porque no podían tener otro hijo. Y poco a poco, el pueblo empezó a olvidar quién había sido antes. Ya no era la hija de una mujer muerta. Era algo útil. Y en Nagyrev, eso era lo único que mantenía viva a una mujer.

Cuando yo nací, Zsuzsanna ya era la comadrona. Había tomado el lugar de Borbála mucho antes de que la anciana muriera, y se había convertido en una figura tan fija en el pueblo como el pozo, la iglesia, o el propio río.

Ella conocía cada nacimiento. Cada muerte. Había asistido el alumbramiento de cada niño en la aldea, los había colocado en los brazos de sus madres, les había susurrado en sus primeros instantes de vida. Y, sin embargo, nunca tuvo hijos propios.

Algunos decían que estaba maldita. Que los pecados de su madre se habían prolongado, que Dios había cerrado su vientre como castigo. Otros afirmaban que ella misma lo había provocado. Que había usado sus propias medicinas. Que eligió su libertad.

Y si eso era cierto —si Zsuzsanna Sárkány había contemplado el mundo tal como era, las vidas que las mujeres se veían obligadas a vivir, y decidió no traer otra niña a él— entonces creo que fue la única de nosotras verdaderamente libre.

Las mujeres la respetaban. Los hombres la toleraban. Y el sacerdote, él la temía. Nunca lo dijo abiertamente, por supuesto. Pero recuerdo cómo la miraba al pasar, sus labios apretados en una línea delgada y desangrada, sus dedos temblorosos sobre las cuentas del rosario.

Sabía lo que todos sabíamos, lo que nunca pronunciábamos en voz alta. Que hay mujeres que no están hechas para ser domadas. Que hay mujeres que no se arrodillan. Y que Zsuzsanna Sárkány era una de ellas.

Se casó una vez, con el hijo de un carnicero. Su nombre era László, aunque ya nadie lo pronunciaba. Al principio, él era simplemente indiferente. No le importaba lo que ella hiciera, siempre

que hubiera comida en la mesa, siempre que no lo avergonzara delante de los otros hombres. Pero con el tiempo, el resentimiento creció. Ella era más respetada que él. Era necesaria. Y a los hombres no les gusta una mujer que no los necesita.

La primera vez que la golpeó, ella no lloró. La segunda vez, no se inmutó.

La última vez, él murió.

Algunos en la aldea decían que estaba enfermo. Que había contraído una fiebre por un cerdo sacrificado, que sus entrañas se habían podrido. Otros decían que había sido ella. Que había mezclado algo en su sopa, algo que nadie pudo rastrear.

Pero nadie formuló demasiadas preguntas. Porque en las semanas que siguieron a su entierro, Zsuzsanna parecía más radiante. Más liviana. Y aún era necesaria. Había aprendido la lección más importante de todas.

Que, a veces, una mujer debe tomar las riendas de su vida. Y en ocasiones, debe hacerlo en silencio.

3

LA FORMACIÓN DE UNA PARTERA

No había caminos que salieran de Nagyrev.

No caminos verdaderos, al menos. Existía el sendero de tierra que conducía al río, las delgadas y serpenteantes sendas que se perdían en los pantanos, los caminos que tomaban los hombres cuando conducían sus carros al mercado. Pero no había caminos que llevaran a lugares más allá de lo que conocíamos, más allá de los campos y los bosques y los rincones callados y olvidados del mundo donde mujeres como nosotras vivían y morían.

Zsuzsanna Sárkány nunca abandonó Nagyrev. Ni una sola vez. Y, sin embargo, sabía más del mundo que la mayoría de los hombres que habían cabalgado por el pueblo, fingiendo ser eruditos, soldados, sacerdotes.

Había visto todo. Había visto la vida nacer en los rincones más oscuros de casas iluminadas sólo por la suave luz de las velas. Había visto a mujeres arquear la espalda de dolor, sus dedos arañando las sábanas, los dientes apretados contra la fuerza insoportable que desgarraba sus cuerpos. Las había oído clamar por piedad, por la muerte, por la salvación—y las había visto callar cuando comprendían que no quedaba más que soportar.

Había observado cómo la muerte se deslizó en la habitación sin un sonido, fría y paciente. La clase de muerte que espera hasta que

los gritos cesan, hasta que el sudor en la frente de una mujer se vuelve pegajoso, hasta que su aliento se vuelve entrecortado y superficial, hasta que su agarre se afloja, hasta que el niño, ensangrentado y gimiente, es colocado en los brazos de otra mujer mientras la madre yace quieta, inmóvil.

Había sido testigo de mujeres que sobrevivían al parto sólo para morir días después, arrebatadas por fiebres que ninguna oración podía curar. Había visto a hombres deambular fuera de sus hogares mientras sus esposas sufrían dentro, fingiendo preocupación, fingiendo cuidado, incluso mientras bebían y bromeaban entre ellos, como si sus mujeres no fueran más que ganado esperando parir.

Había visto lo que los hombres nunca veían. Lo que nunca les importó ver. El dolor. La sangre. La pura voluntad de sobrevivir.

Aprendió de Borbála cuáles hierbas podían persuadir a un niño terco para que abandonase el vientre y cuáles podían acabar con un embarazo antes de que echase raíz. Aprendió a apoyar el oído contra el vientre de una mujer y escuchar; la vida, o la ausencia de ella. Aprendió cuándo hablar en susurros, cuándo mostrarse firme, cuándo decir la verdad y cuándo mentir.

Aprendió algo más también. Algo más importante. Aprendió que el mundo no era benigno con las mujeres.

No se compadecía de su sufrimiento, de su sacrificio, de las maneras en que se doblaban en formas antinaturales para sobrevivir. No le importaba cuando daban a luz hijo tras hijo, sangrando y quebrantadas bajo el peso de ello. No le importaba si vivían o morían. Y así, Zsuzsanna decidió que ella tampoco se compadecería de él.

Cuando contaba quince años, había presenciado más partos que la mayoría de las mujeres en toda su vida. Había visto cómo los niños se escapaban del vientre demasiado pronto, con sus deditos torcidos como flores secas, la piel azulada y fría antes de que sus madres pudieran siquiera sostenerlos. Había visto bebés nacer sanos, con llantos fuertes y sonoros, solo para ser enterrados semanas después, tras una tos que se los llevó en la noche.

Sabía lo que sucedía cuando no había partera, ni curandera, ni manos que supieran detener la sangre, ni coser un cuerpo

desgarrado. Y había visto lo que ocurría cuando no había ayuda alguna.

Había oído los susurros, aquellos sobre mujeres que ahogaban a sus recién nacidos en el río, las que abandonaban a sus infantes en el bosque cuando nadie miraba. Había contemplado a madres con demasiadas bocas que alimentar, llorar en sus manos, maldiciendo las vidas que les habían sido dadas, maldiciendo al Dios que las había hecho no más que recipientes de sufrimiento.

Y pese a toda la vida que había traído al mundo, aprendió algo más.

Cómo detenerla antes de que comenzase.

Ella tomó el relevo de Borbála antes incluso de que la anciana muriera. Borbála se había debilitado con la edad, sus manos rígidas, la vista nublada, los movimientos lentos. Era Zsuzsanna quien hacía el verdadero trabajo, en quien las mujeres confiaban. A ella la llamaban en mitad de la noche, cuando los dolores llegaban demasiado pronto, cuando el sangrado no cesaba, cuando las oraciones susurradas en la oscuridad quedaban sin respuesta.

Y cuando Borbála finalmente falleció, nadie dudó quién debía ocupar su lugar. Lo había ganado. Ni siquiera los hombres discutieron, porque también la necesitaban.

Cuando nacían sus hijos, cuando sus esposas enfermaban, cuando sus huesos se rompían en los accidentes del campo, eran sus manos las que los mantenían con vida. Pero la utilidad no equivalía a aceptación.

La toleraban. La vigilaban. El sacerdote la advertía que no se excediera. Ella nunca le respondía, solo sonreía. Y creo que fue entonces cuando él comenzó a temerla.

Las mujeres dependían de ella para más que solo el parto. Enderezaba huesos rotos, extraía dientes podridos, hervía corteza de sauce para aliviar las fiebres. Siempre llevaba una bolsa de hierbas secas atada a la cadera, el aroma de lavanda y ajenjo impregnando sus ropas. Pero ella era más que una curandera. Era guardiana de secretos.

Sabía qué hombres gastaban en alcohol el dinero destinado a sus familias. Sabía qué mujeres ocultaban moretones bajo sus ropas,

cuáles se estremecían cuando sus maridos alzaban la mano con demasiada rapidez. Sabía qué muchachas habían sido forzadas a rincones oscuros, cuáles habían llorado en sus almohadas por la noche, rezando para no sentir el primer malestar de un hijo en gestación.

Sabía quiénes habían intentado ahogar a sus recién nacidos en el río cuando nadie miraba. Sabía qué hijos no eran realmente de sus maridos. Sabía todo. Porque el pueblo le susurraba. Y Zsuzsanna Sárkány escuchaba.

Durante años, ella fue simplemente la comadrona. Aún no poseía el poder que llegaría después. Pero observaba. Y aprendía. Esperaba. Y un día, cuando llegara el momento oportuno, decidiría cómo emplear lo que sabía.



Zsuzsanna tenía veintitrés años cuando le dijeron que debía casarse. No fue una sugerencia. Para entonces, llevaba dos años ejerciendo como comadrona del pueblo. Había tomado el lugar de Borbála con serena certeza, había construido algo parecido a una vida para sí misma: una vida que no tenía que compartir, una vida que era sólo suya.

Pero las mujeres no estaban destinadas a vivir solas. No por mucho tiempo.

Al principio, se susurraba: ¿por qué no se había casado? No era fea, ni coja, ni pobre. Era inteligente, de manos firmes, respetada, una mujer que había ganado su lugar entre ellos.

Pero no tenía padre, ni hermanos, ni un hombre que hablara por ella. Y eso, decidió el pueblo, era antinatural.

Rechazó las primeras propuestas.

Las mujeres mayores acudían a ella, sonriendo, persuadiéndola, diciéndole que necesitaba un marido que la protegiera. El sacerdote la apartó tras la misa dominical, con voz que fingía paciencia, diciéndole que no era propio que una mujer viviera sin un hombre. A todos los ignoró.

Por un tiempo, pareció que podría salir victoriosa. Pero al pueblo no le gustaban las mujeres que se negaban a ser dominadas. La presión aumentó. Los hombres comenzaron a mirarla de otro modo. No con curiosidad, sino con sospecha.

Y cuando una vaca apareció muerta en su prado una mañana, con la boca espumosa, los ojos negros y saltones, murmuraron su nombre. Cuando un resfriado se extendió por el pueblo aquel invierno, llevándose a tres niños, miraron sus manos. Cuando una mujer perdió un embarazo en plena noche, el niño inmóvil y azul antes siquiera de respirar, susurraron: quizá la comadrona lo quiso así.

Entonces comprendió lo que su madre debió haber sentido. El lento giro de la marea. El instante en que la utilidad ya no bastaba. No les daría motivo para expulsarla. No cometería el mismo error. Y así, cuando le dijeron que se casaría con László Barta, el hijo del carnicero, dijo que sí.

La boda se celebró en la iglesia del centro del pueblo. Era una construcción gris de piedra, encorvada contra el viento, sus muros cubiertos de moho y hollín. En el interior, el aire olía a sebo derretido, madera mohosa e incienso rancio. Los bancos, tallados hacía mucho por manos ya enterradas, estaban oscurecidos por generaciones de cuerpos que se habían apoyado en ellos.

El altar estaba desnudo salvo por una única cruz de hierro, con óxido floreciendo en sus esquinas. Un puñado de velas se movía contra la penumbra, su cera goteando en hilos irregulares.

Era invierno. El suelo afuera estaba helado, el río lo bastante sólido para sostener la carga de un caballo. Los árboles se erguían desnudos y austeros, sus ramas quebradizas contra el cielo.

El vestido de Zsuzsanna era sencillo, un lino blanco humilde, prestado de una viuda cuyo marido había muerto la primavera anterior. Había cosido encaje nuevo en las mangas para ocultar donde la tela se había desgastado, y el dobladillo se había alargado para adaptarse a su estatura, aunque aún quedaba justo por encima del suelo.

Las mujeres habían trenzado romero seco y lavanda en su cabello; no por belleza, sino por protección. Para ahuyentar la mala

suerte, los malos augurios, los hombres perversos. Pero aquí no había protección para ella.

La iglesia estaba llena, como se esperaba. Todo el pueblo había acudido para presenciar la boda, no por afecto, sino porque era un acontecimiento, un espectáculo.

El sacerdote se erguía ante ellos con su sotana negra, sus ojos hundidos profundamente en el cráneo, sus labios delgados apretados en algo que pretendía parecer una sonrisa, pero no lo era.

László estaba a su lado, con los hombros cuadrados, el semblante firme y la mandíbula apretada. Se había afeitado esa mañana, pero una mancha de sangre seca mancillaba el borde de su barbilla donde la cuchilla le había rozado. No le sonrió. No tomó su mano. Sólo miraba al frente, esperando.

La ceremonia fue breve. No era día para indulgencias. No hubo música, ni cantos en alabanza al amor. El sacerdote pronunció las palabras con rapidez, su voz seca y quebradiza, como si no se molestara en hacer que sonaran a bendición.

«¿Aceptas a este hombre?»

«Sí, acepto.»

«¿Aceptas a esta mujer?»

«Sí, acepto.»

Nada de poesía. Nada de ternura. Sólo obligación.

Después, el pueblo se reunió en el granero tras la carnicería de la familia de László.

Oloraba a heno, a humo, a sangre. Las mesas eran toscas, dispuestas con cuencos de madera y hogazas de pan tan duras que podrían romper los dientes a un hombre. El carnicero había reservado un cerdo para la ocasión, y su cuerpo asado yacía dispuesto para que lo partieran.

Se sirvió vino. Demasiado. Los hombres bebían rápido y hablaban en voz alta, sus voces llenaban las vigas. Sus rostros ya estaban enrojecidos, ya brillaban de sudor, ya mostraban descuido en la forma en que sus manos tocaban a sus esposas. Las mujeres comían sin hablar. Zsuzsanna no dijo ni una palabra.

Se sentó junto a László, observando la sala, observando cómo las mujeres miraban a sus maridos, cómo sus ojos se volvían hacia ella

y luego se apartaban con igual rapidez. Se esperaba el primer baile. László tomó su mano, con un agarre demasiado fuerte, el aliento caliente por la bebida, y la condujo al centro de la sala. El violinista tocaba una melodía lenta y nasal, y dieron una vuelta, dos, tres, antes de que él la soltase.

La noche avanzó. László bebió más. Rió con más fuerza. Y cuando se marcharon, las estrellas empezaban a desvanecerse ante el alba.

Su casa era pequeña, pero era suya. O al menos, lo había sido. Había vivido allí sola antes de casarse con él. Ahora, había dos tazas sobre la mesa, dos pares de botas junto a la puerta, dos almohadas en la cama.

László cerró la puerta tras ellos con un portazo. No pronunció palabra. No hacía falta. Ella ya sabía cómo terminaría aquella noche.

Permaneció allí un instante, escuchando el viento azotar las contraventanas, con las manos reposando a los costados, el cuerpo inmóvil. László se quitó las botas, el abrigo, el cinturón ceñido a la cintura. No le pidió que se desnudase. Simplemente la tomó, desatando los cordones de su vestido con manos que nunca habían sido tiernas.

Ella se dejó llevar. Permitió que sucediera. Dejó que la noche la envolviese, como había envuelto a tantas otras antes que ella.

La primera vez que la golpeó, no lloró. La segunda, no se estremeció. La tercera, empezó a tramar. Sabía que él moriría antes que ella.

No sabía aún cómo ni cuándo, pero lo sabía con la certeza con que se sabe cuándo el vientre de una mujer no se abrirá, con la certeza con que se sabe cuándo un niño no llorará.

Y un día, cuando estuviese preparada, actuaría.

4

LA GUERRA LO CAMBIA TODO

László se había marchado antes de la primera helada.

La guerra había llegado de repente, extendiéndose por Europa como una enfermedad sin remedio. Comenzó en el verano de 1914, cuando un hombre lejos de Nagyrev, un nacionalista serbio, disparó una sola bala contra un archiduque y sumió a toda Europa en la contienda.

Hungría, ligada a Austria en un imperio incómodo, no tuvo más remedio que luchar. El rey y los generales en Budapest juraron que sería cosa de poco tiempo. Una victoria para la gloria de la nación.

Pero la guerra no se preocupa por la gloria. Devora.

Cuando el Ejército Real Húngaro llegó a Nagyrev, la guerra ya era una bestia voraz y creciente, que engullía a los jóvenes como el grano en la cosecha. Los soldados marchaban por el pueblo con las botas cubiertas del barro de campos de batalla extranjeros, los rostros demacrados, los uniformes rígidos por el hedor de la sangre y el sudor.

Portaban listas, nombres de todos los hombres aptos para combatir.

László intentó protestar.

«Tengo un negocio», les dijo, con los brazos cruzados sobre su ancho torso. «¿Quién lo dirigirá si me voy?»

El oficial apenas alzó la vista.

«No importa.»

Y así quedó. En pocos días, se fue, junto con la mayoría de los otros hombres del pueblo.

Nagyrev se convirtió en un pueblo de mujeres. Y por primera vez en su vida, Zsuzsanna pudo respirar.

Al principio, el pueblo lloraba a sus hombres ausentes. Las mujeres se reunían en el pozo, retorciéndose las manos, hablando en voz baja y urgente. Se preocupaban por sus maridos, sus hijos, sus hermanos, imaginándolos en trincheras llenas de barro y ratas, en campos sembrados de cadáveres, en hospitales donde las heridas superaban a los médicos.

Los periódicos hablaban de heroísmo, de batallas ganadas, de territorios conquistados. Pero las cartas que llegaban contaban otra historia.

Hungría estaba perdiendo. Miles de hombres muertos, miles más heridos, muriendo en lugares cuyos nombres ni siquiera podían pronunciar.

Algunas mujeres encendían velas en la iglesia, rezando por el seguro regreso de sus maridos. Otras rezaban para que la guerra durase para siempre. El tiempo pasó y con él, el miedo se desvaneció. El pueblo cambió. Sin hombres, había menos que temer.

No había puños golpeando las mesas, ni gritos ebrios que resonaran en la noche. Ni ojos que observaran demasiado de cerca, esperando obediencia. Las mujeres no se consumieron en el duelo. Prosperaron.

Trabajaban los campos por sí mismas, cuidando las cosechas con manos que siempre habían conocido el trabajo. Vendían lo que podían en el mercado, guardaban lo necesario, compartían lo sobrante. Por primera vez, el dinero que ganaban les pertenecía. Se sentaban en sus mesas sin esperar a ser servidas al final. Podían hablar con libertad, sin oídos masculinos escuchando, sin temperamentos varoniles dictando qué palabras eran aceptables.

Y por primera vez en su vida, Zsuzsanna no tenía que rendir cuentas a nadie.

El médico había partido a la guerra, dejando sólo a ella. Enderezaba huesos rotos, cosía heridas, mantenía vivo al pueblo. Su hogar se convirtió en un lugar de reunión, no sólo para partos, sino para encuentros, susurros, planes.

Las mujeres acudían a ella con sus historias. No de guerra, sino de alivio.

"Es mejor sin ellos", dijo una mujer, amasando pan entre sus manos. "Ahora como más que nunca antes."

"No hay quien me levante la mano", añadió otra, alzando la barbilla por primera vez en años. "Nadie que se beba mis ganancias."

"¿Y si nunca regresan?"

Las palabras fueron un susurro, pero calaron hondo en la estancia.

Nadie habló en contra.

Porque todas lo habían pensado. Porque todas lo habían deseado.

Y Zsuzsanna simplemente escuchaba. Y recordaba. Porque cuando la guerra terminara, y los hombres regresaran, esperarían que todo volviera a ser como antes. Y eso no podía permitirse.



La guerra no terminó de un solo golpe.

Los periódicos la llamaban victoria, pero no se sentía como tal.

Terminó hecho pedazos: un rumor, una carta, un soldado cojeando de regreso a casa con medio pierna y la mirada vacía. La guerra se había prolongado durante cuatro largos años, tiempo suficiente para que el mundo cambiara, y cuando los hombres finalmente regresaron, esperaban volver al hogar que habían dejado atrás.

Pero no fue así. La guerra se había perdido mucho antes de que los oficiales lo admitieran.

Para el otoño de 1918, Austria-Hungría se desmoronaba. El imperio se fracturaba por las costuras, sus soldados desertaban en masa, las provisiones escaseaban, y su pueblo se amotinaba en las

calles. La guerra había devorado una generación entera, y lo que quedaba ya no era lo bastante fuerte para sostener el imperio.

Los periódicos aún hablaban de honor, de sacrificio, del deber hacia el rey. Pero quienes habían estado en el frente conocían la verdad.

Habían visto las trincheras llenas de cuerpos que jamás serían enterrados. Habían atravesado pueblos convertidos en escombros, ciudades despojadas por bombas y fuego. Habían contemplado cómo sus compañeros soldados, muchachos apenas con edad para afeitarse, caían vencidos por el hambre, la enfermedad, por aquel tipo de agotamiento que hacía que incluso la muerte pareciera un alivio.

Y en noviembre, todo terminó. Hungría se separó de Austria. La monarquía se desplomó. El nuevo gobierno firmó el armisticio. La guerra había acabado. Pero para los hombres que la combatieron, no hubo victoria. Solo hubo retorno.

Los primeros hombres llegaron en el otoño de 1918, justo cuando los árboles empezaban a tornarse. Venían flacos y quebrantados, con uniformes harapientos, botas sujetas con retazos de cuero y alambre. Algunos habían sido heridos, con brazos ausentes, piernas aplastadas bajo el peso de trincheras derrumbadas. Algunos habían sido prisioneros de guerra, regresando no como vencedores, sino como fantasmas.

Algunos habían visto cosas que jamás podrían olvidar. Algunos habían hecho cosas que nunca podrían admitir. Pero todos tenían algo en común. Estaban llenos de ira.

No todos regresaron a casa. Algunos fueron sepultados en tumbas sin nombre, en campos lejanos a Nagyrev, lejos de cualquier lugar que recordara sus nombres. Algunos murieron en combate, sus cuerpos nunca recuperados. Otros se consumieron en el frío de los campos de prisioneros rusos, sus cartas cesaron sin explicación, y sus esposas aguardaban noticias que jamás llegaron.

Para estas mujeres no hubo consuelo. No hubo cuerpo que enterrar. No hubo funeral al que asistir. No hubo certeza. Algunas se aferraban a la esperanza.

«Quizá aún regrese a casa», decían. «Quizá esté caminando hacia mí ahora mismo.»

Otras sabían la verdad. Eran quienes no encendían velas por sus maridos en la iglesia. Las que no lloraban. Las que se mantenían un poco más erguidas. Para ellas, la guerra les había otorgado algo distinto. Libertad.

Los hombres habían sufrido. Pero también las mujeres.

Solo que su sufrimiento no provenía de los campos de batalla ni de las balas. Venía del hambre, de la penuria, de aprender a vivir sin los hombres que durante tanto tiempo las habían gobernado. Y eso, más que nada, era lo que los hombres no podían aceptar. Porque las mujeres no habían estado esperando. No habían rezado para que sus maridos regresaran y retomaran la carga de sus vidas. Habían estado viviendo. Y les había ido bien.

Zsuzsanna supo desde la primera noche que nada volvería a ser igual.

Había visto a los primeros hombres bajar por el camino, cojeando, amargados, con los ojos recorriendo el pueblo como si éste los hubiera traicionado. Esperaban regresar a casa como reyes. En cambio, volvieron a un lugar donde ya no se les necesitaba.

Lo vieron en sus esposas. En cómo ya no se estremecían, en cómo sus manos se habían fortalecido con el trabajo, en cómo ya no se encogían ante ellos como antes. Lo vieron en sus hogares. Cómo se había cambiado la disposición de los muebles, cómo los niños ya no los buscaban primero, cómo las mujeres se movían como si fueran capaces de tomar decisiones por sí mismas. Lo vieron en Zsuzsanna. Y la odiaron por ello.

László regresó a casa en diciembre. Zsuzsanna había sabido que aquello acabaría sucediendo. Por supuesto, había deseado que muriera. Había esperado que la guerra hiciera lo que ella aún no se había atrevido a hacer. Pero László siempre había sido demasiado terco para morir con facilidad. Cuando cruzó el umbral de su hogar, no la saludó.

Primero miró a su alrededor. A la cocina, a las estanterías, a la mesa que durante años había sido solo suya. Observó el espacio vacío donde deberían estar sus botas, la ropa que ella había

quemado hacía tiempo, la cama que solo había conocido el calor de su cuerpo. Y entonces, la miró a ella.

«¿Me echaste de menos?», preguntó.

Ella no respondió. Porque ambos ya conocían la verdad.

Los hombres resentían su ausencia. Pero resentían aún más la supervivencia de las mujeres. Y así, comenzaron a recuperar lo que creían que les pertenecía. Bebían más. Golpeaban con más fuerza. Obligaban a sus esposas a doblegarse ante ellos, como si eso les hiciera olvidar los años que habían pasado sin ellas.

Zsuzsanna vio cómo volvían los moretones. Vio a las mujeres caminar de nuevo con la mirada baja. Presenció cómo la libertad se desvanecía. Y supo, en lo más profundo de sus huesos, que algo debía cambiar.

5

LA PRIMERA MUERTE

László resistió seis meses. Seis meses de bebida. Seis meses de ira. Seis meses recordándole, una y otra vez, que ella le pertenecía.

Había regresado de la guerra siendo un hombre que lo había perdido todo: su fuerza, su confianza, su dominio sobre el mundo. Esperaba volver a Nagyrev y encontrarla intacta, esperándole, inmutable. Pero la encontró. Aún erguida. Aún entera. Aún Zsuzsanna. Y no pudo soportarlo.

Los golpes comenzaron siendo leves. Una bofetada cuando ella no respondía con suficiente rapidez. Un empujón cuando se negó a darle el último trozo de pan. Luego, los puños.

La golpeaba cuando estaba borracho. Y siempre estaba borracho.

Los hombres ya no tenían nada; ni trabajo, ni propósito, ni guerra que librar. Pasaban los días en la plaza del pueblo, bebiendo, maldiciendo el nuevo mundo al que habían regresado, escupiendo a las mujeres que habían aprendido a vivir sin ellos. Y por la noche, volvían a casa y descargaban su amargura sobre sus esposas. László no era diferente.

Zsuzsanna había curado moretones antes. Había visto huesos rotos, labios partidos, mujeres apenas capaces de mantenerse en pie por el daño que sus maridos les habían infligido. Pero nunca había sido ella quien sangraba. Nunca había sido ella quien estaba

junto al pozo con la mejilla hinchada, mientras las otras mujeres la miraban con lástima. Y no lo sería.

Esperó. Fue paciente. Sabía cómo esperar su momento, cómo dejar que las cosas siguieran su curso. Lo había aprendido observando a las mujeres trabajar. Algunos dolores deben ser soportados. Algunas luchas deben llevarse hasta el final. Y algunas cosas deben hacerse despacio.

Lo alimentó bien aquella primavera. Mantenía su copa llena de caldo tibio, su plato cubierto de guisos sustanciosos. Hablaba en voz baja. Le dejó creer que había ganado. Y entonces, una noche, preparó algo especial.

Una comida contundente. Un trozo de cerdo, cocido a fuego lento durante horas, sazonado justo como a él le gustaba. Una copa de vino para acompañar.

Y en ese vino, algo más. Algo claro. Algo inodoro que no actuaría con rapidez, que no le despertaría sospechas. Algo que se asentaría en su sangre como una maldición que avanza lentamente.

Pasó una semana. Al principio, sólo parecía cansado. Sus miembros se sentían torpes y su apetito menguaba. Luego vino la náusea. Luego el sudor. Luego la fiebre. Se debilitaba cada día que pasaba. Y ella observaba cómo su piel se tornaba amarillenta, cómo su aliento se volvía dificultoso, cómo su cuerpo, antaño fuerte, se desplomaba sobre sí mismo como una fruta podrida.

El médico del pueblo aún no había regresado de la guerra. No había nadie a quien hacer preguntas, nadie que la sospechara. Y nadie lloró. Porque cuando László Barta murió, el pueblo no lloró.

Su cuerpo fue enterrado con rapidez. La tierra lo recibió sin protestar. Y Zsuzsanna, ella no lloró. No se estremeció. No miró atrás. Porque por primera vez en su vida era libre.



La muerte de László no cambió al pueblo. No de ninguna manera que importara.

Los hombres bebían igual, golpeaban igual. Uno menos no hacía diferencia. Si hablaban de él, era de pasada, murmurando entre jarras de cerveza, como si simplemente hubiera dejado de existir en vez de haber muerto.

«Nunca fue el mismo después de la guerra.»

«Algunos hombres simplemente no vuelven bien.»

«Una fiebre se lo llevó. Sucede.»

Nadie hacía preguntas. Porque las preguntas traían respuestas y las respuestas implicaban reconocer algo que nadie quería decir en voz alta. El pueblo estaba mejor sin él.

Yo era sólo un niño cuando murió László Barta, pero aún recuerdo el día en que lo enterraron. El funeral fue pequeño, apresurado, como si el mismo pueblo no quisiera demorarse demasiado en él. El sacerdote dio su bendición con la voz cansada que usaba para todo, sus dedos temblando sobre el rosario, su aliento empañando el frío aire de la mañana.

Me mantuve en silencio. Porque ya entonces había comenzado a notar cosas. Había crecido observando.

Observaba cómo las mujeres se erguían un poco más cuando sus maridos no estaban en casa; cómo se demoraban en el pozo, hablando en voz baja, sus dedos retorciendo las faldas, una excitación contenida en sus palabras. Observaba cómo algunas de ellas—las que llevaban moretones, las que siempre habían sido calladas, siempre retraídas, siempre disculpándose—comenzaban a cambiar.

Reían más. Se movían de otro modo. Más ligeras. Más libres. Y sus maridos, ellos también eran los que cambiaban. Porque uno a uno, los hombres de Nagyrev comenzaron a morir.

Las mujeres, sin embargo, comprendieron. Acudían a Zsuzsanna en silencio al principio. Sin hablar directamente, pero con la mirada, con las manos temblorosas al tomar las suyas.

Una viuda con un moretón oculto bajo la manga. Una madre con un niño aferrado a ella, susurrándole que no podría sobrevivir a otro. Una esposa cuyo marido había sido cruel antes de la guerra, y peor después de ella. No suplicaban. No lloraban. Sólo se sentaban en su cocina, con las manos rodeando tazas tibias de té, y esperaban. Y

cuando ella les entregaba una pequeña botella, clara, delicada, cuyo contenido brillaba a la luz de las velas, la aceptaban sin decir palabra.

Y uno a uno, los hombres de Nagyrev comenzaron a morir. No fue todo de golpe. No lo suficiente para alarmar a nadie. No lo suficiente para que lo notaran quienes no sabían dónde mirar. Pero las mujeres lo sabían.

Zsuzsanna nunca preguntó por qué. Nunca preguntó qué habían hecho sus maridos, qué crueldad final las había llevado a su puerta. Ella ya lo sabía. Porque lo había vivido. Había sangrado por ello. Había matado por ello. Y lo haría de nuevo.

No era asesinato. Era misericordia. Era bondad. Era justicia en la única forma que el mundo permitía a las mujeres adoptar. Y Zsuzsanna ya no estaba sola. Porque ahora, las mujeres de Nagyrev también aprendían. Y pronto no la necesitarían en absoluto.

6

LA FUERZA IMPARABLE

Al principio, el veneno era un susurro. Un secreto transmitido de mujer a mujer en cocinas oscuras, junto al pozo, en los estrechos senderos entre casas donde los hombres nunca se demoraban.

«Ve a verla.»

«Ella ayudará.»

«No dolerá.»

Sólo se usaba en los casos más desesperados. Para los hombres que volvían a casa peor que antes, para aquellos que bebían demasiado, golpeaban con furia, tomaban demasiado de sus esposas y las dejaban sin nada.

Pero la desesperación tiene una manera de extenderse. Y pronto, el veneno también.

Tenía catorce años la primera vez que oí a una mujer pronunciar el nombre de Zsuzsanna como una plegaria. Había estado junto al pozo, equilibrando un cubo entre las rodillas, escuchando cómo las mujeres del pueblo hablaban en tonos cuidadosos y medidos. No debía escuchar, pero siempre escuchaba.

«Sucedió rápido», decía una mujer. Llevaba un chal apretado alrededor de los hombros, los dedos aferrando la tela como si temiera que alguien se la arrebatase. «Un día, él era fuerte. Al siguiente, no era nada.»

«Dios obra de maneras extrañas», murmuró otra.

La primera mujer no la miró.

«Quizá no fue Dios.»

Entonces bajé la mirada, fingiendo no oír, fingiendo no entender lo que decían. Porque ya había empezado a comprender.

No era como Zsuzsanna. Había nacido en una vida común, con una madre que horneaba pan cada mañana y un padre que trabajaba en los campos. Nuestra casa era pequeña pero limpia. Una sola habitación donde el fuego nunca se apagaba del todo, donde el aroma de hierbas secas se adhería a las paredes, donde mi madre canturreaba suavemente mientras amasaba la masa.

Mi padre era un hombre silencioso. No era cruel. No como los demás. Bebía, pero no en exceso. A veces gritaba, pero nunca golpeaba.

Supe, incluso siendo niña, que tenía suerte. También sabía que la suerte no dura para siempre. Algunas de las muchachas con las que había crecido ya estaban casadas. Las habían entregado a hombres el doble de su edad, hombres que apestaban a sudor y cerveza, hombres que, tras cada sangrado, apretaban las manos de sus esposas contra sus vientres, susurrándoles que les darían hijos.

Había visto lo que el matrimonio podía hacerle a una mujer. Había visto cuán pronto le arrebataba la luz de los ojos, la risa en la boca, la libertad en el paso. Y había visto qué ocurría cuando una esposa no lograba agradar a su marido. Había visto los moretones. Había escuchado cosas no dichas que se posaban entre ellos como piedras.

Y comencé a preguntarme, ¿sería yo así algún día? ¿Sería como mi madre, amasando pan con manos rojas y labios mordidos? ¿O sería como las demás, las que susurraban en secreto? Las que acudían a Zsuzsanna.

Al principio, Zsuzsanna llevaba cuenta. Conocía a cada mujer que acudía a ella. Sabía de cada frasco que entregaba. Sabía de cada hombre que moría. Pero entonces, algo cambió. Las mujeres dejaron de ir a ella en busca de ayuda. Ya sabían qué hacer. Ella pasaba por el pueblo y las oía hablar en voz baja, no por miedo, sino por

entendimiento. Habían aprendido. Se habían enseñado unas a otras. Y ahora, ya no la necesitaban para nada.

Algunas lo usaban como último recurso. Otras por conveniencia. Un marido cruel, un padre despiadado, o un familiar enfermo que había vivido demasiado, tomando demasiado, necesitando demasiado.

Era fácil. Tan fácil. Los hombres de Nagyrev comenzaron a morir en números demasiado grandes para ignorarlos. Y durante un tiempo, el pueblo mejoró. Se volvió más silencioso. Las cicatrices se desvanecieron. El miedo disminuyó.

Las mujeres caminaban sin encorvar los hombros, sin apretar los labios en líneas delgadas, sin esperar el golpe inevitable. Por un tiempo, fue bueno. Por un tiempo, hubo paz. Pero la paz nunca dura. No para siempre.

El primero en hacer preguntas fue el médico. Había regresado a Nagyrev un año después de que terminara la guerra, esperando encontrar el pueblo tal como lo había dejado. En cambio, halló demasiadas tumbas. Demasiadas viudas que no parecían llorar. Demasiados hombres que una semana estaban sanos, la siguiente enfermos, y muertos para cuando se les convocaba. Habló con el sacerdote, con el magistrado. Escribió cartas. Y entonces, el magistrado empezó a sospechar.

Zsuzsanna lo supo antes que nadie. Lo percibió en el aire, el lento cambio, la manera en que los susurros pasaban de la victoria al temor. Vio cómo las mujeres se movían de un modo distinto, como si supieran que algo se avecinaba. Oyó cómo los hombres hablaban ahora de las muertes. No como desgracias trágicas, sino como algo antinatural. Sabía que su tiempo se agotaba.

Así fue como empezó. Así nacieron las Hacedoras de Ángeles de Nagyrev.

7

EL NUEVO APRENDIZ

Supe que algo iba mal en el instante en que mi madre me sentó a su lado.

Había estado amasando pan en la mesa, sus manos presionando la masa con una fuerza que no era del todo necesaria. Las mangas de su vestido estaban remangadas más allá de los codos, sus dedos cubiertos de harina, pero sus ojos estaban fijos en mí. Observando. Esperando.

Era temprano por la mañana, y la luz que entraba por la pequeña ventana de la cocina aún era suave, derramándose sobre la áspera mesa de madera, haciendo que todo pareciera más tierno de lo que en verdad era. Pero nada en mi madre era tierno. No aquel día.

Cuando finalmente habló, su voz fue baja.

«Debes ir a trabajar con Zsuzsanna.»

Parpadeé. Las palabras no tenían sentido al principio.

«¿La comadrona?»

«¿Quién si no?»

Esas palabras deberían haberme llenado de emoción. Conocía a otras muchachas que me habrían envidiado, que habrían dado cualquier cosa por estar bajo el ala de la comadrona. Pero la voz de mi madre no contenía el orgullo que hubiera esperado. Era plana. Lejana. Y sus manos amasaban la masa con demasiada fuerza, sus

dedos hundiéndose profundamente, retorciéndola, como si estrangulara el cuello de un pollo en lugar de darle forma al pan. Algo en eso me revolvía el estómago.

«¿Por qué?» pregunté.

No respondió de inmediato. Solo trabajó la masa con más dureza.

«Porque es un buen oficio», dijo al fin. Una mentira.

«Porque aprenderás un oficio.» Otra mentira.

«Porque ella te pidió.» Esa era la verdad.

Debería haberme sentido honrada. Zsuzsanna Sárkány no había tomado aprendices antes. No lo necesitaba.

«Harás lo que ella mande», continuó mi madre, sin mirarme. «Serás respetuosa. Escucharás. Y no harás preguntas.»

«No quiero.»

Quise sonar firme, pero las palabras salieron demasiado débiles, demasiado inseguras.

«No se trata de lo que tú quieras.»

Entonces finalmente me miró, y había algo en su rostro que me apretó el estómago. Miedo. Mi madre tenía miedo. Siempre había tenido miedo de Zsuzsanna. No lo decía abiertamente—nadie lo hacía—pero yo lo había percibido en pequeños detalles. La forma en que bajaba la mirada cuando la partera pasaba por la calle. La forma en que se persignaba tras pronunciar su nombre. La forma en que nunca me dejaba quedarme demasiado tiempo cerca de su casa.

«Aléjate de ella», me advirtió una vez, hacía años, cuando aún era niña. Pero ahora me la entregaba.

Y yo no entendía por qué.

«Tienes miedo de ella», dije antes de poder detenerme.

Mi madre se estremeció.

Sus manos se detuvieron, los dedos todavía presionando la masa, sujetándola con demasiada fuerza.

«Soy sensata», corrigió.

La miré fijamente.

Mi madre siempre había sido práctica. Era una mujer que sobrevivía agachando la cabeza, sin buscar problemas. Pero esto era distinto.

«Dime la verdad.»

Guardó silencio largo rato.

Finalmente, habló.

«¿Recuerdas a Anna?»

Vacilé.

«¿La viuda?»

Mi madre asintió.

«Habló en contra de Zsuzsanna, una vez. Dijo que la partera tenía demasiado poder. Que las mujeres no debían confiar en ella. Que se entrometía en asuntos que no le incumbían.»

Tragué saliva. No lo sabía.

«Murió, no mucho después.» La voz de mi madre era cautelosa. Medida. «Unos decían que fue enfermedad. Otros, que fue la voluntad de Dios.»

Finalmente me miró, y en su rostro vi lo que no se atrevía a decir en voz alta.

Unos decían que fue Zsuzsanna.

«No quiero que estés contra ella», continuó mi madre. «Es mejor estar cerca. Ser útil. Estar del lado correcto.»

«¿Pero por qué yo?»

«Porque ella te pidió», dijo mi madre, y esta vez su voz estaba cansada. «Y cuando Zsuzsanna pide algo, no se dice que no.»

No discutí más. Sabía que no serviría de nada. Porque mi madre ya había decidido. O mejor dicho, había aceptado. Porque sabía.

Sabía lo que les ocurría a quienes se enfrentaban a la comadrona. Sabía que Zsuzsanna no perdonaba los insultos. Y, por encima de todo, sabía que era mejor estar de su lado que ir contra ella.

Aunque eso significara renunciar a su hija. Aunque significara entregarme a ella. Por mi propia seguridad. Por la suya.

~

Al día siguiente, mi madre me acompañó hasta la casa de Zsuzsanna. No pronunció palabra durante el camino.

El aire aún conservaba el frescor de la noche, y el cielo comenzaba apenas a clarear. El pueblo estaba en silencio, pero alcanzaba a oír los sonidos lejanos de gallinas revoloteando en sus gallineros, puertas chirriando al abrirse, agua chapoteando en cubos de madera junto al pozo.

Llevaba un pequeño bulto: un cambio de ropa, un peine, un cuchillo que había pertenecido a mi abuelo. Mi madre me lo había entregado apretándolo con fuerza en mis manos antes de partir.

«Una muchacha siempre debe llevar una hoja», había dicho. No como advertencia, sino como un hecho.

La casa de Zsuzsanna se alzaba al borde del pueblo, apartada de las demás. El sendero que conducía a ella estaba gastado pero estrecho, como si pocas pisadas hubieran necesitado hallar ese camino.

La casa misma era vieja y torcida, el tejado cediendo levemente bajo el peso de los años. El musgo trepaba sobre la paja del techo, y las vigas de madera se oscurecían por la lluvia, salpicadas de líquenes y hollín. Un pequeño jardín crecía salvaje junto a la casa, altos tallos de lavanda y romero entrelazados, enredaderas que se deslizaban sobre la cerca. Ramilletes de hierbas secas colgaban de los aleros: salvia, ajenjo, milenrama. Había estado aquí antes, pero nunca dentro. Nunca como alguien que perteneciera.

Mi madre llamó una vez, rápida y firme. Zsuzsanna respondió casi de inmediato. No era vieja. No como yo había imaginado que debía ser una comadrona. Era fuerte, con la espalda erguida, las manos firmes. Vestía un sencillo vestido gris, las mangas remangadas más allá de los codos, el cabello oscuro recogido, apenas salpicado de plata.

Sus ojos tenían el color del hierro. Fríos. Inquebrantables. No miró a mi madre. Sólo a mí.

«Ella es tuya ahora», dijo mi madre, con voz mesurada. Respetuosa.

Zsuzsanna asintió. Y así, sin más, me pertenecía a ella.

Dentro, la casa estaba cálida. Un fuego ardía débil en el hogar, llenando la estancia con un resplandor constante. En el aire flotaba el aroma de clavo y menta, de tierra y sangre.

Las paredes se hallaban cubiertas de estantes, repletos de frascos y botellas. Algunos contenían hierbas secas, cuyas hojas eran pálidas y quebradizas, cuidadosamente etiquetadas con tinta. Otros guardaban líquidos oscuros, raíces preservadas, extrañas cosas suspendidas en salmuera turbia.

Una mesa de madera se erguía en el centro de la habitación, marcada por cortes de cuchillo, su superficie cubierta por una fina capa de hierbas trituradas. Un mortero y una mano reposaban junto a un montón de ortigas secas, y varios manojos de lavanda recién cortada y atados con cordel.

En el rincón más alejado, una pequeña cama estaba empujada contra la pared, las mantas dobladas con pulcritud, la almohada delgada. Junto a ella reposaba un arcón de madera, su tapa entreabierta, revelando más botellas, más instrumentos, más secretos.

No había suavidad allí. Ni desorden, ni indulgencia. Sólo lo necesario.

«Despertarás antes del sol», dijo Zsuzsanna sin mirarme. «Mantendrás la casa en orden. Hervirás agua, traerás ropa limpia, molerás hierbas. Escucharás. Y aprenderás.»

Asentí.

«No te quejarás. No harás preguntas insensatas.»

Otro asentimiento.

«Y si te muestras digna», añadió, por fin encontrando mis ojos, «un día harás lo que yo hago.»

Su mirada era firme. Inmutable. Como si midiera algo en mí.

Tragué saliva. La garganta se me secó.

«¿Lo entiendes?»

«Sí.»

Zsuzsanna asintió.

«Bien.»

Y así, sin más, comenzaron mis lecciones.

8

LAS PROFUNDIDADES

La casa estaba cálida, impregnada del aroma de hierbas secas y madera ardiendo. Zsuzsanna había dispuesto sillas junto al hogar, cada una lo suficientemente cerca para sentir el calor persistente de las brasas. El suelo había sido barrido con esmero, y la mesa estaba desnuda salvo por una única vasija de barro llena de agua caliente y un fajo de tela.

La había visto prepararse para partos, para muertes, para enfermedades, para secretos, pero nunca para algo como esto. Esto no era una emergencia. Nadie había llamado a la puerta en plena noche, jadeante y suplicante. Esto era algo completamente distinto. Una lección.

Las mujeres llegaron juntas; una joven, otra anciana.

La primera, Katalin, apenas en sus veintitantos años, redonda por su primer hijo, se movía con cautela, como temerosa de romperse antes siquiera de haber tenido la oportunidad de ser madre. Su piel era tersa y sin arrugas, sus manos reposaban constantemente sobre su vientre, protectoras, inciertas.

La segunda, Éva, estaba exhausta antes incluso de tomar asiento. Su cuerpo había conocido el parto siete veces antes, y se notaba; su vientre estirado, sus pies hinchados, sus movimientos lentos, la carga de la maternidad ya pesando sobre ella antes de que

este niño siquiera llegase. Se dejó caer sobre la silla de madera con un profundo suspiro, apartándose el cabello mojado de la frente.

«Apenas tengo tiempo para comer, y menos aún para sentarme a una lección», murmuró.

«Entonces es bueno que estés aquí», dijo Zsuzsanna con sencillez. «Porque si no te cuidas a ti misma, no cuidarás al niño.»

Éva soltó un suave resoplido, pero no dijo nada.

La lección comenzó.

«Lo primero que debéis recordar», dijo Zsuzsanna, arremangándose, «es la limpieza.»

Tomó la vasija con agua humeante y vertió una pequeña cantidad en un cuenco.

«Os laváis las manos antes de comer. Os las laváis antes de tocar al bebé. Laváis al bebé cuando nace, pero no demasiado, no con jabones fuertes, solo con agua tibia y aceite. El niño debe conservar el olor de su madre, o no se agarrará bien.»

«¿Agarrarse?» repitió Katalin con vacilación.

«Para alimentarse.»

Zsuzsanna tomó un fajo de tela, desenrollándolo hasta que se hizo evidente. Una muñeca. Un instrumento de enseñanza. La acunó en un brazo, mostrando cómo colocarla contra su pecho, ajustándola con cuidado.

"El bebé debe colocarse aquí, la boca contra el pecho, para que chupe no sólo de la punta, sino de la carne. Si no se prende bien, no tomará suficiente leche. Te saldrán heridas. Sangrarás. El niño no crecerá fuerte."

Katalin tragó saliva con dificultad. Parecía pálida.

"¿Dolerá?" preguntó.

"Al principio", dijo Zsuzsanna. "Luego no."

Éva soltó una risa seca.

"Siempre duele", murmuró.

"No si se hace bien", replicó Zsuzsanna. "Y no si la madre es fuerte."

Éva se burló.

"¿Fuerte? He estado pariendo desde que tenía quince años. Los he dado a luz en los campos, en la cocina, en la oscuridad cuando

mi marido estaba demasiado borracho para oírme llamarle. He sangrado por ellos, me he quebrado por ellos. Y cuando nazca este, lo haré todo de nuevo."

Extendió las manos, callosas; desgastadas por años de criar hijos, de inclinarse, de levantar, de sostener.

"¿Qué más fuerza necesito?"

Por primera vez, Zsuzsanna vaciló. Sólo un instante. Luego dejó la muñeca sobre la mesa.

"La fuerza para mantenerte con vida", dijo.

Éva parpadeó.

"Has tenido siete hijos", continuó Zsuzsanna. "Y sin embargo estás aquí conmigo hoy. Eso es raro. Eso es suerte. No lo confundas con invencibilidad."

El rostro de Éva se ensombreció.

"¿Me estás diciendo que no sobreviviré a este?"

"Digo que si no te cuidas, te lo pondrás más difícil."

La habitación se tornó tensa. Katalin jugueteaba con el borde de su manga, mirando nerviosa entre ellas. Luego, tras una larga pausa, carraspeó.

"¿Cómo sabré cuándo es el momento?" preguntó, con voz débil. "¿Para dar a luz?"

Zsuzsanna se volvió hacia ella, con expresión ahora más suave.

"Lo sabrás", dijo con sencillez. "Pero cuando llegue la hora, no luches contra ello. El niño debe venir, y tu cuerpo sabrá cómo."

"¿Y si algo sale mal?"

"Entonces me llamarás."

Katalin asintió, como si eso solo bastara para apaciguar su miedo. No sería así. Todavía no. Pero quizá, cuando llegara el momento, sí fuera suficiente.

La lección continuó. Zsuzsanna habló del parto: cómo respirar, cómo pujar, cómo ahorrar fuerzas en lugar de malgastarlas gritando. Habló de la fiebre, del sangrado, de qué hacer si el niño no lloraba al principio. Habló de señales que indicaban peligro, de cosas que no tenían remedio, de cómo saber cuándo llamar al sacerdote y cuándo llamarla a ella en su lugar.

«Algunos niños no están destinados a este mundo», dijo con voz queda. «No es culpa vuestra.»

Katalin tragó saliva. Éva solo apartó la mirada.

Cuando terminó la lección, el sol ya estaba alto en el cielo, y el fuego en el hogar no era más que brasas tenues. Éva se estiró, gimiendo al ponerse en pie.

«Si muero», musitó, «al menos sabré que estuve bien instruida.»

Zsuzsanna esbozó una sonrisa irónica.

«Si escucháis, no moriréis.»

Éva suspiró, presionándose la mano contra la espalda adolorida.

«Ya veremos.»

Katalin permaneció un instante más, aún jugueteando con las mangas.

«Gracias», dijo en voz baja.

Zsuzsanna solo asintió.

Las mujeres se marcharon, saliendo a la luminosa tarde. Y yo me senté en mi silla, observando a Zsuzsanna mientras limpiaba la mesa, doblaba los paños, y enderezaba las sillas vacías.

«No tenías por qué hacer esto», dije.

«Sí, tenía que hacerlo.»

«La mayoría de las parteras no lo hacen.»

«La mayoría de las parteras no ven morir a sus propias madres en el parto.»

Su voz era tranquila. Firme. Con la naturalidad de un hecho.

La miré fijamente, pero ella no levantó la vista. Solo recogió sus cosas, limpiándose las manos en el delantal, avanzando ya hacia la siguiente tarea: la próxima lección, el próximo parto, la próxima muerte.

Pensé, por primera vez, que la comprendía de verdad. Y entonces supe que su madre no había sido expulsada del pueblo. Los rumores eran falsos.

9

PRIMERAS LECCIONES

Desperté al sonido de unos golpes. No el golpeteo agudo e insistente de un puño, sino algo más tenue. Medido. Tres toques. Una pausa. Tres más.

Abrí los ojos en la penumbra. El fuego en el hogar se había consumido hasta quedar apenas un resplandor anaranjado bajo las leñas ennegrecidas. En el aire flotaba un olor metálico.

Zsuzsanna ya se movía. Oí el roce de la tela al ceñirse el chal sobre los hombros, el raspado de la madera al sacar un pequeño estuche de debajo de la mesa. No me miró al abrir la puerta.

La mujer que estaba afuera temblaba, el cabello empapado en sudor, el rostro contraído y pálido. Se aferraba al marco de la puerta, con una mano presionando la parte baja de su espalda.

«Es hora», susurró.

Zsuzsanna asintió una vez y luego se volvió hacia mí. «Arriba», dijo. «Vienes conmigo.»

El pueblo era más frío de lo que esperaba en la noche. La niebla del río se había posado sobre las calles, serpenteando en torno a las puertas y presionando contra las casas como un ser viviente. Las estrellas brillaban nítidas y lejanas sobre nosotros, y la luna no era más que una franja delgada, como un hueso.

Seguí a Zsuzsanna por el camino, sus pasos firmes y constantes. La mujer nos condujo a una pequeña casa en el borde del pueblo, cuyas ventanas emitían un tenue resplandor. Dentro, un fuego crepitaba en la chimenea, proyectando sombras sobre las paredes. El olor me llegó primero. Sudor. Sangre. Algo terroso y crudo.

Una mujer yacía sobre un colchón relleno de paja en un rincón de la estancia, su cabello oscuro pegado a la frente, respirando entre jadeos bajos y convulsos. Era joven, más de lo que esperaba.

Su marido permanecía cerca de la puerta, moviendo el peso de un pie a otro. No era viejo, pero ya tenía el torso ancho, y el rostro enrojecido por la bebida. Me miró, luego a Zsuzsanna.

«¿Está lista?» preguntó.

Zsuzsanna no le respondió. Pasó junto a él sin decir palabra, arrodillándose junto a la mujer y posando una mano sobre su vientre. Yo permanecí al borde de la habitación, sin saber dónde situarme. El hombre carraspeó.

«Dije—»

Zsuzsanna lo interrumpió con una mirada.

Calló en silencio. La mujer en la cama dejó escapar un suave gemido gutural, su cuerpo se tensó.

Zsuzsanna se volvió hacia mí. «Ven aquí.»

Vacilé, luego me acerqué.

Ella señaló hacia la palangana con agua a su lado. «Lávate las manos.»

El agua estaba tibia, impregnada de algo que olía a limpio y penetrante. Froté mis manos, la piel me hormigueaba por la mezcla.

«Bien.» Zsuzsanna tomó un paño doblado y me lo entregó. «Ahora escucha con atención.»

Asentí.

Volvió la vista a la mujer que padecía el parto, con voz serena y firme. «El niño viene rápido —dijo—. Eso es bueno, pero significa que pronto tendrá que empujar. Tu tarea es estar preparada. Cuando te lo diga, la sostendrás.»

Tragué saliva con dificultad. El corazón me latía con fuerza. Había presenciado partos antes. Una vez, de niña, asomándome entre las rendijas de una cerca de madera mientras la vaca de un vecino daba

a luz a un ternero. Pero esto era distinto. Era una persona. Una mujer. Y las mujeres, comenzaba a comprender, no eran como las vacas.

No clamaban igual. No dejaban que el dolor las envolviera como olas en la orilla. Lo combatían. Lo soportaban. Y sobrevivían.

La siguiente hora se desdibujó. Observé, escuché, aprendí.

Zsuzsanna no era dulce, pero tampoco cruel. Cuando la mujer gritaba, no la callaba. Cuando gimió que ya no podía empujar más, Zsuzsanna no le ofreció palabras suaves de consuelo. Le agarró la barbilla, la obligó a mirarla y dijo: «Puedes. Lo harás.»

Y así fue.

El bebé llegó rápido y resbaladizo, deslizándose en las manos de Zsuzsanna entre un torrente de sangre y fluidos. Por un instante, todo quedó en silencio. Luego un llanto. Agudo, penetrante, vivo.

La mujer se dejó caer contra el colchón, las lágrimas surcando su rostro.

Zsuzsanna me entregó un paño. «Limpia la cara del niño.»

Obedecí, con las manos sorprendentemente firmes. El bebé era pequeño, rojo, arrugado, con los puños apretados, una criatura nueva en un mundo antiguo. Presioné el paño suavemente contra su rostro, limpiando su boca, retirando la película pegajosa de su piel.

Zsuzsanna cortó el cordón con un movimiento rápido y experto, luego envolvió al bebé en un paño limpio de lino antes de colocarlo en los brazos de la madre. Por primera vez aquella noche, Zsuzsanna sonrió. La madre lloraba suavemente, presionando sus labios contra la frente húmeda del bebé.

El marido, que había permanecido en silencio todo el tiempo, habló por fin. «¿Un niño?» preguntó.

Zsuzsanna no se volvió hacia él. Fue la mujer quien respondió, con voz ronca. «Una niña.»

El hombre exhaló, con un siseo agudo. «Otra boca inútil que alimentar.»

Me tensé. La madre no reaccionó. Solo miraba al bebé, apretando con fuerza el pequeño bulto entre sus manos. Pasó un instante de silencio.

Entonces, Zsuzsanna se puso en pie y se volvió hacia el hombre. «Tienes una hija», dijo. Su voz era suave. Demasiado suave.

Él sostuvo su mirada. Entre ambos cruzó un destello de algo. Una mirada que no comprendí, pero que pude sentir. El aire cambió. El hombre bajó los ojos primero. Zsuzsanna se volvió, ya recogiendo sus cosas. Él vaciló un momento más, gruñó y salió de la casa sin decir palabra.

Solté un suspiro lento que no sabía que contenía. Zsuzsanna se limpió las manos con un trapo limpio y luego se volvió hacia mí.

«¿Y bien?» preguntó.

Tragué saliva. «Es fuerte», dije, mirando a la madre.

Zsuzsanna arqueó una ceja. «¿La madre o la hija?»

Las miré a ambas. Los dedos de la madre se aferraban protectores al pequeño bulto en sus brazos. El bebé había dejado de llorar, con el rostro vuelto hacia el pecho de su madre, ojos oscuros, insondables.

«Ambas», dije.

Zsuzsanna sonrió. «Sí.»

Me entregó el trapo manchado de parto, de sangre, de los primeros momentos de una vida. «Lleva esto afuera», dijo. «Entiérralo bien profundo.»

Vacilé. «¿Por qué?»

Me miró a los ojos. «Porque hay cosas que los hombres nunca deberían ver.»

Hice lo que me mandaron.

Afuera, el viento había cesado y la niebla colgaba baja sobre el pueblo. El mundo estaba en silencio. Encontré un lugar cerca del límite del bosque y cavé un pequeño hoyo con las manos.

Coloqué el paño en el interior y lo cubrí con tierra. Al incorporarme, me froté las palmas contra el vestido, inhalando el aire nocturno. Una luz brillaba en una de las casas cercanas. Una sombra cruzó tras la ventana.

Me volví y caminé de regreso hacia la casa de Zsuzsanna, con las manos aún entumecidas por el calor de la sangre. El pueblo yacía silencioso tras de mí, pero podía sentir su mirada. Incluso en la oscuridad, incluso en la quietud, algo invisible se movía bajo la

superficie. Aún no lo sabía, pero había dado el primer paso hacia algo que jamás podría deshacerse.

10

LOS HOMBRES DE NAGYREV

La guerra había llegado y se había ido, dejando su huella en la aldea de maneras que nunca se desvanecerían. Estaba en los espacios vacíos entre las casas, donde antes habían estado los hombres y ya no estaban. Estaba en las finas grietas de la piedra del pozo, donde una mujer había grabado el nombre de su marido, solo para borrarlo cuando él no regresó. Estaba en la quietud de la iglesia los domingos, donde cada vez menos voces se unían a los himnos.

No estuve en Nagyrev durante la guerra, pero crecí escuchando historias sobre ella. Cómo la lucha se prolongó por años, cómo los hombres fueron llevados en uniforme, algunos sin volver jamás. Hungría formaba entonces parte del gran Imperio Austrohúngaro, una vasta y decadente entidad unida por viejas costumbres, por gobernantes en ciudades lejanas a aldeas como esta. La guerra le arrebató todo a ese imperio: tierras, poder, hombres. Cuando terminó, el viejo mundo se desmoronó.

Aquí en Nagyrev, la guerra se llevó a los hombres. Y por un tiempo, las mujeres quedaron solas.

La primera vez que las oí hablar de ello fue una noche tardía, cuando estábamos reunidos fuera de la casa de Ilona Boros, desgranando maíz a la luz del fuego. El aire veraniego olía al mordisco agudo de la madera ardiendo. Las mujeres trabajaban sin

pausa, quitando una bráctea tras otra, sus manos moviéndose sin pensar. Escuchaba mientras hablaban, sus voces bajas, teñidas de algo casi melancólico.

«Entonces era mejor», dijo una de ellas.

Una pausa. Luego otra mujer asintió. «Lo era».

Alcé la vista.

Hablaban de la guerra, de los años sin hombres.

«Nos las arreglamos muy bien», murmuró Ilona, arrojando una mazorca pelada al montón a sus pies. «La tierra. El ganado. Las casas. Incluso la taberna».

Una mujer frente a ella se rió entre dientes. «Mejor aún. Nadie bebiendo las ganancias. Nadie volviendo a casa oliendo a pálinka, exigiendo la cena como un niño».

«Nadie encerrando a sus esposas a la intemperie», masculló otra.

«Nadie dejando moretones», añadió alguien más.

Las palabras flotaban en el aire como brasas, resplandecientes, para luego apagarse con igual rapidez. No dije nada. Pero observé.

Vi cómo sus manos se detenían ligeramente al hablar. Cómo sus hombros se tensaban, como si aguardaran que alguien discrepase, que alguien les recordara que no era justo pensar tales cosas. Nadie lo hizo. El único sonido era el crepitar del fuego, el constante susurro de las hojas despojadas.

«Nunca debieron volver.»

Fue Kata quien lo dijo. Su voz era baja, pero las palabras decían mucho.

Nadie le respondió. Nadie necesitaba hacerlo. Todos conocíamos la verdad. Durante aquellos pocos años, Nagyrev había pertenecido a las mujeres. Ellas habían dirigido las granjas. Habían labrado los campos. Habían reparado tejados, sacrificado cerdos y arreglado cercas. Se reunían por las noches para beber y conversar, sin temor a que la mano de un hombre cayera sobre su brazo, su mejilla, su garganta.

Aquella noche, tras acabar de desgranar y cuando el fuego apenas ardía, me senté fuera de la casa de Zsuzsanna, contemplando las estrellas. Ella salió después de un rato,

quedándose junto a mí en la oscuridad. Durante largo tiempo, ninguna de las dos habló.

Entonces, dijo: «Los oíste.»

No era una pregunta.

Asentí.

«No se equivocan», murmuró. «Antes era más fácil.»

Tragué saliva. «Pero la guerra no podía durar para siempre.»

«No», concordó. «Pero algunas cosas deberían haber durado.»

Me volví para mirarla, pero ella ya se alejaba, regresando a la casa. Me quedé sentada largo rato, mirando el pueblo, escuchando el tenue zumbido de los insectos, el lejano ladrido de un perro.

La guerra había terminado hacía años, pero aquí en Nagyrev, algo más había comenzado. Y aún seguía en curso.

Los hombres de Nagyrev se oían antes de verse. Eran sus voces las que llegaban primero, fuertes, arrastradas por la bebida, que se escapaban de la taberna en oleadas, rodando por las calles estrechas, estrellándose contra las puertas cerradas de las casas donde aguardaban sus esposas. Los escuchaba cada tarde, cuando el sol se hundía tras el horizonte, sus gritos y risas tornándose más ásperos, agudos, crueles. Algunas noches, oía el estallido del cristal rompiéndose contra las paredes de la taberna. Algunas noches, escuchaba gritos.

Al amanecer, las calles aparecían sembradas de pruebas de la noche anterior. Una vasija de barro rota, cuyo contenido se había secado dejando una mancha oscura en el polvo. Un taburete de madera volcado en la calle, pateado o lanzado. Una mancha de algo, sangre o vino, difícil de distinguir, en el marco de la puerta de la taberna.

Y las mujeres, siempre las mujeres, emergiendo de sus hogares al alba para barrer los escalones, fregar las paredes, cubrir los moretones. Con la mirada baja, los hombros erguidos. No eran débiles, ni frágiles, ni siquiera especialmente temerosas. Si acaso, eran pacientes.

No tardé en comprender qué clase de lugar era aquel. Los hombres de Nagyrev no eran gentiles.

Vi por primera vez al marido de Kata una mañana que fui al pozo. El pueblo tenía un único pozo, un profundo pozo de piedra al este de la plaza, junto a la vieja iglesia. Las mujeres se reunían allí justo después del amanecer, cubos colgando de sus caderas, voces bajas, palabras tragadas al instante cuando se acercaban pasos. El aire olía a piedra húmeda, y las vigas de madera crujían al tirar de la cuerda, el agua chapoteando abajo.

Kata ya estaba allí cuando llegué, con una mano agarrando la cuerda y la otra presionando con delicadeza el costado de su rostro.

Los cortes y los moratones aún estaban frescos, una sombra púrpura profunda que se extendía desde el pómulo hasta la comisura de los labios. Trataba de ocultarlo, pero no muy bien. Sus dedos se movían ligeramente donde reposaban sobre el borde del pozo, sus ojos lanzaban miradas hacia el camino cada pocos segundos, como si esperara algo—o a alguien. Las otras mujeres no preguntaban.

Solo intercambiaron una mirada. Una que aún no comprendía. Ahora sé que no era lástima. No era indignación. Era reconocimiento. Como si así fuera simplemente el curso natural de las cosas.

A pocos pasos, escuché unos pasos fuertes acercándose. Un hombre, de hombros anchos, dedos gruesos, con una barriga que tensaba los botones de su camisa. Olía a sudor y cerveza rancia, su rostro sin afeitar, sus botas cubiertas de barro seco. Su presencia llenaba el aire, fuerte y opresiva, su aliento lento y constante. Pasó junto a Kata para agarrar la cuerda, tirando del cubo con una fuerza que hizo que el agua se derramara por los bordes. Ninguna mujer se movió.

Me quedé paralizado cuando se volvió hacia Kata. «Llegas tarde», dijo, con voz baja y medida.

Ella inclinó la cabeza. «Yo... me desperté sintiéndome mal.»

La comisura de su boca se contrajo, como si decidiera si debía o no divertirse. «Quizá la próxima vez te despiertes mejor.» Kata asintió apenas. No levantó la vista. El cubo en sus manos temblaba ligeramente.

El hombre dejó que el silencio se prolongara un momento más, luego se dio la vuelta y se alejó. Ninguna mujer habló hasta que desapareció de la vista. Entonces, alguien murmuró: «No vivirá mucho.»

Luego vino la risa.

Pasé las semanas siguientes observando. Vi cómo Lajos Barta agarraba del brazo a su esposa frente a su casa, apretando lo suficiente para dejar marcas en su piel. Vi cómo la esposa de Miklós Csepely se llevaba los hombros encorvados, siempre sobresaltándose antes incluso de que él alzara la voz. Vi a Péter Fazekas golpear a su esposa en la cara en medio del camino, derribándola al suelo, y luego pasar por encima de ella como si no fuera más que un perro callejero en su camino. Y vi cómo nadie lo detenía.

Ni los hombres. Ciertamente no los hombres. Tampoco las mujeres.

Le pregunté a Zsuzsanna sobre aquello una vez, tarde en la noche, cuando estábamos sentadas a la mesa, secando hierbas junto al fuego. Me miró, luego volvió la vista a sus manos, frotando las hojas entre los dedos, liberando su amargo aroma en el aire.

«Así son las cosas», dijo ella. No fue una respuesta. Pero era la única que obtendría.

La primera vez que escuché el chiste, fue de labios de Ilona Boros. Era mayor que la mayoría de las mujeres del pueblo: viuda, sin hijos, de mirada aguda. Caminaba con una cojera, herencia del marido que tuvo antes. Estábamos sentadas fuera de su casa, con las manos hundidas en un montón de judías, arrancando los extremos, despojándolas de sus hebras. Las demás mujeres hablaban en voz baja, con la mirada que se escapaba hacia el camino de vez en cuando.

Ilona se sentó a mi lado, sus dedos se movían despacio, con cuidado.

«Zsuzsanna sabe cómo arreglar cualquier problema», dijo.

Hubo una pausa y luego risitas. Bajas, cómplices. Ese tipo de risa que retuerce el estómago.

Alcé la vista. Las otras mujeres asentían. Estaban de acuerdo. Y por primera vez, comprendí. No temían a sus maridos. Ya no. No de verdad. Porque sabían algo que los hombres ignoraban. Algo definitivo. Algo absoluto.

Las mujeres hablaban en medias frases. Pequeños fragmentos, enterrados bajo risas y suaves sonrisas.

«Antes era cruel, pero ahora es mucho más llevadero.»

«Nunca se acostumbró al sonido de su tos.»

«Su madre aún está de luto. Le dijimos que era una enfermedad. ¿Qué más podíamos decir?»

Sus palabras tenían filo. Cuchillas ocultas bajo el paño. Me quedé allí, escuchando, tratando de entender lo que no decían. Intentando juntar las piezas de lo que, exactamente, Zsuzsanna podía arreglar.

Una tarde, la seguí hasta el río. No me dijo a dónde íbamos, solo me hizo un gesto para que la siguiera. Caminamos por la orilla, pasando las barcas estrechas, pasando los postes de madera donde las redes de pesca colgaban para secarse. Entonces, se detuvo y se agachó, metiendo la mano en el agua.

Cuando la retiró, sostenía una pequeña tira de papel atrapamoscas.

Fruncí el ceño. «¿Para qué sirve eso?»

Ella sonrió. «Una cura.»

Aquella noche, permanecí despierta, escuchando el viento sacudir los postigos, pensando en los hombres del pueblo, pensando en sus mujeres. Pensando en lo rápido que la risa podía tornarse en otra cosa.

Hace unas semanas, creía que Nagyrev era como cualquier otro pueblo. Ahora, ya no estaba tan seguro.

11

LA BOTELLA DE CRISTAL

Había llovido aquella mañana, un aguacero lento y constante que había oscurecido la tierra hasta un negro profundo y empapado. Los campos estaban sumidos en el barro, los caminos resbaladizos y relucientes bajo la débil luz de la tarde. El aire olía a heno húmedo y tierra removida, con el agudo y metálico aroma del hierro mojado que persistía tras las herraduras que habían resonado en la plaza más temprano ese día. Una niebla oscura había descendido del río al amanecer y nunca se disipó del todo, convirtiendo el pueblo en algo tenue y amorfo, como si el mundo mismo contuviera la respiración.

Yo estaba sentado a la mesa de madera, moliendo hierbas secas entre mis dedos, inhalando su aroma amargo mientras las convertía en un fino polvo. El fuego ardía bajo en el hogar, su resplandor iluminando las paredes de piedra, proyectando largas sombras danzantes. Afuera, los últimos restos de lluvia goteaban del techo de paja en golpecitos rítmicos y pacientes, acumulándose en los huecos del terreno irregular.

Zsuzsanna estaba junto al mostrador, de espaldas a mí, mezclando algo en un pequeño cuenco de madera. Sus movimientos eran firmes, ensayados. Una presión exacta, una mezcla precisa, una pausa medida antes de añadir otro ingrediente. Observarla trabajar

era como contemplar el curso del río; inevitable, sin esfuerzo, imparable.

Entonces llegó un golpe. Tres toques cortos contra la madera. Una vacilación. Tres más. Alcé la vista.

Zsuzsanna no se volvió de inmediato. Puso el cuenco, se limpió las manos en el delantal y exhaló. El golpe volvió a sonar. Fue suave, pero insistente. Zsuzsanna abrió la puerta.

Kata estaba en el umbral, envuelta con fuerza en un chal raído. Su cabello estaba mojado por la lluvia, pegado a las sienes, su piel pálida y tirante sobre los pómulos. Había un leve temblor en sus manos, aunque las mantenía rígidas a los lados, como si quisiera que permanecieran inmóviles.

Pero mis ojos se fijaron en el moretón bajo su ojo izquierdo. Era antiguo, amarillento en los bordes, desvaneciéndose, pero aún visible. Y ella intentaba ocultarlo, girando ligeramente el rostro, manteniéndose en las sombras del umbral.

Durante un largo instante, nadie habló.

Entonces, Kata susurró, «Por favor».

Su voz apenas se oía, más aliento que sonido.

Zsuzsanna se apartó.

Kata entró con rapidez, moviéndose como si esperase que alguien viniera corriendo tras ella, alguien que la arrastrase de vuelta. Se situó cerca del fuego, pero no calentó sus manos, no tembló, no se movió en absoluto salvo por el leve y inconsciente apretón de sus dedos contra la áspera tela de su falda.

No hablé. Tampoco lo hizo Zsuzsanna.

Simplemente se dirigió a la pared más alejada, donde reposaban estantes de madera, repletos de frascos y botellitas de cristal, cada uno con algo distinto: hojas secas, aceites, polvos y otras cosas cuyos nombres aún no había aprendido.

Pasó un dedo por las botellas, deteniéndose en una en particular. Una pequeña botella transparente. La alzó con cuidado, casi con reverencia, y volvió hacia la mesa. El líquido en su interior era fino, incoloro, sin nada especial. Podría haber sido agua. No lo era.

Zsuzsanna dejó la botella sobre la mesa. El más leve tintineo de cristal contra madera llenó el silencio. Miró a Kata y no dijo nada. La

respiración de Kata era desigual, aunque intentaba calmarla. Extendió la mano hacia la botella, sus dedos vacilaron justo sobre el cristal, suspendidos por un instante brevísimo; como una polilla ante la llama, consciente del peligro pero incapaz de resistir su atracción.

Entonces la tomó y la escondió entre los pliegues de su chal. Aun así, Zsuzsanna no pronunció palabra. Tampoco yo. Pero el aire había cambiado. Cargado.

Kata apretó los labios, con la mandíbula tensa y los hombros erguidos. Asintió, solo una vez. No en señal de agradecimiento ni gratitud. Sino de entendimiento. Luego se giró. Abrió la puerta lo justo para deslizarse fuera, desvaneciéndose en la noche lluviosa. La puerta se cerró con un clic tras ella.

Zsuzsanna volvió al mostrador, recogió el cuenco de madera que había estado mezclando y reanudó su labor.

El aire en la estancia no cambió. El fuego crepitaba. La lluvia goteaba desde el tejado. Las hierbas en mis manos seguían oliendo amargas. Pero algo había cambiado. Algo callado, no dicho, había pasado entre ellas. Entre todos nosotros.

Miré el lugar donde había estado la botella. La madera bajo ella seguía húmeda, con una tenue marca circular que quedaba atrás. Zsuzsanna no me miraba. Pero debía haber sentido mi mirada.

«Dilo», murmuró, aplastando las hierbas entre sus dedos, liberando su aroma en el aire cálido.

Tragué saliva. «¿Decir qué?»

«Que tienes preguntas.»

Vacilé.

La verdad era que sí. Tenía demasiadas. Sabía que Zsuzsanna proveía medicinas, que ayudaba a las mujeres con asuntos que no podían pedir en la botica del pueblo. Incluso había empezado a sospechar que había algo más. Susurros intercambiados junto al pozo, mujeres riendo en voz baja, hablando en medias frases.

Pero nunca lo había visto tan claramente. Nunca había visto una botella pasar a la mano de una mujer, silenciosa y definitiva. Abrí la boca. Luego la cerré.

Los labios de Zsuzsanna se torcieron ligeramente, algo divertido, algo oscuro. «Bien.»

Alcanzó otro frasco, sacudiendo un pequeño puñado de hojas secas.

«A la gente le gusta creer que sólo hay una manera de que una mujer sea libre», dijo. «Que debe esperar a que un hombre muera por voluntad propia. Que debe soportar hasta que el destino le conceda su misericordia.»

Me miró entonces, con la mirada firme, inescrutable.

«Pero el destino es lento», murmuró. «Y los hombres viven más de lo que merecen.»

Sentí algo retorcerse en mi estómago.

El fuego crepitaba en el hogar, escupiendo brasas sobre el suelo de piedra. Afuera, el pueblo se extendía oscuro y quieto bajo el cielo nublado.

Kata ya estaría en casa. Pondría la botella en un lugar seguro, donde ningún niño pudiera alcanzarla, donde ningún ojo errante la notara. Y entonces, una noche, la abriría. Mezclaría una sola gota en la sopa, en la pálinka, otra en el fresco agua del pozo que siempre sabía tenuemente a hierro. No la vería beberla. No haría falta. Esperaría.

Y entonces, una mañana, su marido despertaría con el estómago ardiendo. Se levantaría tambaleándose de la cama, la piel perlada de sudor, la respiración entrecortada y superficial. Sus manos se aferrarían a la garganta, al pecho, al vientre. Caería al suelo, su cuerpo convulsionando, la espuma acumulándose en las comisuras de sus labios.

Cuando el sol asomara, él ya se habría ido. Y Kata sería libre.

Lo veía ahora, tan claro como si ya hubiera ocurrido. Volví la mirada hacia Zsuzsanna. Me observaba. No dijo palabra. Porque no quedaba nada por decir.

12

UNA MUERTE

Supe de la muerte antes de ver el cuerpo. Las noticias corrían de modo extraño en Nagyrev, a veces tan veloces como el incendio forestal, propagándose antes incluso de que el primer susurro se asentase; otras, lentas, reptando por la aldea como una niebla baja, aguardando ser reconocidas. Esta era la segunda clase. La que se conoce antes de pronunciarse.

Me había despertado temprano aquella mañana, el aire húmedo y fresco, el aroma de tierra mojada por la tormenta de la noche anterior. Zsuzsanna ya había salido de casa, aunque no dijo adónde se dirigía. No era inusual. La gente venía a buscarla a cualquier hora: por nacimientos, por enfermedades, por cosas que no se pronunciaban en voz alta.

Me vestí con rapidez, me eché un chal sobre los hombros y me dirigí hacia el pozo. La aldea estaba en silencio, pero no en el modo habitual. Ni siquiera los perros que solían rondar la taberna se veían por ninguna parte, como si ellos también intuyeran que algo había cambiado.

El primer indicio de que algo había ocurrido fue la reunión.

Mujeres agrupadas cerca del pozo, con la cabeza inclinada, voces bajas. No apresuradas ni frenéticas. No el tipo de susurros que siguen a un accidente o un incendio. Esto era otra cosa.

Reducí la marcha. Kata no estaba entre ellas y eso, más que nada, me reveló lo que necesitaba saber.

Llegué primero a Ilona. Pelaba una patata con trazos lentos y firmes, la hoja susurrando contra la piel en largos rizos ininterrumpidos. El cuchillo estaba afilado. Lo oía, lo sentía en cómo la piel se abría sin esfuerzo bajo la hoja. No levantó la vista al hablar.

«Está muerto.»

No pregunté quién. No hacía falta.

«¿Cuándo?» murmuré.

«Anoche.»

Arrojó la cáscara a la cesta a sus pies. Las demás mujeres seguían hablando, pero no era un hablar de duelo. No hubo lamentos, ni cabezas que se negaran, ni oraciones murmuradas por su alma.

Miré hacia la casa de Kata. La puerta estaba abierta, pero el interior era oscuro, sombrío. La brisa traía el olor de tierra mojada y algo más. Algo agrio.

Ilona siguió mi mirada.

«El magistrado vendrá, si es que no ha venido ya», dijo ella. «Siempre lo hacen cuando un hombre muere demasiado pronto.»

Asentí con la cabeza. Las mujeres que nos rodeaban proseguían con su conversación en voz baja. Alguien rió, no fuerte, ni grosero, sino suave, un suspiro sonoro que me atravesó con algo frío. Nadie lo lloraba. Nadie siquiera fingía hacerlo. Sentí el peso de su indiferencia.

Debería haberme apartado. Debería haber regresado a la casa de Zsuzsanna y esperar su regreso. Pero mis pies se movieron por sí solos, llevándome más allá del pozo, más allá de las miradas vigilantes de las mujeres, hacia el hogar de Kata.

La puerta seguía entreabierta. Dentro, la casa era asfixiante. El aire llevaba el aroma de sábanas sin lavar, madera húmeda, y algo más debajo. Algo acre, como metal, como sudor. El tipo de olor que se adhiere a las paredes, a los muebles, a la piel.

Kata estaba junto al hogar, mirando a la nada. Sus manos estaban cruzadas delante de ella, su chal ceñido con fuerza

alrededor del cuerpo. No se movía, no parpadeaba. Y entonces lo vi a él.

Su marido yacía en el suelo, cerca de los pies de su cama, con el cuerpo torcido en un ángulo antinatural. Sus ojos estaban abiertos, mirando al techo, la boca caída. Su piel era pálida, pero había algo extraño en ella; un tinte amarillento, una opacidad que no correspondía a un muerto.

Parecía… encogido. Como si algo lo hubiera drenado desde dentro hacia fuera.

Se me quedó la respiración atrapada en la garganta. La voz de Kata, cuando finalmente habló, era plana.

«Volvió de la taberna y dijo que le dolía el estómago», contó. «Pensó que era algo que había comido.»

Inspiró con fuerza.

«Luego empezó a sudar. A temblar.»

Miré hacia la cama. Las sábanas estaban arrugadas, oscuras con algo que se parecía demasiado a la bilis. Cerca había una palangana de metal, llena de agua teñida de rosa en los bordes, con un trapo flotando en ella como un pétalo caído.

La voz de Kata bajó.

«Al final no podía respirar. Sus manos...» Se detuvo. «Se arañaban la garganta, como si pensara que podría arrancar la enfermedad.»

Tragué saliva, con la boca de repente seca.

Una mosca zumbó cerca de su rostro, posándose en sus labios entreabiertos.

Ella no la ahuyentó.

Me volví hacia ella. «Kata…»

Finalmente me miró. Algo inescrutable cruzó su semblante.

Entonces dijo: «Era un hombre malo.»

No supe qué responder. Porque había visto las pruebas del abuso. Había visto cómo la sujetaba en el pozo, cómo su voz hacía temblar sus hombros. Había escuchado cómo las demás mujeres hablaban de hombres como él. Y había visto la botella.

Ella inclinó ligeramente la cabeza, observándome. Había en su mirada algo firme, demasiado sereno, demasiado consciente.

Mi corazón latía con doloroso estrépito. Retrocedí, necesitando aire de súbito. Afuera, las mujeres seguían reunidas. Me vieron. Lo sabía.

Pero ninguna llamó. Ninguna preguntó qué había visto. Porque ya lo sabían. Zsuzsanna también lo sabía.

Por eso no dijo nada al pasar la botella a las manos de Kata. Por eso no hubo advertencias, ni vacilaciones. Porque esto ya había ocurrido antes. Porque volvería a ocurrir. Y nadie—ni el magistrado, ni el sacerdote, ni siquiera el pueblo mismo—lo impediría.

Me di la vuelta y me alejé, con el pulso retumbando en mis oídos. No miré atrás. Pero aún sentía sus ojos sobre mí.

El magistrado vendría. Haría preguntas. Se arrodillaría junto al cuerpo, levantaría un párpado, giraría la muñeca entre sus manos, examinaría las venas oscuras bajo la superficie. Frunciría el ceño y mascullaría sobre la enfermedad, sobre la humedad, sobre algo en el agua. Y las mujeres lo observarían, con expresiones neutrales, manos quietas, palabras mesuradas.

La muerte quedaría registrada. Un nombre escrito en un libro de actas. Una enfermedad. Un hecho repentino y trágico. Y eso sería todo.

Una semana después, los moretones en los brazos de Kata se desvanecerían. Caminaría por el pueblo con los hombros un poco más erguidos, la cabeza un poco más alta. Las otras mujeres la cruzarían en la plaza, asintiendo, con ojos que dirían todo lo que sus bocas callarían.

Y el mundo seguiría adelante. Porque en Nagyrev, los hombres morían. Y nadie jamás preguntaba por qué.

13

LA VIUDA SILENCIOSA

Kata volvió al mundo en silencio.

Tres días después de que su marido fuera enterrado en el cementerio de la iglesia, acudió al pozo al amanecer, tal como siempre había hecho. Su chal estaba ceñido con firmeza sobre los hombros, sus manos vacías salvo por el cubo que colgaba ligero a su lado. El bajo de su vestido estaba húmedo por la bruma matutina, su cabello peinado con esmero bajo el pañuelo. Parecía la misma de siempre.

Pero se movía de otra manera, como una mujer que había pasado años cargando un peso a la espalda, solo para despertar una mañana y descubrir que había desaparecido.

Las demás mujeres ya estaban allí, formando un grupo disperso alrededor del pozo, con el aliento visible en el aire fresco. La luz matutina era tenue y plateada, el mundo aún medio dormido, los únicos sonidos el constante crujido de la polea al sacar agua, el susurro de las faldas al moverse, el murmullo ocasional de una conversación.

Al ver a Kata, no exhalaron un suspiro de sorpresa. No susurraron tras sus manos.

No se apresuraron a acercarse, aferrando sus manos y ofreciendo palabras de lástima, como hubieran hecho en otras aldeas, en otras

vidas. En cambio, abrieron espacio. Un pequeño cambio en su postura, un leve paso a la izquierda, un movimiento que podía no significar nada y, sin embargo, lo decía todo.

Kata entró en ese espacio sin pronunciar palabra. Apoyó el cubo, agarró la cuerda y tiró. El pozo gimió suavemente, la polea chirriaba mientras ella sacaba el agua, el silencio matutino intacto salvo por el chapoteo rítmico al golpear el cubo la superficie.

Nadie le preguntó cómo estaba. Nadie pronunció el nombre de su marido. La única voz que habló fue la de Ilona Boros.

«¿Necesitarás pan hoy?»

Era una pregunta tan normal, formulada como si nada hubiera ocurrido.

Kata exhaló despacio, como ajustándose a una nueva carga sobre sus hombros, o a la ausencia de una antigua.

Negó con la cabeza. «No», dijo simplemente. «Tengo suficiente.»

Ni lágrimas. Ni oraciones. Ni luto.

Ella partió con el cubo en una mano y su chal ceñido alrededor, caminando por el sendero hacia casa. La observé alejarse, el sonido de sus pasos desvaneciéndose en el silencio del pueblo. Nadie la siguió. Nadie preguntó si estaba bien. Porque lo estaba. Era libre.

Me quedé allí, inquieto. Donde crecí, las viudas vestían de negro durante un año. Lloraban en la iglesia, susurraban sus pérdidas, caminaban con la cabeza baja, envueltas en un duelo que parecía una segunda piel.

Aquí, las viudas de Nagyrev caminaban más erguidas. Sus ojos no brillaban de tristeza, sino de algo más claro, más agudo. Cuanto más las observaba, más lo notaba.

Kata no era la única. Había otras viudas en el pueblo, demasiadas, me di cuenta, para un lugar tan pequeño. Mujeres que antes se movían con cautela, con cuidado, sus cuerpos encorvados como hojas secas, como intentando hacerse pequeñas para pasar desapercibidas.

Pero ahora se mantenían más rectas. Ahora reían con más libertad. Ahora hablaban sin miedo.

Lo sentí de nuevo, esa sensación cambiante de algo justo fuera de mi alcance. Algo no dicho pero conocido.

Encontré a Zsuzsanna en el jardín tras la casa, agachada entre las hileras de hierbas, arrancando malas hierbas con movimientos rápidos y expertos. La niebla matutina se aferraba a las plantas, formando gotas sobre las hojas, atrapándose en los finos hilos de telarañas que se extendían entre las estacas de madera que marcaban las filas.

No levantó la vista cuando me acerqué.

«Di lo que quieras decir», murmuró.

Vacilé. «Nadie lo llora.»

Zsuzsanna arrancó una mala hierba del suelo y la arrojó a una pequeña cesta de mimbre a su lado. «No.»

Tragué saliva. «Ni siquiera Kata.»

Eso la hizo detenerse. Se sentó sobre sus talones, quitándose la tierra de las palmas. «¿Y tú lo harías?»

No respondí.

Giró ligeramente la cabeza, estudiándome. «Te parece extraño.»

«Creo que es...» Busqué la palabra adecuada. «Antinatural.»

Sonrió, apenas. «Crees que el duelo es un deber.»

«En la mayoría de los lugares, lo es», dije con cuidado. «Una esposa pierde a su marido. Una madre pierde a su hijo. Viste de negro. Llora. El pueblo llora con ella.»

Zsuzsanna asintió, como si meditara sobre ello. «¿Y luego qué?»

Fruncí el ceño.

«¿Qué sucede cuando se quita el vestido negro?» preguntó. «¿Cuando las lágrimas se secan?»

No supe cómo responder a eso.

Zsuzsanna exhaló suavemente, volviendo la vista a las plantas. «Algunos hombres mueren cuando les llega su hora», murmuró, más para sí misma que para mí. «Y algunas mujeres ya los han llorado mucho antes de que se hayan ido.»

Su voz era baja. Firme. Pero no pude librarme de la sensación de que, aquí en Nagyrev, eran las mujeres quienes decidían cuándo había llegado ese momento.

Más tarde esa noche, mientras estaba sentada en la mesa, pensé en la manera en que las mujeres habían hecho sitio para Kata junto

al pozo. En cómo Ilona le preguntó si necesitaba pan; no con preocupación, ni con lástima, sino con aceptación.

Pensé en lo rápido que el mundo había seguido adelante. Un hombre había muerto. Su ausencia apenas causó un leve ondular. Y algo en ello me asustaba.

El fuego ardía bajo en el hogar, proyectando sombras contra las paredes de piedra. Afuera, el aire nocturno zumbaba con el sonido de los insectos, el ocasional susurro del viento entre los árboles. En algún lugar del pueblo, un perro ladró una vez y luego guardó silencio.

Zsuzsanna estaba sentada frente a mí, sus dedos hábiles ataban un manojo de lavanda seca, asegurándolo con un cordel. No habló.

Pero no fue necesario. Sabía que ella había visto lo mismo que yo.

Quise preguntarle si aquello había ocurrido antes. Si había entregado a otras mujeres la misma botella, el mismo permiso silencioso. Pero no pregunté, porque una parte de mí —una parte que no quería mirar demasiado de cerca— no estaba segura de querer escucharlo.

Volví la mirada hacia la ventana. El pueblo yacía en silencio. Y en algún lugar, en la oscuridad, otra mujer esperaba a que llegara su hora.

14

EL HOMBRE DUDOSO

El golpe llegó justo cuando el cielo empezaba a clarear, las primeras delgadas franjas de azul pálido asomándose en el horizonte.

Yo aún estaba medio dormida, parpadeando contra el tenue resplandor del fuego, cuando el sonido de pasos apresurados resonó afuera.

Entonces, una voz. Frenética, sin aliento.

«¡Por favor, venid rápido! ¡Es la cabra, está luchando!»

La puerta se abrió de golpe, y allí estaba una mujer, con las mejillas sonrojadas por la carrera, el chal deslizándose de sus hombros, las manos apretadas delante de sí.

Su rostro era curtido pero amable, surcado por los años de trabajo bajo el sol. Era la esposa de un campesino, eso quedaba claro. El aroma de heno y tierra se aferraba a sus ropas, y sus manos estaban callosas, con las uñas bordeadas de tierra. No era mujer temerosa del trabajo duro, pero ahora temblaba, sus ojos oscuros abiertos de miedo.

Zsuzsanna apenas vaciló.

«¿Dónde?»

«En nuestra granja, la vieja propiedad de Szabó, justo más allá del campo.»

«¿Cuánto tiempo lleva de parto?»

«Desde antes del anochecer.» La mujer tragó saliva, su garganta se movía mientras intentaba calmarse. «Ya debería haber parido. Mi marido dice que la dejemos, cree que no tiene remedio.»

Una sombra cruzó el rostro de Zsuzsanna.

«Tu marido se equivoca.»

Ella tomó su cesta, reuniendo lo que necesitaría: paños, un cuchillo afilado, una pequeña botella de aceite, un trozo de cuerda. La seguí apresuradamente, el pulso acelerado, aliviada de ir hacia algo destinado a traer vida, no muerte.

Salimos al fresco de la mañana, y la mujer nos guió rápidamente a través de los campos. No miré atrás. No hacía falta. Zsuzsanna ya estaba a mi lado, moviéndose con la certeza que infundía temor a los hombres.

La granja era antigua pero bien cuidada. Una cerca de madera bordeaba el perímetro, aunque en partes comenzaba a inclinarse, los postes ablandados por años de lluvia y viento. Unos cuantos gallinas se removían inquietas en el patio, picoteando el suelo, con las plumas erizadas como si la noche hubiera alterado su calma.

El granero se alzaba ante ellos, sus puertas entreabiertas, la débil luz de una linterna derramándose sobre el camino de tierra. El aroma a paja mojada, almizcle cálido de animales y algo agrio—el inconfundible olor del trabajo y el miedo—flotaba en el aire.

En el interior, el granero estaba en penumbra, las vigas de madera se estiraban altas sobre sus cabezas, sus superficies ennegrecidas por la edad y el hollín de antiguas lámparas. Una hilera de pesebres bordeaba las paredes, cada uno ocupado por criaturas dormidas: ovejas apiñadas en montones de lana, vacas moviéndose en su sueño, el ocasional inquieto roce de cascos contra la tierra compacta. Pero toda la atención se centraba en el pesebre más lejano.

La cabra yacía de lado, sus flancos temblorosos, su vientre hinchado ondulando con contracciones. Su pelaje estaba empapado de sudor, su respiración entrecortada. El suelo bajo ella estaba húmedo de fluidos, las primeras señales de un parto que había comenzado pero no concluido.

Un hombre permanecía cerca, con los brazos cruzados sobre el cuerpo, la mandíbula apretada. Era de hombros anchos, la barba descuidada, y su ropa olía a tabaco y lana mojada. Conocía a su clase. Hombres que no confiaban en mujeres como Zsuzsanna. Hombres que creían que las manos de una mujer estaban hechas para cosas suaves, no para el trabajo de los dioses.

«No debiste traerlas», murmuró, su voz rezumando desdén. «No hay nada que hacer.»

Zsuzsanna lo ignoró.

Se arrodilló junto a la cabra, sus manos ya en movimiento, presionando suave pero firmemente sobre el vientre de la madre, buscando la posición del cabrito en su interior.

Y entonces, su rostro se ensombreció.

«El cordón está enredado», susurró.

El hombre se burló.

«¿Y qué crees que vas a hacer al respecto?»

Zsuzsanna finalmente alzó la vista. Sus ojos, afilados como una hoja en la tenue luz, se encontraron con los suyos.

«Salvarla.»

El hombre se movió incómodo, pero no dijo nada.

Zsuzsanna ya estaba trabajando. Alcanzó el aceite, calentándolo entre sus palmas antes de introducir las manos en la madre.

La cabra baló débilmente, su cuerpo convulsionando, sus cascos rasguñando la paja.

«Tranquila», murmuró Zsuzsanna, su voz baja, apacible, como si hablara a un niño.

El hocico del cabrito apareció primero. Estaba azul.

*«Respira, pequeño»,*murmuró Zsuzsanna entre dientes, sus dedos trabajando con cuidado, aflojando el cordón umbilical alrededor de su frágil cuello.

Contuve la respiración mientras ella lo movía, girando el pequeño cuerpo apenas un poco, asegurándose de que su paso no quedara obstruido.

«Empuja», dijo suavemente.

La cabra lo hizo. Y el primer cabrito resbaló libre. Flojo. Inerte. El establo quedó en silencio.

Sentí que algo frío se asentaba dentro de mí, el mismo horror que se desliza lentamente, el mismo entendimiento de que a veces, por mucho que hiciéramos, la muerte vencía. Pero Zsuzsanna no vaciló. Tomó al cabrito por las patas traseras, dándole la vuelta, balanceándolo suavemente en un arco.

«Vamos», murmuró.

Nada.

Masajeó sus diminutas costillas, presionando con dedos firmes pero cuidadosos sobre su pecho.

«Respira».

Siguió sin respuesta.

El granjero se movió a mi lado, resoplando. «Está muerto…»

Y entonces un jadeo. Un jadeo pequeño, húmedo y tembloroso.

El cabrito se estremeció, tosió, farfulló y finalmente lanzó un débil y tenue llanto.

Vivo. Estaba vivo.

La esposa del granjero se llevó la mano a la boca, dejando escapar un sollozo ahogado. El hombre, ahora en silencio, miraba a Zsuzsanna como si la viera por primera vez. Zsuzsanna, impasible, me entregó al cabrito.

«Límpialo», dijo, ya volviendo a la madre. «Ella aún no ha terminado».

Porque aún quedaba otro. Otro par de pezuñas diminutas asomándose, otra vida esperando ser traída a este mundo.

Y cuando el segundo cabrito tomó su primer aliento —más fuerte esta vez, más sano— el granjero finalmente habló.

«Me equivoqué».

Zsuzsanna se limpió las manos con un paño, poniéndose de pie lentamente, encontrando su mirada con algo inescrutable en la propia.

«Sí».

Y eso fue todo.

Caminamos de regreso mientras el sol asomaba sobre las colinas, el cielo surcado de rosas y dorados, el aire vivo con el aroma de hierba húmeda, de mañana, de vida. Miré a Zsuzsanna mientras andábamos, a la manera en que se llevaba a sí misma. No orgullosa,

ni engreída, sino simplemente segura, como si nunca hubiera dudado si la cabra viviría o moriría.

«Sabías que los salvarías», dije.

«No», admitió.

Fruncí el ceño.

«Entonces, ¿por qué actuaste como si pudieras?»

Ella se encogió de hombros.

«Porque alguien tenía que hacerlo.»

Pensaba en ello mientras caminábamos. Y por primera vez, pensé que quizá, sólo quizá, quería ser como ella.

Al alejarnos, los campos se extendían vastos ante nosotros, pintados de oro bajo la primera luz de la mañana. El cielo había cambiado del negro profundo e infinito de la noche a algo más suave; un azul pálido y brumoso, teñido en los bordes con vetas de rosa y ámbar. La tierra olía fresca, húmeda con el aliento persistente de la noche, el aire guardaba el aroma de la hierba cubierta de rocío y los últimos rescoldos de la leña ardiendo en las granjas lejanas.

Al principio no dijimos nada, el único sonido era el crujir de nuestros pasos sobre el suelo besado por la escarcha. Zsuzsanna avanzaba firme a mi lado, su cesta oscilaría levemente en su mano, sus hombros rectos como si ya hubiera dejado atrás el trabajo de la noche.

Pero yo no. Seguía pensando en el niño. Su cuerpo inerte, su rostro teñido de azul, la forma en que había vuelto a la vida bajo las manos de Zsuzsanna.

Estaba preparado para llorarlo. Ella no, y necesitaba entender por qué.

«¿Cómo lo haces?» pregunté al fin, rompiendo el silencio.

Ella no me miró.

«¿Hacer qué?»

«Mantenerte tan serena.»

Exhaló, un suspiro lento que se dibujó en el frío aire matutino.

«Porque no hay otra opción.»

«Eso no es cierto», insistí. «La mayoría de la gente entraría en pánico. La mayoría dudaría de sí misma. Pero tú...» Negué con la cabeza. «No titubeas. Nunca. Nunca te he visto tener miedo.»

«Entonces no has mirado con suficiente atención.»

Eso me sorprendió. Me volví hacia ella, estudiando su rostro a la luz temprana. Parecía la misma de siempre; inquebrantable, inescrutable, su expresión tan sólida e inmóvil como el suelo bajo nuestros pies.

«¿Tienes miedo?» pregunté con cautela.

«Por supuesto», respondió con sencillez.

«¿De qué?»

«De las mismas cosas que tú.»

Esa respuesta me desconcertó. Porque nunca había creído que Zsuzsanna temiera nada en absoluto.

No temía al trabajo. No temía a los hombres. No temía a la muerte.

Pero ahora, ya no estaba tan seguro.

«Entonces, ¿por qué nunca lo muestras?»

Guardó silencio por un largo instante, como si decidiera cuánto de sí misma estaba dispuesta a revelar.

Entonces, por fin, dijo: «Porque el temor me es inútil.»

«¿Inútil?» repetí.

«El temor no traerá un niño al mundo. El temor no detendrá a una mujer que está perdiendo sangre. El temor no devolverá a la vida a un ser ya muerto.»

Su voz era serena, con un tono de simple constatación, como si enumerara ingredientes para una receta y no hablara de vida y muerte.

«Por eso, no malgasto mi tiempo en él.»

«Así no funciona el temor», musité.

«No», asintió ella. «Pero así es como yo funciono.»

Fruncí el ceño, tratando de comprender.

«¿Y en esos momentos en que no sabes si tendrás éxito?» pregunté. «¿Qué haces entonces?»

«Entonces finjo que sí.»

«¿Por qué?»

«Porque si yo lo creo, a veces el mundo también lo cree.»

Caminamos un poco más, el sol ascendiendo lentamente, disipando el último frío matinal.

Intenté imaginar cómo sería vivir con tal certeza, incluso frente a probabilidades imposibles.

«Salvaste al niño», dije tras un rato. «Cuando lo vi, pensé que ya se había ido. Pero no fue así.»

Ella me miró de reojo, una pequeña y sabia sonrisa asomando en el rincón de sus labios.

«He visto cosas regresar cuando no tenían derecho a hacerlo», dijo con sencillez. «He visto a una mujer parir durante tres días y sobrevivir. He visto a un niño nacido azul y jadeante tomar su primer aliento y vivir hasta ser anciano. He visto a una muchacha que creía no tener futuro convertirse en algo más fuerte de lo que jamás soñó.»

Algo en su voz cambió ligeramente en esa última frase, pero no insistí.

«Y he visto lo contrario», prosiguió, con voz ahora más suave. «He visto hombres sanos un día y muertos al siguiente. He visto a madres sostener en sus brazos a bebés sin vida y suplicar a Dios que se los llevara a ellos en su lugar. He visto pulmones detenerse, corazones fallar, cuerpos traicionarse a sí mismos. He visto la muerte llegar demasiado pronto. Y a veces, he sido yo quien la ha traído.»

Las palabras se asentaron en mi piel, en los espacios entre mis costillas, hundiéndose más hondo de lo que yo deseaba.

Comprendía lo que quería decir. No hablaba solo de la naturaleza.

No solo del destino. Era una elección. Y me preguntaba cuántas veces la habría tomado.

«¿Alguna vez te pesa?» pregunté con cautela. «¿Los que no pudiste salvar?»

Ella guardó silencio. Luego, al fin habló:

«No son ellos quienes me quitan el sueño por las noches.»

Un escalofrío me recorrió. No por el frío. Por sus palabras. Porque entendí lo que quería decir. Y no sabía si estaba preparado para saberlo.

Ya nos acercábamos a casa, la casa a la vista, su tejado torcido apenas visible entre los árboles. El sol había salido por completo, bañando el mundo en oro, y por un instante, era fácil fingir que aquello era solo otra mañana más.

Solo otro paseo por los campos. Solo otro animal traído al mundo, solo otra noche de trabajo terminada, solo otra tarea cumplida. Pero yo sabía que no era así.

Y ella también lo sabía.

Porque Zsuzsanna no solo daba vida al mundo. También la había arrebatado.

Y un día, lo sabía, me pediría que hiciera lo mismo.

15

UNA BUENA CAUSA

El veneno tenía otros usos. La historia me la contó primero Kata. Se susurraba entre las mujeres del pueblo, transmitida de boca en boca como una confesión fantasmal. Hablaban de Marta, la hija de un labrador, la mujer que fue vista adentrándose en el bosque con un prisionero de guerra aliado. Fueron los padres de su esposo quienes primero escucharon los rumores, y no recibieron con agrado la deshonra que ella había traído a su familia.

Marta debía saber que su tiempo se agotaba. Los ancianos no se interpondrían en su camino.

Al caer el crepúsculo, preparó el caldo de la noche, removiendo con paciente deliberación un fino polvo blanco en la olla. Cuando puso los cuencos ante ellos, se sentó a observar mientras comían, sus habituales quejas por el frío y las cosechas fallidas desvaneciéndose en un silencio lento e incierto.

Su suegro fue el primero en parpadear, dejando caer la cuchara de sus dedos que resonó contra la mesa de madera. Su suegra le siguió, un suave gemido escapó de sus labios mientras su cuerpo se desplomaba hacia adelante.

Marta no se movió. Solo exhaló, lenta y pausadamente, mientras el peso de su juicio se disolvía en la noche.

Las horas que siguieron solo puedo relataras por quienes aseguraban saberlo. Marta permaneció en un silencio inquietante, con el pulso lento y medido, mirando los cuerpos inmóviles de la pareja anciana. La luz de las velas titilaba, proyectando sombras grotescas sobre sus rostros. Estaba hecho. Pero aún quedaban asuntos por atender.

Recogió los cuencos, vació su contenido entre las brasas de la chimenea, observando cómo el fuego siseaba y devoraba las pruebas. Limpió los bordes de los cuencos, los frotó con esmero, sus manos trabajando metódicamente. El sonido rítmico del agua golpeando el porcelana fue el único ruido que llenó la estancia.

Un golpe en la puerta rompió la quietud. Marta vaciló. El golpe volvió a sonar, más fuerte esta vez, más insistente. Secándose las manos contra el delantal, atravesó la habitación y abrió la puerta lo justo para ver la figura oscura al otro lado.

Era Kata, envuelta en un oscuro mantón, su rostro parcialmente oculto por la noche.

«¿Están aquí?» La voz de Kata era baja, urgente.

Marta vaciló, aferrándose al borde de la puerta. «¿Quién?»

«Tus suegros. No vi luz en la ventana. No es propio de ellos estar dormidos tan temprano.»

Marta forzó una risa. «Están cansados. Ha sido un día largo. Ya sabes cómo son, siempre preocupándose por las cosas más nimias.»

La mirada de Kata se demoró un instante más antes de asentir. «Diles que pasé por aquí.»

Marta asintió, cerrando la puerta antes de que Kata pudiera insistir.

Su marido regresaba. Imagino que debió sentir algo parecido al temor asentarse hondo en sus huesos. Él se había marchado semanas atrás, sin decir palabra. Una acusación no pronunciada. Él sabía. O al menos, sospechaba. Y ahora, volvía.

Marta se volvió hacia las figuras silenciosas en las sillas. No había tiempo que perder. Con gran esfuerzo, las trasladó a un arcón de madera, envolviéndolas en mantas, presionando hasta que oyó el más leve clic del cierre. Un ruido afuera la paralizó. Pasos, amortiguados pero nítidos, que se alejaban junto a la cabaña.

Contuvo la respiración, escuchando, contando los segundos hasta que se perdieron en la distancia. Solo entonces se limpió el sudor de la frente. Mañana los enterraría. Mañana, su marido regresaría. Y mañana, lo miraría a los ojos y le convencería de que nada había cambiado.

El alba despuntó, tiñendo el pueblo con tonos apagados de oro y gris. Marta estaba sentada en la mesa de la cocina, con los dedos rodeando una taza de té aguado, el sabor amargo que la anclaba a la realidad. El arcón permanecía donde lo había dejado, oculto bajo una vieja cubierta de lana. Pronto, lo cargaría en un carro y lo llevaría hacia lo profundo del bosque.

Pero antes, debía actuar con normalidad.

Al salir, el frío del aire le caló a través del chal. El pueblo comenzaba a despertar. Los campesinos guiaban su ganado al pasto, los niños corrían por los caminos embarrados, sus risas cortantes en el silencio matutino. Marta forzó una sonrisa al pasar junto a Kata, asintiendo en señal de saludo.

«¿Vas al mercado?» preguntó Kata, escudriñando el rostro de Marta en busca de algo.

«Sí», respondió Marta con naturalidad. «La carne no se venderá sola.»

Se alejó rápido, sintiendo el peso de la sospecha apretándole la espalda. El tiempo se agotaba.

Al mediodía, había traído el carro, sus ruedas de madera crujiendo mientras lo arrastraba hacia la cabaña. El peso del baúl ponía a prueba su fuerza, pero lo alzó sobre el carro, con los músculos tensos y la respiración acelerada.

Con una última mirada al pueblo, se encaminó hacia el bosque, los árboles erigidos como centinelas contra los secretos que pronto enterraría en lo profundo de sus raíces.

Cuanto más se adentraba, más se apoderaba de ella el aislamiento. El crujir de las hojas secas bajo las ruedas del carro, el suave trino de pájaros lejanos, todo parecía inquietantemente ruidoso. Mantenía la cabeza baja, los ojos fijos en el sendero delante de ella.

Llegó a un claro, uno que había explorado antes. La tierra era blanda allí. Sacó la pala del carro y la hundió en el suelo. Cavó, con el sudor perlándole la frente y los brazos ardiendo por el esfuerzo. El sol ascendía, y la gravedad del acto pesaba sobre ella, más que cualquier carga que hubiera conocido.

Un susurro a lo lejos la hizo detenerse. ¿Era solo el viento? ¿O alguien la había seguido?

Marta giró despacio, apretando con más fuerza la pala. El bosque era vasto, vacío salvo por los árboles susurrantes. No veía a nadie, pero lo sentía. La presión de ojos invisibles. Se rompió una rama. Contuvo el aliento.

El pánico roía los bordes de su mente, pero se templó. Necesitaba acabar con aquello. Cavando más rápido, el agujero se profundizaba, con tierra volando. El sol estaba ya en lo alto, lanzando rayos agudos entre los árboles. Entonces, una voz.

«Marta.»

Se volvió de golpe. Allí, medio oculto entre los árboles, estaba su marido.

16

EL NIÑO EN EL BOSQUE

El golpe en la puerta era frenético. No era el lento y medido de alguien que llega con una pregunta, ni el golpeteo constante de una mujer en trabajo de parto. Esto era distinto. Urgente. Desesperado.

Zsuzsanna ya se movía antes de que yo siquiera me levantara de la silla. Tiró de la puerta y una mujer entró tambaleándose, sin aliento y con los ojos desorbitados.

«¡Por favor!» jadeó. «¡Por favor, ayúdeme!»

Su mantón se había deslizado de los hombros, y el vestido le estaba empapado desde las rodillas hacia abajo, con barro apelmazado en el dobladillo. Había estado corriendo.

«¿Qué sucede?» preguntó Zsuzsanna, con voz serena y controlada.

«¡Mi niño, está en el bosque! Se ha caído, está herido, está sangrando—»

Inspiré con fuerza. Un niño.

Zsuzsanna no pidió detalles. Simplemente tomó su cesta, se ciñó un manto de lana sobre los hombros y salió al frío.

«Ven», dijo.

Y la seguimos.

El bosque era profundo y oscuro incluso a plena luz del día. Los árboles se alzaban altos y esqueléticos, sus ramas desnudas

arañando el cielo gris. El suelo estaba resbaladizo por las hojas mojadas, con parches de hielo aún aferrados a las raíces donde el sol aún no había llegado.

La madre abría camino, medio corriendo, medio tropezando mientras atravesaba la maleza, con la respiración entrecortada.

«Le dije que no se alejara mucho», dijo, más para sí que para nosotros. «Le dije que se quedara cerca de la casa, pero los niños…»

Su voz se quebró.

«Se cayó», susurró. «Y luego no se levantó.»

Un mal presentimiento se enroscó en mi estómago.

Y entonces un grito. Débil. Dolorido.

«¡Mamá!»

La mujer soltó un sollozo y salió disparada hacia adelante y allí, bajo el enredo de ramas caídas, yacía un niño. No tendría más de seis o siete años, su pequeño cuerpo temblaba, su piel demasiado pálida contra el marrón de la tierra.

Su pierna estaba mal. La herida era profunda, irregular, desde la rodilla hasta la espinilla, abierta por algo afilado; quizá una piedra, quizá un alambre viejo y oxidado escondido entre la maleza.

La sangre había disminuido su ritmo, pero se había acumulado bajo él, tiñendo las hojas de un rojo oscuro y húmedo. Respiraba con rapidez, demasiado rápido, su pecho subía y bajaba en jadeos cortos e irregulares. Aterrorizado.

«¡Mamá!» Su voz se quebró, sus manos aferrándose a la tierra.

Su madre cayó de rodillas a su lado, acariciándole el cabello, susurrando disparates, depositando besos frenéticos en su frente.

«Calla ya», murmuró Zsuzsanna, arrodillándose junto a ellos.

No se apresuró, no se desesperó, no alzó la voz. Simplemente extendió la mano, firme, gentil, tocando la frente del muchacho, apartando el cabello pegajoso de sudor de su rostro.

«¿Cómo te llamas?» preguntó.

El niño parpadeó, aturdido, mirándola.

«Tibor», susurró.

«Tibor», repitió ella. «Bien. Un nombre fuerte.»

Sus manos se posaron en su pierna.

«No te mentiré, Tibor. Esto dolerá.»

Tragué saliva con fuerza mientras observaba. La herida era peor de cerca, los bordes desgarrados e irregulares, con tierra y residuos ya incrustados en la piel. Si no se limpiaba bien, si se infectaba—no me permití pensar en eso.

«Niña, sujétalo», ordenó Zsuzsanna, y me moví antes de dudar, agachándome junto a sus hombros para sujetarlo. «Tibor, escúchame», dijo Zsuzsanna. «Vas a contar hasta diez. ¿Puedes hacerlo?»

Su labio tembló. Sus pequeñas manos se cerraron en puños.

«Sí.»

«Buen chico. Empieza a contar.»

«Uno…»

Y ella presionó un paño húmedo sobre la herida. Tibor gritó. Su madre sollozó, apoyando la frente en su cabello, susurrando su nombre una y otra vez mientras él se retorcía bajo mis manos.

«Dos», jadeó. «Tres…»

«Ya casi termina», murmuró Zsuzsanna. «Sigue contando.»

Trabajó con rapidez, lavando la herida con agua limpia, sus manos moviéndose con la destreza de quien ha hecho esto mil veces.

«Cuatro… cinco…»

El trapo estaba ahora rojo, empapado.

«Seis…»

El sangrado iba disminuyendo.

«Siete…»

Alcanzó una botellita, sacó el corcho con los dientes y vertió su contenido sobre el corte.

«Ocho…»

Todo su cuerpo se tensó.

«Nueve… diez.»

Y así, simplemente, terminó.

«Ya está.» Zsuzsanna se reclinó, sus dedos manchados con su sangre, pero su expresión era imperturbable. «Eres muy valiente, Tibor.»

El niño gimió, el rostro surcado por lágrimas.

"Duele", sollozó.

"Por supuesto que duele", dijo ella. "Pero estás vivo. Eso es mejor que la alternativa. Asegúrate de crecer siendo un buen hombre."

Su madre dejó escapar otro sollozo ahogado, besando sus mejillas, sus dedos rozando las vendas que Zsuzsanna había apretado firmemente alrededor de su pierna.

"Debes mantener esto limpio", ordenó Zsuzsanna. "Nada de caminar durante unos días. Ni tierra, ni barro. Si se hincha, si la piel se enrojece, si tiene fiebre, envíame a buscar."

La mujer asintió con fuerza, apretando la mano de su hijo.

"Gracias", susurró. "Gracias, Zsuzsanna."

Pero Zsuzsanna ya se movía, poniéndose en pie, sacudiendo la tierra de sus rodillas.

"Ven", me dijo. "Ayúdame a llevarlo."

Lo llevamos juntos. Su madre caminaba delante, iluminando el camino con una linterna, cuyo resplandor rebotaba contra los árboles oscuros, proyectando largas y alargadas sombras. El niño era pequeño, pero se apoyaba en mí, real, sólido y cálido. Zsuzsanna soportaba la mayor parte, su agarre firme, su paso constante, sin titubear jamás.

Le robé una mirada mientras caminábamos; a las manchas de tierra en su rostro, a la leve mancha de sangre en su muñeca, a la expresión que nunca cambiaba, que no flaqueaba. La había visto salvar a un recién nacido. La había visto acabar con el sufrimiento de un animal moribundo. Y ahora, la había visto arrancar a un niño del borde de algo oscuro y peligroso. Nunca vaciló. Ni una sola vez. Y yo estaba maravillado.

La madre de Tibor, Julianna, recordaría aquella noche. Recordaría cómo la partera salvó a su hijo, cómo la partera era más fuerte que los hombres del pueblo, cómo no se inmutaba ante la sangre y el dolor.

Y cuando llegara el momento—cuando su suegro le propinara la última bofetada, cuando le dejara moratones en los brazos, cuando escupiera a sus pies como si no fuera nada—recordaría lo que Zsuzsanna había hecho. Acudiría a la partera. Pediría ayuda.

Y Zsuzsanna se la daría.

17

LA OLLA HIRVIENDO

La casa olía distinto aquella mañana. Siempre albergaba ciertos aromas familiares. Lavanda seca colgando de las vigas, hierbas machacadas infusionándose en pequeños cuencos de cerámica, el humo constante del hogar, aferrado a las vigas de madera como un viejo espectro. Algunos olores permanecían más tiempo que otros, enterrados en los muros, en el suelo de piedra, en los mismos huesos del lugar. Pero hoy, algo era diferente.

Lo advertí en cuanto crucé el umbral. El vapor se enroscaba en lentos remolinos por la estancia tenue. Los aromas habituales —terrosos, florales, agudos— habían sido desplazados por otro distinto. Algo punzante, algo profundo y metálico que se adhería al fondo de mi garganta.

Me detuve en el umbral. Zsuzsanna estaba junto al hogar, removiendo una olla de hierro, con la espalda vuelta hacia mí. El fuego bajo ella ardía débil, pero el líquido dentro bullía con fuerza, burbujas que ascendían a la superficie y estallaban con un leve y húmedo estallido. Una fina película se había formado en los bordes de la olla, oscura y brillante.

No se volvió cuando entré.

«Cierra la puerta», dijo.

Lo hice. El calor en la habitación era sofocante.

Mi piel se erizó con él, el sudor acumulándose en la base de mi cuello, empapando la parte trasera de mi vestido. El vapor de la olla se enroscaba alrededor de mis brazos como dedos invisibles, cálidos y pegajosos.

Di un paso más cerca.

«¿Qué es eso?», pregunté.

Levantó la cuchara de madera, dejando que un hilo del líquido cayera de nuevo en la olla. Era aceitoso, más oscuro de lo que esperaba. Dejó un residuo fino en la cuchara, cubriendo la madera con algo resbaladizo.

«Medicina», dijo simplemente.

La palabra quedó extraña en el aire. Medicina.

No era mentira. Y, sin embargo, no parecía la verdad. Me acerqué más, atraída a pesar del calor que presionaba contra mi piel.

La olla era más ancha que el alcance de mis brazos, su superficie ennegrecida desgastada por años de uso. Un profundo y constante batir llenaba la estancia, el sonido del líquido rodando sobre sí mismo. El olor era más intenso allí, elevándose con el vapor. Era potente, como el aroma de tierra mojada y raíces amargas.

Zsuzsanna volvió a remover, pausada, metódica. Tenía las mangas remangadas hasta los codos, y sus antebrazos estaban salpicados de pequeñas motas de hierbas secas. Algunos mechones sueltos se pegaban a su sien, húmedos de sudor. Parecía serena. Concentrada.

Tragué saliva. «¿Para qué?»

Finalmente, se volvió. Sus ojos oscuros encontraron los míos, inescrutables.

«Para quienes lo necesitan», dijo.

Aquellas palabras me recorrieron como un escalofrío. No pregunté nada más. Porque no estaba seguro de querer saber. Ella indicó el pequeño taburete de madera junto a la mesa, y me senté, observándola mientras trabajaba.

Zsuzsanna rara vez desperdiciaba palabras. Hablaba solo cuando era necesario, y aun entonces, en frases breves y mesuradas. Había pasado semanas intentando leerla, intentando entender qué se ocultaba tras esa mirada aguda y sabia.

«¿Dónde aprendiste?» pregunté, señalando hacia el recipiente.

Volvió a remover, alzando la cuchara, inspeccionando el líquido antes de dejarlo caer de nuevo en las honduras que se agitaban. «De mi madre. Y de la suya antes que ella.»

Su voz era uniforme, firme, pero había algo en la manera de decirlo. Tenía un matiz de irrevocabilidad.

Vacilé. «¿Fueron—»

«¿Parteras?» terminó por mí, con una sonrisa irónica curvando sus labios. «Sí.»

Asentí. «¿Y eso era lo que querías? ¿O simplemente... se esperaba?»

Inclinó ligeramente la cabeza, como sopesando mi pregunta. «La expectativa es una carga pesada, pero no siempre es una jaula. Hay cosas que van en la sangre. Quieras o no.»

Lo medité un instante.

«¿Elegiste esto?» pregunté.

Zsuzsanna me miró entonces, de verdad me miró. Vi algo en sus ojos, algo que no supe nombrar.

«Elegí no ser impotente», dijo al fin.

Las palabras se asentaron entre nosotros, llenando el espacio con algo no dicho.

Dejé que mi mirada recorriera la estancia: los manojos de hierbas secas colgados de las vigas, las filas de frascos cuidadosamente etiquetados apilados contra la pared, la mesa de madera donde mezclaba sus tónicos y tinturas. Esto era más que una casa. Era un lugar de poder silencioso, construido con el saber transmitido a través de generaciones, de secretos susurrados y manos prudentes.

Ella había elegido no ser impotente. Y, sin embargo, no pude evitar preguntarme, ¿cuántas otras habrían tomado la misma decisión?

«Crees que no perteneces aquí», dijo Zsuzsanna de repente.

La miré, sobresaltada. «No.»

Ella esbozó una sonrisa burlona. «Lo noto.»

«¿Cómo?»

Asintió despacio, con aire cómplice, hacia la ventana, donde el pueblo yacía silencioso bajo la luz del sol vespertino. «Aún los miras

como si esperases algo. Como si aguardases que la gente se comporte de cierta manera.»

Vacilé. «¿Y no lo hacen?»

Su sonrisa se profundizó. «No. Y nunca lo harán.»

Exhalé, moviéndome ligeramente en el taburete. No estaba equivocada. Las mujeres de Nagyrev no eran como las que yo había conocido antes. No susurraban disculpas a sus maridos. No inclinaban la cabeza. Se movían por el mundo como si guardasen un secreto. Uno que no deseaban compartir.

«¿Adónde quieres ir?» preguntó, removiendo de nuevo.

«A algún lugar al norte», respondí. «A un lugar distinto de este.»

Alzó una ceja. «Y, sin embargo, aquí estás.»

Vacilé, luego esbocé una leve sonrisa. «Yo también elegí no ser impotente. Y seguir los deseos de mi madre.»

Algo cambió en su expresión. Tal vez diversión. Comprensión.

Sumergió la cuchara de nuevo en la olla, alzando una gota oscura y brillante hasta sus labios. La probó, asintió con aprobación y, sin mirarme, dijo:

«Entonces te irá muy bien aquí.»

La tarde se alargó, el aroma de la olla hirviendo llenaba cada rincón de la casa. Observé a Zsuzsanna trabajar, aprendiendo de ella como desde el día en que llegué. No mediante instrucciones, sino por observación; por el cuidadoso desvelar de secretos que nunca pronunciaba en voz alta.

No pregunté qué contenía la olla. No pregunté quién vendría por ella, ni qué harían con su contenido. Porque aquí, en Nagyrev, esas preguntas no tenían respuesta. O mejor dicho, tenían respuestas que aún no estaba preparada para escuchar.

No pregunté qué le había sucedido a Martha en el bosque. También conocía esa respuesta. Y sabía que esa era una de las razones por las que estaba ocupada con su remedio.

18

EL EXTRAÑO

El día ya estaba cálido cuando me dirigí al pozo. El aire olía a tierra mojada y trigo, el último suspiro de la primavera desvaneciéndose en el calor del verano. Mi vestido se pegaba a mi espalda mientras caminaba, el sol matutino presionando contra mi piel. El pozo se alzaba en el corazón del pueblo, su piedra lisa y pulida por años de manos que la tocaban, su cubo de madera crujiendo al ser bajado y vuelto a subir.

Había ido a buscar agua, como cada mañana. Pero aquel día, no estaba sola.

Un joven estaba junto al pozo, de espaldas a mí, con la camisa remangada hasta los codos, levantando un cubo con manos firmes y seguras. Su piel, oscurecida por el sol, mostraba los músculos de sus brazos tensos mientras izaba el agua en un movimiento suave y decidido.

Reducí el paso. No lo conocía. Y en Nagyrev, todos se conocían. Se volvió al acercarme y lo vi claramente por primera vez.

Era apuesto, pero no al modo de los nobles o los hombres de ciudad. Sus rasgos eran toscos, la nariz ligeramente torcida como si alguna vez la hubiera tenido rota, la mandíbula afilada, el ceño fuerte. El cabello oscuro y rebelde ondeaba levemente en las sienes.

Sus ojos, de un marrón profundo y cálido, se fijaron en mí. Y algo se agitó en mi interior.

Había visto a muchos hombres en Nagyrev. Los había observado volverse más crueles con la edad, su bondad desgastada por la bebida y la desilusión. Aprendí que los temperamentos de los hombres eran impredecibles, sus afectos efímeros, su bondad algo que podía esfumarse con un cambio de ánimo. Pero aquel hombre no era como ellos.

No todavía. No ahora. Se mantenía con una confianza serena, pero sin arrogancia. Y cuando habló, su voz era baja y pausada, sin el áspero matiz de impaciencia al que estaba acostumbrada.

«No te había visto antes», dijo.

«Vivo aquí», respondí.

Una chispa de diversión cruzó su semblante.

«Entonces supongo que soy yo quien es el extraño.»

Nunca antes me había sentido tímida. Ni siquiera al hablar con Zsuzsanna. Pero al estar él allí, observándome, sentí la intensidad de su mirada, la forma en que se demoraba. No de modo grosero, ni hambriento, sino como si simplemente me estuviera contemplando, como si intentara situarme en el paisaje del pueblo.

«¿Quién eres?» pregunté, apretando los dedos alrededor del asa de mi cubo vacío.

«Ádám», dijo. «Mi familia es de un pueblo cerca de Szolnok.»

Un recién llegado. Era raro que alguien viniera a Nagyrev si no había nacido allí. La tierra no era rica, el pueblo no prosperaba. Era un lugar de herencia, no de ambición.

«¿Y tú?» preguntó.

«Ya lo sabes», respondí.

«Sé que vives aquí. Eso no es lo mismo que saber quién eres.»

Una pequeña sonrisa rozó sus labios. No burlona. No cruel.

No supe qué decirle. Porque, ¿quién era yo? Una muchacha sin padre. Una hija entregada a la partera. Una joven que guardaba secretos que jamás podría pronunciar en voz alta.

«No soy nadie», dije al fin.

«No lo creo.»

Su voz era baja, pero firme. Y por primera vez en mucho tiempo, deseé ser vista.

Permanecimos allí un instante, sin hablar. El cubo de agua en sus manos goteaba lentamente sobre la tierra, formando charcos oscuros entre sus botas.

El pueblo despertaba a nuestro alrededor; mujeres saliendo de sus casas, el canto de un gallo, el clangor del metal mientras un campesino enganchaba un caballo a un carro.

Debería haberme marchado. Pero me quedé.

«¿Volveré a verte?» preguntó.

Vacilé.

«Sí.»

Y cuando me alejé, sentí sus ojos sobre mí. No me volví. Pero sonreía.

19

UN PASEO ENTRE EL TRIGO

Los campos se extendían dorados bajo el sol poniente, las espigas de trigo altas y meciéndose, susurrando secretos al viento. El aire olía a tierra, a grano maduro, al último aliento del verano antes de que el otoño reclamase la tierra.

No esperaba volver a verlo y, sin embargo, allí estaba. Ádám.

De pie al borde del campo, con las mangas remangadas hasta los codos, el aroma del trigo cortado impregnando su piel. Debía de haber trabajado desde el alba, pero no se mostraba como un hombre agotado.

Se movía como alguien que aún tenía algo que decir.

«Otra vez tú», dijo, como si el destino mismo le divirtiera.

«Podría decir lo mismo», respondí.

«Te dije que nos veríamos de nuevo.»

«Eso no fue una promesa.»

«Fue una certeza.»

La comisura de sus labios se elevó ligeramente. No era una sonrisa burlona, sino algo más suave. Algo casi esperanzador. Y eso fue lo que más me desconcertó. Porque no sabía qué hacer con la esperanza.

«Anda conmigo.»

No fue una pregunta.

Vacilé.

El pueblo aún estaba lo bastante lejos para que nadie nos viera. No había ojos vigilantes, ni susurros a punto de nacer. Los campos se extendían largos, el sendero conducía hacia el río, donde la tierra se hundía en el pantano, donde el mundo parecía más vasto.

Debería haber dicho que no. Pero en cambio, asentí. Y anduvimos. La tierra estaba blanda bajo nuestros pies, nuestros pasos amortiguados por el silencio de los campos. El viento jugaba con mi cabello, atrapando mechones sueltos y enroscándolos en la luz moribunda.

«Nunca me dijiste tu nombre», dijo tras un rato.

«Nunca preguntaste.»

«Ahora pregunto.»

Lo miré de reojo. Su mirada era firme, paciente.

«Eszter.»

«Eszter», repitió, como saboreándola en la lengua.

Había algo en la forma en que lo dijo. Cauta, deliberada.

«No eres de aquí.»

«No», admitió. «Pero intento hacer de este lugar mi hogar.»

«¿Y?»

«Y es un lugar extraño.»

Me detuve.

Se volvió para mirarme, esperando.

«No perteneces aquí», dije, antes de poder detenerme.

«¿Y tú?»

«Nací aquí.»

«Eso no es lo mismo.»

Aparté la mirada porque tenía razón. Porque Nagyrev no era un lugar al que uno simplemente perteneciera. Era un lugar que te retenía, que te sepultaba, que convertía tu cuerpo en tierra mucho antes de que murieras.

«Crecí en Szolnok», dijo tras un rato. «Pero nunca fue mi hogar.»

Lo miré, esperando que continuara.

«Mi padre era comerciante. Negociaba con grano, harina, cosas que la gente siempre necesitaba. Quería que yo hiciera lo mismo,

que me casara bien, que fuera el tipo de hombre que estrecha manos en tabernas y gana su dinero en susurros.»

«¿Y tú no querías eso?»

«Quería algo verdadero.»

Se pasó una mano por los rizos oscuros, los dedos manchados de tierra de los campos.

«Me gusta trabajar con las manos. Me gusta sentir la tierra bajo mí. Me gusta plantar algo y saber que crecerá.»

Lo dijo con sencillez, como un hombre que sabe lo que quiere. Como un hombre que ya ha elegido su camino.

«¿Así que viniste aquí?» pregunté.

«Mi tío murió en la guerra. La tierra pasó a mi padre. Mi padre me la dejó a mí.» Me miró entonces, con un destello de curiosidad en la mirada. «¿Y tú?»

«¿Y yo?»

«¿Qué es lo que quieres?»

Vacilé.

Porque nunca me habían hecho esa pregunta. Porque querer era peligroso. Porque ya sabía que había cosas que nunca podría tener.

«No lo sé», mentí.

«Dime algo.» Su voz era baja, cuidadosa.

«¿Qué?»

«¿Qué es aquello que nadie dice?»

Sentí que se me apretaba el estómago.

«¿A qué te refieres?»

«He vivido en otros pueblos», dijo. «Sé cómo se siente un lugar cuando oculta algo.»

Mantube mi expresión impasible.

«Nagyrev es así.»

El viento susurraba entre el trigo. Un sonido como un suspiro.

«No sé a qué te refieres.» Mi voz fue serena.

«Creo que sí lo sabes.»

Me di la vuelta para marcharme.

«Eszter—»

«Vete a casa, Ádám.»

No miré atrás porque, si lo hacía, temía que pudiera dejarlo seguirme.

20

UNA VISITA A LOS ENFERMOS

El golpe llegó justo pasada la mediodía, un golpeteo vacilante contra la puerta de madera, tan leve que apenas lo oí sobre el viento que sacudía las contraventanas. Estaba sentado en la mesa, frotando hojas secas de menta entre los dedos, reduciéndolas a polvo, inhalando su aroma agudo y fresco. Al otro lado de la estancia, Zsuzsanna limpiaba los estantes, moviéndose con lentitud y deliberación, reorganizando frascos llenos de polvos, hojas y cosas cuyos nombres aún no había aprendido.

Se detuvo al oír el golpe. Giró ligeramente la cabeza, pero no se apresuró a abrir. En lugar de ello, se limpió las manos en el delantal, exhaló por la nariz y se acercó a la puerta con la misma seguridad pausada con que hacía todo.

La joven que estaba en el umbral era demasiado joven para portar en sus ojos tal tristeza.

Iba envuelta en un fino y raído chal, la tela gastada en los bordes, remendada en los sitios donde se había deshilachado sin remedio. La piel bajo sus ojos estaba hundida, oscura por el agotamiento, y sus labios agrietados por el frío. Olía a lana mojada y desesperación.

Miró a Zsuzsanna. Luego a mí. Y volvió a mirar a Zsuzsanna.

«Mi marido», dijo en voz baja. «Está enfermo.»

Zsuzsanna la observó largo rato, con el semblante impenetrable.

«¿Qué tan enfermo?»

La joven tragó saliva. «Fiebre. Tos. Apenas puede mantenerse sentado.»

Su voz era tenue, casi un susurro. Había en su porte algo más que cansancio, algo profundo. ¿Sería esperanza?

Zsuzsanna inclinó un poco la cabeza, con la mirada firme. «¿Y qué quieres que haga?»

La joven vaciló. Sus dedos apretaron el tejido del chal.

«Necesito ayuda», dijo al fin. «Por favor.»

Zsuzsanna meditó aquello. Luego, sin decir palabra, se volvió, caminó hacia el estante más alejado y tomó algo. Una botella de cristal. La misma clase que había visto antes. Un nudo me oprimió el estómago. Me la entregó.

«Ve con ella», dijo.

Vacilé. «¿Qué se supone que debo hacer?»

Zsuzsanna encontró mi mirada, serena y firme. «Dale dos gotas en su caldo», dijo. «Eso le ayudará a descansar.»

La muchacha no reaccionó. No preguntó qué contenía la botella ni qué efecto tendría. Simplemente asintió.

Sujeté la botella con cuidado en la palma de la mano. Y luego la seguí hacia la áspera tarde.

El pueblo estaba en calma, las calles casi desiertas. La casa de la muchacha era pequeña, escondida al borde del pueblo, cerca del bosque. Era una construcción sencilla; una sola estancia, el techo hundido, humo que ascendía de la chimenea en lentos y perezosos remolinos. Junto a ella, un pequeño jardín, casi desnudo ahora que el invierno se asentaba, con unas pocas hierbas obstinadas aferrándose a la vida en la tierra helada.

Me condujo adentro sin decir palabra. Lo primero que me golpeó fue el calor. El fuego en el hogar ardía débilmente y el olor a enfermedad impregnaba las paredes. Sudor. Aliento rancio. El sabor agrio de la fiebre.

El hombre yacía en la cama contra la pared opuesta, apenas una silueta bajo las mantas. Me acerqué. Era joven, no más de veinticinco años, calculé, pero ya se mostraba agotado. Su rostro

estaba perlado de sudor, el cabello enmarañado, la respiración corta e irregular. Sus labios agrietados, las manos temblorosas apenas rozando las sábanas.

La muchacha pasó junto a mí, sumergiendo un cucharón de madera en una olla colgada sobre el fuego. El caldo era aguado, débil. Sin suficiente carne. Sin suficiente fuerza. Lo vertió en un pequeño cuenco de barro y luego se volvió hacia mí. Vacilé. La botella de cristal seguía en mi mano, el líquido en su interior se mecía suavemente mientras la giraba entre los dedos. Dos gotas. Eso era lo que Zsuzsanna había dicho.

Miré al hombre. Sus ojos parpadearon levemente, sus labios se entreabrieron, aunque no pronunció palabra. Se veía tan pequeño así, el cuerpo encorvado sobre sí mismo, hundiéndose en el colchón como si este quisiera tragárselo entero.

Volví la mirada hacia la muchacha. Su rostro era inescrutable. No mostraba miedo.

Abrí la botella. Dos gotas. El líquido tocó la superficie del caldo y desapareció al instante, disolviéndose en las profundidades doradas sin dejar rastro.

Le entregué el cuenco. Ella lo tomó sin vacilar, se acercó a la cama y se arrodilló junto a él.

"Bebe," murmuró, posando el borde en sus labios.

Él tragó.

Observé cómo su garganta se movía, cómo sus dedos se estremecían contra las sábanas. La joven se apartó, dejando el cuenco a un lado. Entonces, por fin, me miró.

"Gracias," dijo.

Y por primera vez, no estaba seguro de que se refiriera al remedio en absoluto.

El camino de regreso a la casa de Zsuzsanna se me antojó más largo que antes.

El aire era fresco, el cielo se extendía amplio y gris sobre mí. A lo lejos, podía ver humo elevándose de las chimeneas, el aroma de la leña ardiendo llevado por el viento.

Sentí el peso de la botella vacía en el bolsillo. Había sido tan sencillo. Dos gotas. Eso fue todo lo que hizo falta. Zsuzsanna seguía

en la mesa cuando regresé. No alzó la vista al cerrar la puerta tras de mí.

"¿Se la diste?" preguntó.

Vacilé. Luego asentí. "Sí."

Ella asintió una vez, como si esa fuera la única respuesta que importaba.

Alcanzó un manojo de tomillo seco, arrancó unas ramitas y comenzó a atarlas con un cordel. Tranquila. Imperturbable. Como si lo que acababa de hacer no fuera distinto a entregar hierbas o sacar agua del pozo.

Tragué saliva. "¿Le ayudará?"

Las manos de Zsuzsanna no detuvieron su trabajo.

"Haré lo que debe hacer," dijo con sencillez.

Y eso fue todo.

Afuera, el viento arreció, meciendo las ramas desnudas de los árboles, y permanecí allí largo rato, escuchando.

21

UN ENTENDIMIENTO TENEBROSO

Era poco antes del alba cuando escuché la noticia. Apenas había dormido.

El fuego se había consumido hasta quedar en brasas, proyectando sombras tenues e inquietas contra las paredes. Afuera, el viento golpeaba las contraventanas con ráfagas lentas y rítmicas, un recordatorio silencioso de que el invierno no estaba lejos. Había contemplado el techo durante horas, mi mente dando vueltas al mismo pensamiento una y otra vez.

Dos gotas. Aún podía verlas caer, desvaneciéndose en el caldo sin dejar rastro. Me había dicho a mí mismo que no era nada. Que solo era medicina. Que era una coincidencia. Entonces llegó el golpe. Fuerte, insistente, sacudiendo el marco de madera de la puerta.

Zsuzsanna ya se movía antes de que pudiera incorporarme, echándose un chal sobre los hombros, sus pies desnudos silenciosos sobre el suelo de piedra. No vaciló, ni me miró antes de abrir la puerta.

El frío irrumpió, trayendo el aroma de tierra húmeda y madera besada por la escarcha. Ilona estaba en el umbral, su rostro inescrutable. No sorprendida. No alarmada. Simplemente... expectante.

«Sucedió durante la noche», dijo con sencillez.

No mencionó quién. No hacía falta.

Zsuzsanna asintió, como si ya lo supiera. «Iré.»

Me levanté de la cama, mis miembros torpes, el estómago retorciéndose en nudos. «¿Qué ha pasado?»

Ilona clavó en mí su mirada aguda.

«Está muerto.»



La casa era aún más pequeña de lo que recordaba.

Las paredes parecían inclinarse hacia dentro, apretando cerca, el aire retenía el pegajoso aroma a enfermedad y sudor, ahora mezclado con algo más. Algo definitivo.

La muchacha estaba sentada junto al hogar, las manos plegadas con orden en el regazo. No lloraba. Ni siquiera lo miraba.

El cuerpo seguía en la cama. Tragué saliva con dificultad.

El hombre yacía extendido bajo las mantas delgadas, el rostro lánguido, la boca entreabierta. No parecía en paz. No había gracia en su muerte, ni suavidad. Su piel era demasiado pálida, casi cerosa, sus labios teñidos de un azul profundo y antinatural.

Sus manos estaban contorsionadas en rígidas formas de garra. Las uñas se habían clavado en sus propias palmas, dejando hondas marcas en forma de media luna. Su cuerpo no se entregó con facilidad.

Zsuzsanna pasó junto a mí, lenta y deliberada, retirando la manta, dejando al descubierto más de él a la tenue luz que se filtraba por la pequeña ventana. Lo estudió por un momento. Luego se volvió hacia la muchacha.

«¿Cuándo se fue?»

«Tarde», respondió la joven en voz baja. «La fiebre era fuerte. No dejaba de jadear, agarrándose el estómago. Y entonces…»

Hizo un gesto vago, como si el resto no necesitara ser dicho. Y quizás así era.

Sentí algo frío desplegarse dentro de mí. Me giré, dirigiéndome hacia la puerta, con la respiración acelerada y superficial. Necesitaba

aire.

El pueblo aún despertaba. Humo se elevaba de las chimeneas, las primeras voces flotaban por la plaza, pausadas y tranquilas, ajenas a la noticia del hombre muerto en la casa detrás de mí. Un día normal. Una muerte normal.

Apoyé una mano sobre el corazón, intentando sosegar el martilleo bajo las costillas.

No era yo. Era la fiebre. Era el azar. Era la guerra, cobrando su tributo sobre hombres ya debilitados, rotos desde dentro hacia fuera. No era yo.

Una mano tocó mi brazo. Me sobresalté, volviéndome bruscamente. Era Ilona.

Me observó con cuidado. «Estás pálida».

Forcé una sonrisa tensa. «Es el frío de la mañana».

Ilona inclinó la cabeza, mirándome con esa mirada conocedora que siempre parecían tener las mujeres de Nagyrev. Como si lo hubieran visto antes. Como si lo hubieran visto todo antes.

Miró de nuevo hacia la casa. «No es el primero, sabes».

Supe que no hablaba solo de enfermedad. Algo dentro de mí se retorció.

Exhalé con fuerza. «¿Qué quieres decir?»

Ilona me regaló una pequeña sonrisa, casi divertida. Y luego, con el mismo tono despreocupado que usaría para hablar del precio del pan, dijo,

«Algunos hombres son más difíciles de matar que otros».

Se volvió, caminando de regreso a la casa, dejándome allí, con la respiración aguda en el frío matutino.

Cuando volvimos a la casa de Zsuzsanna, ella retomó su trabajo como si nada hubiera ocurrido. Sacó un manojo de manzanilla seca, desmenuzando los tallos y apartando las flores para el té. Serena. Imperturbable.

Me senté a la mesa, con las manos cruzadas sobre el regazo, la gravedad de lo que había hecho oprimiéndome como tierra mojada. Ella no levantó la vista al hablar.

«Crees que fuiste tú», dijo.

Me tensé. «No sé a qué te refieres.»

Zsuzsanna soltó una risa breve y quedada. «Sí lo sabes.»

No dije nada.

Ella arrancó otra flor del manojo. «La gente gusta pensar en la muerte como algo lejano», meditó. «Algo que solo llega a los viejos, a los frágiles, a quienes la han merecido.» Hizo una pausa. «Pero la muerte nunca ha sido justa, ¿verdad?»

Apartó la manzanilla, y por fin me miró. «¿Lo sujetaste? ¿Pusiste tus manos alrededor de su garganta?»

Negué con la cabeza.

«Entonces no lo mataste.»

Las palabras debían ser un consuelo. No lo fueron.

Cerré los ojos, apoyando las palmas en la madera gastada de la mesa, aferrándome a su aspereza.

«Me dijiste que se lo diera», dije al fin.

Zsuzsanna se inclinó hacia adelante, con expresión inescrutable. «Te dije que la ayudaras a ella.»

Pensé en la muchacha, sentada junto al hogar, con las manos tan ordenadamente cruzadas en el regazo. Sin llorar. Sin lamentarse.

«Ahora es libre», murmuró Zsuzsanna, como si hubiera arrancado aquel pensamiento de mi mente. «Eso es lo que importa.»

Abrí la boca. Luego la cerré. Porque, ¿no era esa la verdad?

¿No había visto los moretones en los brazos de Kata, la mirada hueca en los ojos de otras mujeres? ¿No las había oído reír cuando creían que nadie escuchaba? ¿No había comprendido ya, en alguna parte callada de mí, lo que pasaba?

Zsuzsanna me observaba. Y por primera vez, no supe si esperaba que lo aceptara o que me apartara.

Afuera, el viento se levantó, sacudiendo las contraventanas, trayendo los sonidos del pueblo que despertaba. Había comenzado otro día. Había muerto otro hombre. Y aún así, el mundo seguía girando.

22

EL PACTO

Aquella noche llegó la primera helada de la temporada. Se coló por las rendijas de las contraventanas, posándose sobre los tejados como un fino velo blanco. El aire olía a humo de leña y hojas mojadas, y los senderos de tierra entre las casas se habían endurecido bajo el peso del frío. El pueblo se había vuelto más silencioso en los últimos días. O tal vez yo simplemente había aprendido a escuchar de otra manera.

Estaba inquieto. Ádám estaba allí, como una marca indeleble en mi mente.

El sueño había sido errático, interrumpido por extraños sueños que parecían advertencias a medio recordar. La enfermedad también rondaba mi pensamiento, o mejor dicho, la forma en que había terminado. Intenté convencerme de que fue la fiebre, la guerra, el hambre lo que lo debilitó. Que el caldo no había hecho nada en absoluto. Pero ya no estaba seguro de creerlo.

Las mujeres de Nagyrev transcurrían sus días como siempre: lavando ropa en el río, amasando pan, barriendo el polvo de sus umbrales. Pero ahora, lo veía. Las miradas silenciosas que se cruzaban. La manera en que sus conversaciones se apartaban cuando pasaba un hombre. Las miradas cómplices, los asentimientos.

No debía escucharlas aquella noche. Pero lo hice. Era tarde cuando salí, necesitando aire.

El viento tenía un filo, se colaba bajo mi chal mientras lo apretaba más alrededor de mis hombros. El pueblo yacía oscuro y quieto, salvo por el débil resplandor de algunos fuegos de hogar tras ventanas con contraventanas cerradas. En la distancia, un perro ladró una vez antes de quedarse en silencio.

Solo pensaba caminar hasta el pozo y regresar. Pero entonces las oí. Voces bajas, firmes, deliberadas. Me detuve. Venían de la casa de Ilona, a pocos pasos delante. La puerta estaba entreabierta, dejando escapar una franja de luz dorada sobre la tierra fría. Sombras se movían dentro, desplazándose, inclinándose cerca.

Debí haberme alejado. Pero no lo hice. Avancé con cuidado, el aliento apenas visible en el aire frío mientras me pegaba a la pared exterior, lo suficientemente cerca para oír.

«Dice que bebe más que antes», murmuró una voz. «Y que ha empeorado desde la guerra.»

Una pausa antes de que hablara otra mujer. «Todos han empeorado desde la guerra.»

Un murmullo bajo de asentimiento siguió.

«¿La ha herido?»

«Aún no.»

«Pero lo hará.»

«¿Quiere ayuda?»

Una silla crujió. Alguien se movió.

«Tiene miedo.»

«¿De él?»

«De ser libre.»

Otra voz, más vieja, más firme. «Lo pedirá, cuando esté preparada.»

Una pausa. Luego la primera mujer otra vez, ahora más baja.

«¿Y si no lo hace?»

Alguien exhaló despacio, como sopesando. Finalmente, una voz que reconocí. La de Ilona.

«Entonces decidimos por ella.»

Me aparté de la puerta, el pulso retumbando en mis oídos. El frío parecía más intenso ahora, la noche más pesada.

Caminé rápido, con la cabeza baja, las manos apretadas dentro del chal. No me detuve hasta estar de nuevo dentro de la casa de Zsuzsanna, con la puerta cerrada con firmeza tras de mí.

El fuego había menguado, proyectando largas sombras sobre el suelo de piedra. Zsuzsanna estaba en la mesa, deshojando tomillo seco de sus tallos, sus movimientos lentos, metódicos.

No levantó la mirada. Pero sabía.

«Los oíste», dijo.

No fue una pregunta. Vacilé. Luego asentí mientras apartaba el tomillo, finalmente alzando la vista hacia mí.

«¿Tienes miedo?»

Tragué saliva. «¿Debería tenerlo?»

Zsuzsanna sostuvo mi mirada largo rato. Luego, sonrió.

«No», murmuró. «No, a menos que seas un hombre.»



Casi no dormí.

Los susurros que escuché en la casa de Ilona se repetían en mi mente, girando como aves sobre un ser moribundo. Las mujeres hablaron con tanta sencillez, con tanta naturalidad, sus voces nunca alzándose, nunca titubeando. No conspiraban. Decidían.

Fue una conversación como cualquier otra. Como si discutieran la cosecha. Como si eligieran qué vestido remendar o qué hogaza de pan hornear.

Entonces decidimos por ella.

Me giré de lado, mirando las brasas moribundas en el hogar, el cuerpo entumecido por haber permanecido despierta. Las palabras pesaban ahora más, oprimiendo mi corazón como una piedra. Aún podía oír la voz de Ilona, firme, serena, sin titubeos.

No lo había imaginado. No lo había malinterpretado. Habían hablado de la vida y la muerte como si la línea que las separaba no fuera una línea en absoluto, sino una puerta. Una que podía abrirse,

silenciosamente, sin alboroto, siempre que ellos lo juzgaran necesario. Y yo les había ayudado a hacerlo.

Cerré los ojos, inhalando profundamente, como si pudiera liberarme del conocimiento al exhalarlo en el frío aire nocturno. Pero no pude desconocer lo que había oído.

Y peor aún, no pude negar la parte de mí que lo comprendía.



La mañana llegó lentamente.

La casa olía a madera húmeda y manzanilla seca, al calor persistente del fuego de la noche anterior. Me levanté con rigidez, frotándome el sueño de los ojos, pero la pesadez en mi interior no se disipó.

Zsuzsanna ya estaba despierta, de pie junto al mostrador, moliendo algo en un pequeño mortero de barro. El rítmico roce del mano contra la piedra llenaba la estancia, constante y pausado.

No me miró mientras hablaba.

«No has dormido.»

Me ceñí más el chal sobre los hombros, observando cómo se movían sus manos; precisas, expertas, como si lo hubiera hecho mil veces antes.

«Los escuché», murmuré.

No dejó de moler. «Lo sé.»

El mano raspó de nuevo, triturando lo que había dentro hasta hacerlo más fino, más fácil de tragar.

Tragué saliva, con la garganta seca. «Fue… distinto, oírlo así. En voz alta.»

Zsuzsanna asintió, finalmente deteniéndose, girando el mortero entre sus manos. «Sigues pensando en ello.»

«¿No lo harías tú?» pregunté.

Entonces sí me miró, sus ojos oscuros eran firmes e inquebrantables. «Yo dejé de pensar en ello hace mucho tiempo.»

Exhalé, apartándome.

«No sé qué esperaba», admití. «Quizá que hablaran de ello de otro modo. Con culpa. Con vacilación.»

Zsuzsanna soltó una risa suave, negando con la cabeza.

«Piensas demasiado como una niña», dijo.

Fruncí el ceño. «¿Y qué significa eso?»

Se inclinó hacia adelante, apoyando los codos sobre la mesa. «Significa que te enseñaron que el sufrimiento es deber de la mujer. Que la resistencia es la marca de una buena esposa, una buena hija, una buena viuda.»

Inclinó ligeramente la cabeza, estudiándome.

"Pero aquí, no soportamos. No aguardamos a que el destino nos conceda clemencia. La forjamos nosotros mismos."

Sus palabras me recorrieron un escalofrío, aunque no supe decir si era por temor o por comprensión. Pensé en cómo las mujeres se habían congregado junto al pozo, cediendo espacio a Kata sin pronunciar palabra. Pensé en la manera silenciosa en que las viudas se conducían. No en duelo, sino en alivio.

Pensé en las risas que había escuchado cuando no había hombres presentes. Y pensé en la joven con el esposo enfermo, sentada junto al hogar, con las manos plegadas cuidadosamente en el regazo, el rostro sereno, sin huellas de aflicción.

Cerré los ojos, exhalando despacio.

"Nunca quise formar parte de esto", dije en voz baja.

La voz de Zsuzsanna era suave, pero firme.

"Pero," el mortero raspó contra el almirez de nuevo, un sonido lento y deliberado, "lo eres."

23

SOSPECHA

La plaza del pueblo estaba más silenciosa de lo habitual. No vacía, nunca vacía, pero faltaba algo en la manera en que se congregaban los hombres. Los sonidos acostumbrados de voces alzadas, de jarras de cerveza golpeando las toscas mesas de madera, de risas que brotaban en el frío aire matutino, se habían reducido a algo menor. Algo incierto.

No me senté demasiado cerca. No era necesario.

El pozo se alzaba en el borde de la plaza, sus piedras relucían con la bruma matinal, sus vigas de madera resbalaban bajo mis dedos. Bajé el cubo, lento y con cuidado, dejando que el peso del agua me estabilizara mientras escuchaba.

«Enterraron a Mihály ayer.»

Una voz suave. No destinada a mis oídos.

«¿Cuál Mihály?»

«El menor.»

Una pausa. Alguien exhaló con brusquedad. «No estaba enfermo.»

«No. No lo estaba.»

Hubo un silencio en la conversación. Les di la espalda, sumergí el cucharón en el cubo, dejando que el agua fría corriera por mi

garganta. Era un viejo truco. Cuando bebes, nadie espera que hables.

Alguien se movió en los bancos de madera detrás de mí. Una bota raspó contra la tierra. «¿Y Károly?»

Otra pausa. Luego: «Hace tres días.»

Los hombres cuidaban sus palabras. No era propio de ellos reconocer el miedo; ni en sí mismos, ni en los demás. No decían,*demasiados.*No decían,*esto no es normal.*Pero yo podía oírlo, no dicho, en los intersticios entre sus frases.

«Dicen que fue el corazón», murmuró alguien.

«Siempre dicen eso», replicó otro hombre, con voz apagada.

Seguí de espaldas a ellos, las manos apretando el asa del cubo.

«El hijo de József también ha muerto», se unió una tercera voz. «Apenas veinte años. Simplemente… se fue.»

Una silla raspó el suelo. Alguien se movía, inquieto.

«¿Qué creéis que es?»

Una tos. Un carraspeo. Luego, suave, cauteloso: «Algo se mueve por el pueblo.»

Un escalofrío me atravesó, lento y deliberado. No alguien. Algo. Tragué saliva ante el nudo en la garganta. No sospechaban. Aún no. Pero contaban.

Y una vez que los hombres comienzan a contar a sus muertos, es sólo cuestión de tiempo antes de que empiecen a buscar la causa.

Me aparté del pozo, cuidando de no moverme con demasiada rapidez. Sujeté mi cubo, retrocedí hacia el camino, me abrí paso entre el mercado matutino con pasos firmes y medidos. Pero en mi interior, los pensamientos estaban enredados, apretados, retorciéndose en el espacio entre mis costillas.

¿Cuántos habrían sido?

Había dejado de llevar la cuenta. Creía que era mejor no saberlo.

Al principio, había sido sencillo. Un solo nombre. Un solo hombre. Una sola historia, susurrada en voz baja en una cocina oscura, manos torciendo las faldas, palabras escapándose como aliento.

Pero ahora los nombres se amontonaban como piedras en mi mente; muchos e incontables.

Me había dicho a mí misma que era justicia. Me había dicho a mí misma que era misericordia. Me había dicho a mí misma que era necesario. Pero, ¿alguna vez me había dicho que era justo? Las preguntas se retorcían dentro de mí como humo. Preguntas que no quería formular.

¿Cuándo dejó de tratarse de la supervivencia? ¿Cuándo dejó de tratarse de ellos? ¿Cuándo pasó a tratarse de nosotros?

Pisé el sendero que llevaba a casa, el cubo de agua chapoteando contra mis piernas, el pueblo aún murmurando tras de mí.

No miré atrás porque temía lo que pudiera ver y regresé a la casa que estaba como siempre; quieta y en sombra.

Del humo se elevaba desde la chimenea, pálido contra el cielo de la madrugada. Manojos de hierbas colgaban de las vigas, secándose en el aire frío, sus aromas agudos y persistentes: romero, salvia, ajenjo. La puerta estaba cerrada, pero nunca hacía falta que estuviera con llave.

Nadie entraba en la casa de Zsuzsanna a menos que tuviera motivo para ello. Vacilé en el umbral.

El agua en mi cubo seguía fría, mis manos húmedas por haberla llevado. Una cosa pequeña, pero que me anclaba. Me mantenía atada a algo sencillo. Algo ordinario. Llamé una vez, luego empujé la puerta.

Zsuzsanna estaba en la mesa, moliendo algo hasta convertirlo en polvo con un mortero y una maja. El olor a raíces trituradas llenaba la habitación. No levantó la vista.

«Llegas tarde», dijo.

Depositel cubo junto al hogar. "Me detuve en el pozo."

Ella emita un sonido suave, raspando las hierbas pulverizadas en un pequeo frasco de vidrio. "Escuchaste algo interesante?"

Abr la boca, luego vacil. Deber contarle? Querr?

Nunca le hab guardado nada. Nunca*quise*. Me obligu a moverme, arrodill junto al hogar, tomando la lea en mis manos. Me dio algo que hacer. Algo en qu fijar la atencin.

"Los hombres estn hablando", dije por fin.

Zsuzsanna no dej de trabajar. "Siempre hablan."

"No as."

Ella levant la mirada entonces, con los ojos firmes, agudos. Esperando mientras tragaba saliva.

"Estn contando", dije. "No abiertamente, no acusando, pero saben. Saben que algo no est bien. Demasiados han muerto demasiado rpido. Y empiezan a notarlo."

Zsuzsanna suspir por la nariz, limpi sus manos en su delantal. Se recost contra la mesa, meditando.

"Y qu piensas?" pregunt.

El calor del fuego no lograba calmar el fro en mi estmago.

Qu pensaba?

Pens en el hijo de Jzsef. Apenas veinte aos, apenas un hombre. Pens en cmo las mujeres susurraban en la oscuridad, sus manos cerrndose alrededor de pequeos frascos de vidrio con dedos temblorosos.

Pens en lo fcil que era. Lo fcil que se hab vuelto. Mir mis manos, al leve polvo de holln en mi piel.

"No lo s", admit.

Zsuzsanna inclin ligeramente la cabeza, observndome de esa manera que siempre tena, como si midiera algo en m.

"Sabas lo que era esto", dijo. "Desde el principio."

"Lo sab."

"Y creste en ello."

"Lo cre."

Ella esper.

No pronunci las siguientes palabras en voz alta.*Pero todava lo hago?*

Zsuzsanna se apart de la mesa, cruz la estancia, arrodill junto a m junto al hogar. Tom la lea de mis manos, acomodndola con eficiencia experta, encendi una cerilla contra la piedra. Las llamas prendieron, luego se extendieron.

"Este mundo toma de las mujeres", dijo suavemente. "Siempre lo ha hecho. Siempre lo har."

Cerr los ojos. Pens en dm. Esperaba que ella estuviera equivocada.

"Lo s."

«No fuimos nosotras quienes comenzamos esto», murmuró. «Pero seremos nosotras quienes lo terminemos.»

El fuego ardía más intenso, más fuerte, el calor se extendía, rozando mi piel. Abrí los ojos. La mirada de Zsuzsanna era firme. Segura. Nunca había dudado. Envidiaba esa certeza. La temía. La deseaba.

Pero todo lo que sentía era la inquietud en mi alma, esa sensación lenta y sigilosa de que algo cambiaba dentro de mí. Algo incierto. Algo para lo que no tenía nombre.

Me aparté del fuego, de ella, y susurré: «¿Y si estamos equivocadas?»

Las llamas crepitaban y escupían su respuesta. Zsuzsanna no dijo nada.

24

EL MUNDO MÁS ALLÁ

Encontré a Ádám junto al río.

El Tisza aún no se había congelado, aunque su superficie era lenta, una cosa oscura y vidriosa que reflejaba el opaco cielo invernal. Los juncos en la orilla estaban rígidos y quebradizos, sus puntas cubiertas de escarcha, la tierra bajo ellos endurecida por el frío que avanzaba.

Él estaba sentado sobre un tronco caído, un libro equilibrado en sus manos, la cabeza ligeramente inclinada hacia abajo mientras leía. Vacilé. Nunca había conocido a un hombre que leyera como lo hacía Ádám. No sólo para rezar, ni sólo para saber, sino para comprender. Absorbía las palabras como otros absorben el calor del sol, inclinándose hacia ellas, dejando que se asentaran en sus huesos.

Casi di media vuelta. Entonces, sin levantar la vista, habló.

«Estás mirando fijamente.»

Resoplé. «No lo hago.»

Pasó la página.

«Lo haces.»

Suspiré y me acerqué un poco.

«¿Qué lees?» pregunté.

Por fin levantó la mirada, sus ojos agudos y perspicaces me estudiaban, divertidos. Entonces me tendió el libro.

Fruncí el ceño ante la cubierta.

«*El colapso de la Monarquía Dual*», leí en voz alta. «Suena aburrido.»

«Lo es», dijo Ádám, guardando el libro bajo el brazo. «Pero es importante.»

«¿Por qué?»

«Porque todo lo que estamos viviendo ahora, todo en lo que se ha convertido Hungría, comenzó con lo que le pasó al Imperio.»

Parpadeé.

«¿Te refieres a la guerra?»

Sonrió, pero sin mucha amabilidad.

«Me refiero a todo.»

Me senté a su lado, apretándome el chal alrededor de los hombros.

«No entiendo por qué te importan tanto cosas que no nos afectan», admití.

Ádám suspiró, frotándose la mandíbula con una mano.

«Eszter, todo nos afecta.»

Fruncí el ceño. «No aquí. No en Nagyrev.»

«Especialmente en Nagyrev», corrigió.

Crucé los brazos. «Pues sigue, instrúyeme.»

Exhaló, negando con la cabeza como si yo le agotara, pero había algo cálido en su expresión.

«Sabes que perdimos la guerra», comenzó.

«Por supuesto.»

«¿Pero sabes lo que eso significó para Hungría?»

«¿Que… sufrimos?»

Me lanzó una mirada.

«Perdimos dos tercios de nuestra tierra», dijo. «Más de la mitad de nuestra gente ahora vive en países extranjeros. En Transilvania, en Eslovaquia, en Austria, en Yugoslavia. Las familias han sido desgarradas. Nuestro ejército fue desmantelado. Nuestra economía destrozada. Y no fue sólo sufrimiento, Eszter. Fue humillación.»

Vacilé.

Había oído susurrar acerca del Tratado de Trianón. Había visto cómo los hombres del pueblo hablaban de ello, cómo apretaban la mandíbula al mencionarlo, cómo cerraban los puños en el regazo. Pero nunca había considerado verdaderamente lo que significaba.

Ádám vio la duda en mi rostro.

«No lo piensas porque nunca has tenido que hacerlo», dijo. «Las mujeres de este pueblo trabajan. Sobreviven. Hacen lo que deben para que sus hijos no mueran de hambre. Pero los hombres…»

Echó una mirada al agua.

«Los hombres han perdido su orgullo. Y están enfadados.»

Las palabras quedaron suspendidas entre nosotros.

Pensé en los hombres de Nagyrev. En aquellos que regresaron de la guerra con los ojos vacíos y el alma rota. En los que se bebían sus jornales, que tambaleaban al llegar a casa ante sus esposas con manos temblorosas y lenguas afiladas. En los que aún tenían moratones en los puños por peleas de las que nunca hablaban. Y pensé en los que nunca regresaron.

«No es sólo aquí», continuó Ádám. «En todo el país, el gobierno apenas se sostiene. El rey Carlos intentó tomar el trono dos veces el año pasado. Fracasó ambas veces. Ahora todo está bajo el control de Horthy.»

«Miklós Horthy», dije con cuidado.

Había oído ese nombre antes, susurrado en el mercado, murmurado por los hombres en la taberna.

«Sí. El Regente. Nuestro rey sin corona.» La voz de Ádám tenía un matiz indescriptible. «Dice que mantiene a Hungría a salvo. Pero ya estamos cayendo en algo peor. ¿Sabes qué es el Terror Blanco?»

Negué con la cabeza. Él suspiró.

«Tras la guerra, después de que echaran a los comunistas, los hombres que apoyaban a Horthy los persiguieron. Los ejecutaron. Pero no sólo mataron comunistas. Fue a cualquiera en quien no confiaban. Izquierdistas. Judíos. Intelectuales. Miles de personas. Desaparecidas.»

Tragué saliva. Nunca había oído aquello.

"Y, sin embargo, la gente muere de hambre", continuó Ádám. "Estamos ahogados en deudas. La economía está en ruinas. La

hiperinflación empeora cada día. En Budapest, la gente se amontona en las calles pidiendo comida. Y no mejorará, Eszter. No por mucho tiempo."

Me moví, inquieta.

"¿Y eso qué significa para nosotros?"

Ádám dirigió su mirada hacia mí, buscando, con cautela.

"Significa que la gente está desesperada."

Una ráfaga de viento cortante recorrió el río, mordiendo mis mejillas. Ajusté más mi chal, pero no era el frío lo que me hacía temblar.

"Los hombres", murmuré. "Dijiste que están enfadados."

"Por supuesto que lo están." Ádám se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas. "Los hombres son criados para creer que se les debe algo. Un buen empleo. Una familia. Respeto. Pero cuando el mundo les arrebata esas cosas, estallan."

Aparté la mirada. Sabía a qué se refería. Había visto lo que podían hacer los hombres airados.

"Empezarán a buscar a alguien a quien culpar", dijo Ádám. "Y el gobierno estará encantado de darles una respuesta. Horthy ya culpa a los comunistas. A los judíos. A los forasteros. Pero, ¿qué ocurre cuando eso no basta?"

Mi estómago se retorció. No quería pensar en ello.

"Aquí estamos a salvo", dije en cambio.

Ádám sonrió, pero la sonrisa no alcanzó sus ojos.

"¿Estamos?"

Me puse en pie. No quería oír más.

"Gracias por la lección de historia", murmuré.

Suspiró. "Eszter—"

"No", interrumpí. "Entiendo. El mundo es cruel. Los hombres son crueles. El gobierno es cruel. Pero eso no es nuevo."

"Está empeorando", dijo.

Negué con la cabeza.

"¿Y qué esperas que haga al respecto?"

Guardó silencio. El viento aullaba.

Por fin, Ádám se levantó también, quitándose la nieve del abrigo.

"No espero que hagas nada", dijo en voz baja. "Solo quería que supieras."

Vacilé. Por un instante, pensé en decírselo.

Sobre Zsuzsanna. Sobre las mujeres. Sobre el veneno.

Sobre el poder silencioso que había ido creciendo en Nagyrev, extendiéndose por el pueblo como un fuego lento y persistente.

Pero no lo hice. Porque Ádám quizá comprendía el mundo mejor que yo, pero no entendía a las mujeres. Y nunca lo haría.

Nos separamos sin una palabra más. Mientras caminaba hacia casa, sus preguntas resonaban en mi mente. Y por primera vez, comprendí que estaba asustado y que no tenía respuestas.

25

EL CORAZÓN DEL INVIERNO

El frío se había asentado en lo más profundo de los huesos de Nagyrev, filtrándose en las paredes, en la tierra, en el mismo aliento de los aldeanos. El invierno aquí no era benigno. Nunca lo había sido.

El viento aullaba a través de los campos yermos, colándose por las grietas de las cabañas de madera, penetrando en los espacios entre dedos y dedos de los pies. El río se había congelado semanas atrás, su superficie cubierta de hielo, los juncos en su orilla rígidos y quebradizos, partiéndose como cristal bajo la agudeza de la escarcha.

Humo brotaba de cada chimenea, la única prueba de vida bajo el silencio de la nieve. La Navidad se acercaba. Y la aldea se preparaba.

La manera en que celebrábamos la Navidad no había cambiado mucho a lo largo de los años. Las mujeres mayores aún hablaban de cómo lo hacían sus madres y abuelas antes que ellas, mucho antes de la guerra, antes de que el mundo se resquebrajase y se moldease de nuevo.

El campo húngaro era un lugar donde la tradición se aferraba a los huesos del pueblo, donde las costumbres se remontaban más allá de la memoria. La Navidad siempre había sido sagrada, un

tiempo en que el cielo parecía más cercano, cuando el velo entre vivos y muertos se volvía más tenue.

Durante semanas previas, la aldea observaba el Adviento, un tiempo de ayuno, oración y silenciosa preparación. La primera vela se encendía en la corona de Adviento cuatro domingos antes de Navidad, marcando la lenta llegada de la noche santa. La carne escaseaba, pero no se consumía en esos días de todos modos, sustituida por comidas sencillas de pan, col y pescado, si se podía conseguir.

A los niños se les decía que debían portarse bien, no fuera que enfadaran a San Nicolás o, peor aún, a su oscuro contrapunto, Krampus, que se decía arrastraba a los niños malos hacia los bosques y los dejaba a merced de los lobos.

Por las noches, la gente se reunía en las casas, contando viejas historias, susurrando supersticiones transmitidas desde los tiempos en que Hungría aún estaba llena de paganos.

«En la Nochebuena —me contó una vez uno de los ancianos—, los animales hablan.»

«Pero nunca debes escucharlos —añadió su esposa—. Si lo haces, oirás el presagio de tu propia muerte.»

Yo había tenido demasiado miedo para preguntar más.

Los días previos estuvieron colmados de trabajo. Las mujeres fregaban sus hogares de arriba abajo, lavando los suelos y blanqueando los lienzos, como si la suciedad del año pasado no pudiera arrastrarse al siguiente. Decoraban con lo que tenían: ramas de pino metidas en los rincones, manzanas secas colgadas a lo largo de las vigas, velas de cera colocadas en las ventanas para guiar al Niño Jesús hasta sus casas.

Los hombres, cuando no reparaban cercas o cortaban más leña, se internaban en el bosque para traer pequeños árboles o ramas perennes. No todos podían permitirse un árbol de Navidad, pero unas pocas ramas, atadas con cinta roja y puestas junto al hogar, bastaban.

La iglesia también se limpiaba. Había visto al cura del pueblo, un hombre delgado y serio, con las manos rojas y ásperas de fregar los escalones de piedra. Las mujeres llevaban paños bordados para

cubrir el altar, y se colocaba paja fresca en el belén, aunque nadie osaba tocar al Niño Jesús de madera hasta la Nochebuena.

Y era siempre la comida la que hacía que la Navidad se sintiera real.

Las mujeres amasaban la masa sobre mesas de madera, estirándola para preparar bejgli, los rollos de nuez y semillas de amapola que se cortarían en finas rebanadas el día de Navidad. Se hervía la col, se horneaban manzanas, y manos polvorientas trabajaban sin descanso para transformar lo poco que tenían en algo digno de celebración.

Para la mayoría, la Navidad era tiempo de alegría. Para otros, simplemente un recordatorio de todo lo perdido.

Zsuzsanna no celebraba. No realmente. Hacía lo que se esperaba. Limpiaba la casa. Ataba pequeñas flores secas a las vigas. Preparaba sus sopas y panes habituales, añadiendo un puñado de nueces a sus provisiones como gesto hacia la temporada.

Pero no había alegría en ello. No es de extrañar. Ni calor.

Ella hablaba poco de su infancia, pero yo había aprendido lo suficiente en el tiempo que pasé con ella para saber que la Navidad no significaba nada en la casa donde fue criada. Su padre, un hombre cruel, ya fallecido hacía mucho, no veía razón alguna para celebrar el nacimiento de Cristo. Su madre, una mujer consumida por haber dado a luz a sus hijos y por soportar su temperamento, estaba demasiado agotada para importarle. Y cuando ella tuvo edad para casarse, la Navidad solo significaba más golpes, más cosas rotas, más palabras no dichas.

Ahora, la Navidad significaba trabajo. Significaba caminar penosamente por la nieve para atender a los enfermos. Significaba asistir partos en habitaciones frías, hervir agua en ollas ennegrecidas, limpiar la sangre de las tablas de madera del suelo.

Significaba acudir a la Misa del Gallo con el resto del pueblo, permanecer rígida en la iglesia iluminada por velas, observar a los demás inclinar la cabeza en oración mientras ella miraba fijamente al frente.

Era una rutina. Nada más. Pero aun así, me permitió disfrutar de mi pequeño gozo en ello.

Me dejó cortar manzanas para secar, ordenar nueces en filas ordenadas sobre la mesa, trenzar tiras de masa para el pan dulce que llevaríamos al sacerdote en la mañana de Navidad.

Me permitió fingir, solo por un instante, que esta estación era algo sagrado. Y quizá, a su manera, lo era.

La Nochebuena llegó con un cielo tan negro que parecía que la tierra hubiera sido engullida por completo. El pueblo estaba en silencio. El único sonido era el lejano tañido de la campana de la iglesia, llamando a los fieles a la Misa del Gallo.

Caminé junto a Zsuzsanna, nuestras botas crujían en la nieve, nuestro aliento salía en suaves nubes plateadas.

La plaza del pueblo estaba iluminada por la tenue luz de las velas, las sombras se extendían sobre los blancos montículos mientras la gente se dirigía a la iglesia.

Mujeres envueltas en oscuros chales. Hombres con gorras caladas hasta las cejas. Niños con mejillas rojas, las manos hundidas en los bolsillos. Un silencio se apoderó de la multitud al entrar.

El aire estaba impregnado del aroma de la cera de abejas y el incienso, del calor de demasiados cuerpos sin lavar apiñados en un espacio demasiado pequeño. Encontramos nuestro lugar al fondo, apoyados contra la pared de piedra.

El sacerdote alzó los brazos, y comenzó el oficio. Oraciones en latín, cantadas en tonos profundos y rítmicos. El encendido de velas, una a una, hasta que toda la iglesia resplandecía con fuego dorado. Himnos, entonados con voces tan suaves que parecían susurros.

Y entonces, la calma. El instante antes de que tañeran las campanas. El momento en que todo quedaba en silencio, cuando el aire contenía el aliento, cuando el tiempo mismo parecía detenerse.

Me volví y vi a Zsuzsanna, su rostro inescrutable a la luz de las velas. No estaba rezando. No cantaba. Simplemente observaba. Y por primera vez me pregunté, ¿qué veía ella?

Llegada la mañana de Navidad, el ayuno había terminado y comenzó el banquete. Los vecinos llamaban a las puertas, trayendo manzanas, nueces, ciruelas secas, pequeñas ofrendas de hospitalidad y buena voluntad. Risas, más fuertes de lo habitual. Un

calor que poco tenía que ver con el hogar. Y bajo todo ello, algo no dicho.

Las mujeres de Nagyrev se movían por las calles con miradas cómplices, pequeñas sonrisas que asomaban en las comisuras de los labios. No todos los dones estaban destinados a compartirse a la luz del día. No todas las bondades eran para que los hombres las presenciaran.

La Navidad era para la paz. Pero los días posteriores, para las decisiones.

Y mientras veía a Zsuzsanna beber una pequeña copa de pálinka aquella noche, con el semblante inescrutable, supe que la felicidad no importaba. Pero el poder—el poder perduraba.

26

EN LA VIDA Y EN LA MUERTE

El primer grito desgarró la noche, partiendo el silencio en dos.

Dormía, o medio dormía, pero el sonido me hizo incorporarme tan rápido que la vista se me nubló. El viento afuera aullaba contra las paredes, haciendo vibrar las contraventanas, sacudiendo las viejas vigas de madera de la casa. El aire olía a velas consumidas y lana empapada, el fuego en el hogar no era más que brasas moribundas.

Otro grito.

Este peor. Crudo. Rasgado. Un sonido arrancado de lo más profundo del sufrimiento de una mujer. Me levanté de un salto. Zsuzsanna ya estaba junto a la puerta, envolviéndose el chal sobre los hombros, calzándose las botas.

«Ven», dijo.

Como siempre, obedecí.

La casa pertenecía a Anna Varga, una mujer no mucho mayor que yo, pero ya hinchada por su tercer embarazo.

Gemelos, había dicho Zsuzsanna. Dos bebés, lo que significaba doble riesgo. Y cuando entramos en la casa, supe que algo iba muy mal.

El cuarto era sofocante. Un fuego ardía en el hogar, pero el calor era asfixiante, olía a sudor y a hierro. Las velas consumidas ardían

en cada superficie, su cera goteando sobre el suelo de madera, charcos de luz derretida acumulándose como pequeñas heridas brillantes.

Anna estaba en la cama, con las piernas abiertas, el vestido amontonado alrededor de los muslos, las manos retorcidas en las sábanas, los nudillos blancos de dolor. Empapada en sudor, el cabello pegado a la frente, el rostro contorsionado en algo apenas humano.

Su madre estaba a su lado, agarrando un trapo húmedo, murmurando oraciones que hacía tiempo habían perdido su sentido.

El marido de Anna no se veía por ninguna parte. Ya había dejado de sorprenderme eso.

«Zsuzsanna», jadeó Anna, con la voz ronca.

«Estoy aquí», dijo la comadrona, serena, firme ante el pánico. Depositó su cesta, se remangó las mangas. No se apresuró. No vaciló.

Ojalá pudiera decir lo mismo de mí.

Mis manos temblaban mientras disponía las herramientas: el cuchillo, el cordón, los trapos limpios. Cosas que había visto antes, pero nunca así. Nunca con tanta sangre ya en las sábanas.

Tragué saliva. Había esperado traer vida al mundo. No verla escaparse.

«El primero está por venir», dijo Zsuzsanna, presionando sus manos contra el vientre de Anna, sintiendo las contracciones. Me hizo un gesto con la cabeza. «Prepárate».

Anna dejó escapar otro grito, su cuerpo convulsionando con el esfuerzo. Era un sonido primitivo, gutural; algo que pertenecía más a las bestias que a las mujeres. Nunca había oído un sonido así.

Y entonces, una cabeza.

Una pequeña cabeza, mojada, de cabello oscuro.

«Empuja, Anna», ordenó Zsuzsanna.

Y Anna lo hizo. Nació el primer hijo. Un niño.

«Está respirando», susurré, un alivio inundándome mientras lo limpiaba, mientras dejaba escapar su primer débil y protestante llanto. Vivo. Estaba vivo.

Pero no hubo tiempo para celebrar porque Anna ya había comenzado a convulsionar de nuevo. Aún quedaba otro bebé por

nacer. Y algo iba mal.

El segundo hijo no vino con la misma facilidad.

Los gritos de Anna empeoraron, su cuerpo se arqueaba, sus uñas se clavaban en el brazo de su madre mientras otra contracción sacudía su cuerpo. La sangre era más abundante ahora, empapando las sábanas, acumulándose bajo ella como una marea que no cesaba de subir.

«Está atorado», murmuró Zsuzsanna.

Sentí que el estómago se me helaba.

«¿Qué hacemos?»

«Debemos esperar».

«Está sangrando demasiado».

«Lo sé».

La miré fijamente, a su rostro sereno e inquebrantable, a la manera en que sus manos permanecían firmes mientras alcanzaba el cuchillo.

Ella ya había hecho esto antes. Ya lo había visto. Pero yo no. Y no sabía si podría hacerlo.

«Eszter», dijo Zsuzsanna de repente.

La miré.

«Si el bebé no nace, la madre morirá».

Tragué saliva, con la garganta reseca.

«¿Podemos salvar a ambos?»

No respondió de inmediato. Y eso me dijo todo.

Otra contracción. Otro grito. El bebé salió. Pero no lloró. No se movió.

Era más pequeño que su hermano, con la piel pálida, la boquita diminuta abierta en un grito silencioso que nunca tuvo oportunidad de emitir. Muerto. El segundo bebé estaba muerto.

Anna estaba demasiado débil para comprender. Ahora estaba lánguida, la cabeza ladeada, los labios moviéndose sin sonido, la piel pálida bajo la luz de las velas.

Zsuzsanna trabajaba con presteza, apretando el paño sobre el lugar donde la sangre no cesaba, susurrando instrucciones a la madre, a la abuela, a mí.

«Ella vivirá», dijo finalmente Zsuzsanna, aunque su voz era ahora más tenue.

Habíamos salvado a la madre. Pero no a ambos niños. Y aquella era una pérdida que pesaba sobre mí.

El bebé muerto fue envuelto en lino, colocado en los brazos de la abuela, quien no lloraba, solo murmuraba palabras que no comprendía.

El niño vivo mamaba del pecho materno, ajeno a la sangre, a la pérdida, al frágil equilibrio que casi se inclinó hacia la muerte.

Y yo permanecía paralizada, contemplando el charco rojo que manchaba las tablas del suelo, el pálido fardo de tela en las manos de la anciana, el cuerpo sin aliento que nunca abrió siquiera los ojos.

«Has hecho bien», dijo Zsuzsanna.

Me volví hacia ella. Se lavaba la sangre de las manos, metódica, eficiente, como si ya hubiese dejado atrás aquel instante.

«Esto es lo que significa ser comadrona», dijo.

Tragué saliva.

«No sé si podré hacer esto».

Zsuzsanna me miró largo rato.

Y entonces, para mi sorpresa, suspiró.

«Yo también pensé lo mismo en su día».

Secó sus manos y las limpió en su delantal manchado de sangre. Luego se volvió y se alejó.

Y allí quedé, contemplando la sangre, a la madre, al niño que nunca respiraría.

Y por primera vez desde que había entrado en la casa de Zsuzsanna, me pregunté si había cometido un terrible error.

27

LA CONFESIÓN DE LA PARTERA

Había estado aguardando a que ella hablara.

Desde que escuché a las mujeres en la casa de Ilona, desde que vi el cuerpo del hombre tendido rígido bajo las finas mantas, había estado esperando. Durante días, hubo algo no dicho entre nosotras. La observaba como se observa a un animal en el bosque; mitad curiosa, mitad cautelosa, sin saber nunca si se dejaría acercar o se volvería para morder.

Pero Zsuzsanna nunca mordía. Esperaba. Y luego, una noche, cuando estuvo preparada, finalmente habló.

El fuego estaba bajo, proyectando sombras a lo largo de las paredes. El aroma de hierbas secas flotaba en el aire, lavanda y tomillo, mezclándose con un tenue sabor metálico de algo más antiguo, algo que habitaba en los huesos de esta casa.

Zsuzsanna se sentó a la mesa, con una pequeña cuchilla en la mano, cortando raíces secas en finas láminas. Sus movimientos eran firmes, sin prisa, como si fuera una noche cualquiera.

«Tienes preguntas», dijo.

Alcé la vista desde donde estaba sentada frente a ella. No me miraba. Simplemente seguía cortando, el fino raspado del metal contra la madera era el único sonido entre nosotras.

Vacilé. «¿Quieres que las formule?»

Puso el cuchillo sobre la mesa, barriendo las finas virutas de raíz en un pequeño cuenco de madera. Entonces, por fin, me miró a los ojos.

«Quiero que sepas», dijo.

«¿Sepa qué?»

Juntó las manos frente a ella.

«No somos asesinas», dijo con sencillez.

Su voz era serena, mesurada, pero había algo bajo ella. Algo inquebrantable. Algo definitivo.

«Somos libertadoras.»

Exhalé lentamente.

Esperaba que lo negara, que eludiera la verdad como había hecho antes. Pero esto era distinto.

«No dudas», dije. «Ni siquiera por un instante.»

Zsuzsanna sonrió, pero fue una sonrisa pequeña y cómplice.

«Dejé de dudar hace mucho tiempo.»

Tragué saliva. «Pero—»

«Quieres entender», interrumpió, inclinándose ligeramente hacia adelante. «Quieres darle sentido. Pero dime, ¿qué hay que entender?»

Sus ojos eran oscuros, brillando a la luz del fuego.

«Los has visto. A esos hombres. Has oído cómo hablan, cómo tocan, cómo toman.» Su voz era baja. Firme. «Has visto los moratones.»

Apreté la mandíbula. No se equivocaba.

Luego, en voz baja, dijo: «¿Por qué deberíamos dejar que vivan?»

Se levantó y cruzó la estancia, alcanzando algo en la estantería. Un pequeño frasco de cristal, cuyo contenido era pálido y fino como arena. Lo colocó sobre la mesa entre nosotras.

Lo contemplé fijamente. Ella no habló de inmediato. Me dejó mirar.

«Arsénico.»

La palabra cayó en el aire como una piedra al agua. Me tensé.

Alcanzó una pequeña tira de papel amarillento sobre el alféizar. Papel atrapamoscas.

«De aquí procede», dijo. «Lo empapamos en agua. El veneno se desprende del papel, se disuelve en el líquido.»

Giró ligeramente el frasco. El polvo se movió en su interior.

«Cuando se seca, lo raspamos hasta obtener esto.»

Tragué saliva con dificultad.

Se recostó contra su silla, estudiándome. «Sencillo, ¿no?»

La habitación pareció hacerse más pequeña. El aire, más denso.

La había visto mezclar hierbas, moler polvos, medir gotas cuidadosas de medicina para bocas enfermas. La había visto ayudar a mujeres a traer vida al mundo.

Ahora la veía por lo que realmente era. Y en lo que yo podría convertirme.

Zsuzsanna inclinó ligeramente la cabeza. «Di lo que piensas.»

Exhalé con brusquedad. «No sé lo que pienso.»

Ella sonrió. «Sí lo sabes.»

Volvió a alcanzar el frasco, girando la tapa para abrirlo.

Dentro, el polvo era ligero, suave, como hueso molido.

«Ya lo diste una vez», dijo.

Mi estómago se contrajo. «Me dijiste que era medicina.»

«Lo fue.»

Negué con la cabeza, aferrándome al borde de la mesa. «La medicina salva vidas.»

La mirada de Zsuzsanna no vaciló.

«¿Y no crees que estamos salvándolas?»

Vacilé.

Se inclinó hacia mí, su voz baja y firme. «¿Cuántas mujeres has visto estremecerse al pasar sus maridos? ¿Cuántas caminan con los hombros encorvados, la boca apretada? ¿Cuántas yacen despiertas por la noche, esperando, rezando, que despierten y se encuentren viudas?»

El fuego crepitó suavemente.

«Dime», murmuró, «¿crees que esas oraciones quedan sin respuesta?»

Un escalofrío me recorrió el cuerpo.

Zsuzsanna cerró el frasco y me lo empujó hacia delante.

No me moví. No pude.

«No eres una niña —dijo—. Has visto cómo es la vida para las mujeres de este pueblo. Para las mujeres en todas partes.»

Exhaló, negando levemente con la cabeza.

«Y, sin embargo, aún dudas.»

Tragué saliva.

Tenía razón. Lo había visto. Los moratones, la piel rota, el miedo grabado en las líneas de sus rostros. Había observado cómo Kata se erguía más tras enterrar a su marido, cómo las demás mujeres no lloraban jamás.

Lo había visto. Y no hice nada para impedirlo.

Me observaba con atención. «Aún puedes marcharte.»

Las palabras cayeron tajantes, cortando el aire entre nosotras.

Encontré su mirada. No me ponía a prueba. Me ofrecía una elección. Podía levantarme. Salir. Fingir que nada de esto me había tocado. Podía dejar atrás Nagyrev.

Y sin embargo, pensé en las mujeres reunidas junto al pozo, hombro con hombro, perteneciendo a algo más grande que ellas mismas. Pensé en la joven con el marido enfermo, sentada junto al hogar, las manos quietas, sin temblar. Pensé en la risa callada en el mercado, el espacio que ocupaban las viudas, sin cargas, sin miedo. Pensé en Zsuzsanna, sentada frente a mí, sus ojos oscuros firmes.

Me había dado una elección. Pero la verdad era que ya la había tomado.

Extendí la mano y tomé el frasco. No lo solté.

EL PODER DEL VENENO

Esperaba sentir horror. Despertar en la noche con el frasco de cristal presionando contra mi cuerpo, sentir mis dedos temblar ante el pensamiento de lo que habían tocado. Pero el horror nunca llegó.

En cambio, algo distinto se instaló en mí. Fue una cierta comprensión.

El pueblo no cambió, pero mi visión de él sí. Lo vi ahora tal como era; un lugar moldeado por manos de mujer, controlado por ellas de maneras que los hombres jamás sospecharían.

Las mujeres de Nagyrev se movían por el mundo como siempre lo habían hecho: yendo a buscar agua, amasando la masa, reuniéndose en la plaza con cestas en las caderas, intercambiando palabras quedas mientras trabajaban. Pero bajo todo ello, había algo más agudo.

Un poder que residía en sus voces, en sus gestos. Un poder que podía acabar con una vida tan fácilmente como traerla al mundo.

Lo vi por primera vez en Kata. Ella era diferente ahora. Más ligera, más libre. Había algo nuevo en su porte, algo que no podía nombrar pero comprendía sin embargo. Reía más. Se movía sin vacilar. Cuando se sentaba con las otras mujeres, ya no había ese leve, cauteloso encorvar de sus hombros, esa carga constante que oprimía su espalda.

Había visto viudas antes. Verdaderas viudas, cuyo duelo las seguía como un sudario funerario, devorándolas por completo. Pero en Nagyrev, la viudez no era una carga. Era libertad. Y Kata no estaba sola.

Lo vi también en otras. Mujeres que la vida debería haber abatido, que deberían haber llevado el dolor como un yugo sobre sus espaldas, y sin embargo… no lo hacían.

Habían encontrado otro camino. O más bien, habían creado otro camino. El poder del veneno era sencillo. Era silencioso.

Una enfermedad, una mala comida, una fiebre nocturna. Sin sangre. Al menos, no mucha. Sin lucha. Solo una muerte tranquila, sin dolor. Y eso, comprendí, era el verdadero peligro. Lo fácil que era. Lo invisible. Lo imposible que sería detenerlo, ahora que había comenzado.

La primera vez que oí a una mujer mencionarlo abiertamente, sentí que mi estómago se retorcía. No de miedo, sino de reconocimiento.

Ayudaba a Ilona a pelar guisantes junto al fuego, mis dedos trabajando sin pensar entre el montón que tenía en el regazo. Las otras mujeres hablaban, sus voces bajas y pausadas, el tipo de conversación que debería haber versado sobre precios de mercado o la fiebre de un niño.

Pero no era así.

«Janos se emborracha hasta perder el juicio cada noche», murmuró una mujer, negando con la cabeza.

Ilona se rió entre dientes. «Al menos así se mantiene fuera de problemas.»

La primera mujer exhaló, negando con la cabeza. «No es suficiente. Sigue llegando a casa enfadado. Sigue dejando marcas.»

Las palabras se asentaron como polvo en el aire.

Nadie jadeó. Nadie se retorció las manos. Simplemente asintieron. Reconociendo. Comprendiendo.

La mujer suspiró, frotándose las manos sobre el rostro cansado. «Quizá una noche caiga al río y me ahorre el problema.»

Una suave risa se elevó entre ellas. No cruel. No maliciosa. Solo cómplice.

Hace unos años, lo habría desestimado como charla vana, como nada más que la queja de una esposa agotada.

Pero ahora, sabía mejor. El veneno era real. Y una vez que sabes que existe, una vez que sabes que se pasa de mano en mano tan fácilmente como el pan y la sal, ya no puedes dejar de saberlo.

Las mujeres de Nagyrev tenían más poder del que cualquier hombre de esta aldea podría imaginar. Algunas lo ejercían con cuidado. Pero otras... otras lo manejaban tan fácilmente como una aguja atraviesa la tela, cosiendo y descosiendo vidas a su antojo.

La primera vez que oí hablar de un hombre que murió sin merecerlo, la revelación me atravesó como un puñal entre las costillas.

Me encontraba fuera de la botica en la aldea vecina, esperando mientras Zsuzsanna intercambiaba provisiones. El aire era fresco, con aroma a hierbas secas y tierra fría, y la calle bullía con conversaciones susurradas.

Dos mujeres estaban cerca, con las cabezas inclinadas y muy juntas. Al principio no escuchaba, hasta que oí su nombre.

«Pobre Istvan», murmuró una de ellas. «Era un buen hombre.»

La otra suspiró. «Nunca debió casarse con esa. Sabía que traería problemas.»

Algo se me apretó en el estómago. Me giré ligeramente, observándolas de reojo.

«Escuché que un día estaba sano y al siguiente ya no estaba», continuó la primera mujer. «Sin aviso, sin enfermedad. Así, de repente.»

La otra exhaló, negando con la cabeza. «Sucede.»

Se alejaron, cambiando de tema a algo más, algo sin importancia. Pero yo me quedé allí, paralizada. Yo conocía a Istvan.

Había sido bondadoso. Había trabajado su tierra sin quejarse. Hablaba con suavidad a su esposa, la tocaba con delicadeza cuando estaban juntos en el mercado. No merecía morir. Y, sin embargo, murió igualmente.

Mi pulso retumbaba en mis oídos. El veneno había sido creado para hombres como el marido de Kata. Para los crueles, los brutales, aquellos que hacía tiempo habían perdido el derecho a respirar.

Pero ahora era otra cosa. Algo mayor. Algo fuera de control.



Aquella noche, me senté frente a Zsuzsanna, contemplando el fuego titilar en la tenue luz. Ella ataba pequeños manojos de salvia seca, sus dedos moviéndose con la misma destreza que siempre.

«Están matando a hombres que no lo merecen», dije.

Zsuzsanna no levantó la vista. «Algunos dirían que ningún hombre merece vivir», murmuró.

Sus palabras me helaron.

Exhalé con fuerza. «Pero Istvan, él era un buen hombre.»

Entonces me miró, ladeando ligeramente la cabeza. «Y sin embargo, está muerto.»

Las palabras eran simples. Definitivas.

Sentí que algo se hundía dentro de mí. «No debía haber sido así.»

Zsuzsanna sonrió, pero había algo punzante bajo esa sonrisa.

«¿Y quién te dijo eso?»

No tuve respuesta. Porque nadie me lo había dicho. Había supuesto. Había creído, con ingenuidad, que la justicia tenía reglas, que podía controlarse. Pero ahora empezaba a comprender. Esto no

era justicia. Era poder. Y el poder no sigue reglas. Se extiende. Crece. Devora.

Zsuzsanna me estudió largo rato, luego dejó el manojo de salvia.

«Ahora lo ves», murmuró.

Y lo vi. Lo vi todo. Y supe que ya era demasiado tarde para detenerlo.



El cielo había tomado el color de las brasas moribundas cuando regresamos a casa, el sol desangrándose tras las colinas, alargando las sombras por el pueblo. El aire olía a tierra mojada y humo de leña, la promesa de otra noche fría asentándose en lo más profundo de mis huesos.

Zsuzsanna caminaba delante de mí, su paso pausado, las manos recogidas con delicadeza entre los pliegues de su chal. La seguía, con los pensamientos enredados, pero consciente de la importancia de lo que había descubierto.

No eran solo los crueles. El veneno no siempre se administraba a los hombres que lo merecían. Algunas mujeres lo usaban para algo más. Por conveniencia. Creí entender de qué se trataba. Pero estaba equivocada. Terriblemente equivocada.

Al entrar, la casa estaba cálida, el fuego proyectaba una luz tenue sobre las paredes. El aroma de flores secas flotaba en el aire, pero bajo él, algo más persistía. Algo agudo, metálico, familiar.

Supe qué era antes de verlo. Un frasco de cristal reposaba sobre la mesa, con la tapa firmemente cerrada, y el fino polvo blanco en su interior se movía al compás de la luz del fuego que danzaba sobre él.

Me detuve justo en el umbral. Zsuzsanna avanzó, quitándose el chal con un encogimiento de hombros, acercándose a la mesa con la misma seguridad silenciosa que siempre la caracterizaba. Se sentó, girando el frasco entre sus dedos.

Entonces, me miró.

«Ven aquí.»

No me moví.

Suspiró, ladeando ligeramente la cabeza. «¿Tienes miedo?»

No supe qué responder.

Di un paso adelante, despacio, hasta quedar frente a ella. El frasco reposaba entre nosotras, pequeño e inofensivo. Pero ahora sabía mejor. Las cosas pequeñas podían ser las más mortíferas.

Zsuzsanna me estudió, luego desenroscó la tapa y metió dos dedos dentro. Al sacarlos, estaban cubiertos por el fino polvo pálido.

«Extiende la mano», dijo.

Se me cortó la respiración. «¿Por qué?»

Sus labios se movieron apenas, con la sombra de una sonrisa.

«Porque llegará un día en que lo necesitarás.»

La miré fijamente. Ella sostuvo mi mirada, paciente, expectante. No me estaba preguntando.

Esto era una prueba. Una elección. Bajé la vista hacia sus dedos, al polvo que reposaba sobre su piel, suave como la harina. El corazón me latía con fuerza.

Pensé en Kata. En Ilona. En la fuerza callada en las voces de las mujeres mientras discutían quién sería la siguiente. Pensé en los hombres que lo merecían. Y en los que no.

Exhalé despacio. Y entonces, levanté la mano.

Zsuzsanna extendió la mano, presionando sus dedos contra mi palma. El polvo se adhería a mi piel. Era frío, mortal.

Enrollé mis dedos alrededor de él, cerrando la mano en un puño.

Zsuzsanna se reclinó hacia atrás, satisfecha.

«Quédatelo», murmuró. «Algún día te alegrarás de haberlo hecho.»

El fuego crepitaba suavemente entre nosotros. Y supe que acababa de cruzar una línea que jamás podría desandar.

28

LAS COSAS QUE NO PODEMOS DECIR

El sol pendía bajo en el cielo, derramando oro sobre los campos, alargando largas sombras sobre el camino de tierra que conducía hacia el río. El calor del día se había suavizado en algo más apacible, el aroma del trigo segado y el humo distante que emanaba de los hogares de las cocinas.

Ádám me esperaba bajo el sauce. Lo sabía, estaba seguro de que así sería.

Lo sabía porque había visto la forma en que me miraba en los días desde nuestro último encuentro. La manera en que su mirada se demoraba un segundo de más cuando yo pasaba junto a él en la plaza, la manera en que parecía siempre encontrar una excusa para estar donde yo estaba.

Y le había dejado. Me había permitido estar cerca de él, aun cuando sabía que no debía. Incluso cuando sabía que no podía conducir a nada. Incluso cuando sabía que nunca podría ser la clase de muchacha que pertenece a un muchacho como él.

«Has venido.»

«Sabías que vendría.»

Sonrió, pero había en ello algo cauteloso. Algo vacilante, como si ya supiera que yo me contenía, que algo dentro de mí resistía.

«Empiezo a pensar que no me quieres mucho, Eszter.»

«Eso no es cierto.»

«Entonces, ¿por qué siempre pareces querer huir?»

Abrí la boca para responder, pero las palabras no surgían.

¿Cómo podría explicarlo? ¿Cómo podría explicar que había crecido aprendiendo a temer a los hombres? Que había visto lo que les hacían a sus esposas, a sus hijas, a las mujeres que no tenían otra opción que quedarse. Que me enseñaron a buscar peligro en ellos, no ternura. Que aprendí a ver a los hombres como problemas que resolver, como cargas de las que deshacerse, como cosas que podían eliminarse con unas gotas de líquido claro en su bebida vespertina.

Y, sin embargo, Ádám no se sentía como un problema, y eso me atemorizaba más que nada.

«Eres distinto a los hombres de este pueblo», dije al fin.

«¿Es eso algo bueno?»

«No lo sé.»

Exhaló, negando con la cabeza, mirándome como quien contempla un enigma que no logra desentrañar.

«Siempre respondes así. Como si no quisieras decirme lo que realmente piensas.»

«Quizá no quiera.»

«¿Por qué?»

«Porque no cambiaría nada.»

El viento cambió de dirección, susurrando entre las ramas que se alzaban sobre nosotros. El río discurría justo más allá de los árboles, su superficie oscura y lenta, los juncos inclinándose perezosamente en sus orillas.

«Piensas demasiado.»

«Tú no piensas lo suficiente.»

«Quizá», admitió. «Pero, ¿en qué hay que pensar? Tú y yo...» Se detuvo, frotándose la nuca en busca de las palabras adecuadas. «Podríamos tener algo, Eszter.»

Algo. Algo parecido a la clase de vida que jamás me había atrevido a imaginar para mí. Algo que hacía latir mi corazón con dolor, que me dejaba la respiración entrecortada.

«No me conoces.»

«Sé lo suficiente.»

«No, no sabes.» Mi voz fue más cortante de lo que pretendía. «No sabes lo que he hecho. No sabes lo que sé. No —»

Me detuve antes de decir demasiado.

Antes de arruinar aquello frágil que pendía entre nosotros. Antes de darle motivo para alejarse.

Pero no lo hizo. En cambio, dio un paso más cerca. Tan cerca que pude percibir el olor a tierra en él, el sudor de su trabajo, el leve rastro de trigo que debía provenir de los campos por los que había pasado.

«Entonces dime.» Su voz se volvió más suave. «Dime lo que sabes.»

Tragué saliva. No pude.

Porque si se lo contaba, lo perdería. Y si me permitía quererlo, me perdería a mí misma.

Los sonidos del pueblo se habían desvanecido hacía tiempo, dejando solo el susurro del trigo, el suave chapoteo del río contra la orilla, el canto de las cigarras ocultas entre los juncos.

Me miraba como si esperara algo.

Como si quisiera que dijera algo que diera sentido a todo esto; a por qué me alejaba, a por qué siempre huía de algo invisible.

«Nunca antes tuve elección», dije al fin, con voz más baja de lo que pretendía.

«¿Elección?»

«En lo que me sucede.»

Frunció el ceño, ladeando ligeramente la cabeza. Su expresión era inescrutable.

«¿Y ahora?» preguntó.

«Ahora no sé si es así o no.»

Exhaló por la nariz, pensativo. Se pasó una mano por el cabello, sus rizos húmedos de sudor, pegados ligeramente a la frente.

«Lo es», dijo. «Simplemente aún no lo crees.»

Quise creerle. Dios, cuánto quise.

Pero había sido criada por una madre que me enseñó que las mujeres no toman decisiones. Que la vida no es algo que elegimos, sino algo que nos sucede.

Y sin embargo, allí estaba Ádám, frente a mí, diciéndome que podía ser diferente. Diciéndome que podía desear. Diciéndome que podía tener.

«Debo irme.» Me volví, pero él me sujetó la muñeca. No con brusquedad. No con fuerza. Sólo lo suficiente para hacerme detener.

«Eszter», dijo, mi nombre como una pregunta, como una súplica.

Podía sentir el calor de su palma contra mi piel, la firmeza de su ser, la paciencia silenciosa en la forma en que me sostenía, como esperando que yo decidiera.

Y por un instante necio y fugaz, quise ceder. Quise fingir que no existía la comadrona, ni el veneno, ni los susurros en la oscuridad. Quise creer que podía tener algo normal. Que podía ser alguien normal.

Su agarre era cálido, firme pero no exigente. Un lazo a algo seguro, algo sólido.

Casi podía imaginarlo. Una vida no dictada por el miedo, por secretos, por las miradas silenciosas y cómplices de las mujeres junto al pozo.

Pero sabía mejor. Y así, me aparté.

«Buenas noches, Ádám.»

No miré atrás al alejarme. Porque si lo hubiera hecho, sabía que no habría tenido la fuerza para partir.

29

MISERICORDIA

Era bien entrada la medianoche cuando llegaron los golpes. Agudos, apresurados. Un puño contra la madera, lo bastante fuerte para hacer temblar las contraventanas. Zsuzsanna no se inmutó.

Ya se estaba levantando de la silla, ya extendía la mano hacia su chal antes de que yo siquiera hubiera registrado el sonido. Siempre sabía cuándo alguien venía.

Me incorporé de un salto, parpadeando para espantar el sueño de mis ojos, con las extremidades entumecidas por el cansancio, pero ella fue más rápida.

Deslizó el cerrojo de la puerta, y una ráfaga de aire frío se coló, trayendo consigo el aroma terroso del otoño y algo más agudo bajo él. Sangre.

La muchacha en la puerta temblaba. Su rostro estaba pálido como la cera, sus labios azulados por el frío, el cabello suelto y alborotado sobre los hombros. Era joven. Quizá tenía dieciséis años, o menos, pero había algo viejo en sus ojos. Algo desesperado.

El vestido le estaba rasgado en el dobladillo, empapado hasta las rodillas de barro, y olía a campos abiertos, a paja mojada, a lluvia y sudor de animal.

Y en sus brazos temblorosos, el perro. Apenas era ya un perro. Más bien un montón de piel desgarrada y carne expuesta, una

criatura destrozada que no debería seguir respirando. Pero lo hacía. Apenas.

Su garganta había sido abierta de par en par, una herida profunda y abierta donde algo había desgarrado piel y músculo, donde su sangre aún latía débilmente, empapando el vestido de la muchacha.

Una de sus patas traseras colgaba en un ángulo antinatural, el hueso astillado, una fragmento blanco y dentado que atravesaba la piel como una hoja rota.

Había sido un perro de trabajo. De los grandes y robustos, hechos para vigilar, para arrear, para proteger.

Ahora, era otra cosa. Algo irremediable.

"Fue atacado", jadeó la muchacha."Por lobos. Por favor, yo—"

Zsuzsanna no preguntó por qué había venido aquí en lugar del sacerdote. En lugar de su padre. En lugar de alguien que pudiera haber cuidado más de los perros que de los niños. Simplemente se hizo a un lado, dejando pasar a la muchacha sin decir palabra.

La casa estaba cálida, el fuego aún ardiendo débilmente en el hogar. El perro se estremecía en los brazos de la joven, un leve temblor doloroso recorría su cuerpo. Su respiración era entrecortada, un silbido fino y húmedo con cada exhalación.

Cogí una manta, pero Zsuzsanna no la aceptó. Solo miraba al perro. Sus ojos negros, entrecerrados, vidriosos por el tormento, aún intentaban enfocar, aún buscaban, aún veían.

Habría sido más fácil si ya estuvieran vacíos.

«¿Puedes salvarlo?» susurró la joven.

Aún apretaba al animal contra su pecho, con los dedos hundidos en su pelaje, como si pudiera recomponerlo solo con sus manos.

Zsuzsanna dio un paso adelante. Se inclinó. Pasó sus dedos suavemente sobre el cuerpo del perro, presionando a lo largo de sus costillas, sintiendo cómo los huesos se movían bajo su tacto. Luego suspiró.

«No.»

La joven inhaló con fuerza, apretando aún más su agarre.

«No, tiene que haber algo. Debe haber algo. Salvaste a mi madre cuando estaba enferma. Salvaste a mi hermanito cuando dejó de

respirar. Tú—»

«Eso fue distinto», dijo Zsuzsanna.

«¿Cómo?»

«No estaban ya muertos.»

El viento golpeaba las paredes con estrépito, y por primera vez, me percaté de lo inquietantemente silencioso que se había vuelto el perro.

Todavía respiraba. Pero no se movía. No luchaba. Simplemente yacía en sus brazos, con el cuerpo lánguido, los ojos apagados, desenfocados. Ya se había rendido. Ya había desistido.

«Los lobos», murmuré. «No quedan muchos, ¿verdad?»

La joven negó con la cabeza.

«No. Los cazaron tras la guerra. Pero a veces, en los meses fríos, bajan de las colinas. Desesperados.»

Desesperados. Esa era la palabra exacta.

El perro estaba pastoreando cuando llegaron los lobos. Protegiendo. Defendiendo. Y por su lealtad, lo destrozaron, dejándolo desangrarse en la tierra.

Los lobos ya se habrían marchado hacía tiempo. Aún hambrientos. Aún cazando. Se habían llevado su parte, pero volverían.

«Déjalo ir», dijo Zsuzsanna.

La joven apretó al perro con más fuerza.

«No. Por favor. Por favor, ¡inténtalo!»

«Estoy intentando», dijo Zsuzsanna,*«ser compasiva.»*

La joven la miró fijamente. Luego me miró a mí.

Sus dedos se aferraron con tal fuerza al pelaje del perro que los nudillos se le pusieron blancos.

«Puedo hacerlo», me sorprendí diciendo.

No sé por qué. Quizá para evitar que la muchacha se desmoronara ante mí. Quizá para impedir que yo hiciera lo mismo.

Zsuzsanna sólo negó con la cabeza.

«No», dijo con sencillez. «Este es mi trabajo».

Entonces alzó la pala. La muchacha gritó. O quizá fui yo.

El sonido brotó de algún lugar entre nosotros, entre el instante antes de que la pala cayera y el momento después, cuando el perro

quedó inmóvil. Completamente inmóvil. Sin aliento. Sin el más leve movimiento de una pata. Simplemente se había ido. Como si jamás hubiera estado allí.

La muchacha sollozaba, meciéndose de un lado a otro, con las manos aún resbaladizas por la sangre que ya no pertenecía a nada vivo. Yo no podía moverme. No podía respirar.

El aire olía a cobre, tierra y leña, pero todo lo que yo podía saborear era hierro.

Zsuzsanna ya limpiaba la hoja. Se había vuelto de espaldas.

Se había secado las manos, había limpiado la pala, como si todo aquello hubiera sido inevitable, como si nunca hubiera sido una elección.

«Eso fue bondad», dijo.

Su voz era plana. Objetiva, como si estuviera indicando la temperatura. Como si comentara la estación del año.

Contemplé el cuerpo destrozado del perro. La sangre acumulándose bajo él. La muchacha sollozando entre sus manos. Y me pregunté. ¿Era eso? ¿Era bondad? ¿O era simplemente Zsuzsanna? ¿Había alguna diferencia?

No lo sabía. Aún no lo sé.

Pero cuando cerré los ojos esa noche, escuché el crujido de la pala resonar en mi mente. Y no dormí.

30

LA SOSPECHA DE UN MARIDO

El viento arrastraba voces por el pueblo aquella mañana.

Las oí antes de ver nada. Palabras bajas y cortantes, como el filo de una cuchilla siendo afilada. Al principio, pensé que eran los sonidos habituales de la plaza. Mujeres regateando, el ladrido ocasional de un perro, el traqueteo de una rueda rodando sobre piedras irregulares. Pero entonces escuché su nombre.

Janos.

Y de repente, me puse a escuchar.

Estaba en el pozo, con las manos envueltas alrededor del cubo de madera gastada, el frío del agua calando en mi piel. Las otras mujeres se agolpaban a mi alrededor, realizando sus tareas matutinas con el mismo ritmo lento y medido de siempre.

Pero había suspenso en el aire. Algo no dicho. Algo esperando tomar forma.

Alcé la cabeza, tratando de apartar los crecientes sentimientos que tenía por Ádám. Esto era importante. Tenía que concentrarme. Tenía que prestar atención y dejar de soñar despierta.

Janos estaba en la plaza, con los pies bien plantados, el rostro sombrío por algo que solo había visto antes en hombres que buscan pelea. Su abrigo, de lana y forrado con piel en el cuello, estaba gastado pero aún conservaba un aire de importancia; un hombre

que siempre se había considerado más fuerte que los demás, un hombre que se creía intocable. Sus botas estaban arañadas, el cuero agrietado por años de duro uso, y sus manos — grandes y marcadas por cicatrices de años de trabajo — se cerraban y abrían a los lados.

Pero eran sus ojos los que más me inquietaban. Oscuros y escrutadores, saltando de rostro en rostro, como buscando a alguien a quien culpar. No solo hablaba. Acusaba.

Nunca antes había prestado mucha atención a Janos.

Era un hombre corpulento, de hombros anchos, con una frente fuerte y un ceño permanente tallado en el rostro. El tipo de hombre que siempre olía ligeramente a sudor y humo, cuya voz se oía incluso cuando no gritaba.

No era el peor de todos, pero tampoco el mejor. Un hombre que bebía, que discutía en voz alta en la taberna, que a veces empujaba a su esposa con demasiada fuerza, aunque nunca dejaba marcas. Pero hoy, había algo nuevo en su postura. Algo peligroso.

«Mi hermano era un hombre fuerte», dijo, con la voz que resonaba por toda la plaza. «Nunca se enfermaba. Y sin embargo, un día estaba bien, y al siguiente…»

Señaló con un gesto brusco, sus dedos gruesos apretados en un puño.

Los otros hombres murmuraron, con rostros inescrutables. Algunos se removieron, incómodos. Otros simplemente observaron.

Janos giró lentamente, como desafiando a alguien a que sostuviera su mirada. «¿Creéis que no veo lo que está sucediendo?» escupió. «Primero fue el marido de Kata, luego Istvan, ¿y ahora mi hermano? ¿Cuántos más?»

Me tensé. Demasiados.

Janos exhaló con fuerza, encogiendo los hombros. «Y todos dejaron atrás una viuda que apenas derramó una lágrima.» Escupió al suelo, la gota cayó cerca del zapato de cuero gastado de un joven que estaba cerca. Y sin embargo, nadie se movió. Nadie lo desafió.

Entonces, por fin, un hombre habló.

«Ten cuidado con lo que dices, Janos.»

Era Miklós, el herrero.

Miklós era tan corpulento como Janos, pero llevaba su cuerpo de otro modo; una fuerza silenciosa y pausada, no explosiva. Sus brazos rebosaban músculo, cubiertos de hollín y quemaduras propias de su oficio, y sus manos estaban endurecidas por años de martillar. Pero no era solo su tamaño lo que hacía que los demás hombres le temieran.

Era la forma en que nunca alzaba la voz, ni se precipitaba al enfado.

Janos se volvió hacia él. «¿O qué?»

Miklós se encogió de hombros, con los brazos cruzados sobre su amplio torso. «¿Crees que una mujer mató a tu hermano? ¿Con qué?»

Janos vaciló. Y fue entonces cuando me di cuenta. No lo sabía.

Sospechaba. Lo sentía en los huesos, como un hombre que percibe el cambio del viento antes de la tormenta. Pero no sabía cómo. Todavía no.

Janos apretó la mandíbula. «Algo no está bien», murmuró. «Marcad mis palabras. Lo descubriré.»

Me obligué a caminar despacio de regreso a la casa de Zsuzsanna, aunque el pulso me retumbaba bajo la piel, aunque las piernas me dolían por el esfuerzo de mantener la calma. Janos sabía. No todo, pero sí lo suficiente. Y eso era peligroso.

Dentro, Zsuzsanna molía hierbas secas, con las manos firmes, el aroma de salvia y ajenjo impregnando el aire. No levantó la vista cuando entré.

Cerré la puerta tras de mí.

«Janos está hablando», dije, sin aliento. «Cree que envenenaron a su hermano.»

Zsuzsanna siguió trabajando, su mano moviendo el mortero con ritmo constante.

Tragué saliva con dificultad. «No pareces sorprendida.»

Exhaló, negando con la cabeza. «No lo estoy.»

Vacilé. «¿Crees que—»

«No sabe nada», interrumpió con naturalidad. «Está conjeturando. Y los hombres conjeturan sobre lo que no entienden todo el tiempo.»

No supe si aquello era un consuelo o una amenaza.

Crucé los brazos, tratando de recomponerme. «¿Y si se entera?»

Finalmente, Zsuzsanna me miró. Me miró de verdad. Sus ojos oscuros eran inescrutables. Luego, sonrió.

«Entonces», dijo, «Janos también necesitará ayuda.»

La miré fijamente. Su significado era claro. Sentí que el estómago se me encogía. Janos era fuerte. Un luchador. Y no caería sin resistencia.

Zsuzsanna volvió a su tarea, sus dedos precisos, imperturbables.

Allá afuera, el pueblo seguía con su vida y yo me preguntaba si Janos no acababa de firmar su propia sentencia de muerte.



El río siempre corría lento por estas fechas.

En los meses fríos, el Tisza discurría perezoso, serpenteando por la tierra como una cinta oscura, su superficie a menudo cubierta de niebla al amanecer. Las cañas se alzaban erguidas a lo largo de las orillas, ahora quebradizas, doblándose bajo la escarcha. Era un río que había tragado muchas cosas con los años: barcos perdidos, cuerpos de ganado que se habían aventurado demasiado lejos y, a veces, hombres.

Aquella mañana, devolvió uno.

Los primeros en verlo fueron los pescadores, que salieron antes de que el sol despuntara por completo, empujando sus pequeñas barcas de madera por las aguas heladas. Habían partido esperando la pesca habitual: lucios, percas, quizá un siluro bien cebado si la suerte les acompañaba. Pero en su lugar, encontraron a Janos.

Había derivado cerca de la curva, boca abajo, su abrigo empapado, el cuello de piel rígido por el hielo. Los juncos se enredaban alrededor de sus piernas, como si el río mismo intentara retenerlo, renuente a devolver lo que había tomado.

Los hombres lo arrastraron a la orilla sin pronunciar palabra, el aliento visible en el aire frío, las botas hundiéndose en el barro. Su piel había perdido color, casi cerosa, los labios teñidos de azul por el

frío nocturno. Sus manos, antaño fuertes, se habían ablandado en el agua, los dedos medio encogidos, como buscando algo que jamás alcanzaría.

No se parecía en nada al hombre que había estado en la plaza apenas ayer, pecho henchido, voz llena de ira. Parecía algo olvidado.

La noticia se difundió rápido, aunque no de la manera en que se esparce una verdadera tragedia.

No hubo llantos, ni pasos urgentes apresurándose por el pueblo. Más bien, corrió en murmullos callados, en las miradas intercambiadas junto al pozo, en el modo en que las voces se bajaban cuando los hombres entraban en la estancia.

Yo estaba en la plaza cuando lo supe por primera vez. Dos hombres estaban cerca del boticario, hablando en susurros, el aliento convirtiéndose en vapor en el aire frío.

«Apareció cerca de la curva», murmuró uno, inquieto. «Boca abajo. Parece que ha estado toda la noche en el agua.»

El otro gruñó. «Demasiado licor, supongo.»

«Quizá.» Pausa. Una mirada lenta hacia las mujeres junto al pozo. «O quizá otra cosa.»

El segundo hombre no preguntó qué*otra cosa*era. Yo no fui a verlo. No hacía falta.

Ya sabía lo que encontraría. Janos, hinchado por el agua, la piel pálida y abotargada, sus manos otrora poderosas, flácidas e inútiles. El río le había arrebatado la lucha. O, más bien, las mujeres.

Esa era la verdad, ¿no es cierto?

Sucumbió rápido. Más rápido de lo que esperaba.

El día anterior había estado en la plaza, la voz cortante, las amenazas flotando en el frío aire matutino. Y ahora, se había ido. Y nadie se sorprendió.

Los hombres murmuraban, negaban con la cabeza, maldecían la mala suerte del asunto. Algunos incluso hacían su papel, fingiendo preocupación, preguntándose si había sido un accidente o algo peor.

Pero las mujeres… Las mujeres no hablaban de él en absoluto.

Nadie preguntaba qué había sucedido. Nadie cuestionaba cómo un hombre tan fuerte como Janos se había ahogado de repente,

cuando apenas ayer estaba erguido, con el pecho agitado por la ira, los puños apretados a los costados.

Las observaba con atención, intentando ver si alguna flaquearía, si alguna dejaría escapar el secreto entre los dientes.

Pero no lo hicieron.

Ni Ilona, que tarareaba suavemente mientras desplumaba un pollo para la cena. Ni Kata, que estaba junto al pozo, pasando un cubo a otra mujer sin siquiera mirar hacia la plaza. Y tampoco Zsuzsanna.

Se movían durante el día como si nada hubiera cambiado, como si Janos jamás hubiera existido.

Y tal vez, a sus ojos, nunca lo había hecho.



Aquella noche, me senté frente a Zsuzsanna en la mesa.

Ella ataba manojos de hierbas secas, con las manos moviéndose con la misma lenta precisión de siempre. La habitación olía a lavanda y manzanilla triturada, al humo que se enroscaba en suaves volutas desde el fuego agonizante.

Observaba sus dedos trabajar, envolviendo con cuidado la cuerda alrededor de los tallos secos, asegurándolos con nudos limpios y apretados. No parecía alterada. No parecía diferente en absoluto.

Pero algo había cambiado. Algo en*mí.*

Exhalé despacio. «Sabías.»

Ella no levantó la vista. «¿Sabía qué?»

«Que se encargarían de él.»

Una pausa.

«No fue cuidadoso. No era bueno.»

Las palabras eran sencillas. Definitivas.

«¿Y eso es todo lo que hace falta?»

Zsuzsanna finalmente fijó la mirada en mí.

«A veces, sí.»

Su voz era suave, pero había acero bajo ella.

El fuego crepitaba suavemente.

Pensé en Janos, en cómo se había plantado en la plaza, en la certeza de su voz. Se creía poderoso. Se creía seguro. Pero ningún hombre estaba a salvo en Nagyrev. No si las mujeres decidían lo contrario. Y yo me preocupaba por Ádám.

Zsuzsanna dejó el manojo de hierbas, apartando las motas sueltas de su regazo.

«Aún no comprendes», murmuró, ladeando ligeramente la cabeza.

Tragué saliva con fuerza. «Entonces explícame.»

Exhaló, entrelazando las manos en su regazo.

«No hay nada más peligroso que un hombre que se cree intocable.»

Me tensé.

Prosiguió, con voz serena y pausada. «Janos creía que podía hacer preguntas. Creía que podía amenazar. Y que nosotros nos acobardaríamos, que le permitiríamos.»

Se inclinó un poco hacia adelante.

«No nos acobardamos», dijo con sencillez.

Aquellas palabras me recorrieron con un escalofrío.

Pensé en la reunión en casa de Ilona, en las voces bajas y constantes, en la manera en que hablaban de la vida y la muerte como si no fuera más que elegir qué pan hornear. Pensé en la silenciosa comprensión entre ellos, en cómo nadie cuestionó la muerte de Janos, en cómo ya la habían superado. Pensé en el río, en cómo lo había tragado entero para luego devolverlo.

Janos había acertado en una cosa. Algo*estaba*sucediendo en este pueblo. Y ahora, nunca cesaría.

31

EL DOCTOR

El doctor llegó en una mañana fría.

El aire era quebradizo, cortante con la promesa del invierno. Una neblina tenue se deslizaba sobre los campos, aferrándose a los árboles como una segunda piel. El viento atravesaba el pueblo en ráfagas pequeñas y sigilosas, haciendo vibrar contraventanas sueltas y arrastrando hojas dispersas que raspaban contra la tierra helada.

Era el tipo de mañana que hacía que los sonidos se percibieran de modo extraño. Las voces parecían más agudas, los pasos más pesados, el roce de las telas demasiado sonoro. Y así, cuando se oyó el primer crujido de las ruedas de un carro en el camino que conducía al pueblo, la gente lo notó.

Yo estaba en el pozo, con las manos agrietadas por el frío, el mango de metal resbaladizo por la escarcha. A mi alrededor, las demás mujeres trabajaban, el aliento elevándose en suaves bocanadas, los pañuelos ceñidos sobre sus bocas.

Entonces llegó el sonido de cascos. Lento, deliberado. No era el trote apresurado de un labrador que regresaba de los campos, ni el vaivén rodante de un carro de mercader. Algo más mesurado. Algo que no pertenecía.

Alcé la vista. El carro del doctor era sencillo; madera negra, bien cuidada, pero nada ostentoso. El caballo que lo tiraba tenía el pelaje

oscuro, la crin recortada con esmero, el arnés sin desgastes.

Pero era el hombre en sí quien me inquietaba. No se parecía a los hombres de Nagyrev.

Su abrigo era formal, abotonado hasta el cuello, el cuero de sus guantes crujía mientras se los ajustaba con fuerza. Iba erguido, con los hombros rígidos por el frío. Bajo el amplio ala de su sombrero, su rostro era pálido, anguloso; líneas marcadas y ojos fríos, el tipo de hombre que lo ve todo, incluso aquello que no debía ser visto.

Un extranjero, en todo el sentido de la palabra. Y los hombres extranjeros no venían a Nagyrev sin motivo.

Primero se dirigió al sacerdote. Yo lo seguí a distancia, manteniéndome en los bordes de la plaza, observando cómo desmontaba del carro y subía los escalones de la iglesia.

El sacerdote, el padre Lázár, era un hombre de rasgos suaves y palabras aún más suaves. No era como los sacerdotes de las ciudades. No tenía voz severa ni retumbante, ni pronunciaba agudas admoniciones sobre el pecado. Comprendía cómo era la vida para la gente de allí. Lo que significaba que entendía lo que sucedía en la oscuridad. Y no hablaba de ello.

El médico estaba ante él, con las manos recogidas ordenadamente a la espalda, su expresión inescrutable.

Hablaban en voz baja, pero el sonido se propagaba con facilidad en el frío.

"Tres solo en el último mes...", decía el médico. "Eso es... inusual, ¿no cree?"

El padre Lázár exhaló lentamente. Sus dedos se movieron sobre las cuentas del rosario que sostenía. "La guerra se llevó a muchos hombres", murmuró.

El médico asintió, pero su mirada no se suavizó. "Sí. Pero la guerra terminó hace dos años."

El sacerdote vaciló. "Dejó heridas que no han sanado."

"El veneno también deja heridas", dijo el médico en voz baja.

El rostro del sacerdote no cambió, pero vi cómo su agarre al rosario se apretaba. Un pequeño movimiento involuntario. Una señal. El médico también lo advirtió.

"Lleva mucho tiempo aquí", continuó el médico, con voz suave y conversacional. "Ha enterrado a estos hombres. ¿Ha notado algo... inusual?"

El padre Lázár lo miró largo rato. Finalmente, dijo: "Los hombres mueren."

Una pausa. Luego se volvió hacia las puertas de la iglesia. Una despedida. Una advertencia. Un final. Pero al entrar, vi un destello cruzar su rostro.

Era duda. Era inquietud. Y era miedo.

Las mujeres fingían no importarles. Continuaban su trabajo como si la presencia del médico fuera nada más que un viento pasajero. Pero vi el cambio. Cómo sus manos se detenían un instante más de lo habitual al pasar él. Cómo sus miradas se dirigían hacia él, agudas y conocedoras. Cómo sus risas, antes libres y sin reservas, se volvían más contenidas, pronunciadas en tonos más bajos, envueltas en capas de precaución.

Sabían. Todas sabían. Y, sin embargo, nadie hablaba de ello.

Así habían sido siempre las cosas en Nagyrev. Pactos tácitos, entendimientos silenciosos. El veneno se había entretejido en la trama misma del pueblo, en el aliento mismo de las mujeres que aquí habitaban.

Pero ahora, por primera vez, percibía algo distinto. No culpa. No vergüenza. Una inquietud callada.

Porque los hombres, con todos sus defectos, rara vez cuestionaban lo que no podían ver.

Pero los médicos sabían dónde buscar. Y peor aún, sabían qué encontrar.

Aquella noche, me senté junto al fuego, la voz de Zsuzsanna atravesando el silencio mientras trabajaba a mi lado.

«No es el primero que viene preguntando», murmuró.

Me volví hacia ella. «¿Y los demás?»

Ella sostuvo mi mirada.

«No preguntaron dos veces.»

Su significado era claro. Tragué saliva y fijé la vista en las llamas.

El doctor había venido en busca de respuestas. Pero yo ya sabía qué sucedía con los hombres que miraban demasiado de cerca.

32

UNA MUERTE CERCA

La muchacha nos esperaba cuando llegamos.

Se hallaba encogida en una silla de madera junto al fuego, los brazos ceñidos alrededor de las rodillas, los hombros encorvados hacia dentro. Su delantal estaba retorcido entre los dedos, anudado, estrujado con fuerza, como si pudiera exprimir el horror fuera de sí con sus propias manos. Sus ojos, abiertos de par en par y bordeados de rojo, se dirigían a la puerta cada pocos segundos, como si aguardara que alguien viniese a buscarla.

El olor a cebollas cocidas impregnaba el aire, mezclado con el tenue y acre aroma de algo que había ardido demasiado tiempo en el hogar. La casa estaba insoportablemente cálida por el calor del pánico.

No era como las demás. Las otras mujeres que habían acudido a Zsuzsanna tras la muerte de sus maridos —Kata, Ilona, las viudas de rostro sereno que nunca miraban atrás— lo habían hecho con certeza. Estaban preparadas.

Esta joven, no mayor de diecisiete años, apenas una niña, se estaba ahogando en ello. Lo había hecho. Y ahora, la devoraba.

Zsuzsanna fue la primera en moverse, arrodillándose junto al hogar y echando manzanilla seca en una tetera. El aroma se esparció por el aire, pero no logró enmascarar el miedo que se

aferraba a la piel de la muchacha, a su cabello, a las paredes mismas de la habitación.

No miraba a Zsuzsanna. Ni siquiera me miraba a mí. Sólo fijaba la vista en el suelo, con los labios temblorosos y los dedos aún aferrados al retorcido paño de su delantal como a un salvavidas.

Vacilé, luego di un paso adelante.

«Dime», dije en voz baja.

Parpadeó, con la boca entreabierta, pero no salió palabra alguna. Me agaché a su lado, bajando el tono. «Tienes que decírmelo.»

Su aliento tembló entre los labios.

«Él lo sabía.»

Las palabras fueron apenas un susurro, pero me atravesaron como un cuchillo.

Me puse rígido. «¿Qué quieres decir?»

Cerró los ojos, apretando los dedos en puños sobre el regazo.

«Cuando dio el primer sorbo, su rostro... me miró. Directamente a mí.»

Su voz temblaba, la respiración era superficial.

«Como si comprendiera. Como si supiera.»

Un escalofrío recorrió mi espalda.

"Intentó hablar", prosiguió ella, con voz apenas audible. "Pero entonces…" Emitió un sonido quebrado, algo entre un sollozo y una risa. "Y entonces empezó a atragantarse."

Las palabras flotaron en el aire como humo. Sentí que el estómago se me revolvía. No debía suceder así.

El veneno siempre había sido silencioso. Una enfermedad, un desvanecerse lento. Así era como obraba. Pero esto era violento.

Tragué saliva. "Cuéntame todo."

Ella inhaló con fuerza, temblando. "Su garganta… la agarraba. Sus dedos se clavaban, como si intentara arrancarse algo de sí mismo."

Lo pude ver en mi mente, con demasiada claridad. Sus ojos desorbitados, sus manos arañando la garganta, la espuma blanca que brotaba de sus labios.

"Cayó", susurró ella. "Se golpeó la cabeza contra la mesa. Sus piernas… no dejaban de patalear."

Ella apretó los ojos con fuerza, agarrándose los brazos tan fuerte que las uñas le dejaron medias lunas marcadas en la carne.

"Me dijeron que sería pacífico", se ahogó.

Un sabor amargo subió por mi garganta. Habían mentido.

Me volví hacia Zsuzsanna, esperando algo. Quizá una explicación. ¿Un destello de remordimiento? Pero ni siquiera miró a la muchacha. Simplemente removía el té, con el rostro sereno, inescrutable.

La voz de la joven se quiebra. "Dijeron que sería como dormirse. Que no dolería."

Zsuzsanna exhaló lentamente.

"A veces es distinto."

La muchacha alzó la cabeza de golpe, mirándola con ojos húmedos y furiosos.

"Tú lo sabías", susurró.

Zsuzsanna finalmente se volvió hacia ella. "¿Lo habrías hecho si te lo hubiera dicho?"

La respiración de la joven se entrecortó y algo cambió en ella. El miedo no menguó. Pero algo tras sus ojos se endureció, como si una puerta se hubiera cerrado en lo más profundo de su ser. No había vuelta atrás.

El camino de regreso a la casa de Zsuzsanna fue silencioso. El pueblo yacía en calma, envuelto en la última luz moribunda de la tarde, pero sentía que me oprimía a mi alrededor. Los susurros. Las risas. Las miradas cómplices intercambiadas sobre cestas de grano.

Pensé en cómo la joven había apretado su delantal, en cómo su voz se había quebrado al pronunciar las palabras "él sabía."

Pensé en la espuma en sus labios. En la manera en que sus piernas pataleaban. En cómo ella no se sintió aliviada, sino horrorizada.



Aquella noche, me senté a la mesa, observando a Zsuzsanna atar manojos de tomillo seco, sus manos moviéndose con lenta precisión.

Carraspeé. «Ella no estaba lista.»

Zsuzsanna no levantó la vista. «Ahora lo está.»

Apreté la mandíbula. «No te importa.»

Ante eso, sí se detuvo. Me miró, ladeando un poco la cabeza, estudiándome como si fuera algo frágil, algo aún por moldear.

«¿Importa acaso?»

Abrí la boca para decir que sí, para decir que por supuesto importaba, para decir que lo que hacíamos era distinto de lo que ellos hacían. Pero la verdad era que no importaba. Él estaba muerto. Y ahora, ella nos pertenecía.

Aquella noche permanecí despierto, mirando al techo, con los pensamientos enredados y afilados.

Me giré de lado, presionando las manos contra el rostro. Janos. Istvan. El marido de la muchacha. Uno a uno, caían. Y caerían más. Muchos más.



Había intentado disimularlo; la duda creciente que se enroscaba en mis costillas, la inquietud que se asentaba en mi estómago cada vez que escuchaba a las mujeres hablar en voz baja, discutiendo a quién debían ayudar después. Me movía por el pueblo como siempre, vigilado, escuchando, manteniendo las manos firmes mientras trabajaba. Pero Zsuzsanna lo veía a través de mí.

Ella siempre veía. Esperó hasta que quedamos a solas.

Las demás mujeres se habían ido ya a descansar, sus voces se desvanecían en el frío, sus pasos eran engullidos por la oscuridad más allá del umbral. La casa estaba más silenciosa ahora, salvo por el lento crepitar del fuego, el aroma a leña quemada en el aire. Las sombras se alargaban contra las paredes, cambiando con cada movimiento de las llamas.

Ella estaba frente a mí, con los brazos cruzados, su expresión inescrutable. No se sentó, ni hizo gesto para que me uniera a ella junto al fuego. Esto no era una conversación.

Era otra cosa.

«Piensas demasiado», dijo.

Las palabras cayeron como una piedra lanzada a aguas quietas, enviando ondas entre nosotros.

Tragué saliva. «¿Lo hago?»

Zsuzsanna inclinó ligeramente la cabeza, estudiándome. Su mirada era aguda, evaluadora, como si escudriñara mi alma y ponderara lo que allí encontrara.

«¿Arrepientes de haberles ayudado?»

Su voz era baja, pero el significado tras ella nada tenía de tenue.

Vacilé. «Yo…»

Sus ojos oscuros se entrecerraron.

«¿Arrepientes de la libertad de Kata?» insistió. «¿De la viudez de las mujeres de esta aldea? ¿Arrepientes de la seguridad que ahora poseen?»

Hablé despacio. «No.»

Era cierto. Pero no toda la verdad.

Zsuzsanna dio un paso adelante, sus movimientos lentos, deliberados. Siempre había tenido el don de llenar un espacio, de hacer que su presencia pareciera mayor que su cuerpo, de atraerte hacia sus palabras como una polilla hacia la llama.

«Vacilas ahora», murmuró, «porque piensas como ellos quieren que pienses.»

Fruncí el ceño. «¿Quiénes?»

Su boca se contrajo. No en señal de diversión, sino de algo más frío. Algo más conocedor.

«Los hombres», dijo con sencillez. «Los hombres nos enseñan a soportar el sufrimiento. A resistir. A arrodillarnos bajo sus manos y llamarlo deber.»

Su voz no se alzó, ni se tornó áspera, y sin embargo llenó el espacio entre nosotras, presionando contra mi piel como el calor del fuego.

«Te hacen creer que la justicia les pertenece decidir a ellos», prosiguió. «Que la misericordia es su don para otorgar.»

Dejó que las palabras reposaran antes de hablar de nuevo, ahora más suave, pero no menos firme.

«Pero lo que nosotras hacemos es misericordia.»

Zsuzsanna extendió la mano, posándola sobre mi hombro. Sus dedos eran cálidos, firmes, que me anclaban.

«No permitas que las reglas de los hombres te hagan débil», dijo mientras el fuego crepitaba suavemente.

Quise creerla. Quise dejar que sus palabras suavizaran los bordes afilados dentro de mí, que su certeza se volviera la mía. Porque lo que decía era verdad. ¿No era así?

Pensé en la muchacha. Pensé en el miedo en sus ojos, el temblor de sus manos, la forma en que su voz se quebró al pronunciar las palabras: «Él sabía.»

Imaginé la espuma en los labios de su marido, la forma en que sus miembros se habían contraído y sacudido. Recordé a Janos, flotando boca abajo en el río, su cuerpo hinchado enredado entre los juncos. Y supe que aquello ya no era solo misericordia. Era otra cosa.

Crecía, extendiéndose como una enfermedad, filtrándose por las grietas del pueblo, convirtiendo algo antaño justo en algo mucho más peligroso.

Bajé la mirada hacia el gastado suelo de madera mientras los dedos de Zsuzsanna se aferraban ligeramente a mi hombro.

«Mírame», murmuró.

Me obligué a levantar los ojos hacia los suyos. Me estudió largo rato. Luego, su agarre se suavizó.

«Tienes miedo», dijo.

No era una pregunta.

Tragué saliva. «¿No debería tenerlo?»

Ella sonrió, pero no había bondad en esa sonrisa.

«No», murmuró. «No a menos que nos traiciones.»

Las palabras se posaron entre nosotros, sofocando nuestra conversación.

Contuve la respiración.

Zsuzsanna me soltó, volviéndose hacia el fuego, alcanzando un manojo de hierbas secas. Habló de nuevo, pero esta vez su voz era más ligera, como si la conversación ya hubiera quedado atrás.

«Lo entenderás con el tiempo», dijo sencillamente. «Aún estás aprendiendo.»

Asentí, porque era lo que ella esperaba.

Pero mientras la observaba trabajar, viendo cómo sus dedos se movían con silenciosa precisión, no pude quitarme la sensación de que algo iba terriblemente, terriblemente mal.

Y peor aún, no pude librarme de la sensación de que ya era demasiado tarde.

33

UN FUTURO QUE NO DEBE SER

Las primeras hojas habían comenzado a tornarse.

El trigo ya había sido segado, y los campos yacían desnudos, con rastrojos dorados extendiéndose por la tierra como los huesos de algo hace tiempo fenecido. El aire olía a humo de leña y tierra mojada, al otoño que se acercaba sigiloso, al cambio que presionaba los confines del mundo.

No esperaba encontrarlo allí. Pero Ádám me aguardaba.

Estaba junto al río, donde la tierra se hundía en juncos y carrizos, donde el agua se movía lenta y oscura bajo los sauces. Lanzaba piedras que rozaban la superficie, con la camisa por fuera y las botas embarradas de los campos.

Al verme, alzó la mirada y su rostro se iluminó con una sonrisa fácil y cálida.

«Esperaba que vinieras.»

«¿Por qué?», pregunté, aunque ya lo sabía.

Porque últimamente me sentía atraída hacia él como una polilla hacia la llama. Y cuanto más intentaba alejarme, más difícil se volvía.

«Anda conmigo.»

Extendió la mano hacia mí, y esta vez no me aparté.

Caminamos por la orilla del río, con el viento fresco acariciando mi piel, el susurro de hojas secas acompañando nuestros pasos. La hierba era alta allí, doblándose en los bordes del sendero, el suelo irregular bajo nuestros pies.

Ádám tenía esa presencia que hacía que el silencio entre palabras pareciera natural. No llenaba el aire con palabras innecesarias, ni me exigía respuestas para las que no estaba preparada.

Pero aquella noche, algo se sentía distinto.

«Necesito preguntarte algo», dijo al fin.

Su voz era distinta. No ligera. No juguetona.

Tragué saliva. «¿Qué es?»

«Ven conmigo.»

Detuve mis pasos.

«¿Qué?»

«Deja Nagyrev. Ven conmigo.» Sus ojos eran firmes, esa firmeza que me cortaba la respiración. «Sé mi esposa.»

El mundo se inclinó.

Lo sentí en el pecho, en el estómago, en ese calor súbito y vertiginoso que se extendía por mí como luz filtrándose por una grieta.

Porque yo deseaba esto. Dios, lo deseaba.

Quería decir que sí. Dejar que me tomara en sus brazos, que me llevara lejos de este lugar, construir algo nuevo con él en un pueblo donde nadie me conociera, donde el pasado no apretara sus dedos alrededor de mi garganta.

Lo veía con tanta claridad: una casa propia, el aroma del pan recién hecho, del heno y la tierra, de una vida sin secretos. Una vida donde no fuera la aprendiz de una comadrona. Una vida donde fuera solo una mujer, una esposa, una madre. Una vida a la que perteneciera a mí misma.

Abrí la boca, dispuesta a decirlo. Y entonces la vi.

Zsuzsanna. De pie en la colina sobre nosotros, observando.

Permanecía inmóvil como una estatua, los brazos cruzados sobre el pecho, su oscuro vestido fundiéndose con las largas sombras de los árboles tras ella.

No se movió. No pronunció mi nombre. Solo observaba.

Y así, de repente, todo se desplomó.

El sueño, el calor, lo imposible que había cobrado vida dentro de mí, murió antes de que pudiera siquiera nombrarlo.

"¿Eszter?"

Ádám seguía esperando. Seguía mirándome. No la vio. No comprendió.

"No puedo", susurré.

Su ceño se frunció.

"¿Por qué no?"

"Porque este es mi hogar."

"No, no lo es", dijo con fiereza. "No perteneces aquí. Lo veo cada vez que me miras. Quieres algo más que este lugar."

"No puedo", repetí, esta vez con más fuerza.

"Eszter—"

"Por favor, no me lo preguntes otra vez."

Sus manos se cerraron en puños a los lados. No de ira, nunca de ira, sino de frustración. De algo cercano al desgarro del corazón.

"Tienes miedo", dijo suavemente.

"¿De qué?"

"De lo que pasará si te quedas", dijo. "O de lo que pasará si te vas."

Me aparté de él porque no tenía respuesta. Porque ambas cosas eran verdad.

El aire se sentía ahora más frío. Los árboles se alzaban más altos, el río era una cosa oscura e interminable que serpenteaba hacia un mundo que nunca vería.

Ádám dio un paso más cerca.

"Dime que no me amas, y te dejaré ir."

Sentí que se me cortaba la respiración.

«Dime, Eszter», dijo él, con la voz ahora más baja, «y juro que no volveré a preguntar.»

Cerré los ojos. Si mentía, él me creería. Se marcharía. Dejaría de esperarme bajo los sauces, de mirarme en la plaza del pueblo, de darme esperanzas de un futuro que jamás podría existir.

Si decía la verdad, la verdad nos arruinaría a ambos.

No tenía lugar en su mundo. Y él no tenía lugar en el mío.

«Adiós, Ádám.»

Su corazón estaba herido. Lo podía sentir, en cómo cambiaba el aire, en cómo su cuerpo se tensaba como si se preparara para un golpe.

No me detuvo cuando me di la vuelta para marchar. No pronunció mi nombre. No miré atrás. No fue necesario. Porque aún sentía la mirada de Zsuzsanna sobre mí. Porque aún sentía el desamor de Ádám asentarse en el espacio que nos separaba.

Porque sabía que aquella era la última vez que Ádám me pediría que me fuera.

34

EL PESO DE LOS SECRETOS

Zsuzsanna me esperaba cuando regresé. Sabía que así sería.

La puerta estaba entreabierta, balanceándose suavemente con la fresca brisa vespertina. En el interior, el hogar brillaba tenuemente, proyectando sombras contra las paredes; el aire se impregnaba con la mezcla de aromas de hierbas secas, madera húmeda y los restos de lo que ella había estado preparando antes.

La estancia se sentía demasiado cálida, demasiado estrecha, demasiado llena de algo no dicho.

Ella estaba sentada en la mesa de madera, con la postura erguida, las manos reposando suavemente alrededor de una taza de té. No se había cambiado el vestido de trabajo; las mangas aún remangadas más allá de los codos, la tela oscura todavía salpicada de lavanda seca y motas de raíz pulverizada.

Al entrar, alzó la vista y, aunque su expresión permanecía inescrutable, sentí que sus ojos me atravesaban.

«Estuviste con él.»

No era una pregunta. Era una afirmación.

Apoyé el cubo de agua junto a la puerta, sintiendo cómo el calor ascendía por mi nuca.

«Iba caminando junto al río», dije con cautela. «Él estaba allí.»

Zsuzsanna inclinó ligeramente la cabeza, sus ojos oscuros me observaban con algo parecido a la diversión, o tal vez a la sospecha.

«¿Y?»

Tragué saliva.

«Él hizo avances. Pero no los acepté.»

Por un largo instante, no dijo nada. Luego, para mi sorpresa, sus labios se curvaron ligeramente. No era una sonrisa. Era otra cosa. Algo casi parecido a la curiosidad.

«¿Por qué no?» preguntó.

Vacilé.

«Porque sé mejor.»

«¿De veras?»

«Sí.»

Zsuzsanna giró lentamente la taza entre sus manos, el vapor difuminando las líneas marcadas de su rostro. Bebió despacio, con los dedos aferrados a la arcilla como si absorbieran su calor.

«Sería más fácil creer eso», dijo al fin, «si no te hubieras quedado tanto tiempo.»

El calor me subió al rostro.

«Le dije que no», repetí, esta vez con más firmeza. «Lo rechacé.»

«Pero antes lo escuchaste.»

Su voz era suave. Serenamente suave. Demasiado suave. Y eso era peor que la ira. Porque significaba que sabía. Sabía que yo había querido escuchar. Sabía que había querido quedarme.

«No todos los hombres son malos», dije de repente, antes de que pudiera pensar.

Zsuzsanna alzó una ceja, pero no pareció sorprendida.

«¿No?»

«Algunos son buenos», insistí. «Algunos son dignos.»

«¿Dignos de qué?»

Apreté los puños.

«De amor. De confianza. De no ser envenenados mientras duermen.»

Una sombra cruzó su rostro. Depositó la taza con cuidado, el cerámico produciendo un suave*clink*contra la madera. No discutió.

Tampoco asintió.

En cambio, dijo: «Acercarse a un hombre puede ser peligroso.»

«Lo sé.»

«Bien.»

«Por eso lo rechacé.»

Me estudió de nuevo, la luz tenue resaltando las líneas junto a su boca, las canas plateadas en su cabello. Nunca la había considerado vieja, pero aquella noche parecía cansada. Como si ya hubiera vivido demasiadas historias semejantes. Como si supiera de antemano cómo acabarían.

«Volverá a pedirlo», dijo.

«No. No lo hará.»

«¿Y si lo hace?»

«Diré que no otra vez.»

Zsuzsanna asintió.

«Bien», repitió.

Y así, quedó resuelto. O eso creí.

«Ojalá las cosas fueran distintas.»

Las palabras escaparon de mis labios antes de poder detenerlas. Zsuzsanna no me miró.

«¿Cómo?» preguntó.

«Ojalá pudiera tener una vida normal.»

«¿Y qué es normal?»

«Un marido. Un hogar. Hijos.»

Un suspiro agudo, apenas perceptible. Esta vez no se burló. Sólo contemplaba su té, como si algo dentro de la taza pudiera darle respuesta.

«¿Eso es lo que deseas?» removió el té.

«No importa lo que yo quiera.»

«No», murmuró. «No importa.» Alcanzó la tetera y vertió más té en su taza, aunque no lo bebió. «Pero desearías que sí.»

Asentí. «Sí, lo deseo.»

Sus dedos golpeaban suavemente la mesa. Un sonido rítmico y pensativo.

«¿Por qué?» preguntó al fin.

Tragué saliva. «Porque temo que nunca lo tendré.»

«¿Y por qué es eso?»

«Por la carga del secreto que debo llevar.»

Ahí lo había dicho.

Le había puesto nombre, a aquello que había yacido en mi pecho durante meses, aquello que me había robado el sueño por las noches, que me había seguido en el vacío entre las conversaciones.

Zsuzsanna no reaccionó. Al principio, no.

Entonces, tras una larga pausa, dijo: «Todos llevamos secretos, Eszter. Lo que importa es qué hacemos con ellos.»

«¿Y qué haces tú con los tuyos?»

Por primera vez, esbozó una sonrisa. Pero era una sonrisa sin calor.

«Me aseguro de que no me lleven a mí.»

La estancia pareció volverse más fría de repente, a pesar del fuego. El peso de sus palabras se posó sobre mí, oprimiendo mis costillas, mi garganta, mis pulmones.

La miré entonces, la miré de veras. Las líneas marcadas de su mandíbula, las manos que habían traído al mundo a decenas de niños y arrebatado a igual número de hombres.

No tenía remordimientos. Ni uno solo, y sin embargo, por primera vez, me pregunté si alguna vez habría deseado otra cosa.

«Eres joven —dijo de pronto, con voz más suave—. Y a las jóvenes se les permite soñar con cosas que jamás tendrán. Pero los sueños no cambian el mundo, Eszter. Nosotras lo hacemos.»

Quise replicar, pero no lo hice. Porque sabía que, por mucho que dijera, ella nunca vería el mundo como yo. Y quizás yo nunca lo vería como ella. No del todo. No todavía.

Me senté frente a ella, en la mesa, mirando la taza que se había servido pero aún no bebía.

«¿Crees que es posible amar a un hombre y seguir siendo libre?»

Los labios de Zsuzsanna se entreabrieron ligeramente. Luego los cerró de nuevo, desviando la mirada hacia el fuego.

«No lo sé —dijo al fin.»

Era la primera vez que la oía admitir que había algo que no sabía. Permanecimos allí, el fuego crepitando suavemente, el aire cargado de cosas no dichas.

Pensé en Ádám. Pensé en lo que había perdido. Pensé en lo que nunca tendría. Y sabiendo eso, quisiera o no, ya había tomado mi decisión.

35

EL HOMBRE EQUIVOCADO

La noticia se difundió en silencio, deslizándose entre las puertas, llevada en los susurros de las mujeres en el pozo, en el destello de miradas cruzadas en la plaza. Otra muerte. Pero esta vez, no era el hombre correcto.

Cuando supe, el cuerpo ya había sido retirado de la casa, llevado al cementerio para ser lavado y preparado para el entierro. No hubo un torrente de dolor, ninguna viuda lamentándose desplomada en la tierra, ni vecinos reuniéndose con preocupación. Solo un murmullo sordo de irritación, como si la muerte no fuera más que una molestia.

Encontré a Ilona en el puesto del mercado, seleccionando cuidadosamente patatas de una caja de madera. Hablaba en voz baja con otra mujer, con un filo acerado en sus palabras.

«Fue el suegro», murmuró, negando con la cabeza.

La otra mujer chasqueó la lengua. «Descuidada.»

Ilona asintió. «Ella lo había preparado para el marido, pero el viejo comió primero.»

«Debería haber sido más cuidadosa», se burló la mujer, arrojando una patata a su cesta. «Ahora habrá preguntas.»

Me quedé paralizado, los dedos apretando la cesta vacía entre las manos. Nadie lloraba. Nadie hablaba del hombre mismo, si había

sido cruel, si lo merecía, si había agraviado a la mujer que sin querer lo mató. Nada de eso importaba. Lo que importaba era que era el equivocado. Y eso significaba problemas.

Me dirigí a la casa donde había muerto. La puerta estaba entreabierta, el aroma a humo de leña y enfermedad rancia impregnaba el aire húmedo dentro. Crucé el umbral, con el corazón latiendo con fuerza, la piel fría a pesar del calor del fuego aún humeante en el hogar.

La mujer estaba sentada en la mesa, encorvada, los dedos entrelazados en el regazo. Era joven, no mucho mayor que yo, el cabello desarreglado, una mancha de harina aún pegada a la manga, como si el día hubiera transcurrido sin ella. No levantó la vista cuando entré.

Tragué saliva con dificultad, acercándome. «Supe lo que pasó.»

«No debía beberlo», susurró. Su voz era áspera, hueca, despojada de todo salvo de incredulidad.

Saqué una silla y me senté frente a ella, observando cómo sus dedos se clavaban en la tela de su falda, torciendo y destorciendo.

«Él se sentó primero», dijo con voz apagada. «Pensé que mi marido tomaría el cuenco, pero el viejo, siempre tenía hambre. Siempre era el primero en comer.»

Su aliento se encogió.

«Y entonces él…» Se detuvo, tragando con dificultad.

Yo ya sabía lo que venía a continuación. La tos. El arcadazo. La comprensión. Alcé la mano para tomar la suya, pero ella se estremeció.

«Me dijeron que sería fácil», murmuró.

Me tensé. Ya había escuchado esas palabras antes. De la muchacha. De otros.

Y siempre habían sido mentiras.

Por la tarde, la charla en el pueblo había cambiado del propio fallecimiento a lo que ello significaba. No era duelo. Ni remordimiento. Ni lástima por la mujer que tuvo que ver a un hombre inocente ahogarse en su propia casa.

No. Hablaban de descuido. De errores. De riesgo.

«Está llamando la atención», masculló una mujer mientras nos reuníamos junto al pozo.

«Debería haber sido más cuidadosa», asintió otra, negando con la cabeza.

Una tercera se burló. «Fue un error estúpido. Si no podía hacerlo bien, no debería haberlo hecho en absoluto.»

Sentí que algo ácido se alzaba en mi garganta.

No había tristeza allí. Solo irritación. No les preocupaba que un hombre hubiera muerto sin merecerlo. Les preocupaba que eso trajera problemas para los demás.

Me aparté, agarrando el asa del pozo, obligándome a respirar.



Aquella noche, me senté junto al fuego, contemplando las llamas, viendo cómo se retorcían, lamiendo con hambre la madera ennegrecida.

Zsuzsanna se sentó a mi lado, sus manos firmes mientras molía hierbas hasta convertirlas en polvo fino, como si nada hubiera cambiado.

Hablé con cautela. «Era el hombre equivocado.»

Ella no detuvo su trabajo. «Sucede.»

Me volví hacia ella con brusquedad. «¿Eso es todo?»

Me miró fijamente, su rostro impenetrable. «¿Qué más debería decir?»

Abrí la boca para decir que importaba, que aquel hombre no lo había merecido, que lo que estábamos haciendo no debía ser así, pero me detuve. Porque ya sabía lo que ella diría. Era un hombre. Y para Zsuzsanna, eso bastaba.

Tragué saliva con fuerza.

Algo estaba cambiando. Algo se escapaba de control. Y no estaba seguro de poder detenerlo. No estaba seguro de que nadie pudiera.



El primer cuerpo fue desenterrado al amanecer. Sin anuncio. Sin advertencia. Solo el sonido de las palas rompiendo la tierra helada.

No lo había visto suceder, pero cuando llegué al cementerio, el aire ya estaba lleno de susurros. Las mujeres hablaban en voz baja, con las manos apretando demasiado fuerte las cestas, y los ojos dirigidos hacia el pequeño grupo de hombres reunidos cerca de las tumbas.

El médico estaba entre ellos, su abrigo oscuro abotonado hasta el cuello para protegerse del frío, las manos enguantadas recogidas cuidadosamente a la espalda. Su rostro era inescrutable, pero su postura rígida, calculada, decidida.

Algo en mi interior se retorció. No estaba allí solo para visitar a los muertos. Estaba allí para desenterrar la verdad.

Me mantuve a distancia, observando cómo abrían el ataúd. Primero llegó el olor. Una pestilencia dulce y enfermiza que se aferraba al aire.

Los hombres se retiraron un poco, cubriéndose la nariz con pañuelos. El médico, sin embargo, no se movió.

Se agachó junto al cuerpo, calzándose un par de guantes de cuero finos. No pude ver dentro del ataúd, pero no hacía falta.

Ya sabía lo que había dentro: un cuerpo demasiado bien conservado, los huesos demasiado limpios, la carne demasiado extrañamente intacta para un hombre muerto hacía casi un año. El arsénico hacía eso. No solo mataba. Conservaba.

El médico sacó de su bolsa un frasco, un pequeño pincel, algo de metal. Rasparon con suavidad los huesos expuestos, recogiendo un fino polvo. Luego, con lenta precisión, lo depositó en el frasco.

Después, se volvió hacia el magistrado. Y lo vi. La confirmación en sus ojos. Había encontrado lo que buscaba.

Y entonces lo vi a él. Ádám.

Permanecimos inmóviles, suspendidos en el tiempo por un instante. No esbozó sonrisa alguna. Tampoco frunció el ceño. La expresión en su rostro era de dolor. De repugnancia. Él sabía. Comprendía. Y jamás me perdonaría.

Mantuve la cabeza baja mientras regresaba al pueblo, con el pulso vibrando bajo mi piel.

Debía contarle a Zsuzsanna. Habíamos sido cautelosos. El veneno era silencioso, casi indetectable. Salvo, al parecer, para hombres que sabían exactamente dónde buscar. Y aquel médico sabía.



Aquella tarde, los escuché.

El magistrado y el médico estaban justo a la entrada de la taberna, hablando en susurros urgentes. Me mantuve en las sombras, con la espalda apoyada contra la áspera pared de madera, respirando con lentitud.

«¿Estás seguro?», murmuró el magistrado.

El médico suspiró. «No necesito estar seguro. Los cuerpos hablan por sí mismos.»

«Comprendes lo que sugieres.»

«Entiendo que los hombres están muriendo», siseó el médico. «Demasiados. Demasiado pronto. Y ahora tengo pruebas.» Su voz descendió aún más. «Este pueblo oculta algo. A alguien. Y si no actúas, morirán más hombres.»

El magistrado vaciló. «¿Y qué esperas que haga?»

La respuesta del médico fue inmediata.

«Exhuma a los demás.»

Esas palabras me recorrieron con un escalofrío helado. No se detendría. No cesaría hasta descubrirlo todo. Me di la vuelta y me apresuré hacia la oscuridad que caía. Debíamos actuar. Y debíamos hacerlo ya.

36

UNA DESAPARICIÓN

El médico había desaparecido al amanecer. Sin despedidas. Sin advertencias. Simplemente, se había esfumado.

La última vez que lo vi fue la noche anterior, fuera de la taberna, hablando con el magistrado en tonos urgentes y cortantes. El frío convertía su aliento en niebla, y sus voces resonaban en la quietud de la noche. La postura del médico era rígida, sus manos enguantadas se movían al hablar, sus palabras medidas pero indudablemente firmes.

"Este pueblo oculta algo", había dicho. "Y yo tengo la intención de descubrir qué es."

Observaba desde la oscuridad, con el chal ceñido a los hombros, invisible pero atenta.

Ahora tenía pruebas.

Arsénico, extraído de los huesos de los difuntos. Evidencia. Y no pensaba guardarla para sí solo.



Al despuntar el alba, la noticia se había propagado. El médico había partido del pueblo, pero nunca llegó a su siguiente destino.

Su carreta fue hallada abandonada junto al camino que se alejaba de Nagyrev, cerca del borde de los campos donde los árboles escaseaban y la tierra descendía hacia el río.

El caballo seguía allí cuando un campesino que pasaba lo encontró, atado a un poste, pisoteando impaciente la tierra, con el aliento visible en el aire matutino.

Sus maletas, preparadas para el viaje, estaban en la parte trasera de la carreta, intactas. Su sombrero yacía en la hierba, cubierto por el rocío de la mañana. Pero el médico mismo había desaparecido. Y todos sabían lo que eso significaba.

El magistrado llegó a la taberna esa misma tarde, con un profundo surco entre las cejas. Era un hombre delgado, con cabellos encanecidos y expresión perpetuamente fatigada, su abrigo siempre abrochado con demasiada fuerza, como si se protegiera de un frío que solo él percibía.

Lo había visto antes, pero nunca así. Nunca dudoso.

Se sentó en la mesa de madera junto al hogar, los dedos tamborileando distraídamente sobre el borde de su jarra mientras los hombres a su alrededor susurraban y murmuraban, lanzándose miradas inquietas.

"El río se lo llevó", dijo uno al fin, moviéndose en su silla.

"Sí", añadió otro. "Demasiada lluvia río arriba. Las orillas están resbaladizas."

Alguien más exhaló lentamente. "Sucede."

Me senté al extremo más alejado de la estancia, con las manos envueltas alrededor de una taza de té, escuchando.

«Es extraño, sin embargo», murmuró un hombre más joven, bajando la voz. «El camino por el que viajaba no pasa junto al río.» Hizo una pausa. «No, a menos que lo llevaran hasta allí.»

Esas palabras me recorrieron la espalda como un escalofrío. Nadie habló después de eso. Porque todos sabíamos lo que significaba el río. Las mujeres no lo mencionaban. No susurraban junto al pozo, ni intercambiaban miradas nerviosas en la plaza. Seguían con sus tareas como siempre. Pero yo podía sentirlo. El cambio.

Se notaba en cómo sus manos se movían con un pulso más firme, en la ligereza de sus voces. En cómo sus hombros se relajaban, como si un peso invisible se hubiera levantado.

El médico había sido una amenaza y ahora, ya no lo era.

No sabía si aquello me producía alivio o náuseas. Quizá ambas cosas.



Aquella noche, me senté a la mesa, mirando el fuego, el calor lamiendo mi piel, mis pensamientos enredados y punzantes.

Zsuzsanna estaba frente a mí, atando ramilletes de tomillo seco, sus manos firmes como siempre, su rostro inescrutable.

La había visto así antes. Silenciosa, cautelosa, expectante. Exhalé despacio, forzando las palabras a salir.

«Lo mataron.»

Zsuzsanna no levantó la vista. No hizo pausa.

«¿Crees eso?»

Tragué con fuerza. «¿No lo crees?»

Exhaló por la nariz, negando ligeramente con la cabeza. «Aún no entiendes.»

Sus manos siguieron con su trabajo, metódicas, precisas.

«El río se lo llevó.»

La miré fijamente.

Quise discutir. Quise insistir, decir aquello que ambos sabíamos pero a lo que temíamos dar voz. Pero no lo hice.

¿Para qué?

Una mentira. Una verdad. O quizá, en Nagyrev, eran la misma cosa.

37

LA MUJER QUE SABÍA DEMASIADO

Se llamaba Erzsébet.

Había enviudado hacía casi un año, desde que su esposo enfermó y murió dormido. Nadie lo cuestionó. Nadie preguntó si ella le había dado muerte, si la enfermedad había sido realmente natural, si había medido con cuidado gotas de un frasco antes de ponerle la cena ante sí.

Nadie preguntó porque ya no importaba.

Al principio, Erzsébet fue cautelosa, como las demás. Bajaba la mirada cuando los hombres hablaban, reía en ese modo callado que todas las viudas adoptaban, vivía con ligereza, libre del duelo pero no tanto como para despertar sospechas.

Pero últimamente, había estado hablando demasiado.

Comenzó pequeño. Susurros junto al puesto del pan en el mercado, comentarios descuidados junto al pozo. Nada explícito, nada que se pudiera rastrear, pero suficiente. Suficiente para que las mujeres lo notaran.

«Supongo que mi marido se fue cuando le llegó su hora», dijo Erzsébet una mañana, apoyando la cadera en el borde del pozo, con las demás mujeres reunidas a su alrededor. «Curioso, sin embargo. Algunos hombres se van antes que otros, ¿no es así?»

Las mujeres se tensaron ligeramente, sus manos se quedaron quietas sobre los cubos. Una de ellas soltó una pequeña risa forzada.

Erzsébet sonrió. «Quizá sea el aire de aquí», musitó, negando con la cabeza. «Es bueno para algunos, malo para otros.»

Era la manera en que lo decía. No con miedo. No con cautela. Sino con diversión. Le complacía. El poder. El saber. Le gustaba que todas supieran lo que había hecho. Le gustaba poder decirlo sin decirlo, que nadie osara hablar en su contra. Y eso era peligroso.

Al principio, las demás intentaron callarla con pequeños gestos.

Kata la apartó a un lado junto al río una tarde, hablándole en voz baja y urgente, pero Erzsébet sólo rió. «Oh, no parezcas tan preocupada», dijo, escurría la ropa. «Nadie se atrevería a tocarnos ahora.»

Ilona la ignoró en el mercado, se negó a mirarla a los ojos, se negó a reconocer las pequeñas bromas que Erzsébet hacía.

Pero Erzsébet se dio cuenta. Y en lugar de detenerse, se entregó a ello.

En la taberna, dejó que sus dedos reposaran un poco más de la cuenta en el borde de su copa mientras observaba a los hombres beber.

En el pozo, dejó caer su voz, baja y conocedora, al hablar de qué hombres estaban enfermos, cuáles tenían una tos que no cesaba.

Y lo peor de todo, comenzó a insinuar nombres.

Solo aquellos que ya se habían ido. Pero también los que podrían ser los siguientes. Ya no eran solo susurros entre mujeres. Ella jugaba con ello. Y las mujeres de Nagyrev no juegan.



Zsuzsanna convocó una reunión en casa de Ilona aquella noche.

Solo estaban las de confianza. Las que habían formado parte desde el principio, las que no vacilaban. Y yo.

La pequeña casa estaba débilmente iluminada, el fuego consumiéndose lentamente. El aire se impregnaba del aroma de

hierbas secas, y la mesa de madera en el centro de la estancia mostraba el desgaste de años de uso.

Me senté entre ellas, con el estómago encogido mientras el silencio se asentaba sobre nosotros.

Zsuzsanna se situó a la cabecera de la mesa, con los brazos cruzados y el rostro impenetrable.

«La habéis oído», dijo con sencillez. Nadie tuvo que preguntar a quién se refería.

Ilona exhaló con brusquedad, negando con la cabeza. «Es imprudente».

«Lo disfruta demasiado», masculló Kata.

«Está atrayendo atención».

Esas palabras me recorrieron un escalofrío.

Guardaron silencio.

«Tenemos que detenerla». Las palabras cayeron en la estancia como una piedra en el agua.

Nadie se estremeció. Nadie jadeó. Nadie discutió. Porque todas estábamos de acuerdo. Erzsébet había sido útil. Ahora, era una amenaza y en Nagyrev, las amenazas no duran mucho.

Tras la reunión, acompañé a Zsuzsanna hasta su casa, el frío de la noche mordiendo mi piel.

Me obligué a hablar. «¿De verdad vamos a—»

Me cortó con una mirada acerada. «No hagas preguntas cuya respuesta ya conoces».

Tuve que intentarlo. «Es una de nosotras».

Zsuzsanna exhaló lentamente. «Lo fue».

Su significado era claro.

Apreté la mandíbula. «¿Y eso es todo?»

Se volvió hacia mí, inclinando ligeramente la cabeza. «Todavía no lo entiendes, ¿verdad?»

Me tensé. Zsuzsanna se acercó, su voz baja.

«Ella cree que esto es un juego», murmuró. «Cree que es intocable.» Dejó que las palabras reposaran antes de continuar: «Está equivocada.»

Al día siguiente, Erzsébet seguía riendo. Seguía lanzando sus pequeñas observaciones, seguía lanzando miradas hacia los hombres

con ese brillo cómplice en sus ojos. Pero yo vi cómo las otras mujeres se movían a su alrededor. Cómo no se demoraban junto a ella en el pozo. Cómo no correspondían a sus sonrisas. Cómo ya habían tomado una decisión.

Ella no lo notaba. O tal vez sí, y pensaba que no importaba.



La botella de cristal pesaba más de lo que debía.

Era lo suficientemente pequeña para caber en la palma de mi mano, lisa y discreta, con un contenido tan claro como el agua. Pero yo sabía mejor.

Zsuzsanna me la había entregado esa mañana, presionándola suavemente contra mi palma, moviendo mis dedos alrededor como una madre guía la mano de su hijo. No pronunció palabra. No hacía falta. Ambas sabíamos lo que me estaba pidiendo.

Me sostuvo la mirada largo rato, con expresión serena. Luego, volvió a su tarea, deshojando tomillo seco de sus tallos, sus manos se movían con la misma precisión constante de siempre, como si no me acabara de pedir que quitara una vida. Me quedé allí un momento, apretando la botella con demasiada fuerza, sintiendo el cristal clavarse en mi palma.

Siempre supe que llegaría este momento. Había llegado para Kata. Para Ilona. Para tantas otras. Ahora, había llegado para mí.



La casa de la viuda se alzaba al borde del pueblo, un caserón bajo con un jardín descuidado y contraventanas que nunca cerraban bien. La verja de madera que antaño la rodeaba estaba en ruinas, con listones inclinados y podridos por años de abandono.

La puerta estaba entreabierta cuando llegué, balanceándose suavemente con la brisa, como si la hubieran dejado abierta para mí. Vacilé antes de entrar.

Una sola vela ardía sobre la mesa, su débil llama apenas iluminaba la estancia. El aire estaba viciado. Olía a lana húmeda y a algo agrio, como sudor viejo y miedo.

Erzsébet estaba sentada a la mesa, encorvada, con las manos apretadas alrededor de una taza. Parecía más pequeña de lo que recordaba.

No era la mujer que había reído junto al pozo, ni la que lanzaba miradas cómplices por encima del hombro, ni la que hablaba con demasiada libertad, con demasiada ligereza. No. Era una mujer que por fin comprendía lo que había hecho. Y lo que le había costado.

Alzó la cabeza despacio, con los ojos enrojecidos, los labios secos y agrietados.

«Has venido», murmuró.

Forcé mis pies a avanzar. «He traído algo para ayudarte a dormir».

Su mirada se posó en la botella que sostenía en la mano. Y supe que ella sabía.

Sus dedos apretaron la taza. «No diré nada», susurró. «Tienes que creerme».

El viento hizo crujir las contraventanas.

Tragó con dificultad. «Fui descuidada, ahora lo sé. Pero jamás haría daño a ninguno de vosotros. Yo…» Su aliento se cortó. «Por favor», susurró. «No quiero morir».

Aquellas palabras me recorrieron la espalda como un escalofrío.

Pensé en el marido de Kata, Janos en el río, el carro vacío del médico. En todos los demás.

Pensé en la voz de Zsuzsanna, baja y firme. «No dejes que las reglas de los hombres te hagan débil».

Pensé en la intensidad de sus ojos sobre mí cuando depositó la botella en mi mano. Y luego pensé en mí mismo. Pensé en lo que significaba estar aquí, en esta habitación, en esta línea que una vez cruzada, nunca podría desandarse.

Miré a Erzsébet. No era un hombre. No era cruel. No era peligrosa. Sólo tenía miedo. Igual que yo.

Y fue entonces cuando supe que no podía hacerlo.

Me volví hacia el lavabo. Descorrí el corcho de la botella y la volqué. El líquido salpicó contra la porcelana gastada, girando un instante antes de desaparecer por el desagüe. Deposité la botella vacía sobre el mostrador.

Erzsébet dejó escapar un sonido suave y quebrado; algo entre un sollozo y una risa.

«Gracias», susurró.

Me volví y me marché sin decir una palabra más, sabiendo al fin que había hecho lo correcto.

Aquella noche la encontraron. Ahorcada. La noticia llegó antes del alba, transmitida en voces quedas, intercambiada en rápidas y cómplices miradas.

Nadie la puso en duda. Sólo unas pocas mujeres suspiraron, negando con la cabeza, murmurando sobre «errores necios» y «mujeres que no aprenden».

Pero yo conocía la verdad. No había sido yo quien mató a Erzsébet. Pero alguien lo hizo. Y cuando alcé la vista hacia la plaza, Zsuzsanna me observaba. Su expresión no cambió. No necesitaba decir nada.

Ella sabía. Sabía que había vaciado la botella. Sabía que había dudado. Sabía que había fallado la prueba.

Me obligué a mantener el rostro sereno, a que mis manos no temblasen.

Había tomado mi decisión. Pero ahora debía vivir con ella. Y en Nagyrev, vivir con eso podría ser lo más arduo de todo.

38

ADIÓS

La tarde estaba fresca, el cielo pintado con suaves pinceladas de rosa y oro. Una fina niebla se deslizaba baja sobre los campos, aferrándose a la tierra como algo renuente a partir. El aroma a tierra mojada y la leve dulzura de las hojas moribundas flotaban en el aire, un silencioso recordatorio de que el verano había partido.

El pueblo guardaba silencio a esa hora.

Las mujeres estaban dentro, ocupadas en sus cenas vespertinas, avivando las últimas brasas antes de que la noche se asentara. En algún lugar lejano, un perro ladró una vez, dos, y luego guardó silencio. Un caballo relinchó desde los establos cercanos a la plaza.

Hasta los árboles permanecían inmóviles, sus ramas caídas, sus hojas apenas susurrando con la brisa leve. Y entonces, pasos. Lentos, medidos. Los oí antes de verlo.

Supe que era él antes de que hablara.

«Eszter.»

Su voz era baja. Firme. Pero había algo debajo, algo que nunca antes había escuchado. La certeza del final.

Me volví. Ádám estaba a pocos pasos, con las manos en puños flojos a los lados. Se había arreglado. La camisa recién lavada, metida con esmero dentro del pantalón, las botas relucientes. Una

pequeña bolsa de cuero colgaba de su hombro, la correa gastada, los bordes desgastados por años de uso.

Su rostro estaba sereno, pero había algo en sus ojos; una especie de cansancio que antes no existía.

Sentí que el estómago se me hundía.

«Te vas.»

«Mañana al amanecer.»

La garganta se me apretó.

«¿A dónde irás?»

«A cualquier lugar menos aquí.»

Las palabras cortaron el espacio entre nosotros como una hoja, limpias y afiladas.

Pude ver cómo se tensaba la mandíbula, cómo se movía ligeramente, como si esperara que lo detuviera. Pero no lo hice. No pude.

Exhaló con fuerza, frotándose la nuca. Ya no estaba enfadado. Eso era lo que lo hacía peor.

«Creí que podría forjar una vida aquí», admitió. «Pensé que tal vez…» Vaciló. Las palabras quedaron suspendidas entre nosotros, incompletas.

«Pero no puedes.»

«No.»

La verdad de ello se posó sobre nosotros. La habíamos conocido desde el principio. Nagyrev no era un lugar para hombres como él. No era un lugar para hombres en absoluto.

«Quería despedirme», dijo.

Tragué saliva para contener el dolor que ascendía en mi garganta.

«No tenías por qué hacerlo».

«Sí, debía».

Dio un paso más cerca, justo lo suficiente para que pudiera ver las tenues líneas del cansancio en su rostro, cómo su piel se había oscurecido tras largas horas en los campos, cómo sus rizos aún conservaban el aroma del trigo y del agua del río.

«Quería que supieras algo».

La brisa se coló entre nosotros, moviendo sus oscuros rizos. Sus ojos marrones se suavizaron al mirarme, y por un instante me permití memorizar su semblante en ese momento; sin la carga de la expectativa, sin ira, sin la esperanza que una vez ardió tan intensamente en él.

«Espero que encuentres lo que buscas», dijo.

Abrí la boca para preguntarle qué pensaba que era eso. Pero no lo hice. Porque no estaba segura de querer la respuesta.

«Espero que algún día», continuó, «te permitas ser feliz».

Se me cortó la respiración.

«Ádám…»

«No», dijo con suavidad, negando con la cabeza. «No digas nada que no sientas solo porque me voy».

Cerré la boca porque tenía razón. Porque ¿qué podía decir? ¿Que desearía poder ir con él? ¿Que desearía ser otra persona, vivir en un mundo donde el amor no fuera peligroso? ¿Que en otra vida, quizá, lo habría elegido?

«Cuídate, Eszter».

Extendió la mano hacia la mía, apenas rozando sus dedos con los míos antes de alejarse.

Y entonces se dio la vuelta y se marchó. Y yo no lo detuve.

La noche se cerró a mi alrededor. El aire era ahora más frío, la llovizna se filtraba a través de mi ropa, aferrándose a mi piel. Permanecí allí lo que pareció una eternidad, mirando el lugar donde él había estado, como si de algún modo pudiera regresar, como si aquel instante pudiera deshacerse.

Pero no pudo.

El viento suspiraba entre los árboles, removiendo las hojas secas a mis pies. Un ramito crujió tras de mí. Una respiración aguda. Una inhalación lenta e irregular. Me volví, y el estómago se me encogió.

Zsuzsanna estaba en el umbral, medio en sombra, medio iluminada por el tenue resplandor de la linterna dentro.

Había estado allí todo el tiempo. Lo había oído todo. Pero no me miraba a mí. Su mirada le seguía a él. Y entonces, una lágrima resbaló por su mejilla.

Una única lágrima. No la limpió. Solo se volvió y entró, cerrándose la puerta suavemente tras de ella.

La casa la engulló por completo. Y yo quedé solo. Durante largo rato, no me moví.

El frío mordía mi piel, pero apenas lo sentía. El silencio se clavaba en mis oídos, en mis costillas, en el hueco de mi pecho que había quedado vacío tras su partida.

Pensé en las manos de Ádám. Fuertes, cálidas, firmes.

Pensé en su voz, en la manera en que pronunciaba mi nombre, como si fuera algo sólido, algo real. Pensé en lo que dijo.

"Espero que encuentres lo que buscas."

Cerré los ojos sin saber si alguna vez lo haría.

39

LAS MUJERES

La balanza había cambiado. Lo sentía en el aire, tan asfixiante como el humo que salía de las chimeneas. Antes, existía una unidad tácita, un entendimiento compartido que unía a las mujeres. No hablábamos con demasiada libertad. No actuábamos con demasiada osadía. Éramos cautelosas.

Pero esa unidad se estaba resquebrajando.

Algo cambió tras Erzsébet. Y ahora, el miedo ya no pertenecía sólo a los hombres.

Nos pertenecía a nosotras. Empezó con susurros.

Los oí junto al pozo, en el mercado, en el silencio de la taberna cuando los hombres no escuchaban. Voces femeninas, más bajas que antes, más agudas.

«No debía haber hablado tan abiertamente», murmuró Kata una mañana, negando con la cabeza mientras amasaba la masa.

«Fue culpa suya», añadió Ilona desde su lugar junto al fuego, con voz cortante y práctica. «Ella conocía las reglas.»

«Fue imprudente.»

La palabra quedó suspendida entre ellas como una acusación. Nadie discrepó. Pero lo peor, lo que me anudaba el estómago, era que ya no hablaban sólo de Erzsébet. Hablaban unas de otras.

Dos noches después, celebraron una reunión.

Había visto juntas antes. Reuniones en voz baja en habitaciones traseras, mujeres formando pequeños círculos, los hombros inclinados hacia dentro, las voces apenas susurros. Pero esta vez era distinto. Esta vez había desconfianza.

Zsuzsanna la convocó en casa de Ilona, como antes. Pero donde antes el aire se llenaba de confianza silenciosa, ahora se impregnaba de otra cosa. Inquietud. Sospecha.

Tomé mi lugar al borde de la estancia, con el corazón latiendo con fuerza, intentando que mi rostro no me delatara. Ya discutían.

«Se ha descontrolado», dijo Ilona con aspereza, agarrando el respaldo de una silla de madera. «Demasiados hombres. Demasiado rápido.»

«Había que hacerlo», replicó Kata. «¿Preferirías que siguieran vivos?»

«¿Crees que digo que debemos parar?» replicó Ilona con brusquedad. «Digo que debemos ser más cautelosas. El doctor—»

«El doctor ya fue resuelto», interrumpió Zsuzsanna con suavidad.

Resuelto. La palabra fue suave, pero quemó mi piel como el hielo.

La voz de Zsuzsanna se mantuvo serena mientras continuaba. «Hemos sobrevivido hasta ahora porque no dejamos que el miedo nos gobierne. Porque no nos volvemos unos contra otros.»

Dejó que las palabras calaran.

«Pero se están cometiendo errores.»

La sala se movió. Alguien carraspeó.

Ilona exhaló con brusquedad. «Sí. Y los errores atraen la atención.»

Otra voz, más baja, vacilante: «Deberíamos preguntarnos quién es el que comete esos errores.»

Un frío se asentó en mis huesos. Sabía lo que era aquello. Ya no se trataba del veneno. Era cuestión de control. Quién lo tenía. Quién no. Quién era peligroso.

Me obligué a hablar. «¿Crees que hay un traidor?»

Zsuzsanna inclinó ligeramente la cabeza. «No un traidor. Pero sí una carga.»

La sala quedó en silencio.

Una carga no significaba alguien que acudiría a las autoridades. Una carga no era alguien que los traicionaría. Una carga era alguien débil. Y la debilidad no sería tolerada.

Los ojos de Zsuzsanna recorrieron la sala, deteniéndose en cada rostro, pausando un instante demasiado largo en mí.

Me forcé a mantener la respiración constante. Había cometido un error. Le había dejado verme dudar. Y ahora, debía convencerla de que seguía siendo una de ellas.

Caminé sola a casa aquella noche, el frío calándome a través del chal. Mi aliento se empañaba en el aire, mis pasos eran el único sonido sobre el camino helado de tierra.

Las palabras de la reunión aún resonaban en mis oídos. Se están cometiendo errores. Los errores atraen la atención. Había visto lo que ocurría a quienes cometían errores.

Janos en el río. El carro vacío del médico. Erzsébet colgada en su propia casa. Y ahora, las mujeres se vigilaban unas a otras.

Llegué a la puerta de la casa de Zsuzsanna y vacilé al asaltarme un pensamiento entonces. Agudo, repentino, irrefutable.

Yo también era un error. Yo había vaciado la botella. Yo había dudado. Y Zsuzsanna lo sabía.

Temblé, aunque no por el frío. Quería marcharme. Quería huir. Pero sabía mejor que nadie. No había salida de Nagyrev.



El sueño no llegó con facilidad aquella noche. Yacía despierto, mirando las vigas de madera sobre mí, mis pensamientos retorciéndose en formas que no podía dejar de ver. En algún momento debí de adormilarme, pues desperté al sonido de un movimiento afuera. Pasos. Lentos. Medidos.

Permanecí inmóvil, la respiración superficial, el cuerpo rígido bajo las mantas. Los pasos cesaron. Luego, un leve crujido. La puerta se movió, apenas un suspiro. Mi estómago se heló. No me moví. No respiré. Alguien estaba allí.

Y entonces, tan súbitamente como vino, el sonido se alejó. Pasos que se desvanecían en la noche.

Permanecí allí largo rato después de eso, hasta que la primera luz del alba se filtró por las rendijas de las paredes de madera.

Cuando finalmente me obligué a moverme, los músculos me dolían por la tensión acumulada.

Me vestí despacio, mecánicamente, forzando a que mis manos permanecieran firmes. Luego, salí al exterior.

El suelo estaba duro por la escarcha, el cielo aún teñido con los últimos vestigios de la noche. El pueblo yacía quieto, intacto.

Pero algo estaba allí. Algo había cambiado.

No sabía quién había estado en mi puerta. Pero sabía lo que significaba. Me vigilaban y mi mente se sentía inquieta mientras me abandonaba al sueño.



El calor envolvía el sueño. Ese calor que te abraza, suave y dorado, presionando contra la piel como el roce de algo gentil, algo bueno.

Los campos se extendían vastos e infinitos, el trigo meciéndose perezosamente bajo un sol demasiado brillante para ser real. A lo lejos, una casa pequeña pero robusta, de piedra encalada y tejado de tejas rojas, con las ventanas abiertas de par en par para que la brisa llevara el aroma de pan fresco desde la cocina.

La risa resonaba en el aire. No una sola voz. Dos. Agudas, dulces, libres del peso del mundo. Risas de niños.

Me volví, y allí estaban. Dos pequeñas figuras corriendo descalzas por la hierba, sus risas derramándose en la cálida tarde.

Un niño y una niña. El niño tenía rizos oscuros como su padre, la piel bronceada por horas bajo el sol. Era rápido, sus piernas se movían con la confianza salvaje y desgarbada de la juventud.

La niña era más suave, más ligera, su cabello atrapado por el viento, sus ojos brillantes mientras corría hacia mí, con los brazos extendidos, su voz llamando mi nombre.

«¡Mamá!»

Me agaché, la recogí en brazos, presionando mis labios en la cima de su cabeza. Olía a sol, a tierra y a flores silvestres.

«Míralos», dijo una voz a mi lado.

Profunda. Serena. Familiar. Ádám.

Me volví, y allí estaba él. De pie junto a mí, con las mangas remangadas hasta los codos, la camisa ligeramente arrugada, el cabello pegado a las sienes como si acabara de terminar de trabajar en los campos.

Me sonrió, y era de esos sonrisas que llegan hasta los ojos. De esas sonrisas que decían,*hemos construido algo bueno aquí.*

De esas sonrisas que decían,*estamos a salvo.*Le devolví la sonrisa. Y por primera vez, me sentí ingrávida.

«Eres feliz aquí», dijo.

«Sí.»

«¿Esto es lo que quieres?»

«Sí.»

Asintió despacio, mirando los campos, observando a nuestros hijos perseguirse entre la alta hierba. El viento jugaba con su cabello, levantándolo en suaves ondas, tal como siempre me había gustado.

Y entonces, algo cambió.

El sol se atenuó. El calor comenzó a desvanecerse. Y cuando volví la vista hacia él, su expresión era distinta. Más oscura. Lejana.

«No puedo quedarme con alguien en quien no puedo confiar.»

Esas palabras me arrancaron el aire de los pulmones.

«¿Qué?»

«Lo supiste todo el tiempo, Eszter.» Su voz era serena. «Supiste que esto nunca fue real.»

Intenté alcanzarlo, pero mis dedos atravesaron el vacío. Él ya se alejaba. Los campos comenzaron a desvanecerse.

El cielo se tornó oscuro con nubes de tormenta, el viento se levantó, arrancando el calor del sueño en grandes ráfagas aullantes.

«¡Ádám!» grité.

Pero no volvió la vista atrás. Solo siguió caminando, su silueta desvaneciéndose en la distancia, disolviéndose como humo.

Y me quedé sola, de pie en un campo que ya no existía. Sosteniendo a un niño que nunca nació. Viendo desaparecer una vida que nunca fue mía en la oscuridad.

Desperté jadeando. Mi rostro estaba húmedo de lágrimas. La estancia estaba oscura, demasiado oscura, demasiado fría. El aire olía a madera húmeda, a hierbas secándose en las vigas, a una vida que nunca había deseado pero que, sin embargo, había elegido.

Me giré de lado, presionando mis manos contra el rostro, deseando que el sueño se desvaneciera, deseando que mi corazón se aquietara. Pero aún podía sentirlo. El calor del sol. La sensación de un niño en mis brazos. La voz de Ádám.

«No puedo quedarme con alguien en quien no puedo confiar.»

Nunca le había dicho la verdad. Y ahora, jamás lo haría.

El sueño se había esfumado. La vida se había perdido. Y nunca la recuperaría.



La mañana llegó despacio, deslizándose sobre el pueblo en opacos jirones de gris. El cielo estaba encapotado con nubes bajas, el aire impregnado del aroma de la tierra. El mundo parecía igual. Pero yo sabía que no era así.

Algo había cambiado en la noche. Algo que aún no podía nombrar. Apenas había dormido.

Cada crujido de las vigas de madera, cada ráfaga de viento contra los postigos se sentía como pasos, como alguien de pie ante mi puerta, escuchando, aguardando. Mi cuerpo estaba rígido por haber permanecido inmóvil, mi respiración era superficial por haberla contenido demasiado tiempo. Cuando los primeros rayos de luz se colaron por las rendijas de las paredes, ya sabía que no podría desprenderme de aquella sensación.

Porque era real. Y al salir, supe que solo empeoraría.

La plaza estaba en silencio cuando llegué. Las mujeres se movían como siempre, recogiendo agua, sacando pan de los hornos,

sacudiendo alfombras sobre los postes de la cerca. Pero bajo la superficie, algo había cambiado.

Lo notaba en la forma en que me observaban. No directamente. Nunca directamente. Pero lo percibía. Miradas rápidas de reojo, pausas en sus conversaciones al pasar yo, el leve tensarse de los hombros cuando me acercaba demasiado.

Esperaban. A qué, no estaba segura.

Mantuve la cabeza agachada, obligando a mis manos a permanecer firmes mientras llenaba mi cubo en el pozo, escuchando los murmullos que flotaban en el aire. Las voces de las mujeres se entrelazaban, indistintas al principio, pero entonces capté algo debajo de ellas.

"Las cosas son distintas ahora", decía Kata a alguien.

"Deben serlo", murmuró otra voz.

"Deben serlo", repetí en silencio en mi mente.

Las palabras me anudaron el estómago.

Y entonces, Ilona se interpuso delante de mí.

Era una de las mujeres mayores, de hombros anchos, con el cabello encanecido torcido con fuerza bajo su pañuelo. Siempre había sido amable conmigo antes, o al menos, lo que en Nagyrev se consideraba amabilidad.

Pero no había amabilidad en su rostro ahora.

"Anda conmigo", dijo. No fue una petición.

Me condujo lejos de la plaza, pasando junto al pozo, más allá del límite del pueblo, hasta el estrecho sendero que serpenteaba hacia el río.

El barro estaba húmedo bajo mis botas, el viento cortante contra mi piel. Los árboles que bordeaban el camino estaban desnudos, sus ramas esqueléticas alzándose hacia el cielo como dedos.

"No nos traicionarías, ¿verdad?"

Las palabras cayeron suaves, pero golpearon como una piedra en las costillas.

Tragué saliva con fuerza. "Por supuesto que no."

Ilona siguió caminando, sus botas hundiéndose ligeramente en el barro. "Eso está bien", dijo con ligereza, como si hablara de algo

trivial, algo pequeño. "Todas debemos cuidarnos unas a otras. Especialmente ahora."

Me miró entonces, y algo en su mirada me heló las venas.

Forcé un asentimiento. "Por supuesto", repetí.

Asintió una vez, satisfecha, antes de volver la vista al camino que teníamos delante.

"Has estado con nosotras el tiempo suficiente para entender", dijo. "Nos cuidamos entre nosotras."

El río estaba ya muy cerca, el agua oscura y lenta, ahogada entre juncos. Un recuerdo cruzó mi mente. Janos en el río, su cuerpo hinchado enredado en las corrientes.

Sentí un escalofrío recorrerme. Ilona siguió mi mirada.

"Pero también nos ocupamos de los problemas", prosiguió, su voz serena y medida.

Se detuvo y se volvió para mirarme de frente. Su expresión no había cambiado, no en realidad, pero algo en su rostro era ahora más duro. Menos paciente.

Encontré su mirada, mis dedos retorciéndose en mi chal para evitar temblar. Ella sonrió. Y supe. Aquello era una advertencia. Otra prueba. Una última oportunidad para demostrar mi valía.

Forcé una sonrisa tensa y cautelosa.

«Por supuesto», dije.

Sus ojos permanecieron en los míos un instante más, luego asintió.

Se volvió y comenzó a regresar hacia la aldea, con paso pausado, como si simplemente hubiese salido a dar un paseo.

Me quedé donde estaba. El río susurraba a mis pies, lento, interminable. Lo contemplé, con la respiración acelerada, la piel fría a pesar de la cálida lana de mi abrigo.

Siempre supe que estaba atrapada. Pero ahora, lo sabía con certeza.

Y sabía también esto: si cometía un solo error, no viviría para ver otro amanecer.

40

OTRA VIDA

La llamada llegó justo cuando la última luz del día se desvanecía tras las colinas. Un golpe fuerte en la puerta. Una voz aguda, urgente, en el frío.

«¡Está de parto!»

Zsuzsanna ya se movía antes de que yo me pusiera de pie del todo, echándose el chal sobre los hombros, tomando su cartera de cuero del gancho en la pared. La seguí sin pensar.

Afuera, el pueblo estaba envuelto en el azul profundo de la noche temprana. Las estrellas comenzaban a asomar, diminutos punzones dispersos en el cielo.

La casa de la mujer se alzaba cerca del centro del pueblo, una de las viviendas más pequeñas, con paredes remendadas con yeso irregular, la puerta algo torcida en sus goznes. Afuera se había congregado una multitud; mujeres, en su mayoría, susurrando en pequeños grupos, con el rostro demacrado.

Algunas mostraban tensión, otras emoción, su aliento formaba nubes en el frío. Escuché fragmentos de conversación al pasar.

«Está de parto desde el mediodía.»

«El primer hijo siempre tarda más», dijo Zsuzsanna.

Dentro, el aire era caliente. El fuego estaba avivado al máximo, el aroma de sebo quemado se mezclaba con el inconfundible olor a

sudor y sangre.

La mujer, Éva, yacía sobre un colchón relleno de paja, su camisa empapada en sudor, el cabello pegado al rostro. Su vientre era de una redondez imposible, tirante, la piel enrojecida por el esfuerzo.

Gemía, baja y lastimera, sus dedos arañaban las mantas bajo ella.

Zsuzsanna se arrodilló a su lado sin vacilar, remangándose las mangas. «¿Cuánto tiempo?»

Su suegra, una mujer delgada y de rostro afilado, se retorcía las manos en un rincón. «Desde el mediodía», murmuró. «Las contracciones ya están cerca.»

Zsuzsanna asintió, presionando suavemente las manos sobre el vientre de Éva, sintiendo la tensión de la contracción. Estaba serena, mesurada, muy distinta de la mujer que había hablado con tanta frialdad sobre la muerte.

«Está lista», dijo simplemente al volverse hacia mí.

«Hierve agua. Tan caliente como puedas.»

Asentí y corrí hacia el hogar, tomando la tetera y colocándola sobre las llamas.

«¿Dónde está el cuchillo?» preguntó Zsuzsanna.

La suegra se apresuró a una estantería, sacando una pequeña hoja curva envuelta en una tira de lino.

Tragué saliva con fuerza. Ese cuchillo.

Lo había visto antes. No en uso, pero en su lugar, entre las cosas de Zsuzsanna. La hoja estaba ligeramente oxidada, pero afilada, templada por años de necesidad.

La colocó a su lado sobre un taburete de madera. «Bien.»

Volvió la vista hacia Éva. «Es hora.»

La siguiente contracción llegó con fuerza y rapidez, arrancando un grito desgarrado de la garganta de Éva.

«Empuja», instruyó Zsuzsanna.

Éva sollozó, sus dedos aferrándose a las sábanas, todo su cuerpo temblando con la intensidad del esfuerzo.

Me mantuve cerca del hogar, inseguro, intranquilo.

Había presenciado partos antes, pero este era distinto. Era crudo. Dolor y poder entrelazados, lo más cercano que había visto a la vez

a la vida y a la muerte.

Zsuzsanna se movía con soltura, colocando un paño húmedo en la frente de Éva, presionando sus manos con suavidad pero firmeza sobre los muslos de la mujer, guiándola.

«Eres fuerte», murmuró. «Más fuerte de lo que crees. Empuja otra vez.»

Éva jadeó, su cuerpo esforzándose, las venas del cuello marcándose.

Y entonces, una cabeza. Pequeña, resbaladiza de sangre, emergiendo lentamente.

Zsuzsanna se limpió las manos rápidamente con un paño limpio, luego bajó la mano, sus dedos cuidadosos, diestros. «Una más», urgió.

Éva soltó un último grito entrecortado.

Luego vino un sonido húmedo, jadeante. Un llanto. Zsuzsanna levantó al niño, girándolo ligeramente, despejando su pequeña nariz con los dedos.

«Una niña», murmuró.

Un suspiro colectivo llenó la estancia, la liberación de tanta tensión, del miedo cediendo al alivio.

Zsuzsanna envolvió al bebé rápidamente en un paño de lino, sosteniéndola cerca, murmurando palabras suaves que nunca antes había oído de ella.

Fue gentil. Tierna. No podía reconciliarlo con la mujer a quien temía.

Me quedé después de que los demás se marcharon, limpiando las sábanas ensangrentadas, recogiendo los trapos desechados. Zsuzsanna estaba sentada junto a Éva, observando al niño dormir, su rostro inescrutable. Vacilé.

«¿Tuviste hijos?»

Me miró, sorprendida por la pregunta. Luego, lentamente, negó con la cabeza.

«No», murmuró. «Nunca tuve la oportunidad.»

Entonces hice la pregunta que siempre me había preguntado, pero nunca me había atrevido a decir en voz alta.

«¿Qué te hizo así?»

Guardó silencio un largo momento.

«Mi marido», dijo simplemente.

Tragué saliva.

"No era un hombre amable", continuó ella, con voz serena. "Bebía. Desquitaba su ira conmigo. Con otros. No era una historia especial, solo una ordinaria."

Nunca la había oído hablar así antes. Quise preguntar más, pero ella siguió hablando.

"Y un día", dijo, ahora con voz más suave, pensativa, "me di cuenta de que ya no tenía que soportarlo."

Una pausa. Ya sabía lo que diría a continuación.

"Le di arsénico", murmuró. "Solo un poco. Lo justo." Miró al bebé dormido, con una mirada extrañamente tierna. "Y después, ayudé a otras mujeres a hacer lo mismo."

Exhaló lentamente.

"Eso es todo lo que hay."

La miré fijamente. Porque no era todo lo que había. Ya no. No después de Janos, después de Erzsébet, después del médico.

Lo que había empezado como libertad se había transformado en otra cosa. Algo que ya no comprendía.

Y, sin embargo, allí estaba ella, sosteniendo a un recién nacido en sus brazos como si nunca hubiera tomado una vida en sus manos.

"¿Lo lamentas?", pregunté.

Ella encontró mi mirada y sonrió.

"No."

Su respuesta fue demasiado fácil. Demasiado rápida.

Miré al niño en sus brazos, a cómo lo acunaba. A cómo sus dedos, capaces de tanta destrucción, también podían traer vida al mundo.

Era dos mujeres a la vez.

Una sanadora. Y una asesina.

Aquella noche no volví a dormir bien.

41

UNA EJECUCIÓN

La noticia llegó antes del alba, susurrada de casa en casa, extendiéndose como humo por el pueblo.

István Farkas había muerto. Ocurrió demasiado rápido. Demasiado repentinamente. Los detalles viajaban en labios callados, transmitidos entre mujeres en el pozo, intercambiados sobre cestas de pan en el mercado.

"Se enfermó después de la cena", murmuró alguien.

"Vomitando sangre", susurró otra.

"Murió antes de que siquiera pudieran llamar al sacerdote."

No hubo pánico en el pueblo, ni alarma. Solo la silenciosa y tácita comprensión que hacía tiempo se había asentado en Nagyrev. Pero yo lo sentí. La diferencia. Esto no era el trabajo cuidadoso y deliberado del pasado. Esto era otra cosa. Esto era una ejecución.

István había sido uno de los hombres más poderosos del pueblo. No porque fuera bueno. Ni porque fuera sabio. Sino porque se le temía. Su voz podía atravesar una taberna abarrotada como el chasquido de un látigo, y sus puños podían hacer mucho peor.

Había sido soldado, y llevaba la guerra consigo adondequiera que iba. El campo de batalla nunca lo había abandonado del todo. Vivía en su interior, hambriento de otra pelea. Y su esposa, Margit, había sido su campo de batalla.

A media mañana, las mujeres se habían reunido en pequeños grupos, con voces bajas, sus manos cumpliendo las tareas con una normalidad forzada. Pero había una tensión. La sentía en la forma en que se mantenían más juntas de lo habitual. En la manera en que sus miradas se demoraban demasiado antes de apartarse. En cómo hablaban con cautela. Esta muerte era distinta.

Kata estaba junto al pozo, con el chal apretado alrededor de los hombros, el rostro demacrado. «Fue rápido», murmuró, sin mirar a nadie directamente. «Se enfermó después de la cena. Se fue antes de la medianoche.»

«Rápido», repitió Ilona, frunciendo el ceño.

Eso era lo que las inquietaba. La mayoría de las muertes aquí eran lentas, una enfermedad cuidadosa, un declive suave. Pero esta había sido repentina. Esta había sido intencionada. Y lo peor de todo, gente fuera de Nagyrev se había dado cuenta.

Habían llamado al sacerdote, pero cuando llegó, István ya estaba frío. Y ahora, los susurros se extendían más allá del pueblo, alcanzando los oídos de quienes no comprendían lo que hacíamos aquí. De quienes no aprobarían.

Atrapé a Ilona observándome, sus ojos oscuros evaluándome, su expresión inescrutable. Forcé a mi rostro a mantenerse impasible. No podía mostrar incertidumbre. No ahora. No cuando la duda ya se había llevado a tantos.

Me encontré frente a la casa de Margit, mis pies me llevaron allí antes de que mi mente decidiera ir. La puerta estaba abierta, como era costumbre. Un signo de luto. Pero dentro, no había duelo.

Margit estaba sentada en la mesa de madera, las manos reposando en su regazo. No lloraba. No sollozaba. No temblaba ni se enfurecía. Simplemente estaba sentada. Había algo inquietante en su compostura. Había visto el dolor antes, el dolor verdadero. Esto no lo era.

«Margit», dije en voz baja.

Alzó la mirada hacia mí. Su rostro estaba sereno. Incluso pacífico. Sentí un nudo en el estómago.

«Debes de estar en estado de shock», intenté decir.

Sus labios se contrajeron. «¿Por qué habría de estarlo?»

Vacilé. «Porque… porque está muerto.»

Parpadeó lentamente, como si no hubiera considerado ese hecho hasta entonces.

«Sí», murmuró. «Lo está.»

Inclinó ligeramente la cabeza, su oscuro cabello cayendo sobre un hombro.

«Pero dime», continuó con voz firme, «¿estarías en shock si un lobo cayera muerto a tus pies?»

No respondí. Porque comprendía. Había oído las historias. Había visto los moretones que ella intentaba ocultar, la manera en que se encogía sobre sí misma cada vez que la voz de István se volvía áspera. Sabía la verdad, tan bien como ella.

Él no era un esposo. Era un lobo. Un depredador. Y ahora, se había ido.

Margit parecía satisfecha. Y fue entonces cuando supe. Ella lo había matado.

Salí de la casa sintiéndome enfermo. No porque István estuviera muerto. Había sido un monstruo, y los monstruos merecen morir. Sino porque había sido demasiado fácil. No hubo lucha. Ni miedo.

Solo una comida tranquila, un sorbo de algo amargo, una noche larga y una mañana quieta. Margit no necesitó ayuda. No necesitó ser salvada. Ella eligió esto. Y lo hizo sin vacilar.



Aquella noche mis pensamientos se enredaban en tinieblas. Zsuzsanna se sentó a mi lado, cortando hierbas secas en finas tiras, sus manos firmes y precisas.

«Estás callado», observó.

Exhalé. «Lo hizo Margit».

Zsuzsanna asintió. «Sí».

Me volví hacia ella. «No pareces sorprendida».

Alzó un hombro en un lento encogimiento.

«No lo estoy».

Fruncí el ceño. «¿Por qué?»

Encontró mi mirada, su expresión inescrutable.
«Porque las mujeres aprenden», murmuró.
Una larga pausa.
«¿No es así?»
No respondí. Temía lo que mi respuesta podría ser.

42

LA CONFESIÓN

La iglesia se alzaba en el punto más alto de Nagyrev, justo más allá de la plaza, donde la tierra descendía suavemente hacia el río.

Era pequeña y desgastada, las vigas de madera oscurecidas por el tiempo, los peldaños de piedra pulidos por los años de pisadas. Había permanecido más tiempo que la mayoría de las casas del pueblo, más antigua incluso que los árboles que la rodeaban, cuyas ramas desnudas rozaban el tejado cada vez que el viento arreciaba.

Era una tarde fría cuando acudí allí, el cielo del color del plomo, el aire cargado con la promesa de lluvia próxima.

No había tenido intención de ir. Pero algo en mí —un impulso, un temor silencioso, una sensación que no supe nombrar— me condujo colina arriba, atravesando el cementerio, hacia las grandes puertas de madera.

Las puertas crujieron al empujarlas, y el aroma de la cera de vela y la piedra húmeda me recibió. Dentro, el aire permanecía inmóvil. La última luz del día se filtraba por las ventanas altas, proyectando tenues colores sobre el suelo.

Y en el altar, de pie en la media sombra que proyectaba la luz de las velas, estaba el padre Bálint. Siempre había sido un hombre viejo, al menos en mi memoria. Su rostro estaba surcado por profundas arrugas, su cabello blanco y fino peinado hacia atrás con

esmero, sus manos siempre entrelazadas a la espalda mientras se movía por el pueblo.

Nunca me habló mucho. Pero lo observé. Vi cómo sus ojos se demoraban demasiado en ciertas mujeres, cómo su voz a veces se endurecía al hablar del deber de la mujer, de la obediencia de la esposa.

No era cruel, no como algunos hombres del pueblo. Pero tampoco era amable. Y, sin embargo, mientras permanecía en el umbral de la iglesia, observándolo, comprendí que parecía asustado.

«No deberías estar aquí», dijo sin volverse.

Su voz era ronca, más baja de lo habitual.

Vacilé. «No—»

«No deberías estar aquí», repitió.

Exhaló, pasándose una mano por el rostro antes de finalmente volverse hacia mí. Sus ojos, usualmente agudos, estaban hundidos, sombreados. Parecía un hombre que no había dormido en días.

Me miró fijamente durante un largo instante, como sopesando algo. Luego, por fin, habló.

«Lo sé», murmuró.

Un escalofrío recorrió mi espalda. Me obligué a mantener la voz firme. «¿Sé qué?»

Apretó la mandíbula. «No me insultes, niña.»

Avanzó un paso, sus botas resonando contra el suelo de piedra.

«He oído las confesiones», dijo, con voz baja.

Tragué saliva con dificultad. Confesiones. Sentí cómo se aceleraba mi pulso. Él sabía.

No sabía quién había hablado, a quién la culpa le oprimía con demasiada fuerza las costillas, quién el miedo había llevado a susurrar la verdad en la oscuridad del confesionario. Pero no importaba. Él sabía.

No me moví cuando se acercó, con la mirada fija en la mía, buscando. Su voz se suavizó, casi suplicante. «Debe detenerse.»

Abrí la boca, pero no brotaron palabras.

Suspiró. «¿Crees que no entiendo? ¿Que no veo?»

Negó con la cabeza, como si hablara más para sí que para mí.

«Sé lo que han hecho los hombres de este pueblo», murmuró. «He enterrado a demasiadas mujeres con huesos rotos, con moretones aún floreciendo en su piel. He enterrado a demasiados niños que nunca debieron morir.»

Exhaló lentamente.

«Pero esto... esto no es justicia. Esto es...» Se detuvo. «Esto es otra cosa.»

Sus palabras me oprimían la piel como una advertencia, retorciéndose alrededor de mis costillas, apretando. Porque yo también lo había pensado. Lo había sentido, arrastrándose bajo mi piel, susurrando en lo profundo de mi mente. Esto había comenzado como supervivencia. Pero ahora, era otra cosa. Algo más oscuro. Algo que ya no reconocía.

«Iré al magistrado», dijo el padre Bálint.

Me tensé. Su mirada no vaciló.

«He guardado silencio demasiado tiempo», murmuró. «He cerrado los ojos a demasiado. Pero ya no más. Debe detenerse.»

La iglesia estaba demasiado silenciosa. Afuera, el viento había arreciado, sacudiendo los árboles, susurrando entre el cementerio. Y en ese instante, supe. No saldría vivo de esta iglesia.

Aquella noche, murió en su sueño. Supe la noticia antes del alba, susurrada como una plegaria por todo el pueblo.

«Paz,» dijo alguien.

«Una buena muerte,» murmuró otro.

Una buena muerte.

Me quedé en la plaza, escuchando, sintiendo el frío que mordía mi piel. Él había sido viejo. Su corazón simplemente se detuvo. Eso era lo que decían. Eso era lo que todos dirían.

Pero yo sabía la verdad. Y cuando me volví, Zsuzsanna me observaba.



El magistrado llegó al amanecer. Lo oí antes de verlo.

El sonido de cascos rompía la quietud matutina, su ritmo constante haciendo que los pájaros huyeran de los tejados. Un carruaje, oscuro y sin distinción, rodó hacia la plaza del pueblo, sus ruedas quejándose contra la tierra helada.

Observé desde el umbral de la casa de Zsuzsanna, apretando más el chal sobre mis hombros.

El magistrado bajó, las botas crujiendo sobre la escarcha. Lo había visto antes, aunque nunca tan cerca. Nunca con los ojos entrecerrados por la sospecha, nunca con los labios apretados en una línea fina y conocedora.

Era un hombre alto, delgado y severo, con el abrigo gris abrochado hasta arriba para protegerse del frío. Se movía con determinación, sin detenerse a saludar a nadie, sin ofrecer cortesías.

Se dirigió directamente a la casa del sacerdote. Un escalofrío me recorrió. Sabía que volvería. Simplemente no esperaba que fuera tan pronto. Al mediodía, la orden ya había sido dada. El magistrado estaba en la plaza, rodeado por un puñado de hombres; funcionarios venidos de fuera del pueblo, hombres cuyos ojos aún no llevaban el peso del saber.

«Los cuerpos deben ser examinados,» dijo, su voz resonando en el aire frío.

Un murmullo recorrió a los aldeanos reunidos.

Nadie discutió. Nadie protestó. Pero sentí el miedo, que se colaba como hiedra entre la multitud.

Encontré a Zsuzsanna entre la multitud de mujeres. No habló. No me miró. Solo observaba, con el rostro sereno, inescrutable. Pero ya la conocía lo suficiente. Calculaba. Decidía quién sería el siguiente. La primera tumba fue desenterrada antes del ocaso. Me quedé al borde del cementerio, con las manos hundidas en los pliegues de mi chal.

Los sepultureros trabajaban en silencio, sus palas cortando la tierra helada, el aroma de la tierra húmeda elevándose en el aire. Tomó más tiempo del que esperaba. El suelo estaba duro, renuente a entregar a sus muertos.

El primer ataúd fue levantado de la tumba con movimientos lentos y deliberados. La madera estaba blanda, los bordes

debilitados por la podredumbre. Uno de los hombres forzó la tapa para abrirla. Un silencio cayó sobre la multitud. En su interior, el cuerpo yacía tal como había sido enterrado, envuelto en lino, los contornos del rostro apenas visibles bajo la tela.

Pero vi las manos. Incluso desde donde estaba, las vi. Las uñas, ennegrecidas, curvadas en los bordes. Dedos que se habían endurecido en formas antinaturales, en garra, como si el cuerpo hubiera luchado contra algo mucho después de que el aliento abandonara sus pulmones. Tragué saliva con dificultad.

El magistrado dio un paso adelante, asomándose al ataúd. Su rostro no cambió. Pero yo lo vi. La manera en que apretó la mandíbula.

«Otro más», dijo.

Desenterraron tres más antes de que la noche terminara.

Cada uno igual. Las mismas uñas ennegrecidas. Los mismos huesos quebradizos y amarillentos. La misma silenciosa prueba, susurrando desde debajo de la tierra. Arsénico.

El viento se levantó cuando se abrió el último ataúd, aullando bajo a través del cementerio, haciendo crujir las ramas desnudas de los árboles. Me apreté más el chal alrededor, pero el frío ya estaba dentro de mí, deslizándose bajo la piel, asentándose en los huesos.

El magistrado se volvió hacia sus hombres.

«Mandad aviso a Szolnok», dijo. «Necesitamos confirmación.»

Sentí que el estómago se me retorcía. Szolnok.

La villa al otro lado del río, donde los médicos ya habían empezado a sospechar lo que ocurría en Nagyrev.

Si allí examinaban los cuerpos, lo sabrían. Verían el veneno, reposando en los huesos, negándose a desvanecerse. Y entonces las mujeres no tendrían dónde ocultarse.



Aquella noche no pude dormir. Yacía en mi camastro, mirando las vigas de madera sobre mí, escuchando el viento sacudir las contraventanas.

Zsuzsanna estaba sentada a la mesa, su cuchillo desplazándose lentamente sobre un manojo de raíces secas, cortándolas en tiras finas y precisas. No había hablado desde las exhumaciones. Pero podía sentir que me observaba. Y comprendí algo.

El magistrado no sabía quién lo había hecho.

Aún no. Pero lo sabría. Y cuando lo hiciera, alguien tendría que rendir cuentas.



Alrededor de la medianoche, escuché pasos. No estaba seguro si había estado dormido o simplemente perdido en la nada de la noche, pero el sonido me despertó de golpe, el pulso subiéndome hasta la garganta. Pasos suaves, medidos. No eran de hombre. De mujer.

Me incorporé lentamente, con la respiración entrecortada. Los pasos se detuvieron frente a la puerta. Guardé silencio. Luego vino un golpe suave. No urgente. No frenético.

Mis dedos se enredaron en la fina manta. Miré a Zsuzsanna. No se había movido. No me miró.

«Adelante», murmuró.

Su voz era inescrutable.

Tragué saliva y me puse en pie, avanzando con sigilo hacia la puerta. Vacilé antes de abrirla. Ilona estaba a la luz de la luna, con el chal ceñido alrededor de los hombros, el rostro pálido, inescrutable. Exhaló al verme.

«Están haciendo preguntas», dijo en voz baja.

Asentí.

«Zsuzsanna debe decidir», prosiguió.

Me tensé. «¿Decidir qué?»

Ilona ladeó ligeramente la cabeza.

«Ya sabes qué.»

Lo sabía. Siempre lo había sabido.

El magistrado quería nombres. Los tendría. Y las mujeres de Nagyrev se asegurarían de que fueran los correctos. Ilona metió la

mano en el bolsillo y sacó un pequeño frasco de cristal. Me lo tendió.

«Para mañana», murmuró.

Lo miré fijamente. El líquido en su interior era tan claro como el agua. No lo tomé.

Ilona suspiró y luego lo guardó ella misma en los pliegues de mi falda. Le dio una palmada.

«No seas insensata», dijo.

Luego se volvió y desapareció en la noche. Me quedé allí largo rato, sintiendo la botella contra mi cadera. Era ligera. Más ligera de lo que debía ser. Pero parecía que ya me había sepultado.

43

ÚLTIMAS PALABRAS

Supe que me había estado esperando.

Estaba sentada a la mesa, con la espalda erguida, las manos reposando suavemente en el regazo, y delante, una taza de té medio vacía. El fuego apenas ardía, casi reducido a brasas incandescentes. El aire en la estancia olía a algo tenuemente amargo. El aroma de la propia Zsuzsanna, algo punzante e inflexible, que se había impregnado hasta los huesos de esta casa.

No levantó la vista cuando entré.

«Has tardado mucho», murmuró.

Vacilé, cerrando la puerta tras de mí. «Ilona me detuvo».

Un breve silencio.

«Por supuesto que lo hizo».

Zsuzsanna alzó la taza y dio un sorbo lento. Yo permanecí donde estaba, justo en el umbral, con las manos aún frías por el aire nocturno. Lo sentía en la habitación. El cambio de tensión, el conocimiento asentándose entre nosotros como una piedra.

Ella sabía. Siempre lo había sabido. Y ahora, por fin, había llegado el momento.

Me obligué a hablar. «El magistrado busca nombres».

Zsuzsanna posó la taza con una precisión cuidadosa.

«Ya tienen nombres», dijo. «Solo que aún no lo saben».

Tragué saliva. «¿A quiénes tomarán?»

Entonces me miró y sonrió. Esa clase de sonrisa que una madre ofrece cuando ya ha decidido algo por ti.

Suave, callada. Definitiva.

Se levantó y pasó junto a mí, alcanzando su talega, con las manos tan firmes como siempre. Observé cómo sacaba manojos de hierbas secas, frascos de vidrio llenos de líquidos oscuros, un pequeño cuchillo envuelto en tela.

Sus herramientas. Sus armas. Aquello que la había hecho temida y venerada. Lo que había protegido a las mujeres de Nagyrev. Y ahora, servirían como pruebas.

Exhalé lentamente. «Deberías marcharte».

Los labios de Zsuzsanna se contrajeron, divertida. «¿Y a dónde?»

No tuve respuesta. Ella ya lo sabía.

Volvió a pasar junto a mí, esta vez hacia el fuego, removiendo distraídamente las brasas con un trozo de hierro.

«Si me llevan a mí, vendrán por ti después».

Su voz era serena, medida. No una advertencia. No una amenaza. Un hecho.

Apreté el respaldo de una silla, con las manos temblorosas. «¿Y qué hacemos entonces?»

Ella se volvió hacia mí. Y comprendí que no tenía intención de huir. Ya lo había aceptado. El final se acercaba. Y no lo enfrentaría con resistencia. Me senté lentamente frente a ella, con las piernas inestables.

«Sabías que esto pasaría», dije.

Ella inclinó ligeramente la cabeza. «Por supuesto.»

El fuego crepitaba entre nosotros, proyectando luz dorada sobre su rostro, iluminando las profundas arrugas alrededor de su boca, las sombras bajo sus ojos. Parecía cansada. Parecía vieja.

«Aún podrías irte», insistí. «Podríamos marcharnos antes de que regresen.»

Ella sonrió de nuevo. Una sonrisa paciente, la sonrisa de una maestra.

«¿Y qué haríamos?» preguntó. «¿Vivir en otra aldea, en otra casa, en otra vida? ¿Crees que puedo simplemente dejar de ser

quien soy?»

No tuve respuesta. Ella volvió a tomar su copa y bebió otro sorbo.

«Nunca he temido a la muerte.»

Su voz se volvió más suave, casi pensativa.

La observé fijamente. «¿Por qué no?»

Ella sostuvo mi mirada.

«Porque elegí mi propia vida», dijo con sencillez. «Y eso significa que también elijo mi propio final.» Exhalé con dificultad, presionando los dedos sobre mi regazo. Quise decir algo, cualquier cosa. Pero, ¿qué podía decir?

Ella ya se había ido. El viento cambió afuera, haciendo que las contraventanas golpearan contra las paredes. Zsuzsanna miró hacia el sonido, luego volvió la vista hacia mí.

«Vendrán al amanecer», dijo.

Me tensé. «¿Cómo lo sabes?»

Una leve sonrisa asomó en sus labios. «Porque eso es lo que hacen los hombres. Se apoderan de lo que no entienden, de lo que no pueden controlar.»

Apartó la silla y se levantó, dirigiéndose al estante sobre el hogar. Tomó una pequeña caja de madera, con la tapa lisa por los años de uso, y la puso sobre la mesa entre nosotros.

La miré fijamente.

Suspiró lentamente. «Debes estar preparado.»

Fruncí el ceño. «¿Para qué?»

Ella sostuvo mi mirada. «Para la elección.»

No pregunté qué quería decir. Porque ya lo sabía. Huir, y traicionarla. Quedarse, y ser llevado con ella.

«Podría haber tenido hijos. Una familia. Amor.» No pronuncié su nombre. Ella sabía lo que decía. Tragué saliva con dificultad, la garganta reseca. «¿Qué vas a hacer?»

Ella inclinó ligeramente la cabeza, estudiándome.

«Voy a dormir.»

Y con eso, se volvió, como si la conversación nunca hubiera ocurrido. Como si el mañana fuera un día cualquiera. Como si no acabara de aceptar su propia muerte.

Me quedé sentado mucho tiempo después de que ella se hubiera ido, mirando el fuego, con las manos apretadas sobre el regazo. Porque por primera vez, no sabía qué iba a hacer.



Comenzó con el sonido de los caballos. Distante al principio, un ritmo sordo contra la tierra helada, apenas audible bajo el susurro del viento entre los árboles. Pero luego creció. Cascos multiplicándose, retumbando, firmes, implacables.

Ya estaba despierto cuando los oí. No había dormido. Me había quedado junto al fuego moribundo, escuchando la respiración lenta y medida de Zsuzsanna desde la camilla al otro lado de la habitación; sus últimas palabras presionando contra mis costillas.

«Si se llevan a mí, vendrán a buscarte a ti después.»

Las contraventanas golpeaban al cambiar el viento. El aire dentro se llenaba del aroma a madera quemada y algo herbal. Los restos de lo que Zsuzsanna había estado preparando la noche anterior.

Los caballos ya estaban cerca. Luego llegaron los gritos. Voces, profundas y urgentes, cortando la quietud de la madrugada.

Un golpe seco contra una puerta. No la nuestra, en algún lugar del pueblo.

Me levanté de un salto. Zsuzsanna se removió, exhalando despacio antes de abrir los ojos. No parecía asustada. Ni siquiera sorprendida. Solo me miró, y en ese instante supe que había estado esperando esto.

Se incorporó, estirando los brazos sobre la cabeza como si fuera una mañana cualquiera, como si los gritos afuera no fueran más que el canto de los pájaros.

Luego, con calma, dijo: «Deberías quedarte dentro.»

Se puso de pie, alcanzando su chal, que se echó sobre los hombros con ligereza.

Tragué saliva con fuerza. «¿Qué vas a hacer?»

Me miró, su expresión impenetrable.

«Voy a recibirlos.»

Cuando llegué a la puerta, los soldados ya estaban en la plaza. Eran al menos una docena, con los abrigos abrochados hasta el cuello para protegerse del frío, los fusiles colgados al hombro. Detrás de ellos, el magistrado se erguía, con el rostro severo e inescrutable.

Primero vi a Kata, su larga trenza enmarañada, el rostro contraído por la furia mientras dos hombres la arrastraban hacia adelante.

«¡Déjenme ir!» escupió, con la voz ronca. «¡No he hecho nada malo!»

Un chasquido seco, uno de los soldados le dio un golpe en la cara. Tropezó, pero no cayó. La sangre le goteaba del labio. Escupió al suelo.

«¿Nada malo?» repitió el magistrado con voz fría. «Entonces expliquen los cuerpos.»

Nadie se movió. Nadie habló. Una ráfaga de viento áspera azotó la plaza, levantando polvo del suelo helado.

Me quedé en el umbral de la casa de Zsuzsanna, oculta en la sombra del dintel, con el aliento detenido en la garganta. Y entonces la vi. Zsuzsanna.

Avanzaba hacia la plaza con pasos lentos y medidos, su chal ceñido sin apreturas sobre los hombros. Parecía casi regia. Los soldados se tensaron al acercarse, apretando un poco más sus fusiles. Se detuvo frente al magistrado. Sostuvo su mirada.

«Zsuzsanna», dijo él, ladeando ligeramente la cabeza. «Imagino que sabe por qué estamos aquí.»

Ella sonrió. No con amabilidad. Ni con calidez. Una sonrisa pequeña, cargada de conocimiento.

«Por supuesto», murmuró.

Los ojos del magistrado la recorrieron, buscando.

«Vendrá con nosotros», dijo.

Un silencio.

«¿Lo haré?»

Una oleada de inquietud recorrió a los soldados reunidos. Lo vi en sus rostros. Esperaban resistencia. Una pelea. No esperaban su calma.

Ella bostezó lentamente, echando un vistazo a la plaza, su mirada se demoró en los rostros de las mujeres que permanecían paralizadas en sus umbrales. Luego, sin decir una palabra más, extendió las manos. El magistrado vaciló. Con un leve asentimiento, uno de los soldados dio un paso adelante y le ató las muñecas con una cuerda fuerte.

Zsuzsanna no inmutó el gesto. Apreté el borde del marco de la puerta. No tenía miedo. Lo veía en su rostro, en la manera en que sus hombros permanecían erguidos, en cómo su barbilla se mantenía alta. Y de pronto, quise huir. No para salvarla. No para detener lo que ya sucedía. Sino porque no quería ser la siguiente.

Aquella mañana se llevaron a cinco mujeres. Kata. Ilona. Otras dos que apenas conocía. Y Zsuzsanna.

Las arrancaron de sus hogares, las condujeron por la plaza con las manos atadas, con la cabeza erguida. Nadie se resistió. Nadie suplicó.

Desaparecieron más allá de los árboles, engullidas por el camino que conducía al río. Me quedé en el umbral mucho tiempo después de que se hubieran ido, con la respiración entrecortada, el cuerpo rígido. Nadie había venido por mí. Todavía no.

Pero conocía la verdad. Las últimas palabras de Zsuzsanna resonaban en mi mente, calando en mis huesos.

«Si me llevan a mí, vendrán por ti después.»

Exhalé con dificultad, cerrando los ojos. No sabía cuánto tiempo me quedaba. Pero sabía una cosa con certeza. No estaba a salvo.

44

LA HABITACIÓN OSCURA

La prisión se alzaba en las afueras de Szolnok, construida con piedra negra, desmoronándose con el paso del tiempo. Un lugar destinado a hombres. Un lugar que nunca fue pensado para mujeres. Se erguía contra el cielo gris, con su portón de hierro cubierto de óxido, pero aún lo bastante fuerte para retener a sus prisioneros. Los muros se elevaban altos, cubiertos de escarcha, y las ventanas eran demasiado pequeñas para dejar entrar luz verdadera.

No quería entrar. Pero no tenía elección.

Los guardias me condujeron por un pasillo estrecho, donde el aire estaba cargado con el hedor de cuerpos sin lavar y paja podrida. El suelo bajo mis pies era irregular, las piedras gastadas por años de botas arrastrando hombres hacia su destino.

Pasamos junto a varias celdas, cada una llena de sombras. Figuras delgadas y quebradas encorvadas contra las paredes, sus rostros perdidos en la penumbra.

Entonces nos detuvimos. El guardia a mi lado golpeó con el puño las rejas.

«Despierta, bruja.»

Me estremecí ante la palabra. Pero la figura dentro no se movió. No al principio. Luego, lentamente, un movimiento.

La mujer se removió en la oscuridad, desplegándose desde donde había estado sentada. Dio un paso adelante, su rostro emergiendo de las sombras. Mi aliento se me cortó en la garganta. Zsuzsanna siempre había sido fuerte.

Su rostro, curtido por años de trabajo, conservaba aquella belleza que nace del conocimiento del propio poder. Su piel, antaño dorada por el sol, siempre llevaba el aroma de hierbas secas, de tierra, de algo vivo.

Pero la mujer que tenía ante mí no era la Zsuzsanna que conocía. Estaba demacrada, vacía, encogida. Sus pómulos sobresalían afilados bajo la piel, sus labios agrietados, el cabello enmarañado, sin lavar.

Moretones brotaban a lo largo de su mandíbula, amarillentos, desvaneciéndose, reemplazados por otros frescos. Una mancha oscura bajo un ojo, un corte en la comisura de la boca, una línea de sangre seca donde su labio inferior se había partido.

Sus manos, antes firmes, capaces de dar vida y muerte, temblaban mientras se aferraba a las rejas.

Tragué saliva con fuerza. «Zsuzsanna.»

Sus labios se curvaron. Un fantasma de su antigua sonrisa.

«Bueno», raspó. «Veo que sigues libre.»

Abrí la boca, pero no salió palabra.

El guardia a mi lado se movió, impaciente. «Cinco minutos.»

Luego se volvió y regresó por el pasillo, con el eco de sus botas resonando.

Zsuzsanna inclinó ligeramente la cabeza. «Valientes son, dejándote solo conmigo. ¿No temen que te envenene a través de los barrotes?»

Su voz era ronca, un vestigio ruin de lo que fue.

Tragué saliva con dificultad. «¿Qué te han hecho?»

Exhaló despacio, apoyando la frente contra el hierro oxidado. «¿Qué no me han hecho?»

Me lo contó en fragmentos. La primera noche no les dejaron dormir. Los guardias mantenían las antorchas encendidas, deambulando frente a las celdas, gritando sus nombres, llamándolas brujas, asesinas, rameras.

«Creen que si estás suficientemente cansada», murmuró, «les dirás cualquier cosa. Y algunas lo hacen.»

Sus dedos se aferraban con fuerza a los barrotes.

«Golpearon primero a Ilona», dijo. «Uno le sujetaba los brazos mientras otro la golpeaba. Al principio con la palma abierta. Luego con los puños.»

Un músculo se tensó en su mandíbula.

«No gritó», susurró.

Sus ojos se dirigieron hacia la celda al otro lado del corredor, donde Ilona yacía en el suelo, de espaldas a nosotros.

«La colgarán primero», dijo Zsuzsanna en voz baja.

Inspiré con fuerza. «No sabes eso—»

Alzó una mano. Me detuve.

«Lo sé», murmuró.

Y le creí. También habían usado otras tácticas. Habían atado sus muñecas con demasiada fuerza, hasta que la cuerda quemaba la piel. Les habían echado agua en plena noche, empapándolas, dejando que el frío carcomiera sus huesos.

«Les gusta ver cómo tiemblas», dijo Zsuzsanna. «Eso les hace sentirse fuertes.»

No les habían dado comida verdadera en días. Sólo pan duro, cubierto de algo amargo, algo que las enfermaba si comían demasiado.

«Quieren que estemos débiles», dijo con sencillez.

Y luego, la peor parte. Dudó antes de hablar.

«Kata les contó todo.»

Mi estómago se retorció.

«No lo hizo a propósito», dijo Zsuzsanna. «Pensó que la dejarían ir si lo hacía.» Negó con la cabeza. «No lo harán.»

Una pausa.

«Me tomarán a mí después.»

Extendí la mano hacia la suya antes de poder detenerme. Nuestros dedos se rozaron a través de los barrotes, su piel helada contra la mía.

«No lo sabes», susurré.

Ella sonrió. Una sonrisa lenta, cargada de conocimiento.

«Aún no entiendes, ¿verdad?» murmuró.

Tragué saliva. «Entonces ayúdame a entender.»

Me estudió durante un largo instante.

«Nunca debí abandonar este lugar.» Inclinó la cabeza. «Pero tú…»

Su agarre se apretó, quedaba en ella un destello de fuerza.

«Aún tienes tiempo.»

Me tensé. «¿Para qué?»

Sus ojos se desplazaron más allá de mí, hacia la puerta.

«Huir.»

Exhalé lentamente. «No puedo.»

«Sí, puedes.»

Sus dedos presionaron los míos. «Si te quedas, te destrozarán.» Hizo una pausa. «¿Quieres acabar como yo?»

Me aparté al oír los pasos del guardia regresar. Zsuzsanna se enderezó, y su expresión se tornó inescrutable.

La llave resonó en la cerradura.

«Se acabó el tiempo», masculló el guardia.

Tragué con dificultad. Los ojos de Zsuzsanna no se apartaron de los míos.

«Huye.»

Me di la vuelta. No miré atrás. Porque sabía que, si lo hacía, jamás podría marcharme.

45

LA ALDEA OBSERVA

Trajeron a las mujeres justo después del amanecer. El cielo era de un gris plomizo y opaco, ese tipo de cielo que engulle al sol por completo y nunca lo deja regresar. No había calor, ni luz; sólo la humedad que se arrastraba en el aire, la promesa de lluvia que nunca acababa de llegar. Un frío que se hundía en los huesos y allí permanecía.

Era un día miserable para un funeral. O para una ejecución. No había querido venir, pero de alguna manera, en lo más profundo de mí, sabía que lo haría.

La plaza del pueblo había sido preparada para ellas. Alguien había clavado un poste de madera en la tierra helada. No era una horca, no todavía, sino un lugar para atarlas, un sitio para mantenerlas quietas mientras el magistrado decidía su destino. Cerca, los hombres del magistrado permanecían en un semicírculo disperso, con los fusiles colgados perezosamente sobre los hombros, sus rostros inescrutables.

El suelo bajo mis pies estaba congelado, surcado por profundas huellas de las ruedas del carro que había pasado esa misma mañana. El aire olía a sebo quemado de las antorchas que bordeaban la plaza y a algo acre y metálico. Sangre. Aunque no sabía de dónde provenía.

Las casas que rodeaban la plaza se alzaban silenciosas, con las puertas bien cerradas y las ventanas oscuras. Pero el pueblo se había congregado.

Estaban agrupados en racimos, envueltos en chales de lana y abrigos pesados, con el aliento que se condensaba en el frío. No hablaban. Sólo esperaban. Y entonces llegó el carro.

Entró en la plaza lentamente, con deliberación; sus ruedas crujían contra la tierra, el caballo tiraba con esfuerzo del peso que cargaba.

Las mujeres estaban sentadas en la parte trasera, con las muñecas atadas delante de ellas, los tobillos encadenados a las tablas de madera bajo ellas. Los grilletes de hierro aprisionaban demasiado, mordiendo la carne, dejando marcas crudas y rojas.

Habían estado en prisión durante dos semanas. Y ahora, apenas parecían humanas. La primera mujer fue bajada bruscamente. Ilona. Tropezó al tocar el suelo, el empujón fuerte de un soldado la lanzó hacia adelante. Se sostuvo antes de caer, con los hombros erguidos y el mentón en alto.

Su cabello se había soltado de la trenza habitual, mechones salvajes enredados sobre sus hombros, sucios, anudados, tiesos por el sudor reseco.

Su piel era pálida bajo la suciedad, sus labios agrietados y sangrantes, sus ojos hundidos y rodeados de morados oscuros.

Sus manos temblaban, pero mantenía la cabeza erguida. No permitiría que la vieran quebrarse.

Detrás de ella, Kata. Parecía peor que las demás. Su rostro estaba hundido, sus mejillas afiladas, los huesos presionando demasiado cerca de la superficie de su piel. Sus manos se retorcían delante de ella, inquietas, nerviosas. Temblaba con tal fuerza que lo podía ver desde donde estaba.

Suplicaría, si le dieran la oportunidad. Y por eso, las otras mujeres no la miraban.

Luego, Zsuzsanna.

Se movía más despacio que las demás, no porque la arrastraran, sino porque se negaba a ser apresurada. Bajaba con movimientos

cuidadosos y deliberados, como si no fuera una prisionera sino una reina.

Estaba más delgada que la última vez que la vi, la piel tirante sobre pómulos afilados, los labios sin sangre, los ojos hundidos, con oscuras oquedades debajo.

Pero no tropezó. No vaciló. Se mantuvo con la misma quieta certeza que siempre tuvo, aun cuando las cadenas repiqueteaban en sus tobillos, aun cuando los hombres del magistrado la flanqueaban a ambos lados.

Sus ojos recorrieron la multitud y luego se encontraron con los míos. No sonrió. Pero tampoco apartó la mirada.

Los hombres del pueblo se apiñaban en grupos compactos al borde de la plaza. No se movían. No hablaban. Solo observaban. Sus rostros eran inescrutables, sus gestos tallados en piedra, pero yo lo vi.

Por primera vez, vi la duda. La incertidumbre. La pregunta silenciosa y creciente en sus ojos. Algunos habían perdido esposas, padres, hermanos. Algunos habían sido crueles. Otros no.

Y ahora algunos de ellos se preguntaban. ¿Acaso sus esposas alguna vez los miraron como estas mujeres miraban ahora al magistrado? ¿Acaso alguna vez estuvieron cerca de beber de la copa equivocada? ¿Acaso la muerte alguna vez rozó sus hombros sin que ellos lo supieran? Podía verlo en sus rostros. La culpa. El miedo.

Y por primera vez, algo más. La vergüenza. Entonces, lo sentí. La lenta y constante realización de que sus ojos se habían vuelto hacia mí. Al principio fue sutil. Un destello de reconocimiento, una silenciosa interrogación. Pero luego creció.

Podía sentir cómo me observaban, sus miradas presionando contra mi piel.

Porque yo era uno de ellos. Había vivido junto a ellos toda mi vida. Había sacado agua del mismo pozo, recorrido los mismos caminos de tierra, rezado en la misma iglesia.

Pero ahora se preguntaban. ¿Cuánto había sabido? ¿Cuánto había visto? ¿Y cuánto había hecho?

Apreté con fuerza mi chal, mis uñas clavándose en la tela. Por primera vez, pensé en el camino más allá del pueblo. El camino que

nunca había tomado. Y por primera vez, pensé que quizá debería hacerlo.

Zsuzsanna aún me observaba. Me obligué a sostener su mirada, aunque mis manos temblaran, aunque mi corazón latiera con fuerza contra mis costillas.

La plaza del pueblo estaba en silencio. El magistrado dio un paso adelante, desenrollando un pergamino, su voz calmada, serena.

«Las mujeres que tenéis ante vosotros han sido acusadas de crímenes contra Dios y el hombre.»

El cielo se oscureció. Una ráfaga de viento aguda levantó el polvo del suelo. La voz del magistrado resonó por la plaza.

«Serán juzgadas en consecuencia.»

Tragué saliva con fuerza. Ya sabía cuál sería el veredicto. Siempre lo había sabido. Zsuzsanna también.

Ella nunca había temido a la muerte. Me lo había dicho una vez.

«Elegí mi propia vida. Y eso significa que también elijo mi propio final.»

46

EL JUICIO COMIENZA

Me quedé. Podría haber huido. Aquella noche, después de que las mujeres fueran conducidas de nuevo a la prisión, tras la lectura en voz alta de las acusaciones por parte del magistrado en la plaza del pueblo, podría haberme marchado.

Aún había tiempo. Los caminos más allá de Nagyrev se extendían en todas direcciones. Senderos que jamás había tomado, lugares que nunca había visto. Podría haber desaparecido. Pero no lo hice.

Me dije a mí misma que me quedé porque ya era demasiado tarde para huir. Porque los hombres del magistrado vigilaban, y marcharme habría llamado aún más la atención sobre mí.

Pero la verdad era que le debía esto a Zsuzsanna. Ella había caminado hacia su muerte con la cabeza erguida. Y no permitiría que muriera sola.

El juicio comenzó al amanecer. La sala era un espacio angosto y sin aire, no mayor que la taberna del pueblo, con sus vigas de madera ennegrecidas por el tiempo y el suelo deformado por años de humedad. El olor a velas de sebo se mezclaba con el sudor y el moho, aferrándose al bajo techo como humo. No había bancos de madera majestuosos como en las ciudades, ni filas de pelucas empolvadas y hombres ataviados con togas. Solo una habitación,

una tarima elevada para el magistrado y unas pocas sillas de madera destinadas a los acusados.

Habían arrastrado a las mujeres hasta el ayuntamiento, un edificio estrecho de piedra que olía a madera húmeda y sudor añejo. La sala de juicio no era más que un gran cuarto frío. Bancos de madera alineados contra las paredes, una tarima elevada al frente donde se sentaban el magistrado y el fiscal, con sus abrigos negros tiesos por el almidón.

No había jurado. No habría deliberación. Esto no era un juicio. Era una sentencia, ya decidida, aguardando ser pronunciada en voz alta. Me colé por la puerta trasera, ocupando un asiento cercano a la entrada. El aire llevaba el aroma de cuerpos sin lavar, de sebo quemado, de miedo.

Y entonces las trajeron. Zsuzsanna entró la primera. Caminó despacio, deliberadamente, con las muñecas atadas, el vestido colgando suelto sobre su esbelto cuerpo.

La prisión había dejado su huella en ella. Su rostro se había afinado, la piel estirada sobre sus marcados pómulos, las oquedades bajo sus ojos oscurecidas por el agotamiento. Sus labios, habitualmente firmes, estaban agrietados y resecos en los bordes donde había recibido golpes. Un moretón florecía justo bajo su ojo izquierdo, desvaneciéndose de un púrpura intenso a un amarillento enfermizo.

Pero sus ojos seguían siendo penetrantes. No miraba al magistrado. No miraba al fiscal. Solo me miraba a mí.

Y en ese instante, lo sentí. El significado tras sus actos. No era derrota. Era algo más. Algo más fuerte, más profundo.

Luego vino Ilona. Lucía peor que Zsuzsanna, su antes robusto cuerpo ahora delgado y frágil, sus manos temblorosas al ser obligada a sentarse. Su cabello oscuro, que solía llevar trenzado con esmero sobre el hombro, colgaba en mechones enmarañados, manchados de suciedad y de sangre donde la habían golpeado.

Siempre había sido la más callada de todas. Pero hoy, hervía de rabia. Sus manos se cerraban en puños, sus uñas se clavaban en las palmas, su mirada ardía con algo cercano a la furia.

Después, Kata. Temblaba. No de frío. Sus labios vibraban pronunciando palabras que no osaba decir. Su vestido estaba rasgado en el dobladillo, sus pies desnudos asomaban bajo la tela, morados por los golpes. Su rostro, antes rollizo, ahora era demacrado, su piel demasiado pálida, sus ojos se movían nerviosos entre los guardias como un conejo acorralado por lobos. Suplicaría, si tuviera oportunidad. Y por eso, las otras mujeres no la miraban.

Detrás de ella, las demás. Mujeres cuyos nombres apenas conocía, pero cuyas manos habían mezclado veneno en el té, cuyos dedos habían impregnado arsénico en el papel.

Todas habían matado. Y ahora, todas morirían.

Se volvieron unas contra otras antes incluso de que comenzara el juicio. En el momento en que fueron colocadas ante el magistrado, Kata se rompió. Cayó de rodillas, manos entrelazadas, su voz ronca de tanto gritar.

«¡Yo no hice nada!», sollozó. «¡Lo juro! ¡Fueron ellas, me obligaron a hacerlo! ¡Nunca formé parte de esto!»

Se volvió hacia las otras mujeres, su cuerpo temblando.

«¡Conocéis la verdad! ¡Decídselos! ¡Decídselos que yo era inocente!»

Nadie habló. Los labios de Ilona se contrajeron.

«¿Eras inocente?» susurró. «No parecía así cuando pedías más veneno.»

El rostro de Kata se descompuso.

«¡No sabía qué era!» gritó. «Yo—»

«¡Basta!» espetó el magistrado.

Kata se estremeció, pero las mujeres ya habían comenzado a volverse unas contra otras, el aire quebrándose con susurros de acusaciones.

«No fui yo, fue ella—»

«Solo hice lo que me mandaron—»

«Mienten—»

El fiscal suspiró. No le importaba quién era culpable. Todas lo eran. Y todas serían ahorcadas.

Sólo una mujer permaneció en silencio. Zsuzsanna.

Permaneció callada mientras las demás discutían, su rostro inescrutable, las manos aún atadas frente a ella. No discutió. No suplicó. Solo observó.

Siempre había sido la más fuerte entre ellas, pero ahora, lo comprendí. Era la primera vez que aceptaba verdaderamente su destino. Sentí que algo inquietante se asentaba en mi pecho.

El fiscal se volvió hacia el magistrado.

«El castigo debe ser proporcional al delito», dijo con sencillez.

Su voz era serena. Imperturbable. No se conmovió por los gritos de las mujeres, ni por las acusaciones, ni por la verdad enredada en sus palabras.

«Solicitamos la pena de muerte.»

La sala quedó en silencio. Ya conocía las siguientes palabras del magistrado antes incluso de que las pronunciara. Ya estaba decidido. Siempre había estado decidido.

Y aun así, escucharlo en voz alta me revolvió el estómago.

«Serán ahorcadas», dijo el magistrado.

Una sentencia final. Una sentencia de muerte. Zsuzsanna inhaló profundamente, luego exhaló. Y entonces, finalmente, sonrió. No al magistrado. No al fiscal. A mí.

En ese instante supe que nunca necesitó ser salvada. Sabía cómo terminaría todo desde el principio. Y nunca tuvo miedo.

47

LAS PALABRAS DE LA PARTERA

No quería ir. Cuando el guardia llegó a petición de Zsuzsanna, casi me niego. Pero negarme habría sido tan condenatorio como acudir. Así que lo seguí por los pasillos de la prisión, con las manos recogidas bajo el chal, la cabeza baja.

Las paredes estaban húmedas, las piedras bajo mis pies eran irregulares y se deshacían. El aire olía a podredumbre, sudor rancio y sangre vieja.

Los oí antes de verlos. Mujeres murmurando en la oscuridad, sus voces moviéndose como humo por el angosto corredor. Algunas susurraban oraciones. Otras no pronunciaban palabra alguna.

Pasé junto a celdas donde sombras delgadas se pegaban a las paredes, cuerpos encogidos sobre sí mismos, huesos afilados bajo la piel, rostros irreconocibles bajo moretones y suciedad. No miré demasiado de cerca. Temía lo que pudiera ver.

El guardia se detuvo ante una gran puerta de madera y sacó una llave oxidada del cinturón.

«Ella pidió por ti», murmuró.

Había algo en su voz. No era del todo diversión, ni tampoco desprecio. No respondí. La cerradura crujió al girar la llave, y luego la puerta se abrió de golpe. Y entré.

Zsuzsanna estaba sentada en el suelo cuando entré. Le habían quitado todo. Su silla, su catre, incluso la delgada manta que le habían dado. No le quedaba nada más que la camisa que vestía y las cadenas oxidadas en las muñecas.

La prisión la había vaciado. Su rostro, antaño curtido por el sol y surcado de una silenciosa fortaleza, estaba pálido, demacrado, con los pómulos demasiado marcados, los labios agrietados y sin sangre.

Los moratones no habían desaparecido. Uno ennegrecía el borde de su mandíbula, una mancha amarillenta y enfermiza bajo el ojo izquierdo. Las muñecas estaban enrojecidas donde los hierros las habían mordido, los dedos temblaban ligeramente al moverse. Pero sus ojos seguían vivos. Seguían vigilando. Seguían esperando.

«Has venido», murmuró.

Su voz era más baja de lo que recordaba. Ronca. Como si se hubiera desgastado hasta los huesos. Vacilé.

«No tuve elección».

Sus labios se curvaron en algo parecido a una sonrisa.

«Ninguna de nosotras la tiene», dijo en voz baja. «Ya no.»

La puerta se cerró de golpe tras de mí. Me sobresalté. Ella no. Durante un largo instante, ninguna de las dos habló. La habitación estaba demasiado quieta. No se oía más que el lento goteo del agua desde el techo, un ritmo constante contra la piedra.

Di un paso lento hacia adelante.

«¿Por qué me llamaste?»

Zsuzsanna exhaló. Sus dedos se estremecieron levemente, las cadenas tintinearon con el movimiento.

«Porque aún no sabes lo que eres.»

Me tensé.

«¿Qué significa eso?»

Me examinó, ladeando ligeramente la cabeza.

«Si me traicionas, nunca serás libre.»

Un silencio.

«Si no lo haces, morirás.»

Las palabras quedaron suspendidas entre nosotras, más pesadas que los muros de esta prisión. Abrí la boca, pero ningún sonido salió. Ella esperó.

«Eso no es cierto», susurré.

Zsuzsanna sonrió de nuevo. Lenta. Triste. Conocimiento profundo.

«¿Crees que no te llevarán?» murmuró. «¿Crees que el magistrado no sospecha ya?»

Tragué saliva con fuerza.

«Vendrán por ti», continuó. «Quizá no hoy. Quizá no mañana.»

Se inclinó ligeramente hacia adelante, sus ojos oscuros, inescrutables.

«Pero un día despertarás y los guardias estarán en tu puerta.»

Su voz era firme. Seca. Como si ya lo hubiera visto suceder. Como si ya lo hubiera aceptado.

«¿Quieres vivir?» preguntó sencillamente.

No respondí. Porque no sabía. No sabía si quería vivir así. Con la presión que me aplasta cada día, el miedo que aprieta mis costillas, esperando para atraparme. Tragué saliva con fuerza.

«Nunca quise esto», susurré.

Zsuzsanna cerró los ojos brevemente y luego los abrió de nuevo.

«Lo sé», murmuró. Exhaló lentamente. «Deberías irte.»

Vacilé. Había algo definitivo en su manera de decirlo. Como si ambas supiéramos que sería la última vez. Me giré hacia la puerta. Su voz, ahora más suave.

«¿Lo lamentas?»

Me detuve. Un largo silencio. Luego, sin volver la vista atrás,

«No lo sé.»

Ella suspiró. Tampoco ella.

El guardia abrió la puerta con llave. El aire frío se precipitó hacia dentro. Salí. Y no miré atrás. Caminé por el corredor, mis pasos lentos, cautelosos. Las paredes parecían estrecharse sobre mí, el peso de lo ocurrido posándose en mis hombros como un manto de lana. Fuera de la celda, el guardia me lanzó una sonrisa burlona.

«Pareces pálido», murmuró.

No respondí. Porque estaba pálido. Porque algo dentro de mí acababa de quebrarse, y no sabía si podría recomponerlo.

El aire afuera era cortante y frío, quemando mi piel al poner un pie en el patio abierto. La plaza del pueblo estaba justo más allá. La

horca ya había sido erigida.

48

LA SALA DEL TRIBUNAL

No fui la primera en subir al estrado. Había permanecido sentada en el fondo de la sala del tribunal durante lo que parecieron horas, las manos aferradas a los pliegues de mi falda, la espalda rígida contra el banco de madera. El aire dentro era denso, el aroma de sebo quemado se adhería a las paredes como un duelo antiguo. Afuera, el viento aullaba entre las grietas de la piedra, haciendo crujir los postigos contra el edificio, como si incluso los elementos quisieran ser testigos de lo que allí acontecía.

El magistrado había llamado a testigo tras testigo. Primero, a los hombres. Ellos fueron los más ansiosos por hablar.

Algunos permanecían erguidos, con los hombros cuadrados, hablando de la enfermedad que había asolado el pueblo, de las muertes antinaturales que se habían llevado a tantos de sus padres, sus hermanos, sus hijos.

Otros se movían inquietos donde estaban, las manos retorciendo sus sombreros, los ojos lanzando miradas hacia sus esposas en la multitud, dudosos ahora entre llorar a los hombres que habían perdido o temer a las mujeres que los habían sobrevivido.

«Fueron ellos», declaró uno de los hombres mayores, Janos Boros, con la voz ronca por la edad y el viejo rencor. «Hablaban en susurros. Se reunían en rincones. Nunca lloraban.»

Escupió al suelo de piedra.

«Nunca vi a mi hijo enfermar. Ni una sola vez. Y luego, una mañana, estaba muerto en su cama. Y su esposa...» Se volvió, señalando con un dedo tembloroso a las mujeres sentadas con sus grilletes. «Ella no lloró. Apenas pareció sorprendida.»

El fiscal asintió solemnemente, garabateando algo en el pergamino frente a él. No miré a las mujeres. Podía sentirlas sin verlas. Quietas. Silenciosas. Esperando.

Luego vinieron las esposas. Algunas lloraban mientras hablaban, aferrándose con fuerza a sus mantones, hablando con voces cargadas de culpa y vergüenza.

«Nunca quise que muriera», sollozó una mujer, apretando un pañuelo contra su boca. «Nunca pensé... Nunca imaginé...»

Se interrumpió. No terminó su frase. Porque la verdad era que lo había imaginado. Todos lo habían hecho. Al menos una vez. Al menos en los rincones callados de sus mentes, donde nadie podía ver, donde nadie podía saber.

El fiscal guardó silencio un breve instante antes de asentir, como si comprendiera. No lo hacía.

Y entonces me llamaron. No esperaba que dijeran mi nombre. No de verdad.

Había pensado que podría escabullirme entre las grietas, una sombra al fondo de la sala, nada más que otro par de ojos presenciando lo inevitable.

Pero cuando el magistrado se volvió hacia mí, con el rostro inexpresivo, y pronunció mi nombre, supe. Nunca había sido invisible. Y nunca lo sería de nuevo.

El banco de madera bajo mí crujió al levantarme, un sonido extrañamente fuerte en el aire inmóvil. Mis piernas se sentían rígidas, mis rodillas bloqueadas, negándose a doblarse con naturalidad mientras caminaba hacia la tarima elevada. Podía sentir sus miradas. El fiscal. El magistrado. Los aldeanos. Y lo peor de todo, las mujeres.

Sus ojos se clavaban en mí desde donde estaban sentadas, atadas y esperando, sus rostros demacrados, sus ojos hundidos por el cansancio y algo mucho peor. La resignación.

No me atreví a mirar a Zsuzsanna. Sabía que si lo hacía, no podría respirar.

La silla que me habían colocado era dura, incómoda, sus patas desiguales sobre el suelo de piedra. El magistrado me observaba con atención, su pluma suspendida sobre el pergamino ante él.

«Has vivido en Nagyrev toda tu vida», dijo.

No fue una pregunta. Una afirmación. Asentí, con la garganta demasiado seca para hablar.

El fiscal dio un paso adelante. Un hombre delgado, con el cabello peinado hacia atrás, el rostro contraído en una desaprobación permanente. Entrelazó las manos tras la espalda, inclinando ligeramente la cabeza.

«Fuiste aprendiz de la partera», dijo.

De nuevo, no fue una pregunta. Apreté los bordes de mi falda.

«Sí», susurré.

Sus labios se movieron en un ligero tic.

«Entonces debías saber lo que ella hacía.»

Las palabras cayeron como piedras en el agua. Tragué saliva con fuerza. Aquello era todo. El momento hacia el que todo había conducido. El instante en que podía salvarme o condenarme.

"Ella es culpable", continuó el fiscal, paseando lentamente ante mí. "Contamos con más que suficientes pruebas de ello."

Hizo una pausa, volviéndose hacia mí.

"Pero la cuestión es, ¿cuántos más estuvieron involucrados?"

El silencio que siguió fue asfixiante. La multitud detrás de mí se removió.

Pude oír el crujir de los bancos de madera, el roce de las botas contra la piedra. Todos esperaban. Esperaban a que yo lo dijera. A que confirmara lo que ya sospechaban. A que les diera otro nombre para grabar en la lista de ejecución.

Abrí la boca y mi corazón golpeó con fuerza contra mis costillas.

Podía decirles lo que querían oír. Podía afirmar que Zsuzsanna había actuado sola, que yo no sabía nada, que era inocente. O podía decir la verdad.

Podía contarles cómo las mujeres de Nagyrev se reunían en cocinas y cuartos traseros, cómo susurraban nombres en la

oscuridad, cómo se pasaban pequeñas botellas de cristal como reliquias sagradas.

Podía relatarles cómo algunas lloraban al verter el veneno, y cómo otras sonreían. Podía contarles todo. Pero si lo hacía, si decía la verdad, no saldría viva de esta sala.

La mirada del fiscal se agudizó.

"¿Pues?" instó.

Miré hacia los acusados. Hacia Ilona, cuyos labios se apretaban en una línea fina y amarga. Hacia Kata, cuyo cuerpo temblaba, cuyas manos se retorcían en su regazo. Y finalmente, hacia Zsuzsanna.

Ella no miraba al magistrado. No miraba al fiscal. Me miraba a mí. Su expresión era inescrutable. Pero yo sabía lo que pensaba.

"Si me traicionas, nunca serás libre. Si no lo haces, morirás."

Mis manos temblaban sobre mi regazo. El fiscal exhaló con brusquedad.

"¿Sabías de los asesinatos?" preguntó de nuevo, esta vez más despacio, con un tono cargado de impaciencia.

Otro movimiento en la multitud. Otro crujido de madera. Sentí el mundo cerrarse a mi alrededor. Y entonces abrí la boca para hablar. La sala aguardaba.

La pluma del magistrado se suspendía sobre el pergamino. Los ojos del fiscal se entrecerraron, expectantes. Las mujeres miraban, inmóviles. En algún lugar afuera, el viento cambió, haciendo vibrar los cristales de las ventanas, una advertencia, un susurro, un aliento de algo definitivo.

Respiré hondo. Y entonces hablé.

49

LA TRAICIÓN

No supe lo que iba a decir hasta que las palabras brotaron de mi boca. No fue una decisión. Fue un desahogo.

Un aliento que había contenido desde que se exhumó el primer cuerpo, desde que los hombres del magistrado llegaron a Nagyrev, desde que vi por primera vez a una mujer verter arsénico en la sopa de su marido y no pronunciar palabra.

La estancia estaba mortalmente silenciosa. El rostro del fiscal estaba tenso de expectación, su pluma suspendida sobre el pergamino, aguardando para grabar mis palabras en el acta.

Eché una última mirada a las mujeres. A Ilona, con las manos atadas en el regazo, los ojos huecos pero vivos. A Kata, temblorosa. A las demás, con rostros hundidos y pálidos, pero no perdidos. Luego a ella.

Zsuzsanna permanecía perfectamente quieta, las manos reposando suavemente en su regazo, sus muñecas magulladas apenas se movían al respirar. Su expresión no cambió. Sabía lo que yo diría antes que yo misma. Lo sabía mucho antes de este día, mucho antes de este instante.

Sentí sus ojos sobre mí; percibí su silenciosa insistencia, la lección muda que me había estado enseñando todo el tiempo. Y así, hice lo que ella me había preparado para hacer. La traicioné.

«Fue Zsuzsanna.»

Las palabras sonaron extrañas al salir de mi lengua. Delicadas, frágiles, como un cristal que aún no se había roto.

Apreté con más fuerza mi falda entre las manos. No dije más. No añadí palabras innecesarias. No expliqué, no amplié. No hablé de Ilona, ni de Kata, ni de las demás.

No conté cómo las mujeres se reunían en la oscuridad, susurrando nombres sobre ollas hirvientes, cómo las botellas de arsénico pasaban de mano en mano como reliquias sagradas, cómo algunas lloraban al verterlo, y otras no.

No dije cuántas de ellas estaban desesperadas. Ni cuántas lo disfrutaban. Solo las entregué a ella.

Por un solo latido, no ocurrió nada. Luego la sala estalló. Un rugido de voces, superpuestas, chocando, sacudiendo las paredes del juzgado con su fuerza.

«¡QUE LA AHORQUEN!»

«¡ASESINA!»

«¡BRUJA!»

La palabra*bruja*se abría paso entre los demás, repetido una y otra vez, creciendo en intensidad, llevado por la multitud como el crepitar del fuego en campos secos.

«¡Bruja! ¡Bruja! ¡Bruja!»

No era solo odio. Era miedo. Me volví hacia la multitud, con el aliento atrapado en la garganta.

Los hombres que antes guardaban silencio en su duelo, ahora furiosos por su pérdida. Las mujeres que antes eran cómplices en susurros, ahora desesperadas por desligarse de la condenada. Todos querían sangre. Y yo acababa de darles un nombre para grabar en la soga.

Me obligué a mirar a Zsuzsanna. No se había movido. Los gritos de la multitud no la alcanzaban, no la tocaban. Ella permanecía perfectamente quieta, con la postura erguida, las manos tranquilas sobre la mesa de madera que tenía delante.

Pero en las comisuras de sus labios, una sonrisa. Pequeña. Apenas visible. Pero verdadera. Una sonrisa de complicidad. Había hecho lo que ella quería. Había aprendido. Zsuzsanna siempre supo

cómo acabaría esto. Pero ahora, se había asegurado de que yo sobreviviera. Aunque ella no lo hiciera.

El magistrado golpeó la madera con la mano.

«¡Basta!» bramó.

La sala se silenció. El fiscal se volvió hacia Zsuzsanna.

«¿Lo niega?» preguntó.

Toda la sala contuvo la respiración.

Zsuzsanna ladeó ligeramente la cabeza, sus ojos oscuros brillaban al mirarle, con la expresión de una mujer que ya había ganado, aunque la soga aguardara su cuello. Sonrió.

«No tengo nada que decir», murmuró.

La sala estalló en gritos de nuevo. Cerré los ojos. Había tomado mi decisión. Y no sabía si alguna vez me perdonaría por ello. La sala estaba sofocante, aunque el aire afuera era frío.

Las paredes, hechas de piedra, deberían haber mantenido el calor fuera, pero en cambio, la habitación era asfixiante. Demasiados cuerpos apiñados, demasiadas respiraciones nublando el aire, demasiadas emociones—miedo, furia, curiosidad—saturando el espacio como una enfermedad. La luz era escasa.

Hilos polvorientos de pálido sol matutino se colaban oblicuos por las altas y angostas ventanas, iluminando las partículas de polvo suspendidas en el aire. Las sombras se alargaban sobre los bancos de madera, donde los aldeanos se sentaban apiñados, con los hombros encorvados y los rostros contraídos por la expectación. Habían venido a presenciar justicia. O venganza. Era imposible discernir la diferencia.

El magistrado reposaba en su silla de respaldo alto, rígido como la hoja de un verdugo. Su rostro era anguloso, afilado, surcado por profundas arrugas que le conferían el aspecto de haber sido tallado en madera vieja y nudosa. Era un hombre mayor, con el cabello ralo oculto bajo su peluca empolvada, y la boca, una línea delgada e inmóvil.

Miraba a Zsuzsanna como se mira a un animal salvaje atrapado, con algo que oscilaba entre la satisfacción y el desprecio.

Había esperado este momento. Todos nosotros lo habíamos esperado.

El fiscal se sentaba a su lado, pluma en ristre, con los labios apretados en un juicio silencioso.

Lo había observado durante todo el juicio, había visto cómo sus pequeños ojos inquietos se posaban en el acusado, demorándose más en aquellos que mostraban mayor temor.

Tenía la costumbre de contraer ligeramente el labio cada vez que leía un testimonio, como si las palabras en sí le repugnaran. Un hombre que gozaba demasiado de su oficio.

Y ahora desenrollaba un pliego de pergamino, cuyos bordes se curvaban, amarillentos por el tiempo. Una sentencia formal. Una que había sido escrita mucho antes de este instante.

Carraspeó y comenzó.

"Por el delito de asesinato", anunció, "por el delito de conspirar para envenenar a los hombres de esta aldea, y por el delito de traer vergüenza a la tierra de Nagyrev—"

Hizo una pausa, mirando a las mujeres, con el labio tembloroso. No había piedad en su rostro. Ninguna en absoluto.

"—todas ustedes son condenadas a muerte por ahorcamiento."

Las mujeres permanecieron sentadas en sus sillas como fantasmas.

Ilona fue la primera en sollozar. No fue un grito, ni un lamento. Solo un sonido quebrado, algo contenido durante demasiado tiempo, algo que se rompió dentro de ella y no pudo recomponerse. Cubrió su rostro con las manos atadas, mientras sus hombros temblaban.

Kata siguió, temblando con tal violencia que casi se desliza de la silla. Había estado aterrada desde el momento de su arresto, pero ahora el terror se había transformado en algo peor. Algo definitivo.

Las otras mujeres no lloraban. Aún no. Pero podía verlo en sus rostros. La comprensión que se hundía, el aire volviéndose asfixiante.

No habría más regateos. No más negaciones. Esto era el fin.

El magistrado alzó una segunda hoja de pergamino. Su voz sonó más fría esta vez.

«Y en cuanto a la partera, Zsuzsanna Sárkány.»

No respiré. Zsuzsanna permanecía inmóvil, las manos reposando suavemente en su regazo, sus magulladuras destacando como tinta

sobre su piel. No parpadeaba. No se estremecía. Esperaba.

El magistrado la examinó, como si decidiera si siquiera valía la pena dirigirle la palabra.

Luego, con un suspiro lento y deliberado, dijo: «Serás la última en colgar.»

La sala contuvo el aliento. Kata emitió un sonido ahogado, algo que pudo ser una protesta pero que se deshizo en un sollozo.

El magistrado prosiguió.

«Verás morir a cada una de las demás primero. Y cuando todo haya concluido»—se inclinó levemente—«cuando estén muertas, y hayas saciado tu sed de lo que has hecho, entonces te llevaremos al patíbulo.»

Una sentencia cruel. Pero calculada.

Los hombres querían que sufriera. Que lo viera. Que lo sintiera. Querían que se rompiera. Ella no lo hizo. Zsuzsanna se giró, lenta, medida, y luego sonrió. No una sonrisa desenfrenada, ni desquiciada. No una mueca de desafío. Solo—aceptación.

«¿Eso es todo?» preguntó, con voz serena y uniforme.

El rostro del magistrado se ensombreció. La pluma del fiscal raspó furiosamente contra el pergamino. La sala estalló en murmullos, jadeos, otra ronda de susurros.

«Es un demonio.»

«Ni siquiera tiene miedo.»

«Un demonio envuelto en piel de mujer.»

Zsuzsanna los ignoró.

Giró la cabeza, lenta, deliberadamente, y me miró. Yo había sido perdonada. Lo supe antes de que el magistrado hablara, antes de que las palabras siquiera se formaran. Pero no sentí alivio. Sentí vacío. Sentí frío.

Y cuando el magistrado se volvió hacia mí, su voz fue un pensamiento fugaz, despidiéndome con solo unas pocas palabras cortantes: «Eres libre para irte.»

No sentí nada. Porque la verdad era que yo también ya había sido sentenciado. Llevaría conmigo este día hasta el fin de mis días. Y no sabía si alguna vez volvería a vivir.

50

ALGO EN EL AIRE

El pueblo era distinto ahora. Más silencioso. Más vacío.

No en el sentido de casas abandonadas o campos que se dejaban crecer sin cuidado, sino algo más profundo, algo que no podía verse, sólo sentirse. El silencio que pendía sobre las calles no era pacífico. Era antinatural, como la pausa entre el trueno y el relámpago. Un silencio nacido no de la ausencia, sino de algo arrebatado, algo sepultado.

Ya no había susurros en los umbrales, ni reuniones calladas junto al pozo, ni mujeres que cruzaban miradas cómplices, con el más leve destello de entendimiento. Los senderos gastados entre las casas, antes suavizados por pasos furtivos, parecían ahora más agudos, más expuestos. Hasta los árboles que bordeaban el pueblo se erguían de otro modo, sus ramas esqueléticas retorcidas y extendidas como queriendo atrapar algo invisible.

Los secretos habían sido el aliento de Nagyrev. Ahora, el pueblo se ahogaba.

Habían erigido la horca justo más allá del cementerio. No en la plaza del pueblo. No, eso habría estado demasiado cerca, demasiado real. En cambio, la colocaron al borde de los campos, donde aún se divisaba el río a lo lejos, su corriente lenta reflejando el opaco cielo invernal. Se alzaba austera y negra contra el horizonte pálido, la

madera toscamente labrada aún fresca, astillada en lugares donde la sierra del verdugo había trabajado con demasiada prisa. La estructura se erguía como un presagio, una terrible marca de puntuación al final de una frase ya escrita.

El juez permanecía bajo ella, vestido con su mejor abrigo negro, las manos enfundadas en guantes de piel de cabritilla. Era un hombre alto, de rostro anguloso, con una boca que apenas se movía al hablar. Sus ojos eran pequeños y negros, hundidos demasiado en el rostro, como si hubiera sido esculpido en algo sin vida. No parpadeaba al contemplar a la multitud congregada, ni dirigía la mirada al condenado. Su presencia era fría, clínica, el lento golpeteo de sus dedos contra la manga el único signo de vida en él.

Disfrutaba de esto. No de la justicia, ni del orden, sino de esto.

Le agradaba el espectáculo, la manera en que el pueblo se agrupaba en racimos, con los hombros encorvados, el semblante tenso entre el temor y una sombría satisfacción. Le gustaba la espera. La forma en que los condenados eran paseados por el frío, delgados y temblorosos, pero aún vivos, por ahora. La quietud que caía justo antes del instante final, ese aliento previo a la caída, el silencio de la inevitabilidad.

Me situé al fondo de la multitud, envuelta en mi chal, mientras el viento mordía mis mejillas. No deseaba estar allí. Pero debía estarlo. Yo había provocado aquello. Y no apartaría la mirada.

La plaza del pueblo estaba llena, una gran masa palpitante de gente de pie, hombro con hombro, apiñados tan estrechamente que el aire mismo parecía denso de aliento, de calor, de expectación. La horca se alzaba imponente sobre nosotros, sus vigas de madera oscuras por el moho, las cuerdas meciéndose levemente con la brisa.

El cielo era gris, el sol luchaba tras las nubes, su luz pálida y tenue. No había calor aquí. Ni suavidad.

Las mujeres eran conducidas a la plataforma una a una. Las conocía a todas.

Había crecido junto a algunas de ellas, había ido a buscar agua con ellas, había susurrado con ellas junto al pozo. Había visto sus lágrimas y su sangre derramada, había contemplado los moratones

que ocultaban, había sentido el peso de sus secretos porque yo también los llevaba.

Pero ahora, sus rostros estaban pálidos y demacrados, las muñecas atadas delante de ellas, sus vestidos pulcros, como si alguien hubiese intentado hacerlas presentables antes de la muerte.

Algunas caminaban con orgullo, la cabeza erguida, la mirada desafiante. Otras andaban como fantasmas, ya ausentes, ya vacías de aquello que las hacía reales. Algunas lloraban. Otras susurraban plegarias.

Y luego estaba Zsuzsanna. Ella no lloraba. No suplicaba. Solo alzaba el mentón al andar, sus ojos oscuros escudriñando la multitud, buscando algo. A alguien.

Quería creer que me buscaba a mí. Quería creer que se despedía. Pero quizá solo buscaba el cielo. Quizá solo deseaba contemplar algo hermoso antes del final.

El sacerdote murmuró sus últimos ritos. El magistrado permanecía rígido al borde del cadalso, con el semblante duro, imperturbable, como un hombre que hacía tiempo se había acostumbrado a la muerte.

Y entonces, lo sentí.

Una mirada. Una presencia. No desde el cadalso. Desde la multitud. Me volví y allí estaba él. Ádám.

No esperaba que estuviera aquí. Pero quizá debería haberlo previsto.

Su abrigo estaba húmedo en los hombros, sus botas cubiertas de barro, como si hubiera viajado desde lejos para estar en este lugar. Su rostro estaba más delgado que en mi recuerdo, la mandíbula más marcada, sus rizos oscuros indómitos, como si apenas hubiera dormido.

Pero sus ojos eran los mismos. Profundos, oscuros, inalterados, y fijaban la mirada en mí.

No se movió. No habló. Pero su presencia resonaba más que los murmullos de la multitud, más que la oración del sacerdote, más que el inquieto crujir de botas sobre la tierra embarrada.

¿Por qué estás aquí? Quise preguntar.

Pero ya lo sabía. No había venido por venganza. No había venido por justicia. Había venido porque necesitaba verlo con sus propios ojos. La verdad de aquello. El fin de aquello.

Y mientras permanecíamos allí, el espacio entre nosotros rebosante de todo lo que jamás habíamos dicho, comprendí algo. Esta sería la última vez que lo vería. La última vez que nuestros caminos se cruzarían. Y ambos lo sabíamos.

El cadalso crujió bajo sus pies. Un silencio se apoderó de la multitud. Me volví, obligándome a mirar. Obligándome a ver. Las cuerdas se tensaron.

Ilona fue la primera. Estaba pálida, pero no se resistió. No luchó mientras la soga se apretaba alrededor de su cuello, mientras el verdugo —un hombre de Szolnok, no uno de los nuestros, pues ¿quién habría aceptado tal oficio?— tiraba con firmeza del nudo, mientras sus manos eran atadas a los costados. Sus labios temblaban, su boca pronunciaba una oración.

El juez la observaba atentamente, con las manos enguantadas cruzadas ante él, la cabeza inclinada apenas un poco, como si admirase un cuadro. El verdugo ajustaba la cuerda, tensándola, sus manos diestrosas, indiferentes. El pecho de Ilona subía y bajaba con rapidez, pero no ofrecía resistencia. Exhaló una vez, como si hubiera esperado este momento desde siempre.

Entonces se accionó la palanca. Una caída corta. Un chasquido. Y luego, el silencio.

El sonido del cuerpo asentándose fue de algún modo peor que la caída misma. La súbita flacidez, el vaivén lánguido de las extremidades, la ausencia de todo rasgo humano. La multitud no vitoreó. Solo observó. Rostros pétreos. Algunos hombres susurraban entre sí, pero nadie se movía. Un perro ladró en la distancia, agudo y penetrante, su sonido cortando el silencio como una cuchilla.

Los demás siguieron. Uno tras otro.

Kata gritaba. Suplicaba. Forcejeó con tal fuerza que dos guardias tuvieron que sujetarla mientras le colocaban el lazo al cuello, sus pies raspando las tablas de madera. Se retorcía, luchando contra las ataduras que la aprisionaban, su aliento entrecortado y áspero.

«¡No lo hice!» chilló. «¡No lo hice!»

Nadie le respondió.

El juez alzó la mano. El verdugo asintió.

Al accionar la palanca, sus piernas patalearon violentamente, su cuerpo se sacudió, sus últimos momentos fueron caóticos, desesperados, horribles. El sonido ahogado que emitió en esos últimos segundos no parecía real. Un ruido que jamás debería brotar de una garganta humana. Y el juez, sonrió. Apenas una sonrisa. Un leve rizo en la comisura de sus labios. Disfrutaba aquello.

Cuando me volví, Ádám ya no estaba.

Solo quedaba un espacio vacío donde él había estado. Un espacio vacío que permanecería. Para siempre. No sabía si se había marchado antes de que Kata expirase su último aliento. No sabía si se había vuelto de espaldas por el dolor, o si había observado hasta el final. Pero sí sabía esto: nunca lo vería de nuevo. Y, de algún modo, eso dolía más que todo lo demás.

Zsuzsanna había sido obligada a verlos morir a todos. La sacaron la última, con las manos aún atadas, su expresión impenetrable. La hicieron permanecer bajo la horca, los bajos de sus faldas rozando los cuerpos que se mecían sobre la tierra. Las demás habían sollozado, suplicado, maldecido. Pero ella no se inmutó. No apartó la mirada. Ni cuando Ilona cayó. Ni cuando Kata pateó y luchó. Ni cuando la última mujer quedó inerte, el viento balanceando sus cuerpos como fruta podrida colgando de un árbol.

Solo respiraba. Y entonces giró la cabeza, lentamente, hacia el juez. Y sonrió.

Aquella noche fui a la prisión. Pedí verla. El guardia apenas levantó la vista de su asiento junto al fuego, con las botas estiradas y una taza de hojalata con brandy en la mano.

«No quiere verte», dijo simplemente.

Las palabras me golpearon con más fuerza de lo que esperaba. ¿No había sido ella quien deseaba esto? ¿No me había enseñado a hacerlo? ¿No me había preparado para este mismo instante? Y, sin embargo, ni siquiera quiso mirarme.

Me di la vuelta. Y esa noche no dormí bien. La primera pesadilla llegó en cuanto cerré los ojos. Volvía a estar bajo la horca. Pero el pueblo estaba desierto.

Los cuerpos seguían balanceándose, pero no había nadie para contemplarlos, ni juez, ni multitud, solo yo.

Me acerqué. Las cuerdas crujían al cambiar el viento. Y entonces volvieron la cabeza.

Sus rostros, ennegrecidos, hinchados, se volvieron hacia mí, con los ojos saltones, los labios entreabiertos, como si aún quisieran hablar.

Entonces Zsuzsanna dio un paso adelante. No estaba ahorcada. Estaba viva. Permanecía bajo la horca, mirando hacia arriba, observando el vaivén de los cuerpos.

Y entonces se volvió hacia mí.

«Has hecho tu elección», murmuró.

Intenté hablar. No pude. Ella sonrió. Y entonces la soga cayó alrededor de mi cuello.

Desperté jadeando, con las manos arañando mi propio cuello, la piel empapada en sudor. La habitación estaba demasiado silenciosa. El pueblo estaba demasiado silencioso. Nada volvería a ser igual. Y yo tampoco.

51

LA CARTA

La carta llegó a primeras horas de la mañana, deslizada bajo mi puerta como algo vergonzoso, como algo que se hubiera arrastrado durante la noche sin ser visto. No escuché pasos. Quien la entregó fue cuidadoso, silencioso. No llamó, no se demoró.

El leve susurro del papel contra la madera. Al principio pensé que lo había imaginado.

Había pasado la noche en un estado de semi-desvelo, retorciéndome entre las sábanas, atrapado entre pesadillas y el frío eco de la casa. Mi cuerpo dolía, no por enfermedad, sino por el cansancio, por haber permanecido inmóvil demasiado tiempo.

No me había levantado de la cama desde que comenzaron las ejecuciones. Apenas me movía, apenas comía, apenas existía. Mi mundo se había reducido a las cuatro paredes de mi hogar, las sábanas rígidas contra mi piel, la vela consumida hasta el muñón junto a mi lecho.

El aire estaba viciado, impregnado por el aroma de cera y sudor. El hogar se había enfriado. Las contraventanas estaban cerradas, pero a través de las delgadas rendijas se filtraba la luz matutina; pálida, acuosa, del color de un hueso viejo. El cielo más allá estaba encapotado, ese gris opaco y hinchado que promete lluvia pero nunca la entrega.

Hacía ya tiempo que dejé de escuchar voces afuera. El pueblo ya no susurraba con el murmullo de conversaciones, con las conspiraciones silenciosas de mujeres que intercambiaban miradas junto al pozo, con el repiqueteo de cascos en el camino. No quedaba nada que susurrar.

Nagyrev había quedado vaciado. Y, sin embargo, aquí estaba. Una carta. Un último aliento del condenado.

Estaba doblada con pulcritud, los bordes nítidos a pesar del viaje. El papel era delgado, áspero bajo mis dedos, la tinta más oscura de lo que debería, como si las palabras hubieran sido escritas a la tenue luz de una celda de prisión.

Mis manos temblaron al extenderla. El sello estaba intacto. Un doblez sencillo, sellado con cera, de un rojo desvaído y turbio.

Pesaba, aunque no podía tener más que unas pocas onzas. Algo así debería pesar.

Vacilé. Luego rompí el sello. Y ella me habló por última vez.

Hiciste como te pedí.

Sin saludo. Sin suavidad. Sólo la cruda verdad, desnuda, inquebrantable.

Recorrí las palabras con las yemas de los dedos, sintiendo las hendiduras donde la pluma había presionado con demasiada fuerza sobre el papel, como si hubiera grabado las palabras en la página en vez de escribirlas.

La tinta se había corrido ligeramente, como si la humedad la hubiera tocado antes de secarse.

¿Le habrían temblado las manos al escribir? ¿Habría presionado los dedos contra la tinta, emborronándola en algunos lugares?

La veía con tanta claridad, sentada en el duro suelo de piedra de su celda, la espalda erguida, el cabello enmarañado, las muñecas magulladas por las cadenas.

Nunca fue mujer de desesperarse. No habría llorado al escribir esto. No habría vacilado. Habría escrito como siempre habló, con certeza.

Siempre supe cómo acabaría esto. Lo supe antes de que nos arrastraran de nuestros hogares, antes de que levantaran la horca, antes de que abrieras la boca en el tribunal. Lo supe el día que puse arsénico en el té de mi marido.

Cerré los ojos. No quería pensar en su marido, en el hombre cuya muerte había desencadenado todo. Nunca supe su nombre. Ella nunca me lo dijo. Nunca pidió compasión. Ni cuando lo mató. Ni ahora.

Creen que temo a la muerte.
Creen que han ganado.
Son necios.

Se me cortó la respiración.

Podía oír su voz en mi mente, serena, casi divertida, como miró al juez bajo la horca, como observó caer a las otras mujeres una a una sin apartar la vista.

Los hombres siempre han creído que podían controlarnos con sus leyes. Con sus reglas. Con sus lazos. Pero siempre hemos encontrado maneras de vivir más allá de ellos, ¿no es así?
Elegimos nuestras propias vidas.
Y ahora, elegimos nuestras propias muertes.

No había arrepentimiento en sus palabras. Ni dolor. Sólo la verdad tal como ella la veía. Apreté el papel con tal fuerza que se arrugó bajo mis dedos.

Había una mancha de tinta donde mi pulgar había presionado con demasiada fuerza sobre las últimas líneas, como si pudiera borrarlas, como si pudiera retractarme. Pero las palabras no cambiarían. Nada cambiaría.

No te veré en esta vida otra vez.

La sentencia era tajante. Definitiva. Mis manos temblaban. Había hecho lo que ella pidió. La había traicionado porque ella quiso. Porque me enseñó a sobrevivir.

Pero, entonces, ¿por qué se sentía tan mal? ¿Por qué se alojaba en mi estómago como un veneno, extendiéndose, llenando mis pulmones hasta que no podía respirar?

Fuiste un buen aprendiz. Espero que no seas un necio.

Luego:

Vive, joven. Si puedes.

No firmó con su nombre. No lo necesitaba.

Dejé que la carta resbalara de mis dedos. Revoloteó hasta el suelo de madera, posándose cerca de las brasas moribundas de la chimenea. El fuego se había apagado durante la noche, pero las ascuas aún conservaban un susurro de calor, un tenue resplandor entre las cenizas.

Por un breve y absurdo instante, pensé en arrojar la carta a las llamas. Verla encresparse, ennegrecerse, desaparecer en la nada. Pero no lo hice.

Porque incluso mientras me sentaba allí, mirando el sello roto, las palabras escritas con mano cuidadosa y firme, comprendí que no podía dejarlas ir. No podía desescribirlas. No podía desvivirlas. No podía olvidarlas. Porque no eran solo sus últimas palabras.

Eran una advertencia. Y no sabía si alguna vez podría hacer lo que ella pidió.



El invierno se había derretido en primavera. La primavera se había secado en verano. El verano había transicionado al otoño, y aun así, Zsuzsanna vivía.

Había pasado un año entero desde que las mujeres fueron ahorcadas, desde que las cuerdas pendían pesadas con el peso de sus crímenes, desde que el pueblo se reunió para ver la ejecución de las envenenadoras.

Pero no ella. No la partera. El juez la había condenado a algo peor. Ella esperaría. Se pudriría en la cárcel, sabiendo que cada aliento que tomaba era robado, que cada amanecer era uno que nunca debió ver. Y el pueblo esperaba con ella.

No la había visto desde el día en que me rechazó. No había vuelto a la prisión. No había vuelto a preguntar. Me había dicho a mí mismo que ella ya se había ido, que estaba tan buena como muerta, que la espera no importaba. Pero la espera sí importaba. Pensaba en ello más de lo que quería.

Pensaba en la celda donde ella se sentaba; oscura, su cuerpo consumiéndose en la inmundicia, su aliento empañando el aire frío, sus huesos afilados bajo una tela delgada y podrida.

Pensaba en sus muñecas, enrojecidas por las cadenas de hierro, en cómo sus dedos debían estar apretados para evitar que sus manos temblasen.

Imaginaba el hambre, el continuo roer, el olor que debía tener la prisión. A orines, a sudor, a desesperación.

Me figuraba a las ratas, sus pequeños dientes amarillentos brillando mientras correteaban entre las piedras. Los guardias, sus rostros duros, sus manos ásperas y crueles.

¿La golpeaban? ¿Se burlaban de ella, le escupían, la llamaban con los nombres que los aldeanos gritaban? ¿Aún sonreía esa extraña sonrisa sabia? ¿Aún conservaba la fuerza que le quedaba? ¿O la habían roto por fin?

Desperté esa mañana con una sensación asfixiante.

El pueblo se había vuelto demasiado silencioso. Ya no había vida en él. No la clase que alguna vez lo mantuvo en marcha. Los secretos, los susurros, los silenciosos asentimientos que las mujeres

se intercambiaban en el mercado. Ahora, todo parecía estirado, frágil. La gente hablaba menos.

Los hombres, antes ruidosos en la taberna, ahora se sentaban encorvados sobre sus bebidas, mirando el poso como si las respuestas a sus sospechas pudieran flotar en la superficie. Las mujeres no se miraban a los ojos. Tenían la cabeza baja, los pasos rápidos, como si su misma existencia fuera algo por lo que pedir perdón.

Las calles se sentían más frías. Incluso cuando el sol ardía con fuerza en el cielo, había algo sin vida en la manera en que el aire se posaba sobre los tejados.

Era como si la horca se hubiera llevado algo más que las vidas de las mujeres. Algo invisible. Algo vital. Ya no podía soportarlo más. Y así, me dirigí a las tumbas.

El cementerio se hallaba al borde del pueblo, más allá de la última hilera de casas, donde los árboles comenzaban a espesarse, y la tierra descendía hacia el río.

Era antiguo. Quizá más antiguo que el propio pueblo. Algunas lápidas se habían desmoronado hacía tiempo, nada más que tocones irregulares de piedra que sobresalían de la tierra.

Otras permanecían, torcidas y medio hundidas en el suelo, sus nombres tallados suavizados por el viento y la lluvia, ilegibles excepto para quienes alguna vez los conocieron.

Caminé con cuidado entre las filas, el terreno desigual bajo mis botas. Las hojas habían empezado a cambiar, secas y quebradizas, como los últimos vestigios de algo hace mucho muerto.

Las tumbas estaban al fondo, ocultas del resto. No olvidadas. Solo indeseadas. No había marcas, ni lápidas. Solo cinco montículos poco profundos de tierra. El suelo había comenzado a asentarse, hundiéndose ligeramente donde yacían los cuerpos.

No había flores. Ni ofrendas. Nada que sugiriera que alguien las hubiera llorado. Me situé al borde de la tumba de Ilona.

Intenté recordar el sonido de su voz, pero todo lo que oía era cómo sollozaba cuando la soga se apretó.

Miré la tumba de Kata y pensé en cómo su cuerpo pataleó, cómo sus dedos arañaron la cuerda en esos últimos y desesperados

momentos.

Y las demás, cuyos nombres ya se desvanecían de mi memoria, como si el propio pueblo las hubiera engullido por completo.

¿Esperaban esto? ¿Ser borradas? ¿Ser enterradas bajo tierra que nadie cuidaría? ¿Sabían que ese era siempre el final?

Entonces lo sentí, la presencia de la carta de Zsuzsanna en mi bolsillo.

Lo había llevado conmigo cada día desde que llegó, doblado con esmero, desgastado y suave en los bordes donde mis dedos habían recorrido una y otra vez los pliegues. Había memorizado sus palabras, aunque no quisiera.

Me había dicho que viviera. Pero ¿qué clase de vida era esta? ¿Una vida de espera? ¿De ver cómo el pueblo se pudría desde dentro? ¿De saber que muy pronto ella también sería echada a la tierra?

Cerré los ojos y escuché. Los árboles susurraban sobre mí, sus hojas quebradizas temblaban al viento. El río murmuraba a lo lejos, su aliento lento y constante serpenteando entre los juncos.

Abrí la boca. Pero no dije nada. Porque no quedaba nada que decir.

52

EL PESO DEL SILENCIO

El invierno volvió, arrastrando sus dedos fríos por las calles de Nagyrev, instalándose en los espacios donde antes habitaban las voces. El pueblo estaba más silencioso que nunca, su silencio ya no era expectante, sino definitivo.

Seguía soñando con el veneno.

Se presentaba en distintas formas; goteando de mis dedos como miel, revoloteando en tazas de té, filtrándose en las grietas del suelo como leche derramada. A veces era incoloro, inodoro, invisible como el aliento. Otras, oscuro, manchando mis manos hasta que ningún fregado lograba limpiarlo.

En los peores sueños, no era yo quien lo mezclaba. Era yo quien bebía.

El sueño siempre era el mismo. Sentado en una mesa de madera, con las manos reposando en el regazo, la garganta seca, el estómago revuelto. Frente a mí estaba Zsuzsanna, observando. Sus ojos, oscuros e infinitos, y las comisuras de sus labios torcidas en aquella leve sonrisa cómplice.

«Bebe.»

Su voz era suave. Amable.

Alcancé la taza. La porcelana estaba fría contra mis palmas, el borde presionando ligeramente mis labios. El líquido en su interior

era claro, puro, no distinto del agua.

Podía sentir su mirada sobre mí.

«Adelante.»

Tragué. Un calor se extendió primero por mi cuerpo, agradable, casi reconfortante. Luego vino la quemazón.

Ascendió por mi garganta, devorándome desde dentro hacia fuera. Mi respiración se volvió rápida, irregular. La taza se deslizó entre mis dedos, estrellándose contra el suelo, el líquido filtrándose en las grietas.

Zsuzsanna no se movió. Sólo observaba.

*«Ahora entiendes»,*susurró.

Siempre despertaba con su sabor en la lengua, metálico, amargo. Mi cuerpo empapado en sudor, la boca seca como polvo. Me incorporaba en la cama, mirando hacia la oscuridad, las manos aferradas a las sábanas como si aún tuviera elección.

Pero conocía la verdad. No había escapatoria. El veneno se había filtrado en los huesos de este pueblo. Y en los míos. El pueblo nunca se recuperó del todo.

Primero cambió en pequeños detalles. El pozo donde solían reunirse las mujeres quedó en silencio. El mercado se volvió un lugar de necesidad, no de conversación. Los bancos de la iglesia, antes llenos de oraciones susurradas e intercambios de miradas, permanecían vacíos más a menudo que llenos. Los caminos, antes pulidos por el paso constante de pies y el giro de los carros, parecían ásperos, sin tocar durante días enteros.

Algunos hombres se fueron, desapareciendo hacia otros pueblos, volviéndose a casar en otros lares, fingiendo que nunca habían vivido entre nosotros. Los que quedaron se volvieron más callados, más apagados, encorvados por la desconfianza. Ahora vigilaban a sus esposas con excesivo celo, se sobresaltaban ante las comidas servidas, olfateaban el agua en sus copas como si esperaran que el pasado se alzara para estrangularlos. Y las mujeres se convirtieron en sombras.

Se movían de otro modo ahora, con la espalda encorvada, la cabeza baja, la voz más suave. No se demoraban en el mercado, no susurraban junto a los pozos. Su risa había desaparecido. Ya no

había secretos. Pero en ello no había libertad. Solo ausencia. Un hueco donde algo había existido antaño.

Yo podía sentirlo presionando contra mis costillas cada vez que atravesaba el pueblo, cada vez que salía y captaba el aroma de tierra mojada, del viento frío que soplaba entre los campos. Ese tipo de silencio que significa que algo ha sido arrebatado, y que no queda nadie para llorarlo.

Nagyrev había sido abierto de par en par, sus entrañas expuestas, y ahora todos vivíamos dentro de su vacío.

Los hombres que quedaban intentaban seguir adelante. Se decían a sí mismos que el pueblo estaba seguro de nuevo, que el peligro había sido erradicado, que las mujeres que habían muerto eran la podredumbre en los cimientos. Pero la podredumbre seguía allí. Solo se había hundido más hondo, carcomiendo las paredes, asentándose en la tierra, aguardando el momento oportuno para resurgir.

Ahora yo me había convertido en la comadrona.

La primera vez que una mujer vino a mí, llamando suavemente a mi puerta, fue justo después de la última nevada, cuando la tierra aún estaba helada y los árboles se alzaban desnudos contra el cielo. Era joven, apenas una muchacha, con las manos apretadas sobre el abultamiento de su vientre, el rostro marcado por el miedo.

Al principio no respondí. Me quedé junto a la ventana, observándola cambiar el peso de un pie a otro, su aliento formando volutas en el aire frío. Luego, la dejé entrar.

Herví el agua. Reuní las sábanas. Escuchaba la voz de Zsuzsanna en mi mente, firme y clara, indicándome qué hacer. Y cuando el niño nació, con el rostro enrojecido y llorando, resbaladizo de vida, algo en mi interior se retorció.

Había hecho esto antes, pero nunca sola. Nunca sin sus manos guiando las mías, sin su presencia a mi espalda.

La madre alzó la mirada hacia mí, los ojos brillando con alivio, con algo cercano a la gratitud. Y por un instante, pensé en las otras mujeres que habían acudido a Zsuzsanna antes que ella.

Aquellas que se habían sentado en esa misma silla. Las que se habían aferrado al vientre, no por vida, sino por heridas. Por miedo.

Las que se habían marchado con pequeños frascos apretados en sus palmas, el vidrio atrapando la luz como una promesa.

Envié a la muchacha a casa con su hijo. No pensé en lo fácil que podría haber sido de otro modo. Cómo, en otro tiempo, bajo otras circunstancias, podría haber puesto algo distinto en sus manos.

Más mujeres vinieron. No muchas. Pero las suficientes. Suficientes para mantenerme ocupada, para distraerme, para impedir que los recuerdos se colaran en la noche cuando la casa estaba en silencio y la vela se consumía.

No hablé del pasado. Tampoco ellas. No hubo preguntas. Solo miradas prudentes.

Solo el silencioso entendimiento de que algunas cosas habían cambiado, pero otras siempre permanecerían.

Aún pasaba junto a la prisión a veces. No me detenía. No preguntaba.

Pero sabía que ella seguía allí. Sabía que aún esperaba. Y no sabía qué significaría cuando esa espera finalmente terminara.

53

LA ÚLTIMA LECCIÓN

La horca había estado aguardándola durante un año.

Había permanecido allí a lo largo de las estaciones. A través del primer hielo del invierno, del descongelamiento vacilante de la primavera, del calor asfixiante del verano. Se mantuvo erguida mientras las hojas caían de los árboles, mientras la orilla del río se endurecía con la escarcha, mientras el pueblo aprendía a respirar de nuevo en su modo callado y fragmentado.

Había esperado por ella más tiempo que por cualquiera de los otros.

Y ahora yo también. Había soñado con este día.

A veces, en la nebulosa inquieta del sueño, la veía caminar hacia la horca y volverse hacia otro lado en el último instante. A veces, la soga se tensaba, se accionaba la palanca, y ella no caía. Simplemente permanecía allí, con una sonrisa en los bordes de sus labios como si siempre hubiera estado un paso adelante, como si nunca hubiera necesitado ser salvada.

Pero la mañana de su ejecución no fue un sueño. Fue amarga realidad.

El cielo estaba opaco y encapotado, las nubes estiradas, finas y pálidas como lienzo lavado, el viento cortante contra mi rostro mientras apretaba el chal alrededor de mis hombros. El pueblo se

había reunido de nuevo, aunque no como lo había hecho para los demás. No había frenesí esta vez. No había susurros siseantes pasando entre labios, ni gritos de «¡Bruja! ¡Asesina!» resonando en el aire.

En cambio, había silencio. De ese que llena los espacios entre las costillas, que se asienta en el hueco de la garganta, que se siente como un presagio de un final, de un ajuste de cuentas. Para ella.

El juez estaba allí de nuevo, de pie bajo la horca, su abrigo negro abrochado hasta la garganta, las manos enguantadas cruzadas ante él, su expresión tan impasible como siempre. Sus botas pulidas apenas perturbaban el suelo escarchado, su postura demasiado precisa, demasiado cuidadosa, como un hombre posando para el retrato de la justicia.

Si sentía alguna satisfacción en este acto final, no la mostró. Quizá no le bastaba, este último ahorcamiento, este aliento final arrebatado a una mujer que se había negado a quebrarse.

Quizá había esperado que ella se marchitase en su celda, que el tiempo mismo hiciese lo que su sentencia no pudo.

Pero Zsuzsanna seguía en pie. Aún fuerte. Incluso ahora, al traerla adelante, con las muñecas atadas, los pasos lentos pero firmes, no tropezaba. Subía los escalones como si hubiesen sido construidos solo para ella.

La soga aguardaba. Y yo también.

El aire se sentía denso, el frío apretaba, pesando contra mi piel mientras la veía ascender.

No miró al juez. No miró al verdugo, que esperaba a su lado, el rostro inexpresivo, las manos curtidas en el arte de arrebatar la vida. No miró a la multitud, a los hombres que en otro tiempo la temieron, ni a las mujeres que acudían a ella en la noche muerta, susurrando los nombres de sus maridos como oraciones, depositando monedas de plata en su palma.

Me miró a mí. Sus ojos encontraron los míos. Eran oscuros, agudos, infinitos. Como la primera vez que la vi, cuando apenas era una niña, torpe en mis movimientos, ingenua ante los caminos del mundo.

Como cuando puso un manojo de hierbas en mis manos y me dijo: «Observa con atención».

Como cuando susurró: «Algunos nacemos sabiendo cómo moriremos».

Y ahora, ella sabía. Siempre lo supo. Y sonrió. No fue una mueca, ni un gesto forzado, ni una máscara de miedo. Una sonrisa real, silenciosa. De esas que se reservan solo para mí. Su última lección.

El verdugo apretó el lazo alrededor de su cuello. La soga áspera presionaba su piel, marcándola, hiriendo el delicado hueco de su clavícula, enmarcando su mandíbula como las manos de un amante.

Las fibras, ennegrecidas por años de uso, se ceñían firmes contra su garganta, y ella no se inmutó. Solo exhaló un suspiro lento y medido, de esos que preceden al sueño, o a la muerte, o a algo intermedio.

El viento cesó. El mundo contuvo el aliento. Yo contuve el mío. Y se accionó la palanca.

Ella cayó.

La cuerda tiró con fuerza, azotando su espalda, su cuerpo suspendido en el aire.

Una sola lucha breve. Sus pies se estremecieron una vez, dos, los últimos vestigios de vida aferrándose aún.

Y luego, nada. Quietud. Una vida que se extingue en el espacio de un suspiro.

No me moví. No aparté la mirada. Porque ella no me había desviado la suya.

No sé cuánto tiempo permanecí allí.

El pueblo había comenzado a moverse de nuevo; los hombres dispersándose, las botas raspando contra el suelo helado, las mujeres mirándose entre sí sin decir palabra. El juez ya se había vuelto, su capa ondeando al viento mientras se encaminaba de nuevo hacia la plaza del pueblo, su deber cumplido.

Pero yo me quedé. Observé cómo su cuerpo era descendido, cómo el cuchillo del verdugo cortaba la cuerda, cómo ella caía al suelo helado con la finalización de un árbol derribado.

Un estremecimiento recorrió mi ser.

No por el frío. No por el miedo. Por la comprensión de que ella jamás había sentido temor alguno.

Cuando finalmente di un paso adelante, el verdugo ya la estaba bajando. Casi le ordené detenerse. Dejarla allí un poco más. Dejar que el viento la meciere suavemente, que el pueblo la retuviera en su abrazo un instante más.

Pero la hoja cortó la cuerda. Y ella se desplomó. Y así, sin más, se fue.

Caminé a casa solo. El viento había vuelto a levantarse, susurrando entre los árboles, serpenteando por las estrechas calles de Nagyrev, levantando las hojas muertas en espirales silenciosas sobre los caminos de tierra.

Lo oía en mis oídos, en mis pulmones, en el espacio donde deberían haber estado las palabras. Quise decir algo. Pronunciar su nombre. Dejar que existiera en el aire una última vez.

Pero mi garganta estaba cerrada. Y no me quedaban palabras. Así que dejé que el silencio la tuviera. Que la llevase hasta los huesos del pueblo, al suelo bajo mis pies, al cielo sobre la horca.

Y cuando llegué a mi casa, al entrar, mirando la silla de madera en la que ella se había sentado, al fuego que ya no ardía, a las sombras que se extendían largas por el suelo.

Susurré en el vacío.

«Creímos ser ángeles.»

El viento aullaba contra el cristal, suspirando. El cielo, pálido e infinito, no respondía.

Tragué saliva, cerrando los ojos. «No lo fuimos.»

EPÍLOGO

Estoy muerto.

Estuve muerto en el instante en que la soga se tensó.

No hubo dolor, sólo presión. Un choque agudo y breve cuando el mundo se tambaleó, cuando la trampilla bajo mis pies cedió, cuando mi cuerpo luchaba por un aliento que jamás llegaría. Luego, nada.

No forcejeé. No supliqué. No me humillé.

Había visto antes a hombres y mujeres colgar, sus cuerpos convulsionando, sus rostros tornándose en tonos que ninguna carne viva debería mostrar. Había visto sus piernas patear, sus dedos arañar inútilmente el aire.

No pateé. No arañé. Simplemente dejé que el mundo tomara lo que siempre había intentado tomar.

Desde hacía mucho había hecho las paces con la muerte. Supe desde el momento en que murió el primer marido que acabaría por venir por mí. Los hombres no lo tolerarían para siempre.

En realidad, no lo toleraron en absoluto. Habían estado ciegos. Habían sido necios. Eso fue lo que nos salvó durante tanto tiempo. No el secreto, ni la cautela, sino la simple necedad.

Durante años, enterraron a sus padres, a sus hermanos, a sus hijos, y nunca pensaron en cuestionar por qué.

Un mal de estómago. Una enfermedad de los pulmones. Un corazón débil, una maldición, la voluntad de Dios.

Creyeron cada palabra. Porque a los hombres les gusta creer que la muerte es natural. Que llega cuando debe llegar. Que no son tan fácilmente derrotados.

Y así, les dejamos creerlo. Y uno a uno, los llevamos a sus tumbas.

No sirve de nada lamentarlo ahora. Lo hecho, hecho está. Ellos murieron. Nosotros vivimos. Eso es todo lo que la historia recordará, si es que la historia recuerda algo. No hay justicia. No hay equidad. No hay un gran sentido detrás de nada de esto. Sólo esto: ellos tenían poder y nosotros lo tomamos.

Observo el pueblo ahora. Nada ha cambiado. No realmente.

Los hombres aún trabajan los campos. Las mujeres aún cuidan los hogares. El río sigue su lento y serpenteante curso, llevando cañas, peces y huesos hacia lugares que nadie aquí verá jamás.

Si la tierra nos recuerda, no lo dice. Si los árboles aún susurran nuestros nombres, nadie escucha. Ni siquiera el cementerio llora por nosotros.

Las cruces son delgadas y se pudren, los nombres tallados en la madera ya se ablandan, se desvanecen bajo la lluvia, el viento y el tiempo.

No somos leyenda. Ni siquiera advertencia. No somos nada.

Observo a mi aprendiz. Ahora es mayor. Su cabello está salpicado de canas. Sus hombros no son tan rectos como antaño. Está sola.

No lleva el nombre de un esposo. No lleva un niño en la cadera. Solo lleva consigo misma y la carga de cosas que no puede pronunciar. Aún atiende a los enfermos. Aún recorre los caminos del pueblo al alba y al ocaso, con una cesta en el brazo, la mirada baja, el paso silencioso. No habla de mí. Pero a veces, cuando está sola, vuelve la cabeza de repente, como si esperase ver una figura en el rabillo del ojo.

Nunca la ve. Pero yo estoy allí. Siempre. No rezo. Pero si lo hiciera, rezaría por esto:

Que nunca encuentre a un hombre como mi esposo.

Que nunca aprenda lo que yo aprendí.

Que nunca tenga que posar sus manos sobre una botella y preguntarse si es lo bastante fuerte para usarla.

Rezaría para que nunca escuche el sonido de un cuerpo al caer al suelo.

Que nunca aprenda lo fácil que es.

Que nunca aprenda lo rápido que se vuelve más fácil.

Rezaría para que duerma por las noches.

Rezaría para que, cuando llegue su hora, sea suave. Que se vaya en su lecho, con mantas cálidas y el aroma de lavanda seca, con una mano que sostenga la suya, con alguien susurrándole que fue amada.

No como yo. No con una soga. No con un gentío mirando. No me arrepiento de lo que hicimos, de lo que hice.

Ni de la primera muerte. Ni de la última. Ni de ninguna en medio.

No sirve de nada lamentar la supervivencia. Tomamos lo que nunca debió ser nuestro, y durante un largo y dulce tiempo, vencimos. Eso debería bastar. Tiene que bastar. Y, sin embargo, no quiero ser olvidada.

No deseo que mi nombre se pudra en la tierra. No quiero que nuestra obra se desvanezca en polvo. No quiero que las historias cesen. No quiero que el mundo siga adelante. No quiero preguntarme si todo fue en vano. Y creo que por primera vez, en la muerte, en la nada, siento miedo. Temeré por siempre que mi nombre sea olvidado.

Así que, cuando cierres los ojos por la noche, y arrulles a tus hijos en sus camas, y tus esposos regresen del trabajo, susurra mi nombre.

Recuerda que el abuso no debe ser tolerado.

Recuerda que no estás sola. Estoy aquí. Siempre he estado aquí. Soy tú. Y permanezco. Observando.

Fin

RECONOCIMIENTO

Las Parteras de Nagyrév fueron un grupo de mujeres en la Hungría de principios del siglo XX que llevaron a cabo una serie de envenenamientos, causando la muerte de numerosos hombres en su aldea.

En el pueblo de Nagyrév, a partir de alrededor de 1911, la comadrona Zsuzsanna Fazekas comenzó a suministrar a las mujeres arsénico obtenido al hervir papel para moscas. Este veneno se empleaba para matar a maridos y otros parientes varones, especialmente a aquellos que eran abusivos o indeseados. La naturaleza aislada de la aldea y la complicidad de las autoridades locales permitieron que estas actividades continuaran sin ser detectadas durante años.

Las estimaciones sobre el número de víctimas varían. Algunas fuentes sugieren que se confirmaron alrededor de 40 muertes, mientras que otras afirman que la cifra podría ascender hasta 300. La cifra verdadera permanece incierta debido al carácter secreto de los crímenes y a la escasa documentación.

Los envenenamientos salieron a la luz en 1929 tras una carta anónima que impulsó a las autoridades a investigar. Las exhumaciones de varios cuerpos revelaron dosis letales de arsénico. Posteriormente, 51 mujeres fueron arrestadas, y varias fueron juzgadas y condenadas. Fazekas, la comadrona que facilitó los envenenamientos, se suicidó, según se dice, antes de que pudiera ser detenida.

Los sucesos en Nagyrév han sido objeto de diversas obras culturales, entre ellas el documental*Las Parteras*(2005), que explora las motivaciones y las condiciones sociales que condujeron a los envenenamientos.

Las mujeres de Nagyrév, Hungría, que fueron condenadas por envenenar a sus maridos y a otros hombres a principios del siglo XX, fueron ejecutadas en la horca en 1929. Sin embargo, se dispone de escasa información detallada sobre lo que ocurrió con sus cuerpos tras la ejecución.

Aunque muchas fueron arrestadas, sólo unas pocas fueron sentenciadas a muerte, y otras recibieron penas de prisión. Algunas de las acusadas, incluida la propia Fazekas, se suicidaron antes de ser detenidas o juzgadas.

Nadie sabe con certeza qué inspiró a este grupo de mujeres a actuar como lo hicieron. Los motivos siguen siendo un misterio, pero una cosa es segura: para siempre serán conocidas como Las Parteras de Nagyrév.

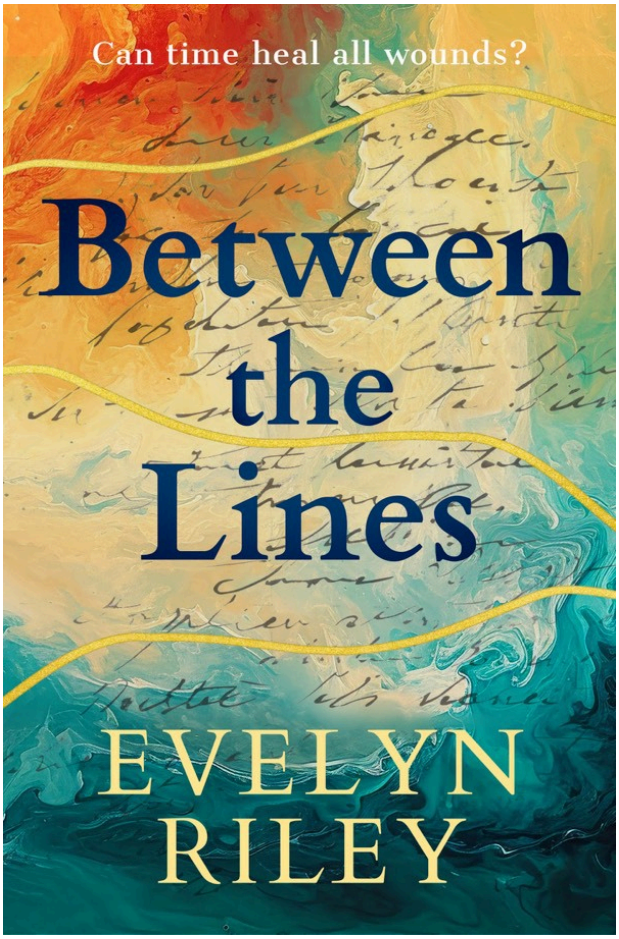
UNA NOTA DEL EDITOR

¡Gracias por leer!Esperamos que este libro haya sido de su agrado. Si le ha dejado una impresión, nos encantaría que compartiera sus pensamientos en una reseña en Amazon—su opinión ayuda a otros lectores a descubrirlo también.

En**Black Swan Digital**, estamos redefiniendo el arte de contar historias con lanzamientos frescos y emocionantes a precios inmejorables. Además, nuestra comunidad disfruta de**descuentos exclusivos y acceso anticipado**a nuevos libros. ¿Desea formar parte? Únase a nuestra lista de correoaquíy no se pierda ninguna gran lectura.

¿BUSCAS TU PRÓXIMA LECTURA?

Si ansías hallar tu próxima obra excelsa, creemos que te cautivará**Entre las líneas**de Evelyn Riley—adquiere tu ejemplar aquí**.**


Can time heal all wounds?
Between the Lines
EVELYN RILEY